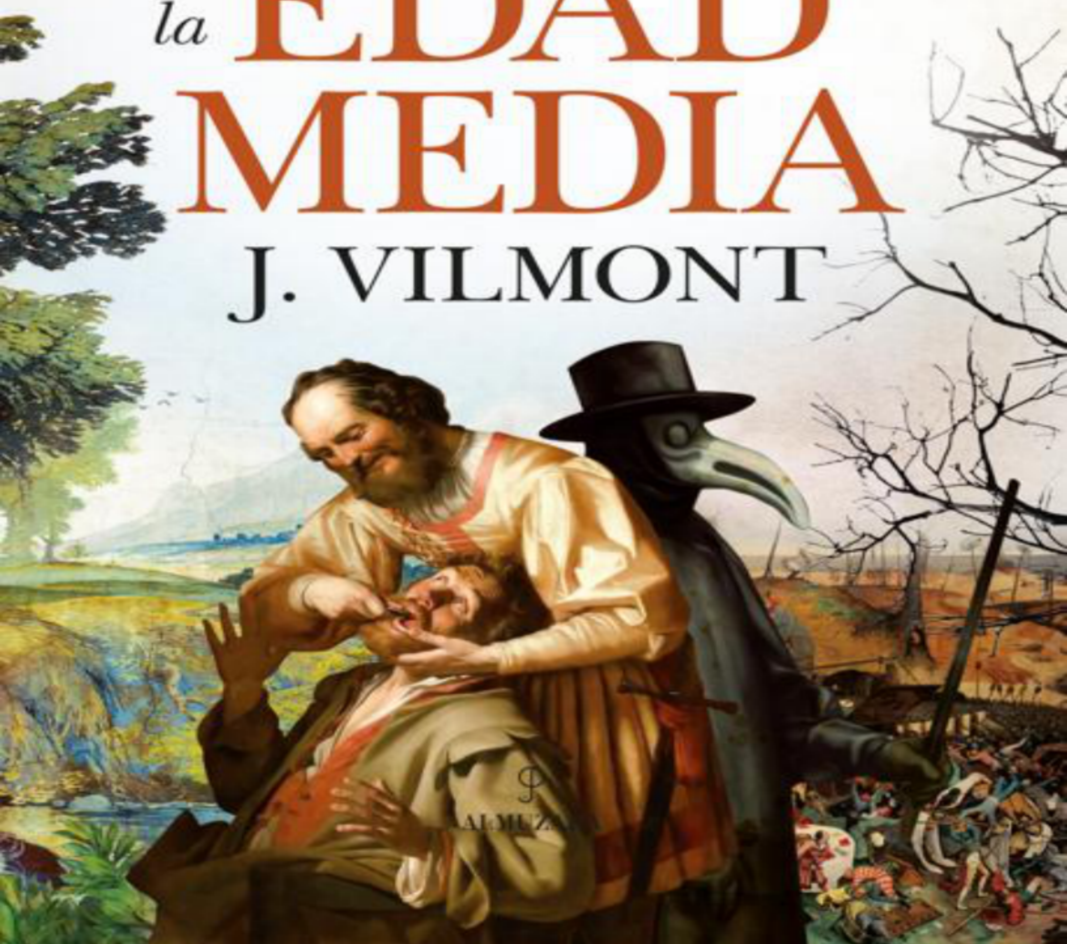
Conozca la verdad del mundo medieval, a veces sombría pero en muchas ocasiones luminosa, a través de los grandes desafíos que a lo largo de mil años pusieron a prueba a nuestros ancestros.

HISTORIA DESCONOCIDA de la EDAD MEDIA

J. VILMONT



J. Vilmont

Historia desconocida de la Edad Media

Colección historia

Editorial Almuzara
Director editorial: Antonio E. Cuesta López Edición al cuidado de Rosa García Perea Conversión a Epub: Rosa García Perea www.editorialalmuzara.com pedidos@almuzaralibros.com — info@almuzaralibros.com ISBN: 978-84-18578-99-1

Para Veni, M.ª Ángeles, Lorena y Alba.
Musas y pilares de mi propia historia.

PRESENTACIÓN

La Edad Media abarca el espacio de tiempo comprendido desde comienzos del siglo V hasta finales del siglo XV, cronología aceptada por la mayoría de los historiadores occidentales, por lo que los siguientes capítulos se centrarán en los grandes desafíos que a lo largo de estas centurias pusieron a prueba, azotaron y en ocasiones asolaron a las mujeres y hombres medievales. No obstante, siempre terminaron por sobreponerse a las terribles guerras, pestes, hambrunas, crisis, revueltas y demás jinetes apocalípticos que intermitentemente los persiguieron durante los mil años de la Edad Media. Esa imagen oscura, lúgubre y decadente que tradicionalmente evoca el Medievo en el imaginario popular, está iluminada, como si se tratase de la técnica artística del *claroscuro,* por los grandes logros que hemos heredado del hombre del Medievo como las ciudades, las universidades, las rutas y técnicas comerciales, los grandes descubrimientos geográficos, las irrepetibles y altísimas catedrales góticas, el arte en todas sus facetas o la misma imprenta, propulsora de una alfabetización generalizada, por poner algunos ejemplos.

El término Medievo, se acuñó a finales del siglo XV para referirse al espacio de tiempo comprendido entre el mundo clásico grecolatino, en especial el romano, y el Renacimiento incipiente en esos momentos. Alta —siglos IV-IX—, Plena —siglos X-XIII— y Baja Edad Media —siglos XIV-XV— son las segmentaciones del periodo medieval atendiendo a la cronología. Como vamos a comprobar en esta breve presentación, si nos atrevemos a poner fecha a la Edad Media, esta se iniciaría en el año 476 y terminaría en el año 1453.

El inicio de la Edad Media coincide con el desplazamiento de tribus germánicas hacia Occidente —empujadas por la presión de los hunos — que terminan penetrando y asentándose en territorios del Imperio Romano durante la primera década del siglo V. Estos movimientos condujeron al definitivo colapso imperial en Occidente cuando en el año 476 sea depuesto Rómulo Augústulo, el último emperador romano, siendo las enseñas y estandartes imperiales enviadas a Constantinopla. Esta fecha puede ser considerada —de hecho, es la consensuada por la mayoría de los historiadores— como el pistoletazo de salida de la Edad Media.

El final del periodo Medieval, aunque no tiene una fecha concreta consensuada por toda la historiografía, sí termina definitivamente en la segunda mitad del siglo XV, llegándose a solapar en algunos territorios con el Renacimiento. Desde nuestro punto de vista peninsular lo podemos datar en 1492 coincidiendo con el descubrimiento de América, aunque Cristóbal Colón murió creyendo que se trataba de las Indias. En Centroeuropa se establece la invención

de la imprenta en el año 1453 como fin del Medievo, fecha que coincide con el final de la Guerra de los Cien Años y la toma de la milenaria ciudad de Constantinopla por los turcos con la consiguiente caída del Imperio Bizantino; acontecimiento considerado por la mayoría de los historiadores occidentales como el fin de la Edad Media. Algunos autores franceses consideran el final de la Guerra de los Cien Años como el término del Medievo, tal vez porque salieron vencedores finalmente frente a los ingleses. Lo que sí es cierto, es que, en un solo año, 1453, confluyen tres hechos de primordial trascendencia para la *Cristiandad*, que es como se conocía en la época al Occidente europeo: Se firma la paz que pone fin a la Guerra de los Cien Años, Constantinopla es tomada al asalto por los turcos y nace la imprenta moderna.

Abandonemos por unos instantes el cómodo mirador que nos brinda el siglo XXI para introducirnos en el —a veces oscuro, a veces luminoso— mundo medieval conociendo los grandes desafíos que a lo largo de mil años pusieron a prueba a nuestros ancestros. En historiografía nunca debemos olvidar que todos los protagonistas del pasado fueron sencillamente mujeres y hombres como tú y yo, con la única salvedad que nacieron antes…, mucho antes.

Esperando que disfrutes de esta lectura, recibe un cordial saludo allá donde estés. Gracias y hasta pronto.

J. Vilmont

GÉNESIS MEDIEVAL

A partir del siglo III de nuestra Era se manifiesta en la sociedad romana tardoimperial una crisis galopante que demostrará ser imparable con el transcurso del tiempo y que va debilitando de manera progresiva y constante los cimientos sobre los que se sustenta el viejo y desgastado Bajo Imperio. Es lógico pensar que esta crisis no era percibida de igual modo por todos los ciudadanos, de la misma manera que no se dejó sentir con la misma intensidad en todos los territorios del Imperio. Las reformas llevadas a cabo por los emperadores Diocleciano, Constantino y Teodosio tuvieron como principal objetivo intentar atajar, o al menos paliar en lo posible, los efectos de esta crisis, pero sin lograrlo a pesar de sus esfuerzos.

Poco a poco, un sistema fiscal severo e implacable va arruinando a los más humildes. El pago de impuestos se hace mal y tarde, cuando no se elude. Fuera de la ciudad de Roma los grandes propietarios de tierras, afincados en sus villas —pertenecientes la mayoría a la dominante aristocracia senatorial— controlan la economía y la vida de sus clientes y colonos, suplantando el poder del Estado dentro de sus dominios. Este clima de incipiente feudalización se acentúa cuando las clases medias abrumadas por los altos impuestos y la inseguridad se acogen a la protección de un poderoso al que pagan con su trabajo en lo que se transformará con el paso del tiempo en un *sincerum servitium* [1]. Por todas las ciudades, pueblos y aldeas del Bajo Imperio, la sociedad se jerarquiza y es de lo más habitual que el hijo suceda al padre tanto en el campo como en la decadente ciudad, una generación tras otra. Todas estas desarraigadas gentes que buscan protección y amparo a cambio de algo de comida y un techo bajo el que dormir, quedan adscritas a la tierra que trabajan y corren la misma suerte que esta, convirtiéndose muy pronto en los conocidos siervos de la *gleba* [2]. La explotación de la tierra pasa a considerarse como la única fuente de riqueza y poder.

Todos estos cambios —profundos y traumáticos en muchos casos— provocaron el abandono masivo de las ciudades con la consiguiente decadencia de estas. Tanto fue así que prácticamente desaparecieron el 40% de las ciudades esparcidas por toda la geografía del Imperio romano. Como ejemplo significativo de la despoblación sufrida en el mundo urbano podemos fijarnos en el ejemplo de la misma ciudad de Roma. Se calcula que a principios del siglo V contaba con medio millón de habitantes, quedando en tan solo cincuenta mil en el siglo VIII, lo que supuso el abandono de amplias zonas urbanas de la Roma tardoimperial. La que fuese la capital de un gran Imperio se transformó en una irreconocible y decadente urbe. Prácticamente, entre la caída del Imperio Romano y la constitución del Imperio

Carolingio apenas se fundan nuevas urbes, pero por el contrario, sí que desaparecen muchas otras ciudades de menor entidad que la capital. Este éxodo desde la ciudad facilitó que la población se reconcentrara en aldeas y caseríos ubicados en el entorno agrícola de castillos, monasterios, abadías e iglesias, edificios donde reside el poder local —civil o eclesiástico— que en un momento dado pueden ofrecer protección y amparo dentro de sus fortificados recintos.

De modo paralelo al declive de las ciudades se produce el del comercio, y con él, el de las rutas comerciales, tanto terrestres como marítimas; son muchas las que desaparecerán, convirtiendo mares y caminos en lugares peligrosos acechados cada vez con más frecuencia y eficacia por sarracenos, magiares o vikingos. Esto lo comprobaremos detenidamente en un capítulo posterior. Son también muchos los centros urbanos que subsisten solo gracias a que en ellos reside el obispo, siendo el centro administrativo de la diócesis. En las ciudades más relevantes —incluida la misma Roma— la Iglesia con una jerarquía tomada de las instituciones imperiales irá ocupando el vacío dejado por los poderes civiles.

Con todo esto, la sociedad sufre una profunda ruralización y la suerte de los campesinos corre en paralelo a las cosechas, que siempre dependen de la climatología, provocando cuando ésta es adversa prolongados periodos de hambrunas y carestía que inexorablemente desembocan en enfermedades y epidemias, en ocasiones apocalípticas —como la epidemia de peste de 1347—, cuando no, en tensiones sociales y revueltas, algunas especialmente sangrientas. Como consecuencia de la suma de todas estas contrariedades y calamidades se produce un empobrecimiento generalizado que en sus inicios es mucho más visible en Occidente que en la parte oriental del Imperio.

Y por si no fuera poco se suma también, a todo esto, el abandono de Roma como residencia permanente de los emperadores, que trasladan junto a su persona el centro político del Imperio a ciudades como Milán, Rávena o Tréveris. Este aparente hartazgo de los emperadores por residir en la capital tendrá su máximo exponente en la figura de Constantino. El emperador Constantino —tal vez sin pretenderlo— contribuyó sobremanera a la decadencia de Roma con la fundación y construcción de la urbe de Constantinopla sobre un asentamiento anterior de origen griego llamado Bizancio, trasladando a la nueva capital de Oriente las principales magistraturas del Imperio, así como gran número de obras artísticas —sobre todo escultóricas— que decoraban la legendaria capital del Tíber.

En el año 378 tendrá lugar el desastre de Adrianópolis, batalla que tuvo lugar en las cercanías de Constantinopla y en la que perdió la vida el propio emperador Flavio Julio Valente, no siendo encontrado su cuerpo. La pérdida de las legiones con su emperador al frente causó

una enorme conmoción en todo el Imperio, y supondrá el colapso del ejército romano, quedando de este modo abiertas las fronteras del Imperio a las posteriores invasiones que se van a producir con la llegada del nuevo siglo. Con la muerte del emperador Teodosio en el año 395, el Imperio se divide definitivamente en dos: Oriente queda bajo el gobierno de su primogénito Arcadio, y Occidente, bajo la dirección imperial de su hermano Honorio de tan solo diez años.

Inmediatamente, al jovencísimo emperador Honorio y a sus asesores se les acumularán los problemas intentando taponar aquí y allá las múltiples invasiones de pueblos germánicos. En el año 407, las últimas legiones romanas acantonadas en Britania, con su general Estilicón a la cabeza, evacuarán la isla para trasladarse a la Galia ante las enormes dificultades del emperador Honorio para mantener el Imperio, dejando la que hasta entonces había sido la provincia de Britania abandonada a su suerte y en manos de la más absoluta anarquía.

La población civil que había quedado en la isla —en su mayoría bretona, ya que la mayor parte de los civiles romanos se marcharon con las legiones—, se vio masacrada por la inmediata llegada de invasores celtas y *escotos* [3] procedentes de Irlanda, quienes se establecieron sin oposición en las costas occidentales de Britania. De manera simultánea, en las costas del este de la isla desembarcaban *anglos* [4], *jutos* [5] y *sajones* [6], todos de origen germano, procedentes de las actuales costas alemanas y danesas.

Muy pronto, los recién llegados constituirán la conocida en historiografía como *Heptarquía* [7] anglosajona, con la que se conformará el nuevo mapa político de lo que fue la provincia romana de Britania. Las masacres llevadas a cabo por los nuevos invasores provocaron la natural huida de los pacíficos bretones, que cruzaron el Canal de la Mancha y se establecieron en lo que hoy conocemos como Bretaña francesa; solo unos pocos bretones se refugiaron en zonas recónditas de Gales. Las causas del exterminio bretón tienen un claro trasfondo religioso, ya que los bretones eran cristianos en consonancia con la población del Bajo imperio Romano en esa época, mientras los pueblos invasores antes citados eran paganos y bárbaros. Estas primeras invasiones solo supondrán el adelanto de las segundas que siglos después protagonizarán los vikingos.

El último gran acto en el que Roma demostró su fortaleza tuvo lugar en el año 451 sobre los Campos Mauriacus, a unos veinte km de la población francesa de Troyes, cuando un ejército romano al mando del general Aecio, apoyado por elementos bárbaros, derrotó a las huestes combinadas de Atila, en lo que supuso la última victoria de Roma como entidad Imperial. Tan mal estaban las cosas en Roma que el mismo emperador Valentiniano III temiendo ser destituido por su

mejor general, mató con sus propias manos a Flavio Aecio en el año 454. Tan solo seis meses después era el propio emperador quien caía bajo la daga de un antiguo soldado de Aecio. A partir de aquí, el Imperio entró en una frenética dinámica —*morbo gótico* [8]— en la que se sucedieron nueve emperadores, hasta que en el año 476 Odoacro, jefe de los hérulos, depuso al joven Rómulo Augústulo desterrándolo a la Campania sin que nada le faltase y enviando al emperador de Oriente, Zenón, las insignias imperiales de la que en tiempos había sido la toda poderosa Roma.

Con este acto, la historiografía tradicional pone fin a la Historia Antigua, con lo que comienza la Edad Media, periodo en el que se desarrollarán los hechos que vamos a conocer en los siguientes capítulos durante los próximos mil años de nuestra Historia.

---

1 Servicio sincero y leal. Era una de las obligaciones feudales del vasallo con su señor y protector.

2 Nombre que se daba a la tierra en la Edad Media.

3 Pueblo de origen celta, originario de Irlanda que, en el siglo IV, colonizó parte de Escocia, que toma su nombre de ellos, llamados también scotos.

4 Pueblo de origen germánico, asentado en Inglaterra durante el siglo V.

5 Pueblo germánico originario de la península de Jutlandia y que en Gran Bretaña creó el reino de Kent en el siglo V.

6 Pueblo germánico asentado entre el río Elba y el mar del Norte. Invaden Gran Bretaña en el siglo V.

7 Siete reinos. Creados en Inglaterra por sajones (Sussex, Essex, y Wessex), anglos (East Anglia, Mercia y Northumbria) y Jutos (Kent).

8 Nombre con el que se conoce a la costumbre entre los germanos y visigodos de alcanzar el poder, asesinando al predecesor en el trono.

LOS HUNOS

Este pueblo de procedencia tan lejana y desconocida para los habitantes romanos del occidente europeo tendrá una trascendencia vital para el posterior desarrollo y evolución de los acontecimientos históricos acaecidos en tierras europeas. El desplazamiento de los hunos hacia Occidente marcará el devenir de la historia, acelerando y propiciando, en cierto modo, la caída del Imperio Romano para abrir las puertas a la Edad Media.

Este pueblo estepario y nómada representa el verdadero catalizador que puso en movimiento las invasiones bárbaras que en el siglo IV traspasan el *limes* [9] fluvial del Rin y el Danubio, cayendo sobre el Imperio Romano. Desde la lejana Asia Central inician su desplazamiento hacia Occidente, empujando a los pueblos *bárbaros* [10] que se encontraban estacionados en las fronteras del Imperio, esperando a penetrar en este.

Para los romanos representaban un pueblo bárbaro y extraño de incivilizados nómadas que no conocían la agricultura y despreciaban la vida urbana. De corta estatura y ojos rasgados, eran magníficos jinetes que cabalgaban sobre pequeños corceles —también nuevos a los ojos de los romanos—, sobre los que prácticamente se pasaban la vida y en los que se manejaban con extrema destreza en el combate, contando con una movilidad y una cadencia de tiro con arco inimaginables para las lentas y pesadas legiones romanas del siglo V. El arco utilizado por los hunos era mucho más corto que el romano, lo que permitía al jinete disparar a derecha o izquierda sin tener que esquivar el cuello y la cabeza del caballo. A esta estabilidad sobre la montura debió contribuir, sin duda, el uso del estribo que habían tomado de los chinos. Precisamente la famosa muralla china se comenzó a construir para evitar las incursiones de los hunos. El estribo no se volverá a utilizar en la caballería de guerra en Europa hasta la batalla de Hastings (1066).

Estudios recientes han estimado en quince lanzamientos de flecha por minuto la cadencia de tiro con arco que estos formidables guerreros podían efectuar, siempre con la montura en movimiento. Sin duda se trataba de una táctica revolucionaria para el combate de la época.

Los asentamientos levantados por estos guerreros nómadas —siempre temporales— estaban formados por grandes tiendas de pieles llamadas *yurta* [11], despreciando el hábitat urbano que sin duda tenían a su disposición tras las conquistas de aldeas, pueblos y ciudades. No utilizaban el fuego para procesar los alimentos, solamente para

calentarse; maceraban cualquier tipo de carne colocándola entre el lomo y la montura del caballo, disponiendo de este modo de alimento duradero y a mano durante sus largas campañas. Arrasaron con extrema violencia multitud de aldeas, campos y ciudades sembrando el terror en el mundo romano.

Debemos situarnos en su perspectiva e imaginarnos el impacto psicológico y el verdadero horror que causaron estos feroces invasores asiáticos en el ciudadano de a pie del Imperio que vivió su presencia y sufrió sus devastadoras correrías. El cronista e historiador romano Amiano Marcelino los describe de manera tajante, elocuente y rotunda:

«[…] más parecen animales bípedos que seres humanos. […]Son seres imberbes, musculosos, salvajes, extraordinariamente resistentes al frío, el hambre y la sed […] e ignorantes del fuego, de la cocina y de la vivienda. Desde que nacen los varones, los hunos les surcan las mejillas con profundas incisiones para destruir todo germen de barba. De esta manera crecen y envejecen imberbes con el repugnante y degrado aspecto de los eunucos. Pero todos tienen cuerpo corto, miembros robustos y cabeza gruesa; dando a su formación algo de sobrenatural, su prodigioso desarrollo en anchura. […]A este repugnante aspecto, corresponden costumbres muy parecidas a las de los brutos. […] Se cubren con pieles de ratas de los bosques, cosidas a manera de túnica, que les sirve en todo tiempo, y una vez vestida esta prenda, no se la quitan hasta que se les cae a pedazos. Cubrensen con sombreros de ala recogida y guarnecen con piel de cabra sus velludas piernas, cubierta que les entorpece la marcha y les hace poco a propósito para combatir a pie; en cambio se les creería clavados a los caballos, que son feos pero muy vigorosos. […] Día y noche a caballo, no echan pie a tierra para beber, ni para comer, ni para dormir, cosa que hacen inclinados sobre el flaco cuello de su cabalgadura».

El origen concreto de este pueblo nómada lo encontramos en las estepas próximas al Mar de Aral y del lago Baikal, y como hemos dicho, se ponen en movimiento hacia Occidente en algún momento de la segunda mitad del siglo IV sin que se conozca exactamente el motivo. Salvan el mar Caspio por el norte desplazando a los *alanos* [12], cruzan el río Don derrotando a los *ostrogodos* [13], y empujan a los *visigodos* [14] hasta el rio Danubio que terminan cruzando y por consiguiente invadiendo el Imperio Romano.

Los hunos experimentan su apogeo bajo el mandato de su legendario caudillo Atila, que a partir del año 445 queda como rey único tras la sospechosa muerte de su hermano Bleda en el transcurso de una cacería. Algunos autores apuntan a que no se trató de un accidente fortuito, sino que fue asesinado por su propio hermano o a instancias

de este, aunque realmente este suceso no está corroborado por la historiografía.

Lo cierto es que tras la desaparición de su hermano, Atila quedó como único líder al frente de los hunos, siendo conocido muy pronto entre las poblaciones que sufrieron su devastación por el sobrenombre de «*el azote de Dios*»; esto no es de extrañar ya que la nueva mentalidad cristiana que había calado en la sociedad romana tardo imperial vio en estos «*pequeños demonios*» —que apenas llegaban al metro y medio de estatura y Atila no era una excepción—, un castigo divino. Del mismo modo, se decía de boca en boca que «*por donde pasaba su caballo no volvía a crecer la hierba*», elocuente metáfora que daba a entender lo terribles y destructivas que podían llegar a ser estas incursiones. El historiador Prisco de Panio describe el aspecto de Atila:

«Era de corta estatura, ancho de espaldas, cabeza grande, ojos pequeños y hundidos, nariz achatada, cabello canoso, barba rala y tez aceitunada».

Una vez vadeado el Danubio, los hunos asolaron la península Balcánica y la antigua provincia romana de la Tracia, destruyendo casi un centenar de ciudades y llegando hasta las mismas murallas de Constantinopla, que de manera apresurada se habían reconstruido *in extremis* después de un fuerte seísmo. Solo así, protegida por sus inexpugnables murallas, se salvó del saqueo.

El perturbador nombre de Atila había llegado a todos los rincones de Europa. Su sola mención causaba desasosiego, cuando no, auténtico terror. Algunos pueblos bárbaros enviaban emisarios con propuestas de alianza, mientras otros buscaban apoyo en el decadente Imperio romano de Occidente. La cristiandad se había extendido por gran parte del continente; tanto el Imperio romano de Oriente como el de Occidente habían abandonado sus antiguos cultos paganos. Igualmente, diversos pueblos bárbaros se habían romanizado y abrazado el cristianismo.

Llegado el año 451, Atila penetró en la Galia y tras atacar, saquear y asolar decenas de poblaciones de todos los tamaños, los hunos fueron detenidos a las puertas de la actual ciudad de Orleans por un potente ejército combinado de romanos, francos y visigodos al mando de Teodorico. Aunque tradicionalmente en los libros de historia se atribuye a este rey la primera y única derrota de Atila, a ella contribuyó en gran medida el *magister militum* [15] romano Flavio Aecio, hombre de gran experiencia en el combate y tácticas militares de su momento. Fue este romano quien realmente ejerció de jefe de estado mayor en este enfrentamiento. Esta batalla conocida con el nombre de los *Campos Cataláunicos* o *Campus Mauriacus*, situados cerca de la

ciudad de Troyes, se considera la última operación militar de envergadura llevada a cabo por el Imperio Romano de occidente antes de su definitivo colapso. Llegados a este punto, vale la pena conocer con detalle la última victoria del Imperio Romano, que tuvo como adversario a Atila, los hunos y sus aliados.

La conocida como *batalla de los Campos Cataláunicos* [16] enfrentó en el año 451 de nuestra Era a una coalición encabezada por el general romano Flavio Aecio y el rey visigodo Teodorico I contra una alianza de pueblos bárbaros encabezada por los hunos y comandada por su rey Atila. Esta batalla es considerada la última operación bélica a gran escala en el Imperio romano de Occidente y el cénit de la carrera militar del general Flavio Aecio; así como la última gran victoria de Roma. Efectivamente, una gran victoria romana, un triunfo que supuso la primera y única derrota de Atila y los hunos. Aunque también es verdad que tal triunfo no sirvió para detener el cercano fin del Imperio romano.

El lugar donde tuvo lugar la batalla fue en algún descampado ubicado en la margen izquierda del río Marne, cerca de las ciudades de Chalons y Troyes en la Champaña, en el norte francés, aunque se desconoce la ubicación exacta.

Meses antes del enfrentamiento, el emperador de Occidente Valentiniano III había entablado negociaciones con Atila. El objetivo de esta extraña y antagónica alianza era destruir entre ambos el reino visigodo de Tolosa, en la Galia.

Eran precisamente esos mismos visigodos los que décadas atrás se habían visto obligados a cruzar el Danubio debido al avance de los hunos. Por el camino, habían derrotado a los romanos en Adrianópolis, habían vagado durante años asolando los Balcanes, habían saqueado Roma en el año 410 comandados por Alarico y ahora ocupaban parte de lo que fueron las Galias. El emperador trataba por tanto de aliarse con los hunos antes de que los visigodos supusieran una amenaza para el imperio. A estas alturas había quedado más que patente la certeza de que Roma por sí sola no disponía de efectivos para enfrentarse —y mucho menos detener— a cualquiera de estos belicosos pueblos.

Aunque las supuestas intenciones de Atila eran las de ayudar a los romanos y expulsar a los visigodos de la Galia, las auténticas eran apoderarse de los ricos territorios del Imperio de Occidente. Cuando las tropas de Atila se pusieron en marcha hacia la Galia, el general Flavio Aecio hizo gala de su habilidad diplomática para conseguir una alianza defensiva con los visigodos, sus antiguos enemigos, con los que ahora lucharía codo con codo contra la presencia de Atila. Mientras tanto, los hunos habían llegado al norte de la Galia dejando constancia de sus verdaderas intenciones, pues como hemos comentado, habían

comenzado a saquearla sin contemplaciones. Ciudades como Metz, Reims o Amiens fueron devastadas y sus habitantes masacrados. Un numeroso ejército confederado de romanos, visigodos, algunos francos, alanos y otros pueblos emprendieron camino al norte, dispuesto a interceptar a los hunos y enfrentarse a Atila. Era la única manera de intentar erradicar el grave problema.

A estas alturas del siglo V, el Imperio Romano era entonces solo una sombra de lo que antaño fue. Desgastado, corrupto, carcomido y dividido tras siglos de existencia, agonizaba ante las repetidas avalanchas de invasores bárbaros que no podía frenar con los medios de que disponía. Sin embargo, el general Flavio Aecio gestionando de manera más que eficiente los escasos medios a su alcance hizo frente a las temidas hordas de los hunos.

En las filas de los dos bandos que se enfrentaron en esta batalla estaban integrados un gran número de pueblos de origen germánico. Por parte de los hunos, Atila contaba con una gran cantidad de los jinetes de las estepas que habían conformado su pueblo, apoyados por una gran cantidad de infantería de los reinos que le habían rendido vasallaje, como los ostrogodos, gépidos, hérulos o turingios, entre otros.

En el otro bando, el ejército romano estaba comandado por el *magister militum* Flavio Aecio, conocido en medios historiográficos como *«el último de los romanos»*, por sus denodados esfuerzos por defender un Imperio Occidental que se derrumbaba irremediablemente. El general Aecio buscó la ayuda de otros pueblos bárbaros, pues era consciente de que el ejército romano no podría frenar por sí solo a las huestes combinadas de Atila. Las fuentes citan que Atila atravesó el Rin con más de trescientos mil hombres.

En esta época el ejército romano estaba muy debilitado, solo era una sombra de lo que antaño fue: los salarios no eran tan atractivos como lo habían sido en siglos anteriores, las tácticas e incluso el armamento se habían quedado anticuados en relación con los avances que habían obtenido los enemigos de Roma y, en un imperio ya corrompido, desacreditado y empobrecido, el orgullo por pertenecer al ejército no existía, sencillamente había desaparecido. El Imperio de Occidente era del todo incapaz de controlar sus extensos territorios y kilométricas fronteras, que se habían vuelto permeables en cualquier punto a todo tipo de incursiones menores o invasiones de mayor calado. Ante esta situación los emperadores se veían obligados a reclutar bárbaros que penetraban en el imperio, actuando como *foederati* para tratar de impedir que otros bárbaros también entrasen. Flavio Aecio consiguió que se unieran a él visigodos, burgundios, francos y alanos. Una alianza a todas luces beneficiosa para la agotada y exhausta Roma.

Los dos ejércitos se desplegaron en campo abierto, en la actual

Champaña francesa, el veinte de junio del año 451 d. C. en los Campos Cataláunicos que dan nombre a la ciudad de Chalons y a la región de Champaña. Atila y Flavio Aecio se batieron con sus ejércitos en la que fue una de las batallas más sangrientas hasta esta fecha. La arenga previa al combate pronunciada por Atila a sus tropas ha llegado hasta nosotros a través del historiador Jordanes:

«Si os mantenéis en pie después de haber vencido a tantos pueblos, después de conquistar el mundo entero, considero inútil animaros con palabras como si fuerais soldados bisoños. Eso que lo haga un caudillo novato o un ejército sin experiencia. Ni es justo que yo os diga palabras trilladas ni conviene que vosotros las escuchéis. […] Ataquemos, pues, con coraje al enemigo. Los que deciden lanzarse a la lucha son siempre los más audaces. Despreciad a los pueblos dispares que se unen para luchar juntos; aliarse para defenderse es un síntoma de miedo. Ved cómo están ya muertos de terror incluso antes de vuestro ataque y por eso se suben a las alturas. […]Ya sabéis bien qué poco resistentes son las armas romanas. Aguantan difícilmente, no digo ya la primera herida, sino incluso la primera polvareda que se levanta cuando se ponen en orden de batalla o preparan su formación en tortuga. […]Hunos, servíos ahora de vuestra inteligencia y de vuestras armas; que el herido en combate reclame la muerte del adversario y que el que está ileso se sacie degollando a los enemigos. A los que han de vivir no los alcanza flecha alguna, a los que han de morir los hados los hacen perecer incluso en tiempo de paz. […]Este campo de batalla es el que nos han vaticinado tantos éxitos anteriores. Seré el primero en lanzar mis flechas contra el enemigo. Si hay alguien que se quede quieto mientras Atila lucha, que se dé por enterrado».

El ejército combinado del bando romano fue el primero en desplegarse sobre el campo de batalla, lo que tal vez permitió a sus unidades un precioso tiempo de descanso en espera de que hiciese su aparición Atila con sus huestes. El general Flavio Aecio dispuso a sus romanos en el ala izquierda, sobre una pequeña colina que dominaba el terreno. Situó a los visigodos bajo el mando su propio rey Teodorico I en el ala derecha. Entre ambos contingentes se colocaron los alanos, para dificultar una posible retirada de los visigodos. Atila llegó a la llanura cuando el ejército confederado romano ya había tomado posiciones. Esto nos puede hacer suponer que las tropas de Aecio se encontraban descansadas esperando la llegada del enemigo, que tuvo que entablar combate nada más aparecer en el campo de batalla, sin tiempo a descansar o hidratarse tras la marcha de aproximación.

Pocos datos han trascendido sobre lo que ocurrió a continuación. Se sabe que Atila y sus hordas montadas se situaron en el centro de su ejército, que los ostrogodos hicieron lo propio a su izquierda, frente a

los visigodos de Teodorico, y que el resto de los pueblos bárbaros se desplegaron a la derecha. Probablemente la intención del caudillo huno era atacar a los alanos con tal ímpetu y energía que abandonasen el combate. Según sus previsiones, con la huida de estos aliados, el ejército de Flavio Aecio quedaría partido en dos, lo que facilitaría rodearlo y destruirlo. Conozcamos en este punto la táctica y modo de luchar de los hunos según la describe Amiano Marcelino:

«La nación de los hunos […] supera a todos los otros bárbaros en el estado salvaje de vida […] Cuando atacan, algunas veces son capaces de entablar una batalla convencional. Después entrando en combate en orden de columnas, llenan el aire de gritos variados y discordantes. No obstante, luchan más a menudo en irregular orden de batalla, pero siendo extremadamente rápidos e imprevisibles en sus movimientos, se dispersan y después vuelven rápidamente a aparecer de nuevo en formación desconexa, esparcen la destrucción sobre las vastas llanuras y, precipitándose sobre las defensas, saquean el campamento de su enemigo antes casi de que se dé cuenta de su aproximación. Se debe reconocer que son los más terribles guerreros porque luchan a distancia con armas arrojadizas que tienen huesos afilados fijados admirablemente al astil. Cuando hay combate cuerpo a cuerpo con espadas; luchan sin considerar su propia seguridad, mientras su enemigo está atento a esquivar el golpe de las espadas, ellos le lanzan una red y enredan de tal forma sus miembros que pierde toda posibilidad de andar o cabalgar».

Volviendo al campo de batalla próximo a Chalons, Atila había dado orden de mantener la formación y que no se cargara hasta que no iniciase personalmente las hostilidades con sus guerreros hunos, sus temibles arqueros montados. Esa sería la señal de ataque y no antes. Durante unos tensos momentos tras finalizar el despliegue de los ejércitos, ambos bandos debieron quedar en silencio, observándose mutuamente, hasta que en un momento dado —ahora sí—, Atila ordenó a sus arqueros montados la aproximación al enemigo y que lanzaran sus flechas contra las líneas romanas. Era la señal convenida de ataque general en toda la línea de frente.

En ese momento, hunos, ostrogodos, gépidos y hérulos cargaron contra el ejército confederado que defendía los intereses de Roma. Atila, al frente de sus jinetes, se lanzó contra los alanos, mientras la infantería del conglomerado bárbaro chocaba con los soldados romanos de Aecio, que dominaban la colina bien posicionados en ella; por último, los ostrogodos entablaron combate con los visigodos. El choque, el griterío y el ensordecedor estruendo de armas posterior debieron de ser atroces. Se trataba de la mayor batalla que se libraba en las Galias desde hacía quinientos años, en tiempos de Julio Cesar.

El desarrollo de los combates se prolongó durante horas. Los ostrogodos lucharon ferozmente contra los visigodos, aunque las tropas de Teodorico consiguieron rechazarlos una y otra vez, mientras que los hunos causaban muchas bajas a los alanos en el centro de la línea de batalla. A pesar del temor de Aecio a una deserción masiva de los alanos, esta no se produjo. Todo lo contrario; los alanos demostraron ser unos fabulosos combatientes. Resistieron valerosamente las constantes acometidas de los impetuosos jinetes hunos, aunque no pudieron evitar ir cediendo terreno poco a poco pues eran las tropas más castigadas de la línea de combate romana. Volviendo a la colina, los disciplinados soldados romanos bajo el mando personal del general Flavio Aecio resistían sin demasiada dificultad frente a los descoordinados bárbaros que se lanzaban contra ellos sin aparente orden de batalla. Sin embargo, la mayor presión la estaba ejerciendo Atila en el centro del ejército confederado romano, sobre los muy castigados alanos, cuyas filas —a pesar de su enconada y valiente resistencia— comenzaron a resquebrajarse. En ese momento de la refriega, Atila localizó a Teodorico, el rey visigodo, combatiendo en primera fila contra los ostrogodos y lo mató, lo que supuso un duro golpe para la moral visigoda. Otras fuentes, como es el caso del historiador Jordanes dan otra versión:

«Entonces, el rey Teodorico, mientras pasaba revista a su ejército para infundirle valor, cayó de su caballo y fue pisoteado por los suyos, muriendo a una edad ya bastante avanzada. Pero hay quien dice que lo mató una flecha […]».

Sea como fuere, la muerte de Teodorico —tal y como esperaban los hunos— no causó una desbandada visigoda. Todo lo contrario, pues su hijo Turismundo, fue nombrado rey sobre el terreno en mitad del combate. Los visigodos contraatacaron con renovadas energías contra los ostrogodos de Atila, que fueron rechazados nuevamente dejando muchos hombres sobre el campo de batalla. Esto supuso el punto de inflexión en los Campos Cataláunicos. En ese momento la batalla cambió de rumbo. Atila, que había estado a punto de lograr la retirada alana y una posible desbandada visigoda, sufrió la retirada ostrogoda en sus propias filas y la enconada resistencia de los alanos y visigodos proromanos, que no cedieron a los continuos ataques de sus fuerzas. Llegado este momento, Turismundo reorganizó sus filas y ordenó a sus motivados hombres atacar a los hunos en honor a la memoria de su padre, cuyo cadáver aun yacía caliente sobre el campo de batalla.

Por entonces, ya se había producido una sangría en el ala derecha del ejército de Atila, que no había logrado abrir brecha en las sólidas filas romanas ancladas en la colina. Ese día los soldados romanos se batieron con el mismo valor que cualquiera de las legiones más

laureadas en la larga Historia de Roma. Atila percibió el peligro de una posible embestida visigoda por su izquierda, pues Aecio podría rodearlo por la otra ala. A tenor del cariz claramente negativo que tomaban los acontecimientos, Atila envió un jinete a su campamento portando la orden de que se levantase un *ustrinum* [17] de inmediato para ser utilizado por él mismo si fuese necesario. La batalla estaba perdida, y Flavio Aecio asestaría el golpe definitivo en cualquier momento.

Atila se percató de ello, así que reorganizó lo mejor que pudo sus mermadas fuerzas y huyó del campo de batalla hasta su campamento, dispuesto a suicidarse e incinerarse antes de dejarse capturar por el enemigo. Si el general Aecio decidía contraatacar, cercaría a los supervivientes en su propio campamento y podría aniquilarlos con relativa facilidad.

Sin embargo, a pesar de tener todo a su favor, el general romano no ordenó el contraataque. No se sabe con exactitud cuál fue la razón que originó tal decisión —que con toda probabilidad hubiese supuesto el fin de Atila y sus hombres—, pero se barajan varias posibilidades. Hay quien sostiene que Turismundo, el nuevo rey visigodo, rompió el acuerdo militar alcanzado por su padre con Aecio tras la retirada de los hunos, abandonando junto a sus tropas los Campos Cataláunicos, por lo que Aecio, con un ejército reducido a casi la mitad, no podría asestar el golpe final a Atila con garantías de éxito. Sin embargo, la razón más aceptada —aportada por el historiador Jordanes—, es que el general Flavio Aecio temía que, con la eliminación total de los hunos, los visigodos, muy fortalecidos en ese momento, se crecieran y trataran de conquistar el Imperio romano de Occidente. E incluso es posible que el general romano no tuviese intenciones de destruir al ejército huno con vistas a pactar una alianza en caso de que los visigodos se revolvieran contra Roma. Todas estas hipótesis son factibles. En todo caso, lo cierto es que Atila pudo finalmente retirarse sano y salvo a Germania, concretamente hasta el Danubio, sin ser molestado. Aunque los hunos y sus aliados habían sido derrotados, Atila podía darse por satisfecho de continuar con vida y no haber perecido en su propio campamento.

Al finalizar la larga jornada, Flavio Aecio, Turismundo y Atila abandonaron el sangriento campo de batalla de los Campos Cataláunicos dejando tras de sí —según estimaciones modernas— entre veinte y treinta mil cadáveres. Aunque el historiador Jordanes da otros datos:

> *«Se cuenta, pues, que en esta famosísima batalla en la que intervinieron los pueblos más valerosos hubo ciento sesenta y cinco mil bajas entre los dos bandos, sin contar los quince mil gépidas y francos que antes del combate principal se enfrentaron durante la noche y perecieron como*

consecuencia de las heridas que se infligieron mutuamente, ya que los francos luchaban en el bando romano y los gépidas en el de los hunos».

A pesar de la gran derrota sufrida a manos del general Flavio Aecio, el rey de los hunos no se dio por vencido. Esto queda patente en el hecho de que al año siguiente —452 d. C— penetraría sin apenas oposición en el norte de Italia.

El emperador Valentiniano III temeroso del creciente poder militar del general Aecio, lo asesinó con sus propias manos. Poco después era el propio emperador el que era asesinado por un exsoldado de Aecio. Esto ocurría tres años después de la gran victoria sobre Atila. De este modo, el Imperio Romano entraba en una espiral de violencia y debilidad, donde a modo del *Morbo Gótico* [18] practicado por los visigodos, se suceden los emperadores de manera rápida y violenta, hasta el año 476 que es depuesto el último emperador de Roma —Rómulo Augústulo—, a manos de Odoacro, rey de los *hérulos* [19]. Como hemos conocido, las enseñas imperiales fueron enviadas a Constantinopla, quedando definitivamente liquidado el Imperio Romano de Occidente, abriéndose con este último acto las puertas de la Edad Media.

Con anterioridad a estos hechos, Flavio Aecio había contenido y derrotado en el año 436 a los burgundios —que habían traspasado el cauce del Rin como consecuencia de la presión ejercida por los hunos —, causándoles veinte mil bajas, muriendo en la batalla el propio rey burgundio Günther. Este hecho histórico está narrado en el poema épico «*Los Nibelungos*» que a su vez inspirará siglos después al compositor Wagner en su «*Anillo de los Nibelungos*».

A pesar de la gran derrota sufrida en los Campos Cataláunicos, Atila no estaba todavía acabado. Si volvemos sobre los movimientos de los hunos, en el año 452, como hemos comentado antes, es la península itálica la que sufre la presencia de las hordas de Atila, devastando todo el norte italiano. Pero su presencia en estos territorios donde la pobreza, el hambre y las epidemias campaban a sus anchas en estas fechas, no era por consiguiente por afán lucrativo, ni tan siquiera por restablecer su prestigio militar tras la derrota del año anterior. Atila se presenta a las puertas de la misma Roma con la intención, nada más y nada menos, de pedir en matrimonio a la hermana del emperador. Algo desconcertante —sobre todo para Valentiniano— pero que tiene su fundamento.

Parece ser que Honoria —este era el nombre de la noble dama—, en absoluto secreto había enviado dos años antes su anillo a Atila, demandando ayuda ante el temor de que su hermano, el emperador Valentiniano III, la casase con un viejo y rancio senador. Honoria, hermana mayor del emperador, había protagonizado con anterioridad notables escándalos amorosos, y con este matrimonio, Valentiniano

pretendía que su hermana sentara la cabeza de una vez, pero sin saberlo, en lugar de esto, se encontró al mayor enemigo del Imperio, el mismísimo Atila, a las puertas de Roma, en busca de su hermana.

Lo cierto es que Atila se detuvo a las puertas de la ciudad de Roma, y tras entrevistarse con una delegación encabezada por el papa León I se retiró sin reclamar a Honoria ni ningún otro tipo de compensación. No sabemos con certeza cuales fueron sus razones para abandonar Italia de este modo. Algunos autores consideran que su ejército se encontraba muy debilitado por las epidemias, puede que Atila considerase las defensas de Roma lo bastante sólidas para resistir su ataque o incluso que la superstición lo detuviese, ya que Alarico murió a los pocos días de saquear Roma cuarenta años antes, exactamente en el año 410; todo esto sin menospreciar el poder de persuasión que pudiera tener el papa León I, ayudado, según las crónicas cristianas por San Pedro y San Pablo. Evidentemente la ayuda de los dos santos formaba parte de la propaganda papal del momento, que no dudó en atribuirse este notable éxito. A lo largo de toda la historia, sin excepción, todos los pueblos, naciones, dirigentes y ejércitos han actuado con la convicción de que los dioses, sus dioses o Dios, según el periodo histórico, estaban o Estaba de su parte, valorando siempre la intervención divina en sus éxitos y fracasos, en sus victorias y derrotas.

Definitivamente, la retirada de Roma alejó a los hunos y a su caudillo hasta su palacio-campamento al este del Danubio, donde Atila contrajo matrimonio con Ildico, una mujer de origen germánico, muriendo inesperadamente en su noche de bodas a causa de una hemorragia nasal, aunque por supuesto hay otras versiones de su muerte, esta es la más cercana a los hechos. Muerto Atila en el año 453, el efímero pero devastador Imperio de los Hunos se disolvió con la misma celeridad con la que se creó. Habrían de transcurrir casi cuatro siglos para que nuevas hordas de terribles invasores asolen la Cristiandad por los cuatro puntos cardinales.

---

9 Frontera fortificada, que en tiempos del Imperio Romano se situaba en el rio Rin y el rio Danubio.

10 Nombre que los romanos daban a todos los pueblos asentados fuera del limes.

11 Tienda de campaña formada por pieles, lonas y fieltros. Tiene forma circular y techo cónico; es característica de los pueblos nómadas de las estepas asiáticas.

12 Pueblo de origen asiático. En el siglo V penetraron en la Península Ibérica.

13 Pueblo y reino germánico que ocupó el norte de Italia en el siglo V.

14 Pueblo de origen germánico que en el siglo V se instaló en la Península Ibérica hasta que en el año 711 fue derrotado e invadido por los musulmanes.

15 Jefe del ejército. Honor otorgado por los emperadores de Roma a algunos reyes germánicos.

16 También llamada *batalla de Chalons* o *batalla de Locus Mauriacus*.

17 Pira funeraria donde se incineraban los cadáveres.

18 Nombre con el que se conoce a la costumbre entre los visigodos de alcanzar el poder, asesinando al predecesor en el trono.

19 Pueblo de origen germánico, situado a orillas del río Danubio. En el año 476, fue su rey Odoacro, quien puso fin al Imperio Romano de Occidente, destituyendo al último emperador romano, Rómulo Augústulo.

LAS SEGUNDAS INVASIONES

Desde finales del siglo VIII y principios del IX se va a abatir sobre Europa el fenómeno conocido por la historiografía con el nombre de «segundas invasiones», que terminaron por debilitar a los reinos cristianos de occidente, acosándolos por diferentes frentes y distintas latitudes; llegando incluso a formar nuevos estados en Centroeuropa, en Escandinavia, Gran Bretaña y Sicilia.

El más claro antecedente de la irrupción y asalto a Europa protagonizado por pueblos hasta entonces ajenos a su Historia lo encontramos un siglo antes en la Península Ibérica, cuando al iniciarse la segunda década del siglo VIII irrumpen en la Hispania Visigoda elementos sarracenos procedentes del norte de África. El reino visigodo, entonces débil, dividido y disperso fue ocupado con suma facilidad; tanta que las hordas sarracenas llegarán más allá de los Pirineos en tan solo un par de años.

En tierras centroeuropeas, entre los dominios del Imperio Carolingio y el Imperio Bizantino existirá una periferia territorial bajo la basculante y esporádica influencia de ambas entidades imperiales, pero en la que se establecen una serie de poderes locales que crean realidades políticas emergentes, como es el caso de la presencia magiar o la de vikingos varegos recorriendo los largos cursos fluviales rusos que llegan hasta Bizancio. Estos elementos, ajenos a los grandes focos de poder, algunos con estructuras muy tribales todavía, comparten ciertas características. Se sustentan en economías muy básicas apoyadas en lo agrario, o bien se trata de pueblos seminómadas sustentados en la ganadería. Esta simple y precaria economía agropecuaria —como es el caso de los magiares o los vikingos— es completada con asaltos e incursiones de rapiña sobre los más desarrollados territorios cristianos.

Los vikingos irrumpirán con especial persistencia en las grandes islas de Irlanda y Gran Bretaña, así como en la costa atlántica francesa. Aunque su progresión —siempre por vía marítima— llegará mucho más lejos como vamos a comprobar. Con el paso de los años, tras su cristianización se fusionarán con la población autóctona de los territorios donde se han asentado, siendo un factor determinante en el posterior desarrollo histórico de estos territorios.

Por el sur, la Cristiandad se verá acosada por los sarracenos, que desde al-Ándalus y el norte de África se adueñarán del Mediterráneo, llegando a ocupar Sicilia y las Baleares, islas desde las que efectuarán constantes incursiones sobre la costa mediterránea francesa y toda Italia, llegando incluso a presentarse ante las murallas de la misma ciudad de Roma.

Todos estos pueblos —vikingos, magiares y sarracenos—

contribuyeron de manera especial a que un ambiente decadente y apocalíptico de claras connotaciones milenaristas se apoderara de toda la Cristiandad. Por otra parte, constituyen nuevos focos de poder ajenos al control de los reinos cristianos y comparten el denominador común de ser paganos, por lo que serán combatidos tanto con la espada como con la Cruz, llegando con el transcurso del tiempo a ser cristianizados, como fue el caso de vikingos y magiares. A partir del siglo XI, con el fin del período vikingo y la progresiva cristianización magiar, serán los sarracenos el único poder que desafíe a la Cristiandad. Los musulmanes continuarán siendo combatidos durante largos años en dos teatros de operaciones principalmente: en la Península Ibérica durante la *Reconquista* y en Tierra Santa, mediante la proclamación de sucesivas *Cruzadas*.

Hubo un tiempo en la vieja Europa durante la Alta Edad Media conocido como Edad Oscura o Edad de las Tinieblas, donde los poderes feudales no garantizaban la seguridad de nadie. La violencia constituía el pan nuestro de cada día, no existía un poder fuerte ni estable y los nobles se encontraban la mayor parte del tiempo guerreando contra sus vecinos en luchas locales incapaces de ponerle fin, donde se cometían todo tipo de atrocidades que las más de las veces quedaban impunes; este continuo estado de guerra oprimía de manera especial a los más débiles, agobiados por continuas, abusivas e injustas *composiciones* [20]. Ancianos, niños, mujeres, clérigos, campesinos, mercaderes, todos sin distinción eran víctimas inocentes de este ambiente feroz en el que no se respetaban ni las *sagreras* [21], ni a las propias iglesias.

Por si esto era poco, y para colmo de males, muy pronto harán su aparición nuevos actores en el devenir de la historia europea. Se trataba de feroces guerreros que, a bordo de fantasmagóricos barcos con forma de dragón, como manadas de lobos, descendían desde el más recóndito, oscuro y frío norte continental. Como tarjeta de presentación traían la rapiña, la crueldad y la guerra. Efectivamente, no eran demonios, fantasmas, ni lobos, criaturas todas ellas identificadas con el mal durante los periodos más oscuros de la Edad Media; se trataba ni más ni menos que de los vikingos.

En primer lugar, vamos a distanciarnos de la imagen y la idea preconcebida que podamos tener de los vikingos, adquirida a través de lecturas basadas en el mito y la leyenda, reforzada por series de dibujos animados y películas de aventuras, centradas en estos adoradores de Odín, bebedores de cerveza en grandes cuernos, similares a los de su casco de guerrero, etc..; pues bien, borremos todos estos conceptos de nuestra percepción estereotipada del vikingo y descubramos lo que realmente la Historia nos cuenta con certeza sobre estos pueblos nórdicos.

Poco antes de iniciarse la segunda mitad del siglo IX de nuestra Era, concretamente hacia el año 843, se desarrolla el fenómeno que la historiografía denomina «*segundas invasiones*», protagonizadas por pueblos situados en la periferia europea y que hasta ese momento no habían interferido en su Historia; entre esos pueblos —tal y como hemos conocido en la presentación— se encuentran los vikingos.

Originarios de Escandinavia, se les denomina —sobre todo en tierras de Inglaterra y Francia— hombres del norte, o lo que es lo mismo, normandos; incluso en alguna ocasión se les identifica con el nombre de boreales [22]. En realidad, aunque resulte algo paradójico, fuera de sus territorios de origen —Escandinavia—, sus contemporáneos les

llamaban de cualquier manera, menos vikingos. Por ejemplo, los musulmanes los llamaban *mayus*, los germanos los identificaban como *ascomanni* [23], los irlandeses se referían a ellos por el nombre de *fingaill* [24], los eslavos identificaban a los vikingos con el sonido *rus* . El cronista musulmán Ibn Fadlan, que durante un tiempo convivió con ellos, los llama «*los demonios de la niebla negra*». Como podemos comprobar, con toda esta variedad de nombres y términos es más que seguro, que las gentes que sufrieron su acecho en cualquier punto geográfico de Europa se referirían a estos guerreros llegados del norte con otros términos o calificativos que no han llegado hasta nosotros y por lo tanto nos son desconocidos; pero sin duda, sea cual fuese el calificativo para nombrarlos empleado por la gente del medievo que sufrieron su presencia, no cabe duda de que se trataba de los guerreros que nosotros llamamos vikingos.

Habíamos oído hablar de vikingos y de normandos; pues bien, son el mismo pueblo, que estuvo asentado originalmente en las actuales costas de Dinamarca, Suecia y Noruega. La palabra vikingo procede del antiguo noruego «*viking*», término que para los que sufrieron sus correrías significaba *pirata*, aunque para los propios vikingos su significado era totalmente diferente. Estos lo interpretaban como el que va de expedición marítima, ya fuese guerrera o comercial. Curiosamente, el uso de la palabra «vikingo» se perdió en la Historia occidental después de la Era vikinga (795-1066) volviendo a reaparecer en Europa solo con la llegada del romanticismo y el renovado interés por la Historia resurgido en el siglo XIX, en especial a partir de su segunda mitad.

El idioma que hablaban todos los vikingos era el antiguo nórdico. Conocido también como lengua *normánica* o danesa. Se trataba de una lengua más o menos común a todas las gentes que entonces habitaban Noruega, Dinamarca, Suecia e Islandia, si bien es cierto que existían notables diferencias dialécticas entre las poblaciones del sur escandinavo —daneses y suecos meridionales— y los habitantes del norte —noruegos—, cuya lengua exportarán estos últimos a través de sus colonizaciones hasta Islandia y Groenlandia.

De estas mismas latitudes procedían algunos de los pueblos que habían protagonizado las invasiones del siglo IV que traspasaron el *limes* [25] y colapsaron el Imperio Romano contribuyendo a su caída, tales como los burgundios, godos o vándalos; por lo que los normandos o vikingos son descendientes directos de estos mismos pueblos.

No existe una causa determinante para explicar estos movimientos normandos hacia el sur —siempre por vía marítima—, aunque se barajan varias. Las más relevantes y consensuadas por los historiadores serían las tres siguientes: un exceso de población, un

posible cambio climático o un afán aventurero y de pillaje. Estas propuestas constituyen las principales hipótesis aportadas por la historiografía. Ninguna de estas aportaciones se impone categóricamente sobre las demás. No se puede excluir ninguna, admitiendo incluso la confluencia de varias o todas ellas.

Efectivamente, estudios actuales certifican un radical empeoramiento climático que redujo notablemente las tierras de cultivo ya escasas de por sí, debido a la orografía escandinava —apenas un 5% del territorio escandinavo es apto para la agricultura— y, además, esto coincidió con un fuerte crecimiento demográfico a partir de mediados del siglo VIII. Algunos autores cifran la población escandinava cercana al millón de individuos para estas fechas. Esta cifra constituye una densidad de población ciertamente elevada —para época medieval— en las tierras que la abrupta orografía escandinava ofrece como hábitat confortable para los humanos.

Ateniéndonos a términos geopolíticos, la superpoblación consiste en una alta densidad de población que provoca un drástico empeoramiento del entorno, una disminución en la calidad de vida o situaciones de carestía, hambre y, por lo tanto, también conflictos. Esto es perfectamente equiparable a lo sucedido en las tierras escandinavas a partir de mediados del siglo VIII de nuestra Era.

Atendiendo a este elevado número poblacional, debemos entender que no todos los vikingos eran guerreros. Nada más lejos de la realidad. La gran masa social predominante dentro de la sociedad escandinava de este periodo eran los llamados *Bróndi* [26]. Ya fuesen hombres libres, nobles, siervos o esclavos, la vida dentro de la sociedad escandinava se desarrollaba en el entorno de la granja o la aldea. Estas proporcionaban comida, seguridad y refugio, constituyendo el núcleo esencial en torno al cual giraba la sociedad y la economía vikinga.

Si nos hacemos una imagen idealizada de cómo sería el vikingo «perfecto», podríamos afirmar que el vikingo medio era un hombre tremendamente completo, versátil y polivalente en los más diversos quehaceres, pues sería capaz de gestionar, trabajar y mantener sus tierras. Pero además de este arduo trabajo es herrero, artesano, tejedor, constructor de barcos, de viviendas, cazador, pescador, *etc.* En el hogar es el conductor de los ritos religiosos de carácter privado, así como *escalda* [27] e intérprete de arpa en ocasiones. Y si todo esto nos parece poco, el vikingo es un gran comerciante, especialmente dotado para la transacción, el intercambio y para hacer fortuna. Principalmente en los meses de verano, es el *Bróndi* quien se embarca en los fiordos y parte de expedición vikinga, por lo que también tiene unos conocimientos bastante notables sobre técnicas de navegación y astronomía. Por supuesto controla el manejo de las diversas armas y es

perfectamente capaz en el combate y la guerra. Conocido todo esto, ¿que más se puede exigir a un vikingo?

La mayor parte de estas preparadas gentes se dedicaban pacíficamente a la agricultura, a la ganadería, al comercio, la artesanía, las manufacturas, la construcción naval o la pesca. A todo esto, habría que sumar el amplio abanico de labores complementarias que acompañan a todas estas actividades agropecuarias y artesanales. Analizados desde dentro estos pueblos vikingos no debieron ser tan fieros, brutos, despiadados y salvajes como nos transmiten las aterradas crónicas cristianas. Sin duda, todos estos atributos muestran el semblante más belicoso del vikingo; eran los propios de la guerra y, por tanto, los percibidos por aquellos que sufrieron sus devastadores ataques. Pero una vez en casa parece ser que se imponían los buenos modales y la hospitalidad, porque una crónica de las sagas vikingas escrita sobre el año 800 sugiere de cómo debe comportarse un vikingo, con tal educación, sentido común y saber estar que bien podríamos trasladarlo sin ninguna objeción a nuestros días. Estos sabios consejos para la vida diaria de un vikingo dicen así:

— *Lleva siempre los ropajes limpios y decentes.*

— *Evita la lujuria.*

— *Si tienes mucho trabajo que hacer, levántate temprano para que el nuevo día no te sorprenda perdiendo el tiempo.*

— *No otorgues tu amistad a los enemigos de tus amigos.*

— *No digas mentiras, pero si alguien te engaña, tú puedes también engañarle.*

— *Si llegas como invitado a una casa y tienes algo interesante que decir, dilo con moderación. Si no tienes nada que decir escucha con atención al que te ha invitado.*

— *No seas ambicioso.*

— *Bebe si te apetece, pero no te emborraches.*

— *Si recibes invitados en tu casa, ofréceles agua y toalla para lavarse, y siéntalos luego a tu lado junto al fuego.*

— *Sé honesto.*

Conocidos estos cabales consejos, es de destacar que la hospitalidad era casi una obligación entre estas gentes de latitudes tan septentrionales caracterizadas por largos, crudos, fríos y oscuros inviernos, donde un lugar donde guarecerse, algo de comida y un buen fuego no tenían precio.

La sociedad escandinava, al igual que el resto de las sociedades medievales, se estructuraba de forma piramidal. Aunque hemos de aclarar que entre los vikingos la figura del monarca tal y como se conocía en los reinos cristianos no aparecerá hasta la progresiva conversión al cristianismo durante el final de la *Era vikinga*. Hasta entonces en lo más alto de la estructura social vikinga se encontraban

los que ostentaban un *Hold* [28]. Los miembros de este alto escalafón solían ser las personas más ricas y relevantes de la comunidad vikinga —el *Jarl*—, siendo elegidos por el pueblo como jefes o conductores, y bajo su mando se organizaban las expediciones de saqueo con la llegada de la primavera y el buen tiempo. Si al regreso de la campaña no se habían obtenido éxitos o el botín no era el esperado, podían ser depuestos de su cargo por el propio pueblo que los había aupado al poder, nombrando en su lugar a otro alto miembro de la comunidad en quien depositaban mayores esperanzas y expectativas; por el contrario, si las expediciones resultaban exitosas y el botín suculento, el jefe en cuestión aumentaba su prestigio y de este modo se podía perpetuar en su cargo una campaña tras otra avalado por sus éxitos.

Estos caudillos vikingos no gozaban de plena legitimidad en el mando hasta que el *Thing* [29] les prestase juramento y fidelidad. Si estos jefes, reyezuelos o caudillos morían mientras ejercían el mando, era su hijo primogénito quien heredaba el puesto, previo juramento —como era preceptivo— del *Thing*. Pero este reconocimiento no era ni mucho menos gratuito. El nuevo jefe debía de ganarse la confianza de los suyos, al igual que había hecho su progenitor, es decir, con éxitos expedicionarios, botín de todo tipo y riquezas.

Llegado el caso de posibles rivalidades políticas o enraizados conflictos entre dos dirigentes vikingos, que la asamblea o el *Thing* no lograban dirimir por no tener claro quién era el poseedor del derecho o la verdad, se optaba por la resolución del conflicto o las diferencias a través de un *Holmgard* [30]. De la clase social más alta de las comunidades vikingas procedía también el *gode* [31] encargado de celebrar los ritos religiosos paganos. Con el paso del tiempo y la progresiva cristianización de los vikingos se impondrá también la prueba de la *ordalía* [32] para dirimir conflictos.

Todas estas gentes que componían la élite nobiliaria vikinga eran, como no podía ser de otro modo, amantes del lujo y el estatus social que éste otorgaba, diferenciándolos de sus congéneres más humildes y pobres. Los productos y artículos considerados bienes de consumo y de lujo no solían proceder —sobre todo en los primeros tiempos de la *Era vikinga*— de la producción artesanal local, sino que eran traídos desde las cortes de los reinos europeos, bizantinos o musulmanes; primero importados por simples comerciantes, y luego conseguidos por las cada vez más frecuentes expediciones de asalto y saqueo. Un fragmento extraído de una saga nos da una idea aproximada del intercambio comercial desplegado por un solo barco vikingo:

> *«Tenía un barco muy marinero, pintado por encima de la línea de flotación, vela con franjas azules y rojas y aparejos magníficos. Mandó cargarlo con pescado seco, pieles y mantas que había traído de las montañas, cosas muy valiosas todas ellas, fueron a Inglaterra para*

cambiarlas, cargaron el barco con trigo, miel, vino y vestidos».

El constante trasiego comercial y expedicionario practicado por los vikingos hizo proliferar la aparición de numerosos puertos, fondeaderos y mercados en todas las costas y fiordos escandinavos en torno a los cuales se desarrolló una pujante actividad comercial, y un crecimiento, por consiguiente, de la economía vikinga y del número de pobladores en estos nuevos núcleos. Entre estos florecientes puertos —que un día solo fueron simples *wik* [33]— hubo dos que alcanzaron, por su especial desarrollo, un alto renombre y prestigio como puntos de encuentro y actividad comercial: Birka y Hedeby.

Estos asentamientos se convirtieron transcurridos pocos años en importantes centros de comercio, principalmente de artículos decorativos y de lujo, productos que se encontraban en pleno auge en la época —considerados en muchos casos exóticos— dado que eran muy valorados y por tanto demandados como forma de reafirmar y exhibir la importancia social y el estatus económico de sus privilegiados compradores.

El puerto de Hedeby, situado en Dinamarca, al sur de su costa oriental, se convirtió muy pronto en uno de los principales focos de intercambio norte-europeos. En estos puertos desarrolló especial relevancia la compraventa de esclavos, con tal actividad que algunas crónicas la equiparan incluso a los mercados esclavistas bizantinos. Esta ciudad costera llegará a desarrollar y ostentar tal relevancia que, en el año 948, de la mano de la implantación del cristianismo entre los vikingos, se convertirá en Sede Episcopal.

Como consecuencia del incuestionable éxito comercial de estos establecimientos, al poco tiempo se transformaron también en un importante centro de producción donde los artesanos locales fabricaban cotizados objetos destinados al intercambio comercial a partir del hierro, o las pieles y el marfil de los animales de la zona. Estos objetos eran intercambiados por suntuosos tejidos bizantinos, sedas chinas, espadas cristianas, cotizado vino del Rin y del Ródano —en latitudes escandinavas la vid no arraiga—, o refinadas piezas de joyería árabe. Se calcula que en el siglo IX el próspero asentamiento de Birka podría albergar una población permanente de unos mil quinientos habitantes, pudiéndose elevar hasta las ocho mil almas cuando los comerciantes convergían en ella —habitualmente durante la primavera y el verano— para los mercados y ferias estacionales.

Dentro del tejido social vikingo también existían profesionales que realizaban trabajos especializados. Estos operarios habían dado origen a una nueva clase social: los artesanos, aunque en principio eran de poca importancia pues la mayoría de ellos contemporizaban el ejercicio de su oficio con el cultivo de las tierras, el comercio o incluso la piratería, fueron adquiriendo importancia y relevancia con el paso

del tiempo y la especialización sobre determinados soportes como el caso del marfil. El oficio de tallador llegó a gozar de una consideración y prestigio que podían compararse con los de los orfebres o constructores de barcos. En las paredes de un taller dedicado a la talla colgaban cornamentas de ciervo y arce junto a otros huesos de animales destinados todos a la elaboración de peines, broches, fíbulas y, además, empuñaduras de espadas y cuchillos, dados y otras fichas de juego. El éxito de estos oficios hizo que muchos artesanos contaran en sus talleres con un gran número de esclavos y ayudantes ante la elevada demanda de sus artículos.

Una gran excepción dentro del artesanado nórdico fueron los maestros canteros, grabadores de *piedras rúnicas* [34], pues hasta los más admirados guerreros, si eran hábiles con las herramientas, eran requeridos para grabar y erigir las piedras en honor de los caídos allá donde se les solicitaba. Los vikingos desarrollaron un alfabeto denominado *alfabeto rúnico*, el cual les permitió crear inscripciones basadas en runas. Se trataba de una especie de letra que comprendían tanto largas como cortas, es decir, lo que hoy llamamos mayúsculas y minúsculas. Este conjunto de letras llegó a ser conocido como *futhark* [35] y ha llegado hasta nosotros inscrito en numerosas piedras, estelas, rocas y maderas atribuidas a la mano de los vikingos.

Tal vez, el más conocido de estos canteros fue un vikingo de nombre *Ulf* que no fue solo un maestro cantero del siglo XI en la Suecia vikinga, sino también un próspero y acaudalado vikingo que regresó en tres ocasiones de las incursiones en tierras de Inglaterra con grandes beneficios procedentes de los tributos allí implantados a la población autóctona, que atemorizada por la constante amenaza vikinga pagaba con rigurosa puntualidad.

La vida diaria de los campesinos está abundantemente descrita en algunas sagas. Se trata de narraciones bucólicas en prosa sobre las gentes escandinavas, y no parece diferenciarse mucho de la dura vida que llevaban el resto de los campesinos medievales de cualquier punto del orbe conocido. El elemento natural de la vida campesina era la aldea y la granja. Estas estaban organizadas en una rígida economía cerrada, de manera que cada una de estas explotaciones producía, con el trabajo de sus habitantes, todo lo necesario para la subsistencia. La familia vikinga campesina vivía en la autarquía, es decir, todo se manufacturaba o se producía dentro de la propia comunidad.

Los vikingos se dedicaban principalmente a la caza y la pesca como fuentes de alimentación complementarias a la agricultura, aunque eran muchas las granjas que se dedicaban a la cría de algunas cabezas de ganado estabulado como vacas, cerdos, cabras y sobre todo ovejas. No resultaba extraño que estas familias dedicadas a la cría de algunas cabezas de ganado convivieran dentro de la misma estancia con sus

animales pues generaban un agradable calor sin necesidad de encender fuegos —el olor ya sería otra cosa— a la que seguro terminarían acostumbrándose. En referencia a la depurada y eficaz práctica pesquera desplegada por los vikingos nos podemos remitir a estos fragmentos sacados de la saga de Egil Skallagrimsson:

«[…] en primavera mandó a sus hombres a pescar bacalao en Vágar, y otros a pescar arenque, y volvieron a casa con muchísima pesca [...] Había también muchas ballenas, y se podían cazar tantas como se deseara, pues todas las presas se quedaban quietas, ya que no estaban acostumbradas al hombre […] Los salmones no faltaban ni en el río ni en el lago; eran los salmones más grandes que habían visto nunca».

Aunque las ballenas eran conocidas por todos los vikingos desde su más temprana niñez, el cronista musulmán Ibn Fadlan —procedente de la lejana corte de Bagdad— quedó profundamente impresionado a la vista de estos enormes cetáceos, a los que describió con detalle; por supuesto, no como lo haría hoy un biólogo marino, sino desde su cultivado punto de vista medieval:

«En aquel momento uno de ellos lanzó un grito, invocando a Odín, un alarido de súplica, repetido muchas veces con el mismo fervor, y vi al monstruo con mis propios ojos. Tenía la forma de una serpiente gigantesca que no levantaba la cabeza fuera del agua. A pesar de ello pude ver cómo enroscaba y agitaba el cuerpo, aparte de que era muy largo y más ancho que el barco de los nórdicos y de color negro. El monstruo marino arrojaba al aire una columna de agua, como una fuente, y luego se hundía y levantaba una cola partida en dos, como la lengua bifurcada de una víbora. Era, no obstante, enorme esta cola y cada una de sus dos secciones era más grande que la copa de una palmera […] Vi en seguida otro monstruo, y otro, y otro. Aparentemente eran cuatro o tal vez seis o siete […] los nórdicos gritaron a Odín, pidiéndole ayuda y no pocos entre ellos cayeron de rodillas sobre cubierta, temblando de terror.[…] Herger manifestó que había estado a bordo de un barco atacado[…]me dijo que los monstruos marinos eran más grandes que nada existente en la superficie de la tierra y más grandes que ningún barco sobre el mar, y que cuando atacan pasan por debajo de la embarcación y la levantan por los aires y la apartan a un lado como si fuera un trozo de madera, para aplastarla por fin con la cola bifurcada […]me dijo que su barco había tenido treinta hombres a bordo y que solo él y dos más sobrevivieron por la gracia de los dioses[…]los nórdicos saben que los monstruos atacan a los barcos porque quieren copular con ellos, por suponer erróneamente que estos son de su misma especie. Por esta razón los nórdicos no construyen sus barcos de un tamaño excesivo».

En tierras danesas —con mayor extensión agrícola que en la península escandinava— era habitual el cultivo de cereales como la cebada, el centeno, la avena y cultivos de huerta como las cebollas, los repollos y las judías. El vino era un auténtico lujo, lo que no quita para que fuese consumido por los vikingos económicamente más pudientes quienes lo importaban de las lejanas tierras adyacentes a los valles del Rin y el Ródano. Pero las bebidas espirituosas que estas gentes producían y consumían en ingentes cantidades eran cerveza e hidromiel. El cronista árabe Ibn Fadlan describe las peculiaridades de esta última:

«La horrible bebida llamada hidromiel está hecha de miel fermentada. Es el líquido más agrio, más negro y más repugnante que haya inventado jamás nadie, y con todo es tan potente como cualquiera de las bebidas que se conocen. Bastan unos pocos sorbos para que el mundo comience a girar. Por suerte yo no bebí, loado sea Alá».

Es muy probable que el cronista musulmán, a pesar de lo prohibitivo de sus creencias religiosas, comprobase en primera persona los efectos del hidromiel porque en otro párrafo no duda en afirmar:

«Me ofreció entonces una copa de hidromiel para aliviarme el frío que sentía y bebí esta copa de hidromiel sin detenerme, sintiéndome agradecido por ella».

En cuanto a la cerveza, se obtenía mojando la cebada en agua y dejándola crecer hasta que comenzaba a germinar, esto daba lugar a la malta. Posteriormente, la malta ya seca, se trituraba y se calentaba en agua para liberar azucares que lograban la fermentación. La cerveza era tal vez la bebida más consumida y demandada en las mesas vikingas, aunque si por algún motivo no la había se sustituía por cualquier otro «brebaje». Baste como ejemplo este párrafo extraído de la saga de Egil Skallagrimsson:

«Armód mandó preparar las mesas, y luego trajeron grandes jarras de leche agria. Armód dijo que lamentaba no tener cerveza para ofrecerles».

Como hemos podido comprobar, los recursos alimenticios y la bebida en el ámbito de los vikingos estaban directamente relacionados con los recursos que les proporcionaban las tierras, mares y ríos a su disposición donde desarrollaban sus actividades. El trabajo de la tierra, además de los cereales y frutas cultivadas en las granjas, se complementa con los frutos silvestres que proporciona el entorno natural colindante a las aldeas, más la cría de ganado y algunas aves. El ganado vacuno, caprino y lanar proporcionaba carne, leche, lanas y pieles para la confección de los imprescindibles ropajes en estas frías

latitudes. La leche y sus derivados son uno de los alimentos al que los vikingos prestan una dedicación especial; productos que consumirán a diario o bien almacenarán para disponer de ellos a lo largo de los meses. La leche agria era una bebida muy consumida y recurrente cuando no había cerveza a mano.

Como hemos conocido, en el mar y en los ríos los vikingos pescaban gran número de peces que junto a las carnes suponían la base principal de la cocina y la dieta nórdica. Sin lugar a duda, la notable expansión marítima desplegada por los vikingos los llevó a conocer nuevos recursos y prácticas alimentarias que enriquecieron su panoplia culinaria. De nuevo el cronista Ibn Fadlan nos acerca al mundo vikingo relatándonos con exquisito detalle una comida en la que estuvo presente:

«De la mesa de Rothgar diré lo siguiente: que cada comensal tenía su mantel y su plato, además de cuchara y cuchillo, que la comida consistía en cerdo y cabra hervidos, además de pescado, pues los nórdicos prefieren las carnes hervidas a las asadas. Había, además, repollos y cebollas en abundancia y manzanas y avellanas. Me dieron por último una carne algo dulce y muy suculenta que no había probado yo hasta entonces. Según me dijeron era carne de alce o de reno».

Uno de los principales recursos destinados al comercio era la caza de morsas, por su cuero, carne y, sobre todo, su marfil. Un explorador, cazador y aventurero vikingo llamado Ohthere de Halogaland menciona las riquezas naturales descubiertas en su recorrido hacia el este, en las tierras del mar Blanco y *Bjarmaland* [36] y entre ellas menciona:

«(…) las morsas de no más de siete varas y que en dos días había cazado sesenta y seis ejemplares por su valioso marfil».

Retomando el estudio del antiguo tejido social nórdico, nos encontramos que en el escalafón más bajo de las comunidades vikingas se encontraban los llamados *thralls* [37]. En la actualidad, podemos afirmar ateniéndonos al rigor historiográfico que la sociedad vikinga era claramente esclavista, algo que había quedado en un segundo plano durante décadas a la hora de abordar el estudio de los vikingos. Recientes estudios arqueológicos confirman esta faceta de la economía y la sociedad escandinava.

A partir de nuevos hallazgos y análisis de descubrimientos —desde collares de hierro para esclavos o prisioneros, procedentes de Irlanda hasta posibles viviendas para esclavos de plantaciones en Suecia—, en la actualidad, los arqueólogos están esclareciendo el importante papel de la esclavitud en la producción y el sostenimiento de la economía y el estilo de vida vikingo.

Estas pobres gentes destinadas a vivir en la esclavitud eran en su inmensa mayoría extranjeros procedentes de las regiones saqueadas o en algunos casos —los menos—, individuos endeudados de la propia comunidad, o sus descendientes. En una fuente medieval conocida como *Anales de Úlster* se habla de «*un gran botín de mujeres*» capturadas en una redada cerca de Dublín en el año 821; y el mismo documento histórico afirma que cerca de tres mil personas fueron capturadas por los vikingos en un solo ataque, un siglo más tarde. Sin duda, el destino de estos cautivos —de cualquier edad, género o condición— era el de servir como esclavos a sus amos vikingos.

Los esclavos varones tenían asignados los trabajos más duros e indeseables, que no requerían ninguna especialización, sino solo la fuerza física. Por ejemplo, fueron empleados asiduamente en la tala de árboles y en su posterior traslado a los núcleos de hábitat, siendo el destino de esta madera la construcción naval y de viviendas principalmente, pero también como necesario combustible para alimentar los hogares de calor. A través de las sagas sabemos que los esclavos también fueron empleados para la construcción de empalizadas, para abonar y trabajar los campos, extraer turbas, pastorear cabras en la montaña o cebar cochinos.

Desde su nacimiento, los hijos de esclavos pertenecían a sus dueños y a diferencia de los criados o siervos, no tenían ningún tipo de derechos legales y les estaba enteramente prohibido acercarse si quiera a las armas. Caso especial son las mujeres raptadas para esposas o concubinas, la inmensa mayoría en tierras costeras escocesas e irlandesas. Actualmente, algunos estudios genéticos confirman que la mayoría de las islandesas descienden de antepasados escoceses e irlandeses que, casi con toda probabilidad, fueron un día botín humano procedente de saqueos vikingos. No obstante, algunas fuentes apuntan a que antes de la llegada de los vikingos a Islandia, la isla estaba ya habitada por gentes procedentes de Irlanda, aunque hasta hoy esto no ha podido ser corroborado por la arqueología.

El cruel y nada piadoso tratamiento dispensado por los vikingos a sus esclavos está ampliamente documentado en registros arqueológicos y textos históricos. En la Isla de Man —enclavada en el mar de Irlanda —, se halló la tumba de un vikingo acaudalado y en su interior, mezclados entre las cenizas de animales incinerados, se encontraban también los restos de una joven asesinada de un terrible golpe en la cabeza. No es el único ejemplo. Recientemente, arqueólogos noruegos pertenecientes a la Universidad de Oslo, han corroborado que los cuerpos decapitados hallados en varias tumbas vikingas no tenían una relación familiar con los otros restos. Esa falta de parentesco, sumada a evidentes indicios de maltrato, apunta a la probabilidad de que fueron esclavos sacrificados al morir sus dueños, práctica mencionada

tanto en sagas vikingas como en crónicas árabes.

Todo lo anterior evidencia que la vida de los esclavos era muy dura. Un poema del siglo XIV —es posible que copiado de una *saga* [38] de finales de la era vikinga— nos da una idea de cómo podían tratar los vikingos a sus esclavos a tenor de sus elocuentes nombres. Entre otras lindezas les llamaban: *Bastardo, Malapiel, Jorobado, Zoquete, Barrigudo, Holgazán, Enano, Apestoso* o *Patán*. La misma crónica apunta algunos nombres dados a las esclavas: *Ramplona, Caragrulla, Haraposa, Cuerpopalo, Barrigona o Presurosa*. Ahí queda eso. Para terminar de corroborar la nula importancia que los vikingos otorgaban a sus esclavos —una simple posesión más, equiparable a un buen perro de caza, un buey o un hermoso caballo—, basta la frase que el cronista árabe Ibn Fadlan nos dejó:

«Si un esclavo moría lo abandonaban como comida para los perros y las aves».

Es decir, ni se molestaban en darle sepultura. No es de extrañar, por tanto, que fuese de lo más habitual que una familia vikinga de clase media tuviese a su disposición de dos a cuatro esclavos —generalmente jóvenes— de distinto género; como hemos visto la única carga que representaban para el clan era tener que alimentarlos. Las familias más relevantes económicamente podían disponer de hasta una treintena de esclavos y esclavas para emplear a discreción en los más diversos quehaceres. Dentro de esta sociedad claramente esclavista, si una mujer vikinga llegaba a tener un hijo de un esclavo era degradada de su clase social y descendía automáticamente al nivel del padre de la criatura, es decir, ella y el recién nacido pasaban a ser esclavos sin más. En cambio, la esclava que tenía un hijo de su dueño —caso muchísimo más común que el anterior—, aunque no ascendía en la categoría social, ganaba merecimientos y consideración, pues había incrementado el poder personal de su dueño y señor, no con un hijo, sino con un nuevo esclavo. Visto el vil mundo de los esclavos dentro de la estructura social escandinava, podemos intuir que eran muy pocos los afortunados que llegaban a celebrar el *Frelsisol* [39].

A pesar del deplorable trato dispensado a sus esclavos, para los vikingos existían personas con menos dignidad aún que un mísero esclavo. En la sociedad vikinga los desarraigados y los vagabundos no tenían cabida, aun no siendo esclavos, en el entramado social no tenían mejor suerte que estos, todo lo contrario. Por ejemplo, la ley vikinga islandesa era muy explícita y estricta cuando cita que los pobres no podían casarse libremente, o que los vagabundos podían ser expoliados de sus pocas pertenencias por cualquiera e incluso —al ser considerados unos indeseables— ser castrados y morir por ello sin que la otra parte mereciera castigo alguno.[

Por lo que respecta a las vikingas, la condición de la mujer dentro del mundo nórdico —a excepción de empuñar armas para la guerra y formar parte de las expediciones marítimas— era en todo igual a la del hombre. La mujer vikinga conocerá unas cuotas de poder, relevancia y dignidad dentro de la sociedad en la que se desenvuelve desconocidas para la época medieval. Su situación era poco menos que envidiable si se compara con la rígida y patriarcal sociedad cristiana y musulmana de la época, donde las mujeres eran prácticamente invisibles en la sociedad, de manera especial en el mundo musulmán. No olvidemos que nos encontramos en los siglos IX, X y XI, en plena Edad Media. Tras su viaje a territorio vikingo durante la segunda mitad del siglo X, el cronista andalusí al-Tartushi dice sobre las mujeres escandinavas:

«El derecho al divorcio pertenece a las mujeres […] usaban el maquillaje artificial en los ojos es otra particularidad; cuando lo usan, su belleza nunca desaparece […]».

Ya un siglo antes, durante la embajada andalusí enviada a tierras escandinavas en el siglo IX y encabezada por al-Ghazal, la reina vikinga Nud dijo a este:

«No hay semejante cosa en nuestras costumbres y los celos no existen entre nosotros. Nuestras mujeres están con sus maridos solo por propia voluntad. Una mujer permanece con su marido mientras éste le resulta agradable, pero le abandona si ha dejado de agradarle».

Las vikingas conservaban sus bienes si se divorciaban, y si enviudaban, manejaban libremente sus asuntos y su patrimonio, pudiendo rechazar un segundo matrimonio si el pretendiente no era de su agrado. Un antiguo cuento nórdico pagano atribuye al dios Njörd la frase: «*Es mal de poca monta que las mujeres tomen marido, amante, o uno y otro*» .

En la entonces pagana Escandinavia, si las expediciones y la guerra eran cosa de ellos, en el ámbito del hogar eran las vikingas las que marcaban estrictamente las directrices a seguir. Todo lo que allí se hacía o sucedía quedaba bajo su supervisión y aprobación.

El distintivo por el que se conocía que una mujer vikinga regentaba su propia casa y por lo tanto estaba casada, era un manojo de enormes llaves que llevaba bien a la vista colgado de un ancho cinturón de cuero. Se trataba de las llaves de la vivienda, los arcones, los cofres, el granero, la despensa y cualquier otro habitáculo anexo al hogar. Solo se podía traspasar esas puertas o abrir esos baúles y armarios con su autorización. Ella era la jefa indiscutible en el interior de la casa y de todo lo que conllevaba para su buen funcionamiento. La vikinga señora de la casa —*Húsfreya*[40]—se encargaba de acumular provisiones

a lo largo de todo el año, preparar y cocinar la comida diaria, criar y educar a la prole que solía ser numerosa, aparte de otras muchas labores reservadas a su cargo como tejer, mantener siempre vivo el fuego del hogar o confeccionar las ropas de toda la familia. Sin duda, un arduo trabajo el que desarrollaban las vikingas. Junto a este sinfín de tareas, a menudo —en especial con la llegada de la primavera— se hacía cargo de la buena marcha de la hacienda o la granja junto a las hijas cuando su marido y sus vástagos varones —los que contasen con más de trece o catorce años— estaban embarcados por motivos guerreros o comerciales.

Todo esto se ha sabido gracias a numerosos hallazgos aportados por la arqueología que han venido a confirmar parte de las tradiciones y leyendas vikingas —*sagas*— de la época. Las mujeres estaban investidas de cierta autoridad moral, como se nos muestra en las sagas, pues son ellas las guardianas, transmisoras y garantes de las ancestrales tradiciones familiares y las que defienden el honor de su clan acuciando, llegado el caso, a sus maridos a que tomen medidas contra los agravios o insultos, pues ellas no tienen el derecho de promover acciones de justicia y están excluidas de los asuntos públicos. No obstante, a través de las *sagas* sabemos que alguna de las profesiones que requerían un alto grado de especialización, como la de médico, era ejercida mayoritariamente por mujeres.

Son algunos los historiadores que apuntan a que una de las causas de la expansión vikinga fue, por un lado, un infanticidio selectivo de niñas en toda Escandinavia, lo que llevó a que cada vez hubiese menos mujeres, que a la larga supuso una amplia competencia entre los hombres por conseguir esposa y, por otro lado, el exceso de hombres jóvenes que se lanzaron a la búsqueda de riquezas y recursos para asegurar mejores oportunidades de matrimonio, un hogar propio e independencia. Esta hipótesis se contradice con la defendida por otros autores que hablan de poligamia entre los vikingos antes de que se acogieran al cristianismo. Esta dualidad confrontada demuestra que ni el infanticidio ni la poligamia eran prácticas habituales o generalizadas entre estas gentes, aunque por supuesto, existirían excepciones. Es posible que el infanticidio se llevase a cabo en algunos periodos de hambrunas o carestía, pero no está demostrado que los vikingos lo practicaran de manera generalizada. Un cronista judío procedente de al-Ándalus y que visitó el asentamiento comercial de Hedeby en la segunda mitad del siglo X, nos dice:

«La ciudad es pobre en bienes y riquezas […] Los bebés son arrojados al mar por razones de economía».

Como vemos, esta fuente no especifica si se trataba de niños o niñas. Otras crónicas nos dicen que solamente los nacidos con deformaciones

físicas eran abandonados o sacrificados. De todas formas, el abandono de un niño vikingo era considerado un presagio de funestas desgracias para los padres. Por todo esto no se puede afirmar categóricamente ni está corroborado por la historiografía, que los vikingos practicasen un infanticidio generalizado. Lo que sí está confirmado por las crónicas es que existieron periodos de auténtica escasez que provocó tremendas hambrunas. Estas fueron en ocasiones tan extremas que llegaron a tal punto que algunos de los miembros más longevos de algunas comunidades eran eliminados. Una boca menos que alimentar:

«Hubo un invierno de mucha hambre en Islandia, en tiempos paganos, cuando cayó el rey Garald Capagris y el conde Haakon se hizo con el poder en Noruega (975-76). En aquel entonces, la gente comió cuervos y zorros y se comieron cosas abominables que no debieron ser comidas, y algunos vieron como sus familiares viejos e imposibilitados los despeñaban por los acantilados. Muchos murieron de inanición, mientras que otros recurrieron al robo, por cuyo delito se les juzgaba y administraba la pena de muerte. Incluso los forajidos se mataban entre sí […] Se declaró de ley que quien matase a tres forajidos, obtendría el perdón […] Ochenta años más tarde hubo otro año de mortandad. Comenzó aquel invierno en que Isleif fue consagrado obispo por el obispo Alberto de Bremen, en los tiempos del rey Harald Sigurdarson. Y el primer invierno que Isleif estuvo en Islandia (1057-58) hubo severa mortandad aquí a causa del hambre. Se comía todo aquello a lo que se podía hincar el diente».

En cuanto a la poligamia, no parece probable que un vikingo se desposase con varias mujeres nórdicas simultáneamente. Otra cosa distinta es que un normando de posición social alta y económica holgada, a pesar de estar casado con una vikinga pudiese comprar y mantener un número relevante de esclavas, y que, sin duda, muchas o algunas de ellas le sirviesen como concubinas. Que tuviese o no el consentimiento de su esposa, no lo sabemos. De hecho, muchas de estas jóvenes esclavas temían más a la señora de la casa que al propio vikingo, su señor.

A pesar de disponer de jóvenes esclavas y concubinas, es de suponer que los vikingos valoraban mucho a sus mujeres, pues en su cultura —como en todas— tenían un papel muy importante. No porque se practicase un infanticidio femenino —tal vez en momentos puntuales— habría que pensar lo contrario; es más, muchos de los tesoros que los vikingos conseguían en sus incursiones y asaltos luego los enterraban en las tumbas de sus esposas, tal vez como tributo a su memoria.

Es curioso y significativo el caso del vikingo Gísle Súrsson —nombrado en una saga nórdica—, que representa un claro ejemplo de

cómo la posición social del hombre podía prosperar y basarse también en la categoría y fortuna personal de la esposa. A la muerte de su hermano, Gísle solicitó la mano de su cuñada Ingeborg, alegando que:

«[…] no quería que saliese de su familia una mujer tan excelente como aquella».

De ese modo Gísle se hizo con numerosas propiedades y se convirtió en un hombre de posición y prestigio, todo gracias a su esposa, la vikinga Ingeborg.[

La arqueología nos aporta conocimiento de cómo eran los asentamientos habitados por estos pueblos nórdicos. Los poblados vikingos —casi siempre localizados dentro de un fiordo a orillas del mar— estaban formados por casas familiares de planta rectangular —llamadas *skali*— cubiertas por un techo de paja a dos aguas con pronunciada inclinación para evitar la acumulación de nieve que pudiese terminar por hundirlo. Una única puerta de acceso se situaba en uno de los lados más estrechos de la planta, normalmente en el lado menos castigado por los vientos imperantes en la zona, y no existían ventanas, medidas ambas que evitaban la pérdida de calor dentro de la estancia. Por lo general, el recubrimiento exterior de la casa era de madera de roble —la misma que utilizaban en la construcción de barcos— y el aislamiento interior de adobe mezclado con zarzas que garantizaban su mejor agarre y fraguado. Este acabado rústico era en ocasiones posteriormente enlucido, pudiendo presentar un acabado final recubierto de madera o pieles que hacían más cálido y acogedor el habitáculo.

La vida dentro de la casa —sobre todo durante los largos inviernos boreales de noche perenne— giraba en torno a un gran hogar —fuego— situado en el centro de la estancia, que aportaba continuo calor a la vivienda y sobre el que se cocinaba en un enorme caldero suspendido por una gruesa cadena que descendía desde el techo. Justo encima del fuego, la techumbre presentaba una pequeña apertura para evacuar el humo. Ese mismo fuego se mantenía siempre encendido —el calor del hogar— con el fin de iluminar la estancia y evitar la pérdida de calor. Un ancho banco de madera recorría todo el perímetro interior de la estancia —a excepción de la puerta—, sobre el que se descansaba, comía, dormía o se fornicaba reconfortados por cálidas pieles de foca, osos o bóvidos extendidas a modo de lecho.

Lo que también conocemos con certeza gracias a los hallazgos arqueológicos es el tipo de embarcación, el atuendo y el armamento utilizado por los vikingos. En primer lugar, hay que desmitificar y descartar definitivamente el uso del casco con cuernos. No se ha encontrado ninguno de estas características en los numerosos enterramientos excavados de esta época. Tampoco los grabados y

pinturas procedentes de los reinos cristianos que representan la llegada de guerreros normandos o vikingos muestran ninguna protección con cornamenta.

El guerrero normando iba armado con espada larga de doble filo, lanza, hacha y arco, no necesariamente portaba las cuatro, pero si al menos dos o tres de estas armas. Era habitual que los vikingos atribuyesen a sus preciadas espadas nombre propio. Algo curioso es que gran cantidad de espadas portadas por los vikingos estaban fraguadas en el reino Franco, lo que demuestra un cierto movimiento mercantil, al menos en el comercio de armas, sin descartar que algunas de estas espadas fuesen fruto del pillaje. Lo cierto es que una vez en manos de los vikingos, estas espadas —con una longitud de unos noventa centímetros— eran personalizadas con tallas y grabados sobre las hojas o la empuñadura. Eran consagradas a los dioses *Thor* [41], *Odín* [42] y *Tyrr* [43], creando un vínculo muy personal —casi sagrado— entre espada y guerrero, pudiendo pasar el arma por excelencia de los vikingos de padres a hijos, atribuyéndoles grandes poderes que se prolongaban y ampliaban de generación tras generación. Contaban los guerreros más viejos que habían escuchado a sus ancestros consagrar sus espadas a un dios llamado *Njörd* [44].

Los vikingos, tanto en la caza como en la guerra eran experimentados y precisos arqueros. Utilizaban arcos largos hechos con la flexible madera de tejo, empleando para la cordada tendones y tripas de animales. Son algunos los autores que afirman que la cordada de estos arcos estaba hecha con los cabellos de las vikingas, lo que garantizaba un disparo certero. Algo muy bonito y bucólico, pero no demostrado por la historiografía. Para nutrir al arco de «munición», portaban a la espalda un amplio *carcaj* [45] con capacidad para hasta cuarenta flechas con diversas puntas y distintas longitudes, que permitían al arquero elegir el dardo idóneo según la distancia y el objetivo a abatir.

Como hemos enumerado con anterioridad, los guerreros vikingos utilizaban una amplia y variada panoplia de armas, pero junto a la espada, sin duda es el hacha el arma más característica y representativa de estos pueblos nórdicos. Además de resultar icónica, el hacha vikinga era un recurso sorprendentemente versátil, tanto en la guerra como en labores de construcción. Es por ello por lo que el catálogo de variedades y modelos de esta arma o herramienta es enormemente extenso.

Existían distintas clases de hachas vikingas dependiendo de su manejo, uso y diseño. En cualquier caso, los dos materiales imprescindibles eran siempre los mismos: madera para el astil o mango y para la hoja hierro. En ocasiones, la hoja contaba con una finísima tira de acero incorporada en el filo que le otorgaba a la herramienta un gran poder cortante. La pieza metálica contaba con un

anillo por el que se introducía el astil de madera. Esta herramienta se utilizaba para construir barcos, casas o carros, entre una infinidad de distintos menesteres. Se puede afirmar que el hacha era la «navaja multiuso» de los vikingos. Pero dadas sus posibilidades, su uso se extendió muy pronto también al campo de batalla.

Por ello, existían del mismo modo diversos tipos de hachas de guerra según el uso para el que habían sido diseñadas. Así las había relativamente pequeñas —de menos de un kilo— que eran utilizadas con una sola mano, mientras con la otra se portaba el escudo.

Otro tipo serían las hachas arrojadizas, confeccionadas aerodinámicamente para ser lanzadas con una sola mano y si acertaban en el blanco solían ser mortales. Muchas de estas hachas ideadas para ser lanzadas eran conocidas entre los guerreros vikingos por el nombre de *Mjölnir*[46].

Por último, estaban las grandes hachas —entre dos y tres kilos— que debían de asirse con ambas manos, lo que garantizaba certeros y brutales golpes mortales capaces de pulverizar las defensas más sólidas, pero como contrapartida conllevaban gran riesgo al quedar desprotegido y expuesto el guerrero cuando la levantaba con las dos manos. Su astil o mango oscilaba entre los ochenta y cien centímetros.

La caballería, como arma de guerra, prácticamente nunca fue empleada por los vikingos. Los caballos no se utilizaron por los escandinavos más allá de la granja o la caza, debido en parte a que los caballos eran muy caros de mantener y, sobre todo, difícil de transportar en sus barcos, por lo que los guerreros vikingos eran prácticamente todos de infantería. Podríamos calificarlos sin temor a equivocarnos —extrapolándolos a términos actuales— como auténticos soldados de infantería de marina especializados en asaltos navales, desembarcos e incursiones. Esto, junto con la frecuencia de abordajes, explica en buena parte la abundancia y diversidad de hachas en los hallazgos arqueológicos atribuidos a asentamientos vikingos.

Como defensa principal, los guerreros vikingos portaban el escudo redondo; era de madera reforzado por pletinas metálicas, pintado en vivos colores y podía estar decorado principalmente con motivos geométricos, rúnicos y en ocasiones zoomorfos, en especial la representación del cuervo, ave sagrada entre los vikingos, aunque también águilas, dragones o lobos eran plasmados sobre los escudos. Conozcamos en este punto la importancia que los vikingos otorgaban al cuervo. Según la mitología escandinava el dios Odín siempre iba acompañado de dos cuervos llamados *Hugin* y *Munin*, cuyos nombres significan respectivamente *Pensamiento* y *Recuerdo*. Estos cuervos mantenían informado en todo momento a Odín de todo lo que ocurría en la tierra. En las batallas, —además de en sus escudos— los vikingos

llevaban consigo frecuentemente un estandarte en el que figuraba un cuervo, ave que también se podía ver en las velas de algunas embarcaciones. La adoración y devoción hacia estas aves como intermediarias entre el cielo y la tierra no era nada nuevo, pues ya había sido practicada siglos antes por pueblos britanos, galos, germanos y celtas en general.

Los escudos nórdicos encontrados por la arqueología hasta hoy son de madera de álamo, tilo y abeto. Esto no quiere decir que empleasen exclusivamente estas maderas para su construcción, pero sí que eran vistas por los guerreros vikingos como las más idóneas para elaborar escudos. Cortada en listones con un espesor de un centímetro en el centro y cinco en los bordes, la madera se pegaba con resina animal o vegetal y se calafateaba del mismo modo que las embarcaciones, otorgándole fuerza e impermeabilidad a la estructura. Mediante una cubierta de cuero y un marco metálico, se afianzaba la unión y se protegían los bordes.

El *umbo* era la pieza clave en el acabado del escudo. Se trata de una gran tachuela metálica redonda y abombada —entre quince y veinte centímetros— que se colocaba en el centro de la cara externa del escudo. A parte de darle fuerza y cohesión al broquel, el *umbo* garantizaba la protección de la mano del guerrero si el escudo era traspasado por alguna arma enemiga. Estos eficaces escudos eran de considerable diámetro —entre noventa y ciento veinte centímetros—, por lo que durante la navegación se fijaban en los costados de babor y estribor del *drakkar* [47] para resguardar al remero del viento y los golpes de mar. Durante las incursiones terrestres era utilizado para protegerse de la lluvia y descansar sobre él en terrenos mojados, húmedos o fangosos. Esto demuestra la versatilidad que los vikingos le daban a esta pieza. Si había que pernoctar lejos de la playa, los vikingos recurrían al *kote* [48], en cuyo interior, dependiendo de su tamaño podían dormir hasta diez hombres. En el caso de tener que improvisar un campamento en la playa, se colocaban los barcos con la quilla mirando al cielo y de espaldas a los vientos, proporcionando de esta manera un acogedor habitáculo para resguardarse de las inclemencias meteorológicas y poder dormir bajo techo.

Solo a partir del siglo XI irá apareciendo gradualmente el llamado escudo de *cometa oval* con forma de lágrima invertida, que vemos representado en tapices y decoraciones artísticas de los reinos cristianos de la época. Durante el combate, la formación conocida como *muro de escudos* era una de las tácticas defensivas y de acometida más utilizadas por los vikingos. Consistía en formar una pared compacta muy difícil de romper para chocar con el enemigo. La primera línea de batalla se colocaba hombro con hombro, solapando sus escudos, mientras que la segunda línea asomaba sus lanzas por

encima. Cuando alcanzaban la línea defensiva de sus adversarios, empleaban la formación en cuña con el fin de quebrar la formación enemiga y penetrar en sus líneas. Si en algún momento eran rodeados por el enemigo esta formación se hacía de forma circular a modo de «tortuga».

Como defensa corporal, el vikingo se protegía la cabeza con un casco de cuero, definitivamente sin ningún tipo de cuernos, y una cota del mismo material. El casco de metal y la cota de malla —al igual que en el resto del mundo medieval— eran patrimonio exclusivo de los nobles, aristócratas o jefes. Estos cascos de hierro podían presentar protección nasal en muchos casos.

En el transcurso de la denominada por la historiografía *Era vikinga*, Escandinavia fue escenario de numerosas escaramuzas y enfrentamientos tribales. Sin embargo, estos choques armados tenían un carácter más de rencillas entre los caudillos locales con el fin de dominar o imponerse a sus rivales —una especie de *Primus inter pares* [49]— que de verdaderas luchas o guerras entre pueblos vikingos. Hasta bien entrada la segunda mitad de la *Era Vikinga* —sobre todo a partir del año 1000— no se puede hablar de verdaderas monarquías locales, ni de Estados definidos, que solo aparecerán de manera progresiva con la paulatina conversión de los dirigentes vikingos al cristianismo, y con ellos sus súbditos y vasallos. Realmente, los vikingos guardaron sus energías bélicas para las campañas de asalto y rapiña que todas las primaveras llevaban a cabo en tierras extranjeras, poniendo las proas de sus naves rumbo al sur.

El hecho de que los normandos lleguen a Irlanda, Gran Bretaña, Islandia, Groenlandia, costas atlánticas francesas, la Península Ibérica, penetren en el Mediterráneo y recorran Rusia a través de sus largos ríos llegando a Constantinopla, solo es posible gracias a sus magníficos barcos: sencillos, rápidos y manejables, junto a sus depuradas técnicas de navegación.

Tradicionalmente el Atlántico Norte era percibido por los reinos cristianos de Europa durante la Alta Edad Media como un mar desconocido, oscuro, lúgubre y tenebroso, pero para los vikingos no tenía secretos, surcándolo de norte a sur o de este a oeste y viceversa constantemente, una generación tras otra de consumados navegantes nórdicos.

El barco vikingo tenía una *eslora* [50] de entre veinte y veinticinco metros, con una *manga* [51] de cuatro a seis metros. Llevaba un solo *mástil* [52] que iba fijado en el centro de la embarcación, al que se cruzaba un palo en horizontal del que colgaba una gran y única vela rectangular. Esta gran vela solía estar confeccionada con algodón, aunque en ocasiones era el lino el material empleado, llegándose a combinar ambos tejidos cuando alguno de ellos escaseaba. En

condiciones de excesiva humedad o de lluvia se recogía la vela pues el algodón empapado adquiría un peso descomunal capaz de desestabilizar y hacer zozobrar la nave. El velamen podía teñirse con tintes rojos o azules a franjas verticales, y siempre que les era posible añadían la imagen de un pájaro negro en el centro de la gran vela. Se trataba del cuervo sagrado, mensajero y enlace entre hombres y dioses, del cielo y la tierra, de la vida y el más allá.

Para la construcción naval se utilizaba siempre que era posible la madera de roble. Dadas sus cualidades, era la más apreciada —también para la vivienda— por los constructores vikingos. Debido a la continua utilización de esta madera durante generaciones, en momentos de escasez se recurría al fresno, la encina o el abedul, dejando la madera de pino solo para los remos que debían de reponerse frecuentemente. Para asegurar la estanqueidad del barco, las uniones entre maderas se calafateaban con musgo y pelos de diversos animales impregnados de brea.

Es posible que en algunas ocasiones el barco se pintase de negro, o tuviese un aspecto muy oscuro, tal vez debido al calafateado o la humedad, pues así lo describe Ibn Fadlan quien sin duda los vio con sus propios ojos:

«[…] tenía veinticinco pasos de longitud [el barco] y un ancho de ocho o algo más y era de excelente construcción, hecho de madera de roble. Era enteramente negro. Contaba con una vela cuadrada de tela y con aparejos de sogas de piel de foca trenzada».

Dependiendo de la eslora del barco, este contaba con un mínimo de trece pares de remos en adelante. Este número de remos era el mínimo para considerar al navío como barco de guerra. Para evitar colisiones entre embarcaciones dentro de los bancos de niebla o para comunicarse de una a otra nave, hacían uso del *Lur*[53]. Con buena mar y viento favorable el barco vikingo podía alcanzar una velocidad de unos quince nudos, es decir, cerca de treinta kilómetros por hora.

Podemos calificar a los vikingos como los pioneros en la navegación a mar abierto. Superando la clásica navegación de cabotaje se convirtieron, sin duda, en los mejores navegantes y exploradores de la Alta Edad Media. Durante estas travesías llevaban a bordo algunos cuervos enjaulados. En esta ocasión no se utilizaban precisamente para comunicarse con Odín. Su empleo era sumamente eficaz si por algún motivo el piloto de la nave se desorientaba. Entonces se procedía a la suelta de uno de los negros pajarracos y hacia donde saliese volando era la dirección inequívoca para llegar a tierra. Si, por el contrario, el ave daba un revoloteo y se posaba sobre el mástil era una evidente señal de que no había por el momento tierra a la vista.

La nave normanda carecía de puente de mando, de bodegas o

camarotes, su cubierta constituía un espacio diáfano, jalonado solo por el mástil y los asientos de los remeros. Es por este motivo que, durante la navegación, la tripulación sufría todas las inclemencias de la meteorología; la única protección ante el fuerte oleaje y los golpes de mar eran los grandes escudos fijados en los laterales del barco y algunas lonas que se podían extender en cubierta, así como el uso de pieles sobre las que recostarse y cubrirse. El vikingo remaba, comía y dormía sobre la cubierta de la nave durante la navegación. Y llegado el caso, aquellos que mueren en el mar sin lucha, son arrojados del barco sin más, y según las creencias vikingas, recogidos por las redes de la diosa Ran.

Esta desprotección que sufría la tripulación durante la travesía nos confirma el interés del vikingo para que estas navegaciones fuesen lo más rápidas y breves posibles, es decir, las travesías siempre eran planificadas con anterioridad fijándose un objetivo o un destino. El timón —una especie de remo largo y ancho— se fijaba en la *popa* [54]de la nave, mientras que en la *proa* [55] —en especial en los barcos más grandes—podía ir tallada la cabeza de un dragón o monstruo marino, imagen que se grabará en la memoria de las poblaciones cristianas que vieron aparecer estas naves y sufrieron sus ataques, equiparándolos al mismo demonio. No cabe duda de que para cualquier cristiano que presenciase la aparición de estas fantasmagóricas embarcaciones de entre la niebla marítima debió ser una experiencia terrorífica y traumática.

Las naves vikingas apenas tenían quilla y el diseño de la proa estaba curvado hacia arriba, lo que les imprimía una gran velocidad y les permitía remontar ríos, varar en playas o navegar por aguas poco profundas. El mástil tenía la peculiaridad de ser abatible. De esta manera, el remonte de los cursos fluviales se hacía a remo, silenciosamente, sin la visibilidad de la gran vela —entre doce y quince metros de anchura— para no ser detectados, pudiendo pasar la nave por debajo de cualquier puente por bajo que este fuese. La táctica del remonte fluvial fue muy empleada por los vikingos para caer por sorpresa sobre poblaciones confiadas y desprevenidas. La capacidad para albergar tropas en estas naves oscilaba entre cincuenta y cien hombres, dependiendo de la cantidad de barcos y la distancia del objetivo, aunque en travesías muy cortas y con buena mar, se podían apiñar hasta doscientos guerreros en una sola nave. Son muchas las pinturas de la época —sobre todo en los reinos cristianos— que así lo documentan, mostrando naves saturadas de guerreros armados.

La sorpresa era la principal táctica de las incursiones vikingas, buscando momentos de gran afluencia de personas, como romerías u otro tipo de celebraciones y fiestas medievales que, con la llegada de

la primavera, y tras los largos inviernos de entonces, proliferaban por todo el occidente cristiano. Ante esta sorpresa inicial, los anglosajones, los francos o cualquier otro pueblo atacado, apenas podían reunir efectivos para repeler el ataque. Si las incursiones se repetían, solían encontrar mayor resistencia. Estas celebraciones primaverales coincidían con las campañas de expediciones vikingas que también se iniciaban con la llegada del buen tiempo, o sea, de la primavera.

Las primeras expediciones efectuadas por vikingos daneses y noruegos a las costas norteñas de Inglaterra tuvieron en principio un carácter de tanteo, pero pronto se convirtieron en verdaderas acciones planificadas, con flotas de asalto compuestas por hasta un centenar de naves, que lograban poner en tierra un número de tropas considerable para la época.

Los monasterios, abadías, iglesias y cualquier centro de culto cristianos se convirtieron en objetivos prioritarios de los ataques vikingos ya que en ellos se guardaban objetos de oro y plata decorados con piedras preciosas destinados al culto y la liturgia misal. Fuera de estos recintos eclesiásticos, solo existían pequeñas aldeas con una absoluta economía de subsistencia, de las que los normandos solo podían obtener algunos animales de granja o mujeres y jóvenes como botín. Como bien sabemos el destino de estos últimos era la esclavitud.

El primer dato que conocemos sobre estos ataques a recintos monásticos data del año 793, en el que fue saqueado y arrasado el monasterio de Lindisfarne, situado en el norte de Inglaterra dentro del territorio conocido como Northumbria. De nada sirvió que el monasterio estuviese ubicado en una pequeña isla que solo se unía a tierra firme cuando bajaba la marea y construido sobre un cerro rocoso de difícil acceso, que aún hoy en día le otorga un aspecto de inexpugnabilidad. Nada de esto fue obstáculo para los vikingos.

La importancia de este centro religioso radica en que del *scriptorium* [56] de su monasterio salieron en los primeros años del siglo VIII los denominados *Evangelios de Lindisfarne* . Se trataba de una copia en latín manuscrita e ilustrada de los textos evangélicos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. En la segunda mitad del siglo X al primitivo texto latino se añadieron comentarios en lengua anglosajona —en inglés antiguo—, lo que los convirtió en la copia en inglés más antigua, conocida de las Sagradas Escrituras.

Según nos transmite la fuente histórica conocida como *Crónica anglosajona*, durante los primeros meses del año 793 las gentes que habitaban las tierras de Northumbria asistieron perplejas a una sucesión de inquietantes y perturbadores prodigios —inexplicables para las mentes medievales— seguidos de una gran hambruna. Nos cuentan estas crónicas que «*fuertes tornados se abatieron sobre la región,*

en el cielo se vieron dragones de fuego y en York cayeron gotas de sangre del tejado de la iglesia de San Pedro». Todos estos signos turbadores —que dentro de la teocéntrica mentalidad medieval solo se podían interpretar como un castigo de Dios— tomaron forma el día ocho de junio, cuando en las costas próximas a Lindisfarne aparecieron unos barcos desconocidos y de apariencia demoniaca que vararon sobre la arena de la playa. Por el aspecto de los hombres que descendieron de ellos —armados hasta los dientes— no se auguraba nada bueno.

Los monjes que elaboraron los escritos conocidos por la historiografía como *Crónica anglosajona* lo describen así:

«En el año 793 terribles portentos se cernieron sobre la tierra de Northumbria y afligieron miserablemente a sus gentes: inmensos destellos de relámpagos y ardientes dragones fueron vistos volando por el aire, a lo que inmediatamente sucedió una gran hambruna, y después de aquello, en ese mismo año, la incursión de los bárbaros paganos devastó miserablemente la iglesia de Dios en la isla de Lindisfarne mediante saqueo y asesinato».

Esta fecha —ocho de junio del año 793— es considerada por la historiografía como el inicio de la *Era Vikinga*.

En efecto, los tripulantes de los barcos eran piratas vikingos y su objetivo no era otro que el antiguo y prestigioso monasterio ubicado sobre la isla de Lindisfarne. Los vikingos, paganos adoradores de sus propios dioses asesinaron a los monjes sin contemplaciones, se hicieron con sus pertenencias y se adueñaron del tesoro del monasterio; después de aprovisionarse con todo lo que consideraron de utilidad mataron el ganado de la isla que no pudieron llevar consigo. Amontonaron todo lo que pudieron y lo transportaron, junto con numerosos cautivos, a bordo de sus naves que seguían varadas en la arena de la playa. Luego prendieron fuego a los edificios y aprovechando la subida de la marea abandonaron el lugar dejándolo devastado. Simeón de Durham describe el bárbaro trato recibido por estos desafortunados monjes:

«Llegaron […] a la iglesia de Lindisfarne y causaron los más terribles estragos; profanaron con pies impíos los lugares santos, destruyeron los altares y se llevaron todos los tesoros de la sagrada iglesia. Mataron a algunos de los sacerdotes; a otros se los llevaron encadenados; a muchos los expulsaron, desnudos y cubiertos de improperios; a algunos los ahogaron en el mar».

En estas fechas, la isla de Gran Bretaña estaba dividida en pequeños reinos en constante disputa entre ellos, conocidos por la historiografía como *Heptarquía*[57] *anglosajona*, por lo que no existía un poder fuerte y centralizado que fuese capaz de rechazar con efectividad a los

asaltantes vikingos. En realidad, la presencia de los vikingos no era nada nuevo. Cuatro años antes de producirse este ataque, vikingos a bordo de sus naves ya habían puesto pie en tierras de Wessex, matando cristianos y saqueando gran número de *vici* [58] en la zona próxima a Dorchester. Este suceso recogido también en la *Crónica anglosajona* no tuvo especial relevancia en su momento al ser el primero y los que lo sufrieron no sabían entonces que vendrían muchos más, además de no haber afectado a propiedades eclesiásticas por lo que tal vez no trascendió más allá de la misma Wessex.

Pero en esta ocasión, el feroz saqueo de Lindisfarne causó gran conmoción en toda la *Cristiandad* [59]. Tras conocer tan terribles hechos, Alcuino de York, eclesiástico y consejero del rey franco Carlomagno escribió consternado al obispo Highball, que se encontraba en Northumbria:

«Vuestros trágicos padecimientos me llenan de dolor, puesto que los paganos han profanado el santuario de Dios, han derramado la sangre de los santos alrededor del altar, han arrasado la casa de nuestra esperanza y han pisoteado los cuerpos de los santos como estiércol en la calle […] ¿Es el comienzo de un gran sufrimiento o bien el resultado de los pecados de quienes viven allí?».

Efectivamente, la aparición de estos «demonios» que no mostraban el más mínimo atisbo de respeto por el cristianismo, sus representantes o sus sagrados objetos de culto fue muy pronto interpretada por la jerarquía eclesiástica como un castigo divino. ¿Tal vez merecido? El mismo dirigente eclesiástico afirmaba:

«Considerad cuidadosamente, hermanos, y examinad diligentemente, no sea que acaso este desacostumbrado e inaudito mal fuera merecido por alguna práctica maligna […]. Desde los días del rey Aelfwold fornicaciones, adulterios e incesto se han propagado por el país de manera que estos pecados se han cometido sin vergüenza alguna e incluso contra las siervas de Dios. Qué puedo deciros sobre la avaricia, el robo y la venganza, cuando está más claro que el día lo mucho que estos crímenes han aumentado en todos los lugares, siendo testimonio vivo de ello las gentes despojadas».

A través de las cartas redactadas y emitidas por Alcuino de York podemos seguir conociendo el impacto emocional que las incursiones vikingas ocasionaron en la sociedad de la antigua Britania. En una carta remitida por Alcuino al rey Ethelred de Northumbría narra el eclesiástico:

«He aquí que hace casi trescientos cincuenta años que nosotros y nuestros padres hemos habitado esta hermosa tierra, y nunca antes un

terror similar había aparecido en Britania como el que ahora hemos sufrido de la raza pagana, tampoco era imaginable que una incursión por mar como esa pudiera realizarse. Contemplad la iglesia de San Cuthbert bañada con la sangre de los clérigos de Dios, despojada de todos sus ornamentos; un lugar más venerable que cualquier otro en Britania entregado como víctima a las gentes paganas. Y allí donde por primera vez, tras la partida de San Paulinus de York, la religión cristiana emergió entre nuestra raza, allí la miseria y la calamidad han comenzado».

Ante la constante amenaza y el gran peligro de las persistentes incursiones vikingas, Alcuino de York, aconsejado por el miedo y la prudencia que este otorga, optó por abandonar Inglaterra y se estableció en la abadía francesa de San Martín de Tours, en aquel tiempo la más sagrada y prestigiosa de la Cristiandad. Intuyendo que pronto les tocaría a las costas del territorio carolingio presenciar y sufrir la llegada de estos auténticos «demonios», se dirigió a su emperador Carlomagno:

«[…] Ahora, sobre ti solo se apoya la salvación de las iglesias de Cristo, de ti esperan su salvación, de ti, vengador de crímenes, guía de los que yerran, consolador de los afligidos, sostén de los buenos».

Eguinardo, un alto funcionario de la corte de Carlomagno y cronista del emperador confirma en sus textos los peores presagios de Alcuino:

«La última guerra se llevó a cabo contra los normandos, llamados daneses, quienes, después de practicar la piratería, devastaban con una poderosa flota las costas de Galia y Germania».

A pesar de que las plegarías servían de poco para defenderse de los ataques vikingos, tras los terribles sucesos de *Lindisfarne* muy pronto todas las liturgias celebradas por los monjes de estas comarcas finalizarían siempre con la misma invocación: «*A furore normannorum, liberanos Domine*». Rogativa en latín que no necesita traducción. Del mismo modo, desde entonces toda la comunidad cristiana de estas tierras rezaba a diario con inusitado fervor pidiendo a Dios terribles tempestades y mares embravecidos que engullesen o al menos alejasen de sus costas a estas indeseables hordas de bárbaros impíos procedentes del norte.

De nada sirvieron las sentidas plegarias, porque poco después —tan pronto como al año siguiente— le tocó el turno al monasterio de Jarrow. Efectivamente, en el año 794 los vikingos, a bordo de sus naves entraron en la desembocadura del río Tyne, —costa noreste de Inglaterra— desembarcaron y arrasaron dicho monasterio, generalizándose ya estos ataques por las islas Órcadas, Hébridas, por

las costas escocesas y por Irlanda. Esta última isla fue saqueada por más de diez años continuados, asentándose finalmente los vikingos en sus principales puertos de manera permanente y efectuando incursiones hacia las tierras del interior partiendo de estos asentamientos costeros y remontando como era habitual los cursos fluviales mínimamente navegables. Recordemos que un solo palmo de agua bajo la quilla les bastaba a las naves vikingas para remontar ríos.

Un numeroso ejército de vikingos daneses arrasó la totalidad de la campiña inglesa a finales de la década 860-870, ensañándose especialmente con los centros de culto cristianos. Un párrafo sacado de la *Crónica anglosajona* dice así:

> *«En el año 870 el ejército saqueador atravesó Mercia y se internó en Anglia Oriental e invernó en Thetford. Y ese mismo año San Edmundo, el rey, luchó contra ellos, y los daneses lograron la victoria, asesinaron al rey y se apoderaron de toda la tierra y de todos los monasterios por los que pasaron. A su vez vinieron a Peterborough: quemaron y destruyeron, mataron al abad y a los monjes y a todos los que encontraron allí, de tal manera que lo que antes era riqueza quedó reducido a la nada».*

Como consecuencia lógica y natural de estos continuos e incesantes ataques acompañados de terribles matanzas, se produjo una huida masiva de monjes hacia las costas francesas, llevando consigo todas las riquezas de los monasterios que eran capaces de portar. El más conocido de estos monjes que huyeron de Gran Bretaña, a causa del acoso vikingo, es el erudito Juan Escoto *Eriúgena* [60]. Fue tal el número de gentes que huyeron de Gran Bretaña, que la zona francesa donde se asentaron recibió precisamente el nombre de Bretaña. La misma ciudad de *Lundenwic* [61] —la más importante de la isla— vio considerablemente reducido su número de habitantes a causa de estas migraciones provocadas por el *terror normando*. En Inglaterra, los vikingos de procedencia danesa lograron dominar de manera efectiva el norte y centro de la isla durante largos años, territorio que se conocerá como *Danelaw* [62].

En el año 795, el monasterio de la isla de Iona ubicado en tierras escocesas y regentado por monjes de origen irlandés, fue también atacado por los vikingos. Todos los monjes fueron hallados muertos tras la retirada de los asaltantes. Desde esta abadía se inició en el año 563 la introducción del cristianismo en Escocia, de ahí su especial relevancia. Durante ese mismo año se produjo otro saqueo, esta vez en suelo irlandés frente a la costa nororiental de la isla, concretamente en la pequeña isla de Rathlin. A partir de entonces y hasta la segunda década del siglo IX, las incursiones tuvieron lugar de manera esporádica en tierras irlandesas.

La mayoría de estos indeseables bárbaros extranjeros llegados del norte, procedían principalmente de los fiordos de la extensa costa de Noruega, aunque también los había de otras partes de Escandinavia. Las cosas comenzaron a cambiar con la llegada de la tercera década del mencionado siglo IX. Desde entonces los vikingos cambiaron de estrategia y no se conformaron con devastar las zonas costeras de manera periódica para luego retirarse. En estos años comenzaron a internarse río arriba siguiendo los principales cursos fluviales irlandeses hasta llegar a los grandes lagos de la isla, realizando cruentas incursiones tierra adentro. De manera simultánea comenzaron a establecer bases marítimas permanentes a lo largo de la costa oriental irlandesa.

Por tanto, se pueden distinguir dos etapas u oleadas vikingas en esta isla. La primera iría desde el año 795 hasta, más o menos, el 836. Durante esta primera etapa las incursiones seguían el mismo esquema: saquear y abandonar el lugar atacado con el botín. Estas algazaras eran llevadas a cabo por flotillas compuestas por entre dos y cinco barcos lo suficientemente rápidos como para tener a su favor el factor sorpresa. Los ataques se limitaron a la periferia o puestos costeros siendo sus objetivos en su mayor parte los centros de culto cristianos, es decir, iglesias, abadías y monasterios.

La segunda fase comienza hacia el año 837. Los viajes a Irlanda empezaron a hacerse a mayor escala y ya eran auténticas flotas las que se desplazaban hacia la isla cambiando también la naturaleza de los ataques. Lo que intentaban ahora era establecer bases permanentes donde pasar todo el año. La primera de estas fue la creada junto a la desembocadura del río Liffey —núcleo fundacional de la actual Dublín— y desde allí partieron frecuentes expediciones hacia el interior de la isla. Como no podía ser de otro modo, muchos monasterios fueron saqueados por todo el territorio insular y sus monjes asesinados o tomados como esclavos.

Por lo que se refiere a la población autóctona irlandesa, se refugió en el centro de la isla, resistiendo a los vikingos hasta principios del siglo XI, cuando una gran coalición normanda compuesta por vikingos daneses y noruegos —unos ocho mil hombres— fue derrotada por el rey irlandés Brian en la *batalla de Clontorf*. Aunque el rey Brian murió en los últimos lances de la contienda, sus tropas habían infringido a los vikingos alrededor de seis mil muertos, entre los que se contaban los más destacados jefes vikingos: Murchada, Sigurd el Fuerte y Broir de Man yacían sobre el campo de batalla. Una gran derrota sin paliativos, ya que antes del combate, como hemos apuntado, los vikingos habían alineado cerca de ocho mil guerreros. El hecho de que muchos de los jefes vikingos mueran en las batallas era algo en cierto modo frecuente, ya que al contrario que sus homólogos cristianos,

eran los primeros en lanzarse a la lucha —debido a sus creencias— encabezando a sus guerreros en todos los ataques en los que les era posible.

Para el guerrero vikingo la muerte más noble —y por tanto deseada — era luchando en combate, pues de este modo alcanzaba el mejor de los destinos en el más allá. Este ansiado destino no era otro que el *Walhalla* [63]. La creencia vikinga se basaba en que cuando un hombre caía en la lucha, el gran dios Odín enviaba a las vírgenes *valkirias* [64] a lomos de sus caballos alados a sobrevolar el campo de batalla y seleccionaban exclusivamente a los guerreros que habían dado sobradas muestras de heroísmo y valor en la lucha, a los que acompañaban al *Walhalla* donde eran recibidos con honores y donde permanecerían sin que nada les faltase hasta el final de los tiempos, cuando repuestos de las heridas volverían a entrar en combate al lado de los dioses inmortales. De no morir en combate se corría el riesgo de acabar en el *Niflheim* [65].

Como curiosidad podemos añadir en este punto el texto de Ibn Fadlan, en el que el cronista musulmán nos informa en esta ocasión de cómo los vikingos curaban sus heridas y sobrevivían durante una travesía si se les agotaba el agua potable:

> *«También acostumbran los nórdicos bañar las heridas con orina de vaca caliente. Me negué a que lo hicieran cuando me ofrecieron este tratamiento. Consideran la orina de vaca una sustancia excelente y la guardan en recipientes de madera. Por lo general, la hierven hasta que se concentra y su olor hace arder las fosas nasales. A continuación, emplean este líquido vil para el lavado, especialmente de las prendas ásperas de color blanco. […] Me contaron asimismo que en una u otra época los nórdicos pueden emprender largos viajes por mar y no contar con reservas de agua dulce, en cuyo caso cada hombre bebe su propia orina y puede sobrevivir de esta manera hasta llegar a tierra firme. Me contaron esto, pero nunca lo vi, gracias a Alá».*

Con posterioridad, y como consecuencia de la dura derrota sufrida en Clontorf, los vikingos asentados en Irlanda se irán sometiendo al cristianismo de manera progresiva y se fundirán con la población de la isla integrándose definitivamente, en las siguientes generaciones, en el tejido social irlandés a través de matrimonios mixtos para dedicarse principalmente al comercio, la agricultura y la ganadería, en especial la ovina que era con diferencia la que contaba con un mayor número de cabezas en la isla.

En lo que respecta a la Europa continental, las acciones vikingas en las costas atlánticas francesas fueron protagonizadas por elementos daneses principalmente. Al igual que había sucedido en Irlanda y Gran Bretaña estas incursiones fueron muy numerosas e incluso persistentes

en el tiempo, contribuyendo en gran medida a la descomposición del imperio de Carlomagno impotente para erradicar el problema, acelerando también la feudalización de los territorios atacados. Ante la sorpresiva aparición de los vikingos, los señores feudales de la zona no se encontraban en condiciones de ofrecer el obligado *Tuitio* [66] a sus vasallos.

En el año 836 destruyen la población de Amberes, remontan los ríos Garona, Sena y Loira, arrasando e incendiando importantes ciudades carolingias como Toulouse, Nantes o Rouen. Es el año 841. Pero no será hasta el año 885 cuando los vikingos lleven a cabo la mayor de sus incursiones. Remontan el Sena, como ya lo hicieron cuarenta años antes —en el 845—, pero sus fuerzas son ahora muy superiores. Asedian París, y Carlos *el Gordo* no adopta iniciativa alguna más allá de intentar comprar la retirada del invasor. Ante la inoperancia militar del *Gordo*, la ciudad es defendida con ahínco por Eudes, conde de París. Durante un año entero organiza la defensa, y los vikingos son finalmente repelidos. Por su determinación el conde Eudes se convierte en héroe nacional, y poco después en Eudes I rey de los francos.

Como hemos visto, los reyes carolingios, sin posibilidades efectivas para rechazar militarmente a los normandos, optaban por comprar su retirada mediante el pago en *libras carolingias* [67]del tributo conocido como *danegeld* [68]. En el año 911, el jefe vikingo Hrolf *el Andarín*, conocido en tierras francesas como el *rey del mar* [69]o de manera burlesca y popular como *Rollón* [70], tras recibir el bautismo —adoptará el nombre de Roberto— se instalará de forma definitiva en la región francesa que conoceremos después por el nombre de Normandía, literalmente tierra de normandos.

Tres años después de los asaltos a las costas francesas, las embarcaciones normandas navegaron aún más hacia el sur. Llegado el año 844 se aproximarán a las tierras que los vikingos conocían por el nombre de *Jacobsland* [71] haciendo acto de presencia y atacando las costas del norte de la Península Ibérica, en concreto los litorales de Galicia y Asturias. La *Crónica Silense* deja bien claro lo que significaban estas gentes para la población autóctona que sufrió su presencia: «*Eran gente muy cruel y antes desconocida ante nosotros*».

Con toda probabilidad, el rey Ramiro I —recién coronado— había tenido noticias de las correrías vikingas por las costas francesas, en latitudes cada vez más sureñas, por lo que el factor sorpresa no se alió en esta ocasión con los normandos a su llegada al litoral cantábrico, donde tocaron tierra en agosto del mencionado año. Las fuentes afirman que los vikingos habían llegado a bordo de cincuenta y cuatro naves. En esta ocasión fueron contundentemente rechazados desde su primer desembarco en tierras asturianas (Gijón) y gallegas (La

Coruña). El combate más significativo entre las huestes del rey Ramiro I y los invasores vikingos tuvo lugar en las cercanías del *Farum Brecantium* [72]. Los hombres que formaban las huestes de Ramiro I eran de ascendencia celta y germano-sueva muy habituados a la guerra. Todos estos movimientos de los normandos los conocemos gracias a los *Annales Bertiniani* [73] y también a través de la *Crónica de Alfonso III* en la que encontramos el siguiente párrafo que nos confirma lo dicho y nos anticipa los siguientes movimientos normandos:

> *«[…] las armadas de los normandos, desde el Océano Septentrional, llegaron a la ciudad de Gijón, y desde allí se dirigieron al lugar nombrado Faro Brigantino; de lo que informado Ramiro envió contra ellos un ejército con sus duques y condes, que dieron muerte a una multitud, y quemaron varias de sus naves: los que lograron huir acometieron a Hispalis, ciudad de Hispania, se apoderaron de ricos despojos, y dieron muerte con el fuego y el acero a un crecido número de caldeos* [74]*».*

Siguiendo su progresión norte-sur en busca de objetivos más asequibles, a mediados del mes de septiembre los vikingos se presentarán ante Lisboa, donde tomaron tierra. En ese momento se trataba de una posesión musulmana, y durante trece días intentaron sin éxito el asalto a la ciudad. No obstante, más de un siglo después, en el año 966, una flota vikinga compuesta por veintiocho naves fracasará de nuevo en su intento de saquear Lisboa, perdiendo la mayor parte de sus barcos.

Pero a pesar de estos últimos fracasos en las costas de la Península Ibérica, no estaban ni mucho menos dispuestos a regresar a sus bases con las manos vacías; esto supondría un gran desprestigio para los *Jarl* que encabezaban la expedición. Por este motivo, en octubre de ese mismo año 844 probaron suerte un poco más al sur.

Más de cien embarcaciones vikingas se concentraron en el amplio estuario cercano a la actual Sanlúcar de Barrameda. Una veintena de ellas saquearon de modo inmediato las aldeas costeras; a continuación, una tras otra, la totalidad de las naves remontaron cautelosamente las tranquilas aguas del rio Guadalquivir. Por sorpresa y sin ser detectados a pesar de su elevado número, desembarcaron en Sevilla e impunemente —pues entonces no contaba con murallas— la sometieron a un saqueo y pillaje sistemáticos por espacio de más de siete días. Según nos transmiten los historiadores musulmanes, mataron sin distinción a gran número de la población, capturando para su venta como esclavos a algunas decenas — según las crónicas, *las mujeres más bellas y los niños más sanos*—. Las mismas fuentes dicen que los vikingos no perdonaron ni a los animales de carga, dando a entender de esta manera la crudeza del saqueo. A pesar de que toda la

ciudad se sometió al pillaje durante una larga semana, la ciudadela permaneció en poder de los árabes. Los vikingos —al igual que hacían con iglesias y monasterios— intentaron sin éxito prender fuego a la gran mezquita de la ciudad recientemente construida sobre una iglesia visigoda.

Cuando Abd al-Rahman II, tuvo noticias de la devastadora presencia vikinga en Sevilla, ordenó de inmediato la movilización general de al-Ándalus. En esta ocasión los normandos, sintiéndose fuertes y seguros de sus posibilidades no se retiraron y aceptaron el enfrentamiento a campo abierto que le presentaron las tropas omeyas desplegadas al sur de Sevilla, concretamente junto a la gran extensión de Tablada. Era el once de noviembre del año 844. Con anterioridad a este enfrentamiento definitivo se habían producido ligeros combates y escaramuzas con distinto resultado, tal vez para estudiar recíprocamente las tácticas y forma de luchar del adversario. En realidad, nunca se habían visto frente a frente, guerreros de latitudes tan dispares, dispuestos a una lucha a muerte. Se trataba de un enfrentamiento bélico inédito hasta entonces: sarracenos contra vikingos.

La confiada actitud de luchar a campo abierto contra un ejército regular, poco habitual en los vikingos en estas fechas (año 844), nos hace suponer por el número de naves citadas por las fuentes musulmanas —en torno al centenar—, y teniendo en cuenta que cada nave bien podía transportar casi un centenar de guerreros, que los normandos alinearon frente a las tropas de Abd al-Rahman II, un ejército próximo a los diez mil hombres, número de efectivos muy considerable para la época, constituyendo uno de los ejércitos más numerosos de la historia vikinga.

La conocida por la historiografía como *batalla de Tablada,* supuso una contundente y desastrosa derrota para los vikingos, nada habituados a enfrentamientos en campo abierto contra ejércitos regulares, siendo la gran victoria omeya proclamada a los cuatro vientos por todo al-Ándalus. Las fuentes musulmanas hablan de más de mil quinientos normandos muertos —la mayoría cazados por la caballería musulmana durante la huida—, treinta barcos destruidos y más de cuatrocientos prisioneros capturados en la precipitada retirada normanda. Los ingenieros del ejército omeya emplearon catapultas provistas con tinajas repletas de fuego griego para destruir los barcos vikingos. Los vikingos restantes se retiraron hacia sus embarcaciones y remaron con fuerza aguas abajo por el Guadalquivir intentando salir lo antes posible del alcance de tiro de las letales catapultas, mientras que los envalentonados habitantes de las zonas próximas a las orillas los acosaban lanzándoles piedras y flechas. Pronto los acosados vikingos ofrecieron canjear parte del botín y prisioneros capturados

por ropas, comida, y sobre todo, tener la oportunidad de poder continuar su navegación sin ser molestados.

Algunos de estos cautivos nórdicos se convirtieron al islam, salvando de este modo la vida, insertándose en la población del bajo Guadalquivir para dedicarse a la ganadería y sus derivados. Algunos autores apuntan a que los quesos elaborados por estos vikingos incorporados en el tejido social andalusí cobraron gran fama. El resto de los vikingos capturados que no se acogieron a la «*verdadera fe*», fueron literalmente pasados a cuchillo o ahorcados colgados de las palmeras. Los que lograron alcanzar nuevamente el Atlántico pusieron rumbo norte, hacia sus bases, aunque unas pocas naves prosiguieron hacia el sur haciendo acto de presencia en la costa marroquí, llegando incluso a penetrar en el Mediterráneo. La misma crónica cristiana del siglo IX —Crónica de Alfonso III— hace referencia a estos movimientos normandos:

«De nuevo, los piratas normandos vinieron a nuestros litorales en estos tiempos. Luego continuaron en España y destruyeron todas las zonas marítimas con la espada y el fuego. Desde allí, cruzando el mar, invadieron Nekor, ciudad de Mauritania, y allí mataron con la espada a multitud de caldeos. Finalmente, asaltaron Mallorca y Menorca y las despoblaron con la espada. Después marcharon a Grecia, y después de tres años, retornaron a su patria».

En el tesoro vikingo hallado en el pueblo inglés de Cuerdale —al norte de Liverpool y Manchester— aparecen monedas andalusíes procedentes del saqueo de Sevilla. Este tesoro está fechado en torno al año 900 y compuesto por unas ocho mil quinientas pequeñas piezas —la mayor parte monedas— que fueron enterradas en un cofre de plomo, entre las que hay monedas, amuletos, cadenas, anillos, brazaletes y lingotes de plata. Muchas de las joyas son de origen irlandés, aunque algunas se las puede situar en la Francia carolingia; por supuesto, también las hay de origen genuinamente nórdico. Las monedas —que son más de siete mil—, proceden mayoritariamente de la propia Inglaterra, tanto del territorio anglosajón como del Danelaw, pero también las hay de origen árabe —al-Ándalus— y una única de Bizancio.

Los arqueólogos creen que el tesoro estuvo dividido en bolsas de tela dentro de la caja emplomada, por lo que bien pudiera ser el botín común de un grupo de vikingos tras un saqueo. Tal como ocurre con tantos otros tesoros escondidos, esta era una manera de conservar las riquezas en tiempos revueltos e inciertos, con la esperanza de sobrevivir y rescatarlo de la tierra algún día. Pero algo no fue bien y quien lo ocultó nunca pudo disponer de su plata.

Una vez que se había rechazado a los terroríficos *mayus* [75], nombre

con el que se conocía a los vikingos en al-Ándalus, se ordenó el amurallamiento de la ciudad de Sevilla y de la ribera del río más próxima a esta. Del mismo modo, se crearon numerosos *ribat* [76], puestos de vigilancia en la costa atlántica y *amsares* [77] estratégicamente situados. Abd al-Rahman II promovió desde entonces la construcción de barcos y astilleros. Todas estas medidas resultaron después ser efectivas pues los vikingos son rechazados con rotundidad en nuevos intentos de desembarco llevados a cabo con posterioridad en los años 859 y 966.

La presencia de los vikingos en la Península Ibérica no había terminado ni mucho menos tras su expulsión a manos de los musulmanes de al-Ándalus. Se trataba tan solo de un respiro, una tregua temporal, pues en el año 858 los vikingos, en continua progresión, atraviesan las legendarias *Columnas de Hércules* [78] y saquean Algeciras. Durante tres días los guerreros nórdicos atacaron y saquearon la ciudad quemando las tres mezquitas existentes en la medina. A continuación, se retiraron acosados por la población y perdieron dos naves en el repliegue.

Continuaron su periplo siguiendo la costa hacia el norte y saquearon ahora diversas poblaciones del litoral murciano para llegar hasta la entonces pequeña población pesquera de Guardamar, punto por el que remontaron el entonces relativamente caudaloso río Segura hasta llegar a Orihuela, una de las principales ciudades de la *Cora de Tudmir* dependiente de al-Ándalus. Su objetivo era conseguir plata, cautivos y vituallas para proseguir la navegación. Una vez que desembarcaban para tomar la ciudad –en este caso Orihuela, entonces conocida como *Uryula*—, estos guerreros de tez y pelo claros hacían sonar a golpes sus escudos quemando y devastando todo a su paso para crear miedo y terror, facilitando así una rápida sumisión y rendición, lo que les permitía volver cuanto antes a sus naves con el botín obtenido en la incursión.

Las costas de las islas Baleares fueron también objetivo de los asaltos vikingos. Continuando con su progresiva singladura, llegaron en esta ocasión tan al norte del Mediterráneo como es la población francesa de Camarga. En este punto del sur de la costa francesa establecerán una base permanente desde la que asaltarán las ciudades de Nimes y Arlés. Partiendo de la consolidada base de Camarga navegarán hasta el delta del Ebro y remontarán el río —pasaron de largo Zaragoza por estar fuertemente amurallada— para atacar por sorpresa Pamplona con tal efectividad que capturarán al mismo rey de esta ciudad, García Íñiguez, éxito que les reportará un rescate *millonario* [79]. Son algunos los historiadores que apuntan a que la incursión sobre Pamplona partió desde la ría vizcaína de Mundaka —por lo tanto, se trataría de una expedición terrestre, algo inusual en las tácticas empleadas por los

vikingos— donde al parecer los vikingos tendrían una base permanente. En este sentido una crónica afirma: «*En el año 892, León, que ha venido a evangelizar a los vascos, es decapitado en Bayona, ocupada entonces por los vikingos*». Ciertamente el que los vikingos llegasen hasta Pamplona por tierra se trata de una interesante y respetable hipótesis, pero de momento no está avalada ni por la historiografía ni por la arqueología.

Llegado el año 968, los vikingos volvieron a hacer acto de presencia en las costas gallegas. En esta ocasión tuvieron más éxito que sus antepasados un siglo antes. La crónica conocida como *Historia Compostelana* cuenta en referencia a esta llegada:

> *«A causa de nuestros pecados vinieron las gentes de los normandos a esta tierra y destruyeron la iglesia de Santa Eulalia de Curtis y otras de la comarca; sus sacerdotes fueron llevados presos y pasados por la espada; el fuego consumió las escrituras, y las mismas piedras perecieron por las llamas».*

Un gran número de naves normandas remontaron la ría y tomaron tierra. Ese mismo año tuvo lugar la conocida como *batalla de Fornelos* en la que el noble y obispo de Santiago, Sisenando Menéndez fue derrotado y muerto en combate, dejando a los invasores vía libre para saquear la región. Según las crónicas destruyeron hasta dieciocho poblaciones durante el largo tiempo —casi tres años— que estuvieron en tierras gallegas, hasta que el noble Gonzalo Sánchez los interceptó en el año 970 en la ría de Ferrol cuando se disponían a retirarse cargados de botín y cautivos. Los derrotó destruyendo la mayor parte de la flota, causando gran número de bajas entre los vikingos y matando en singular combate a su caudillo, Gunderedo. Este había llegado con cien barcos, a bordo de los cuales llevaba ocho mil guerreros expresamente traídos para saquear las tierras que llamaban *Jacobsland* y que nunca habían conseguido someter y saquear a sus anchas los hombres del norte, como ocurrió en esta ocasión.

Los llamados *Varegos* [80] constituyen otra estirpe vikinga. Se trata de normandos de procedencia sueca, con un carácter más comercial que guerrero desarrollaron su actividad a través de los ríos Volga y Dniéper, llegando hasta el mar Negro y Caspio comerciando con el lejano Imperio Bizantino y con los musulmanes del califato *Abasí* [81]. Para el desarrollo de esta actividad comercial emplearon un tipo de embarcación distinta al popular drakkar, llamada *knarr* [82]. A lo largo del siglo IX se irán fusionando con las poblaciones eslavas de la zona, creando asentamientos comerciales y *gorod* [83] que con el tiempo evolucionarán hacia ciudades estado. Las crónicas rusas más antiguas equiparan el término «*rus*» a *varego*, así que serían estos los que dieron nombre a Rusia.

A finales del siglo X, los vikingos noruegos que habían colonizado el «*país isla*» —Islandia— se asentarán en el «*país verde*», refiriéndose a Groenlandia. Efectivamente, en el año 985 el carismático líder vikingo Erick el Rojo, seguido por veinticinco barcos que transportaban ganado y semillas junto con quinientas mujeres, hombres y niños fundaron la primera colonia vikinga en Groenlandia, territorio en el que prolongarán su estancia durante cinco siglos. Cuentan las sagas vikingas que Erick el Rojo:

«Navegó de vuelta a Islandia al verano siguiente y arribó al puerto de Breidafjord. Y dio al país que había descubierto el nombre de Groenlandia, porque decía que la gente se sentiría mucho más tentada de ir allí si el lugar tenía un nombre atractivo».

El bonito y sugerente nombre elegido por el líder vikingo para referirse a estas tierras no cabe duda de que tuvo éxito, pues se estima que la población vikinga de la isla durante su máximo apogeo alcanzó las seis mil personas. Muy poco tiempo después, llegado el año 1000 —mientras las gentes del occidente cristiano esperaban apesadumbradas y afligidas, el Apocalipsis y la llegada del fin del mundo— navegantes vikingos descubrirán lejanas tierras a las que llamarán Vinland, dando muestras una vez más, de su intrépida capacidad aventurera y de navegación.

¿Dónde está este país llamado Vinland? Pues nada más y nada menos que entre el rio San Lorenzo y Massachusetts, en Norteamérica. Efectivamente, a pesar de las reiteradas discusiones historiográficas, es evidente que los vikingos llegaron a América. Estas tierras son descritas en una saga del siguiente modo:

«El país les pareció muy hermoso, con bosques que se extendían hasta casi alcanzar la costa y con blancas playas de arena; había un sinfín de islas, y bajíos por doquier. No encontraron huella alguna que delatara la presencia de hombres o animales, excepto en una isla situada al oeste, donde encontraron un pajar muy humilde, y de entre todo lo que vieron, solo aquello había nacido de la mano del hombre».

La misma saga da cuenta del contacto de los navegantes vikingos con elementos indígenas, que por su descripción se trataba con toda probabilidad de indígenas norteamericanos:

«En el camino de vuelta al barco, distinguieron tres bultos en la playa de arena que había frente al promontorio. Cuando estuvieron más cerca comprobaron que se trataba de tres canoas de cuero, cada una de ellas con tres hombres […] Thorvald y sus compañeros dividieron sus fuerzas y los capturaron a todos excepto a uno, que pudo escapar en su canoa. Mataron a los otros ocho y se apresuraron a retornar al promontorio,

desde el cual otearon el país que los rodeaba. Divisaron un cierto número de bultos fiordo arriba y dedujeron que se trataba de viviendas».

La descripción del territorio y la presencia de canoas, no hacen más que confirmarnos que se hallaban en la costa este más septentrional de Norteamérica. Sucedió entonces que, durante el siglo XIII el norte de Europa sufrió un empeoramiento climático progresivo. Los hielos árticos avanzaron considerablemente hacia el sur, dificultando la navegación entre Escandinavia, Inglaterra, Irlanda, Islandia y Groenlandia, cubierta esta última por los hielos casi todo el año, pasando de este modo a ser el «*país blanco*». Este empeoramiento climático supuso un repliegue obligado de la expansión normanda, perdiéndose en el recuerdo Vinland, convirtiéndose algo que fue real, en mito y leyenda para posteriores generaciones vikingas que durante los largos inviernos en los fiordos escandinavos, en torno a un reconfortante fuego escucharán boquiabiertos de sus ancianos.

Corría el año 921 cuando el califa de Bagdad, Al Muqtadir, envió una nutrida embajada a tierras balcánicas; en ella se hallaba el escritor, cronista y viajero árabe Ahmad Ibn Fadlan. Esta expedición fue interceptada por vikingos Varegos, permaneciendo Ibn Fadlan varios años junto a estos. La convivencia de este árabe con los vikingos nos deja testimonios elocuentes y de primera mano sobre algunas de sus costumbres.

A este musulmán cultivado y de refinadas costumbres, le llamó la atención lo fuertes, *altos* [84] y bien proporcionados que eran los guerreros vikingos, así como sus descomunales espadas de doble filo y hachas. También hace hincapié en sus crónicas, sobre su total falta de higiene y los describe como: «*Las criaturas más asquerosas que Dios ha creado*». Comprueba con verdadero asombro cómo, después de mantener relaciones sexuales o de comer, no se lavaban y su único atisbo de higiene consistía en una palangana con un poco de agua que compartían entre todos.

Este desprecio por la limpieza, para un musulmán que, según el Corán, las aguas que usa alguien para lavarse no las debe tocar nadie más, era poco menos que sacrilegio. Además, hay que recordar y tener en cuenta que la sociedad árabe del califato de Bagdad, lugar de procedencia del cronista, era una de las más refinadas en todos los sentidos, sino la que más, durante el arduo siglo X. Sin poner en duda las apreciaciones hechas por el historiador árabe en materia de higiene, lo cierto es que entre los vikingos existía un día especial a la semana, al que llamaban *Vatdagr* [85].

Ibn Fadlan nos cuenta también, como vivía el rey de estos vikingos con los que convivió, a los que denomina *Rus*, en su palacio-campamento con cuatrocientos de sus mejores guerreros, a modo de guardia real, cada uno de los cuales solía tener dos esclavas a su

servicio, una de ellas le servía la comida y con la otra compartía alcoba, siempre a criterio del vikingo. También nos cuenta como el rey, sin bajarse siquiera del trono, disponía a su antojo de hasta cuarenta esclavas. «*Son como asnos salvajes*», nos cuenta el cronista.

Pero la descripción más detallada y, por lo tanto, interesante que Ibn-Fadlan nos ha dejado escrita es la de un funeral vikingo que absorto, perplejo y sin perder detalle, él mismo presenció:

«Primero hacen un entierro preliminar del cadáver y lo mantienen así durante diez días; mientras tanto, los familiares del difunto preguntan a sus esclavas quien quiere acompañar a su amo al más allá. La esclava que se presenta voluntaria recibe un tratamiento especial; se le regalan todo tipo de adornos, bebe, canta y se entrega a los hombres, mientras las demás preparan la ropa que el muerto llevará más tarde. Estas ropas son muy importantes en el ritual; para hacerlas se han apartado un tercio de los bienes dejados por el difunto; otra parte es para la familia y la restante para comprar el hidromiel que se consumirá durante las ceremonias de esos días, algunas de las cuales llegan a adquirir carácter orgiástico. Los amigos del muerto llevan su barco a tierra, varándolo sobre unos soportes de madera, y acampan a su alrededor. Entonces entra en escena una anciana de aspecto más bien siniestro a quien llaman "el ángel de la muerte". Esta saca el cadáver del enterramiento provisional y lo viste con la lujosa ropa nueva. Los amigos lo suben al barco y lo acuestan dentro de una tienda de campaña, sobre mantas y cojines. A su lado van depositando comida y bebida, además de sus armas. Fuera del barco, descuartizan su perro y sus dos caballos, así como dos bueyes, un gallo y una gallina, echando los pedazos sobre la cubierta del barco. Mientras tanto, la esclava recorre sucesivamente las tiendas de los amigos del muerto y mantiene relaciones sexuales con ellos, cosa que lo consideran como un homenaje especial al difunto. Ella protagoniza después un pequeño ritual en que es alzada sobre un armazón de madera y, mirando a lo lejos, dice ver a sus padres, a sus parientes muertos y por fin contempla a su señor que la llama. La suben al barco y le dan varias veces de beber hidromiel, cuyos efectos le hacen cantar y despedirse de sus seres queridos. La anciana la mete en la tienda y los hombres que permanecen cerca del barco golpean sus escudos con las lanzas, provocando un ruido ensordecedor. Seis de ellos entran también en la tienda y mantienen con la esclava una nueva sesión de sexo antes de que cumpla con su misión; finalmente la vieja le clava un cuchillo mientras dos de los hombres la estrangulan con un cordón.»

Impresionante y estremecedor relato escrito hace once siglos. Una vez despojados del mito y la leyenda que siempre envuelven la historia de estos pueblos, así, como acabas de leer eran realmente los

hombres del norte que habitaban las tierras escandinavas, los vikingos.

Aunque el origen de los magiares es controvertido, la historiografía actual apunta a que originalmente formaban parte de un grupo de tribus que vivían en la zona más occidental de Siberia, asentadas junto a la vertiente este de los Urales. En la actualidad, la mayor parte de los pueblos que componen este grupo étnico se encuentran en tierras rusas, a excepción de los húngaros y los que viven en la región del Báltico y Finlandia. El curioso significado de la palabra *Magiar* es «*hablador*».

En algún momento durante el siglo X a. C, los protomagiares se trasladaron al sur de Siberia occidental —tal vez como consecuencia de un drástico empeoramiento climático, pero también presionados por los pueblos turcos de las estepas como eran los *cumanos* y los *kazaros*— hasta la zona comprendida entre el río Ural y el Mar de Aral. Desarrollaron su vida nómada y pastoril de una manera más o menos estable en esta zona durante casi ocho siglos, hasta el siglo II a. C, cuando se pusieron de nuevo en movimiento trasladándose hacia el oeste para asentarse ahora en la cuenca del río Don. Este último desplazamiento estaría también motivado por la hostil climatología y el empuje de otros pueblos.

Con toda probabilidad fue en este nuevo asentamiento donde descubrieron el uso del hierro y el empleo masivo de los caballos para la guerra, tal vez por influencia de sus vecinos escitas y sármatas quienes desde tiempos inmemoriales eran magníficos jinetes. La interacción magiar con estos pueblos se evidencia a través de la incorporación de palabras eslavas a su propia lengua.

Tras esta breve introducción acerca de la procedencia magiar nos trasladamos ahora hasta el siglo IX de nuestra Era, fecha en la que comienza la verdadera eclosión magiar que terminará afectando sobremanera la seguridad y los intereses de los reinos cristianos centroeuropeos. En torno al año 830, se produjo un enfrentamiento armado con matices de guerra civil en el Kanato jázaro. Un grupo llamado *kábaros o kabardianos* compuesto por tres tribus jázaras se rebeló, posiblemente como parte del rechazo de la conversión al judaísmo por gran parte de la realeza, a pesar de que entre los jázaros existía una relativa permisividad religiosa entre la población. Los rebeldes *kábaros* fueron derrotados y expulsados del kanato. Condenados al exilio, buscaron refugio en las tierras adyacentes y pronto fueron aceptados dentro de la confederación tribal que se conocerá como *Hétmagyar* [86].

Como resultado de esta grata acogida, las tres tribus *kabaras o kabardianas* se unieron a los magiares y se independizaron asentándose en un territorio denominado por los propios magiares

como *Etelköz* [87], que no era otro que la zona comprendida entre los montes Cárpatos y el río Dniéper.

A su llegada al nuevo territorio, este no estaba ni mucho menos despoblado. Se encontraron con los denominados *rus* y otros grupos de eslavos orientales allí establecidos desde hacía generaciones. Los magiares pronto crearon lazos intensos y profundos con ambos pueblos, fusionándose con ellos a través de matrimonios mixtos. Desde entonces algunas fuentes distinguen entre húngaros blancos —jázaros — y húngaros negros —magiares—.

A partir del año 862, los inquietos y activos jinetes magiares —a los que ya se conocía en la Europa cristiana como *hugro o ungri*— iniciaron junto los kábaros, a sus aliados, una serie de incursiones militares y saqueos desde sus asentamientos en *Etelköz* hasta la llanura Panónica —más allá al oeste de los Cárpatos—, principalmente contra el Imperio Franco Oriental —que se correspondería con territorios de la actual Alemania— y la Gran Moravia, aunque también estas incursiones se canalizaron contra el Principado de Balatón y Bulgaria.

Las crónicas musulmanas cuentan que a partir del año 870 los magiares atacaron a las poblaciones de eslavos y rusos que vivían cerca de sus fronteras. Estas mismas fuentes afirman que los derrotan continuamente, obligándolos a pagar un tributo anual, sin contar la captura y el desplazamiento de muchos de ellos a la ciudad de Kerch, en la península de Crimea en condición de cautivos, para ser vendidos a los bizantinos como esclavos, obteniendo con ello pingües beneficios.

En el año 881, los magiares apoyados por elementos moravos arremeten nuevamente contra territorios germanos. Ante esta situación, al año siguiente los dirigentes magiares o húngaros —como ya se les empieza a mencionar por estas fechas— parlamentan con los eclesiásticos creadores del *glagolítico* [88], Cirilo y Metodio. El encuentro entre tan dispares interlocutores tuvo lugar en tierras del Bajo Danubio con el fin de intentar aplacar, en la manera de lo posible, las devastadoras incursiones magiares en territorios cristianos, causa de las desgracias de muchos indefensos campesinos y aldeanos. Realmente estos dos relevantes monjes supieron ver la Cristiandad —o Europa, en estos años eran términos sinónimos— como un todo, e intentaron en la medida de sus posibilidades que el cristianismo fuera el punto de encuentro entre diferentes entidades políticas del momento como Bizancio, los eslavos o el Sacro Imperio Románico Germano. En teoría no debía ser difícil el entendimiento pues todos tenían como enemigo común a los paganos magiares.

Si hubo algún acuerdo efectivo con los dos eruditos eclesiásticos mencionados no lo sabemos con certeza, pero de haberse producido fue breve y efímero en el tiempo, pues en el año 894 hordas de jinetes

magiares realizaron una nueva incursión hacia tierras occidentales, penetrando hasta *Panonia* [89]. Este fértil territorio rico en pastos —llanura Panónica— se encontraba en las miras de los pueblos y reinos adyacentes, pues desde la desaparición de los ávaros [90] —sus anteriores pobladores—, había quedado con una débil densidad de población.

Muy pronto, llegado el año 896, los magiares iban a conocer su primera gran derrota a manos de los búlgaros en la llamada batalla del *Buh Meridional* [91] . Tras dejar sobre el campo de batalla cerca de veinte mil muertos, los magiares se vieron forzados a abandonar *Etelkóz* —territorio que se correspondía con el actual sur de Ucrania— para establecerse en tierras de la actual Hungría que hasta hacía poco era el hogar de los extinguidos ávaros. Las tribus magiares quedaron tan noqueadas tras esta derrota que les costó casi cuatro años recuperarse del duro golpe recibido.

Durante ese tiempo cesaron sus temidas incursiones. El príncipe magiar Almos, fue elegido nuevo caudillo de las siete tribus húngaras en el transcurso de la ceremonia conocida como el *Pacto de Sangre* [92], en la que los chamanes de las distintas tribus sacrificaron un caballo blanco para propiciar al *dios de los húngaros*, término con el que ellos mismos denominaban a su único dios.

Después de conducir a su pueblo desde su antiguo asentamiento de *Etelkóz* en Ucrania hasta las laderas exteriores de la Cuenca de los Cárpatos, su nuevo país —una especie de tierra prometida—, que se correspondería en gran medida con territorios de la actual Hungría, Almos murió sacrificado en tierras de Transilvania en el transcurso de un oscuro rito pagano que tenía como propósito asegurar el éxito y la prosperidad de su hijo y su nación en su nuevo asentamiento. Tras la muerte de Almos, su vástago *Arpad* [93] sucederá a su padre como Gran Príncipe húngaro, caudillo y señor de las siete tribus, creando la dinastía que llevará su nombre y gobernará Hungría durante cuatro siglos.

En su origen, el término *húngaro* [94] tendría connotaciones despectivas; haciendo referencia a una creencia popular, consistente en el retorno de las antiguas correrías de los *hunos* por territorios europeos, los cuales tras la muerte de Atila desaparecieron súbitamente, aunque juraron que algún día volverían. Es por esto que, el término «*hung*», recuerda a esos ancestros bárbaros que, ateniéndonos al rigor historiográfico, carecen de toda relación étnica con los húngaros o magiares, si bien las tribus magiares no dudarán en encajar las historias sobre los *hunos* y los *saberios* [95] a su propia tradición hablada.

Muy pronto, Arpad, apodado *el Conquistador,* selló un tratado con Svatopluk I, el príncipe de la Gran Moravia, para expulsar de la

cuenca de los Cárpatos a las fuerzas francas que defendían la marca más oriental de los dominios cristianos. Esta alianza moravo-magiar quedó sellada también con la conocida como *leyenda del caballo blanco*, según la cual los húngaros habrían enviado un espléndido caballo blanco al príncipe de la Gran Moravia como ofrenda, pagándole este por tan maravilloso corcel con todos los territorios que estaban en el sur de su Estado, tierras que en parte se corresponderían también con la actual Hungría. La fuente medieval conocida como la *crónica de Néstor* nos muestra la confluencia comercial de los diversos bienes y productos que llegaban a los mercados de la zona desde todos los territorios adyacentes a la cuenca del Danubio:

«Pues allí [en el Danubio] confluyen todos los bienes: de la Bizancio oro, telas preciosas, vino y variadas frutas; de los checos y de Hungría plata y caballos; de Rus pieles y cera, miel y esclavos».

Tras la muerte de su aliado, el moravo Svatopluk I, las hordas magiares comenzaron a devastar centenares de *obscinas* [96] diseminadas por la Gran Moravia y a ocupar la zona superior del río Tisza —mayor afluente del Danubio—, de este modo los húngaros ocuparon y sometieron los territorios que habían sido moravos y los anexionaron a sus nuevos dominios.

Después de asentarse en la cuenca de este río que fluye al este de la actual Budapest, el «imperio» de Arpad *el Conquistador* se fue consolidando tras vencer a príncipes menores, apoderándose de los restos de lo que un día fue la Gran Moravia. De este modo, afirmado y consolidado su poder en el este, los magiares volvieron su codiciosa mirada hacia el oeste efectuando violentas incursiones contra el reino franco que muy pronto se convertirá en el Sacro Imperio Romano Germánico. A partir de ahora, en los centros de culto cristianos centroeuropeos y del norte de Italia —abadías, monasterios e iglesias — todas las oraciones y plegarias finalizarán con la sentida invocación: «*De furore hungarorun, liberanos Domine*». Al mismo tiempo que los vikingos dominaban la zona atlántica y los sarracenos se apoderaban del Mediterráneo, los magiares fueron el terror del interior europeo, en lo que constituyó el segundo asalto a Europa por todos los frentes.

En marzo del año 899, Arnulfo, rey de la Francia Oriental, envió una embajada a tierras húngaras que se presentó en la corte del príncipe Arpad para solicitar la ayuda militar de los magiares con el fin de derrotar a los ejércitos del rey Berengario I de Lombardía, con el que mantenía continuas escaramuzas y roces fronterizos. Como contraprestación a tan necesaria y valiosa ayuda, todos los territorios de Panonia les serían entregados a los magiares y reconocidos como parte de su imperio. Arpad no lo dudó, e inmediatamente envió un

ejército compuesto por cinco mil jinetes —se trataba de caballería ligera con una gran movilidad— al norte de Italia. Una vez allí se dividieron en pequeños grupos y saquearon todo el valle del río Po, volviéndose a reunir en dirección a Venecia, que fue sitiada. El ataque inicial contra Venecia fue un fracaso. El rey Berengario I consiguió reunir un importante contingente compuesto por quince mil efectivos y se dirigió a su encuentro. Ante la presencia de tan importante ejército, los magiares fingieron retirarse e incluso pidieron la paz, simulando que se hallaban derrotados. Berengario I no se lo pensó dos veces y atacó la retaguardia magiar que huyó hasta el río Brenta; allí le suplicaron conservar sus caballos y retirarse.

Berengario I aceptó la petición, pensó que había ganado; así que acamparon, se quitaron las armaduras y se dispusieron a cenar y celebrar la victoria. Pero esta no se había producido ni mucho menos. Se trataba solo una ilusión producida por las artimañas desplegadas por el inteligente Arpad. En la llamada *batalla del río Brenta*, la retaguardia magiar —advertida por sus exploradores de la excesiva relajación de las tropas enemigas— volvió a cruzar el río atacando al confiado y desprotegido campamento *lombardo* [97], al mismo tiempo que el resto de las fuerzas que habían permanecido ocultas en la espesura de los bosques atacaron por los flancos aniquilando al desconcertado ejército lombardo.

Después de esta aplastante victoria, todo el reino italiano quedó a merced de los magiares. Sin un ejército lombardo que se opusiera a ellos, los húngaros decidieron no replegarse a sus territorios y pasar el invierno en tierras italianas campando a sus anchas, continuando los ataques a monasterios, castillos, aldeas y ciudades, tratando de conquistarlos y saquearlos, como lo hicieron antes de que comenzaran a ser perseguidos por el imprudente ejército del rey lombardo Berengario I. Una crónica de principios del siglo X, cuenta sobre el modo de luchar de los magiares: *«[…] tienen un gusto más para luchar a distancia, establecer emboscadas, envolver su enemigo, simular retiradas y girar para dispersar las formaciones de combate».*

A finales de ese mismo año de 899 los magiares atacaron, entre otras, la localidad de Vercelli. El obispo de esta ciudad acompañado por el *missi dominici* [98] del Imperio Carolingio, de nombre Liutward, trataron de escapar de las hordas magiares llevando consigo —como era preceptivo en estos casos— todos los tesoros que pudieron reunir y transportar, en especial y de manera prioritaria los litúrgicos. Durante la huida los dos *potentes* [99] cristianos tropezaron accidentalmente con una columna de jinetes magiares, quienes sin pensarlo dos veces les dieron muerte apoderándose de los tesoros que intentaban ocultar y poner a salvo.

A comienzos del año 900 conquistaron Módena e inmediatamente se

presentaron ante la abadía de Nonantola. Este monasterio era especialmente conocido porque sus monjes se dedicaban a la loable tarea de cuidar a pobres y enfermos. Esto no fue impedimento para que los magiares mataran a todos los monjes y a las *pauperes* [100] gentes a las que asistían, para a continuación saquear el monasterio y prenderle fuego.

Antes de que los húngaros abandonaran Italia, en la primavera de ese mismo año 900, concluyeron la paz con Berengario I, quien tuvo que hacer frente al pago de una fuerte suma de dinero para hacer efectiva dicha paz, además de entregar rehenes para asegurarse la partida de los magiares. Finalmente, parece ser que los magiares se convirtieron por estas fechas en amigos y aliados del rey Berengario, y con el paso del tiempo algunos de los líderes húngaros pasaron a ser sus amigos personales y asesores militares del rey lombardo, haciendo válido el dicho de «si no puedes con tu enemigo, únete a él».

Mientras tanto, en tierras francas, el ocho de diciembre del año 899, el emperador Arnulfo moría en la ciudad de Ratisbona, por lo que la alianza entre Francia del Este y los magiares perdió su validez. Estos enviaron delegados para negociar la renovación de la alianza, pero fueron vistos como espías por Hatto I, guardián y consejero del nuevo rey, el chaval de seis años Luis *el Niño*. Hatto I, el arzobispo de Mainz y sus consejeros, los enviaron de regreso a casa sin conseguir nada. Esto dio lugar a un estado de guerra entre las dos comunidades políticas, así que los magiares necesitaban el ejército estacionado en Italia. Planearon la conquista de Panonia atacando la provincia bávara desde el suroeste al mismo instante que otro ejército magiar lo atacaba desde el este.

En su camino de regreso a tierras húngaras, los jinetes magiares que regresaban de Italia, careciendo de naves o embarcaciones de cualquier tipo, llegado el mes de junio del año 900, se «embarcaron» en una campaña contra Venecia, ciudad entonces protegida por su insularidad y numerosos canales. Las fuentes indican que con sus caballos y «*naves de cuero»* atacaron primero las pequeñas poblaciones de la costa, y después la misma ciudad de Venecia.

Las mencionadas «*naves de cuero*» no eran otra cosa que pieles de animales (cabra, oveja, quizá vaca) atadas y cosidas para formar algo así como una enorme bolsa de aire, una especie de flotador que se fijaba a ambos lados de sus caballos, que ayudaba a flotar al soldado y a su montura, tal y como la hacían los guerreros de otras sociedades nómadas cuando solían cruzar ríos caudalosos y profundos.

Primero atacaron y quemaron los pueblos costeros como Equilio, Cittanova y Fine; luego sirviéndose de estos ingeniosos flotadores hechos con pieles de animales acoplados a sus caballos, cruzaron las aguas de la Laguna de Venecia y saquearon la isla de Chioggia, que era parte del Dogado veneciano. El veintinueve de junio, apoyados en sus «*naves de cuero*», trataron de alcanzar Rialto y Malamocco, pero antes de llegar a estas islas, el *Dux* [101] de Venecia Pietro Tribuno los esperaba con la flota de guerra veneciana, obligándolos a retirarse. Este ataque no suponía una violación del acuerdo con Berengario I, pues en ese momento Venecia no formaba parte del reino lombardo, sino que se trataba de una república independiente bajo influencia bizantina.

Las tropas magiares que regresaban de Italia participaron en la toma de los territorios de Panonia que les había prometido Arnulfo por su ayuda. El ejército magiar de vuelta solamente tenía la empresa de saquear la zona con el objetivo de debilitar la capacidad de resistencia y la moral de los habitantes para soportar el ataque final. Después cruzó el Danubio regresando a sus bases, mientras que dos nuevos ejércitos magiares de refresco realizaban la ocupación de sus nuevas

posesiones. Uno de los contingentes húngaros atravesó el río Danubio y saqueó los territorios en la orilla norte del río, pero Leopoldo, *margrave* [102] de Baviera, reunió sus huestes y los derrotó entre las poblaciones de Passau y Krems el veinte de noviembre de ese año 900.

Los moravos que también tenían aspiraciones sobre algunos territorios de Panonia, atacaron a los magiares cuando estos se encontraban en campaña contra los francos. El veterano y curtido ejército de Arpad derrotó a los moravos, y como castigo les incautó las tierras de Nyitra —actual Eslovaquia—, de modo que toda la cuenca de los Cárpatos, a finales del 900, estaba bajo el control magiar. La conquista húngara había terminado. Ese mismo año, incapaces de permanecer inactivos, los jinetes húngaros se pusieron de nuevo en movimiento y lanzaron una incursión hacia el interior del territorio bávaro.

El rey franco, Luis el Niño, convocó inmediatamente a la *Curia Regia* [103]en Regensburg en el año 901 con el fin de introducir medidas y disposiciones que fueran capaces de frenar a los inquietos magiares. El rey Mojmir II del Gran Reino de Moravia, acordó una paz entre Moravia y Francia Oriental, ya que su reino había sufrido también la devastadora presencia magiar.

Una columna montada magiar que saqueaba Carintia fue derrotada en abril de 901, y las crónicas describen otra derrota de los húngaros a manos de Leopoldo, margrave de Baviera en el río Fischa en el mismo año.

En el año 902, los magiares llevaron una campaña contra tierras del norte de Moravia, llegando incluso a territorios de la actual Polonia donde arrasaron decenas de *opols* [104] y derrotaron de nuevo a los moravos cuyo país fue en esta ocasión aniquilado de manera casi definitiva.

Después de la definitiva conquista de Panonia por los magiares, la mayoría de los combates se movieron hacia los flancos. En la Guerra Franco-Morava, los vencedores efectivos fueron los magiares. El mutuo debilitamiento de sus enemigos les permitió consolidar sus posiciones, y así apoyar las operaciones militares en el valle del Danubio. Todas las partes estaban en un estado de confrontación permanente entre 902 y 906. El Imperio Franco Occidental se vio obligado a reconocer que se enfrentaba a un nuevo poder emergente, consolidado, fuerte y unificado en la Cuenca de los Cárpatos, que había tomado posesión de su provincia más oriental, Panonia, y había derrotado a los francos en Moravia.

Como hemos conocido, los magiares invadieron la región de Nyitra —Nitra, Eslovaquia— derrotando y dando muerte a Zobor, el gobernante checo local, en el monte conocido desde entonces con el nombre del derrotado. A partir de ese momento, los húngaros

ocuparon primero la llamada *Panonia de los «romanos»* y luego lucharon con el líder de origen búlgaro Glad y su ejército compuesto de búlgaros, lombardos y cumanos de Banat; en esa batalla cayeron abatidos dos duques de los cumanos y tres príncipes búlgaros; aunque Glad consiguió escapar, su ejército se desmanteló. Tras la derrota, Glad cedió algunas ciudades de su ducado. Por último, hubo un tratado entre los magiares y el noble Menumorut estipulando que la hija de este gobernante local debía contraer matrimonio con el hijo de Arpad, Zolta.

Leopoldo, margrave de Baviera, que operaba con su ejército en la frontera de Panonia, estableció negociaciones con Kurszán, el jefe magiar. Durante el desarrollo de estas conversaciones, en el año 904 los bávaros tendieron una trampa y acabaron con Kurszán y toda la delegación magiar cerca del río Fisha. Con este magnicidio —al parecer orquestado y ordenado por el rey Luis el Niño y sus colaboradores más allegados— se fortaleció de manera notable la posición de Arpad, que se convirtió en el único jefe de las tribus magiares. Si con este asesinato el joven rey germano pretendía debilitar a los húngaros, logró todo lo contrario.

Así las cosas, los magiares volvieron a presentarse en tierras italianas en el mismo año 904 usando la llamada *Strada Ungarorum* [105] que conduce desde Panonia a Lombardía. Llegaron atendiendo ahora a la llamada del rey Berengario I —que se había convertido en su aliado— en guerra contra su rival, el rey Luis de Provenza. Los húngaros devastaron los territorios ocupados por el rey Luis a lo largo de toda la cuenca del río Po, lo que aseguró sin muchos contratiempos, la rápida victoria de Berengario I gracias a la presencia e intervención magiar. *In stipendium* [106], el monarca victorioso permitió a los húngaros saquear todas las ciudades que antes habían aceptado someterse o eran aliadas de su oponente, y además, acordó pagar un tributo anual consistente en cuatrocientos kilos de plata por los servicios prestados.

Las posibles amenazas exteriores para los nuevos territorios magiares provenían de dos direcciones: del este-sureste de los germanos y moravos, y del oeste de los búlgaros y pechenegos. Por este motivo, Arpad mantuvo siempre una gran fuerza de combate permanente incluso en tiempo de paz, mostrando un efecto disuasorio en ambos frentes. Este ejército permanecía acantonado en el centro de la llanura Panónica, lo suficientemente cerca de cualquiera de sus fronteras como para asegurar una respuesta rápida en caso de agresión enemiga.

El título de Arpad dentro de la alianza que suponía las *siete tribus* era *gyula* [107], es decir, jefe militar. Por encima de este título estaba el de Khan, líder político y religioso. Los títulos magiares de *Khan* y *gyula* eran en todos sus aspectos similares al *khan* y *bek* de los jázaros.

Las buenas relaciones surgidas entre lombardos y magiares se prolongaron en el tiempo. En el año 905, el rey Berengario I de Lombardía acordó un tratado con Arpad, y durante quince años los húngaros no penetraron en territorio italiano a cambio de seguir recibiendo dinero lombardo.

Los magiares conservaron su estilo de vida seminómada, cambiando de pastos entre el invierno y el verano, por lo que Arpad y sus descendientes se desplazarían entre el invierno y el verano a lo largo de sus territorios, buscando los pastos con agua más propicios —según la época del año— para su ganado: vacuno y caballar en su mayoría. A partir de los topónimos de diferentes lugares es posible concluir que los cuarteles de invierno de Arpad, después de la ocupación de Panonia en el año 900, se encontraban en Arpádvaros (*ciudad de Arpad*), en la actualidad un barrio de la ciudad de Pécs, y anteriormente Arpádfalu *(pueblo de Arpad).* Sus moradas de verano estaban en la isla de Csepel. En el intermedio, llevaba una vida nómada recorriendo la orilla derecha del Danubio. Otro emplazamiento donde los magiares pasarían largas temporadas del año es un lugar junto la ciudad de Sarvíz, conocido como *Valle de Arpad*.

En los años 902 y 906 se constata que las tropas de la Gran Moravia consiguieron sendas victorias sobre las fuerzas magiares. Animado por varias victorias militares de menor importancia sobre las fuerzas húngaras en retirada, Luis el Niño hizo en el año 907 una llamada general para concentrar un gran ejército bávaro cerca del castillo de Enns, con el fin de lograr una victoria decisiva sobre los húngaros, consiguiendo reunir casi cien mil efectivos bajo el mando de un arzobispo, tres obispos, treinta y cinco condes y el propio rey.

La ofensiva se inició coincidiendo con la entrada del verano del año 907. El ejército del rey avanzó en dos grandes columnas a lo largo del río Danubio que se desplegaron por ambas orillas del curso fluvial, iniciando la marcha el diecisiete de junio. La columna del sur era la que tenía un menor número de efectivos, unos cuarenta mil hombres y a su cabeza iba Theotmar, arzobispo de Salzburgo. Las barcazas puestas en el Danubio llevaban a bordo aproximadamente entre diez y doce mil hombres junto con grandes cantidades de vituallas y suministros. La columna del norte era más numerosa y estaba bajo el mando del conde Leopoldo, disponía de unos cuarenta y cinco mil efectivos y estaba compuesta por las tropas y los guerreros mejor preparados.

El caudillo de los magiares, Arpad, disponía de una red de inteligencia desplegada por todos los reinos europeos que le advirtió desde el principio sobre los preparativos de una guerra contra ellos. Sus exploradores y escuadrones montados de reconocimiento le

mantenían en todo momento informado sobre los movimientos de las tropas germanas a lo largo de ambas orillas del Danubio.

Los ejércitos combinados de las tribus magiares sumarían unos cuarenta mil jinetes, que se dividían en cuatro *tumen* [108], cada una compuesta por unos diez mil hombres montados. La primera división o *tumen* la mandaba el propio Arpad, mientras que las otras fueron encabezadas por sus hijos quienes actuaban como lugartenientes: Tarhos, Üllo y Jutas. No obstante, todo el ejército magiar se encontraba bajo el mando único del propio Arpad. El objetivo primordial del ejército húngaro era evitar que las fuerzas germanas que marchaban por ambas orillas del Danubio se congregasen en un solo ejército. Para lograr sus propósitos, lo primero que hizo Arpad fue enviar un *tumen* frente a cada una de las columnas enemigas con el fin hostigar y dificultar su avance.

La columna del sur, aprovechando las mejores condiciones de marcha —siguiendo un amplio sendero que transcurría en paralelo al río—, adelantó a la del norte, y el veinticuatro de junio alcanzó y cruzó el río Wienerwald. Entonces, siguiendo la orilla del Danubio, continuó a marchas forzadas hacia la zona de la cuenca vienesa.

Un día después, el veinticinco de junio, las fuerzas magiares que se habían desplegado a ambos lados del Danubio, de acuerdo con los planes previamente acordados, se lanzaron a destruir y hundir la flotilla de provisiones que navegaba por el Danubio. Para conseguirlo dispararon sus arcos, lanzando una lluvia de letales flechas incendiarias contra las embarcaciones teutonas desde ambas orillas de modo simultáneo. De forma paralela a esta acción, Arpad ordenó el envío de experimentados buceadores bajo los cascos de los barcos equipados con barrenas para perforarlos y hundirlos sin remisión. La acción combinada de arqueros y buceadores fue un rotundo éxito. La flotilla de Luis el Niño fue destruida por el fuego o engullida por las aguas del Danubio prácticamente en su totalidad.

Durante la siguiente jornada, veintiséis de junio, la columna germana que avanzaba por el sur había alcanzado el río Fisha, lugar donde los húngaros les estaban esperando. Al verse atacados, los caballeros germanos se fortificaron sobre el terreno, hostigados en todo momento por los arqueros magiares a caballo. No obstante, a pesar del persistente lanzamiento de flechas pudieron continuar su avance, aunque incordiados en todo momento por los arqueros magiares que disparaban y huían sobre sus monturas, frenando de manera notable su progresión. Conocida la delicada situación de estas unidades germanas, la columna norte forzó la marcha para sobrepasar a los húngaros, y cruzar el Danubio tras sus líneas con el fin de atacarlos por la retaguardia, cruzando el río Morva y dirigiéndose a Presburgo donde cruzaría el Danubio. Estos planes se vieron también

notablemente ralentizados, al verse hostigados por otro *tumen* magiar que logró aminorar el ritmo de su avance con una constante lluvia de flechas, de las que evidentemente había que protegerse tras los escudos. A pesar de ello algunas de las saetas alcanzaban a soldados teutones, matándolos o hiriéndolos, lo que reducía aún más su avance.

El veintisiete de junio, la columna del norte —la de Baviera— alcanzó por fin la entrada occidental de las marismas en la región de Stockerau, y aceleró su marcha, para poder adelantar a las fuerzas magiares y llegar a la orilla del río Morva con tiempo suficiente para poder vadearlo sin demasiadas molestias.

Los germanos del lado sur del río avanzaron más, y el veintinueve de junio alcanzaron la zona de Hainburg, donde tomaron el control de una parte de la orilla del río, que dado su escasa profundidad era idónea para el cruce. Fue entonces cuando la acción aumentó en intensidad. Otros escuadrones de las fuerzas principales húngaras llegaron desde los asentamientos más distantes en los primeros días de julio y ocuparon posiciones de emboscada en varios puntos. Los destacamentos húngaros frenaban a los bávaros del sur, habían estado hostigándoles sin descanso durante siete días, y habían atraído a los germanos hacia una zona donde podían ser cercados por tropas emboscadas de los otros dos *tumen*.

Mientras tanto, las cosas se tornaban agrias para las tropas húngaras del lado norte. Los escuadrones magiares encargados de frenar la columna de Leopoldo estaban ampliamente superados en número, y para empeorar su situación los germanos contaban en este lado del río con las tropas de élite. El ejército de Leopoldo atravesó el Morva y se acercó a unos quince kilómetros de Presburgo, poniendo en serio peligro las posiciones magiares. La magnitud de la amenaza obligaba a tomar una decisión rápida, y de inmediato informaron a Arpad que se encontraba al mando de las fuerzas que combatían en el otro lado. No había otra opción que forzar una victoria rápida sobre las fuerzas del obispo Theotmar y darse prisa para reforzar y ayudar a los magiares desplegados al norte.

El choque decisivo entre ambas fuerzas tuvo lugar el cuatro de julio. La columna germana del sur al mando de Theotmar fue atacada y atraída a una emboscada donde Arpad tenía oculta parte de sus fuerzas; la columna del obispo fue rodeada por los tres *tumen* magiares, siendo masacrada y destruida por completo.

A lo largo de esa misma noche, Arpad mandó a todas sus fuerzas que aún conservaban su capacidad de combate cruzar el Danubio al amparo de la oscuridad para coger por sorpresa al conde Leopoldo. Esto no fue una tarea fácil para estos hombres cansados —física y mentalmente— después de una dura batalla, pero poseyendo una fe ciega en su líder consiguieron hacerlo sin ser detectados. Con las

primeras luces del día atacaron el campamento germano que no estaba fortificado cogiéndolos a todos por sorpresa. No estaban organizados para el combate y la mayor parte de la fuerza de invasión teutona fue muerta mientras dormía o se encontraba desarmada, desprotegida y somnolienta sin opciones reales de defenderse. Tras la masacre —realmente se trató de una auténtica carnicería— se apilaron montones de cadáveres germanos en las llanuras de Pozsony.

El emperador germano, tuvo que huir tan rápido de la zona para salvar su vida que dejó atrás todas sus pertenencias, incluso el trono sobre el que era transportado. Algo que muestra la crudeza de los combates es que el mismo conde Leopoldo y el arzobispo Theotmar de Salzburgo encontraron la muerte en la batalla.

Del mismo modo, Arpad perdió a dos de sus hijos durante los combates, y él mismo —estuvo al frente de numerosos ataques— sufrió tales heridas que murió un par de semanas después a causa de ellas. Fue enterrado con solemnidad en una tumba secreta, cerca de la montaña Nagykevly, para poder descansar en paz el resto de los tiempos.

La consecuencia de esta batalla fue que durante décadas la frontera entre el Imperio Germánico y Hungría fue el río Enns, ya que durante ese tiempo nadie desde tierras germanas se atrevió a atacar a los húngaros. Sin embargo, los magiares continuaron atacando a los germanos con una regularidad casi anual.

A pesar de la hecatombe sufrida, varios miles de soldados fueron capaces de retirarse y trataron de reagruparse. Sin embargo, fueron continuamente acosados por la eficaz caballería ligera húngara. Solo un pequeño número logró llegar hasta la fortaleza de Ennsburg en Austria. Cuando estaban dentro, un ejército húngaro desfiló delante de la fortaleza con la esperanza de hacer salir a los defensores.

Los guardias reales, apoyados por las fuerzas acantonadas en la fortaleza, salieron con la esperanza de obtener algún éxito que elevara la moral de los suyos en su propio terreno y atacaron al ejército húngaro. Tal y como ya era más que habitual en su modo de hacer la guerra, los magiares fingieron una retirada y atrajeron a sus perseguidores lejos de la protección de la fortaleza. Los jinetes magiares de la época podían disparar sus arcos y realizar el tiro parto durante la huida con una cadencia de tiro estimada en quince disparos por minuto. Los germanos bávaros fueron conducidos a una trampa preparada de antemano con fuerzas ocultas en los bosques cercanos. Al verse en tan delicada situación los germanos dieron media vuelta, pero las fuerzas húngaras emboscadas cerraron la trampa cortándoles la retirada. Todos los caballeros bávaros que habían salido de la fortaleza en persecución de los magiares fueron eliminados.

Al año siguiente, exactamente el dos de agosto del 908 se produjo

otro enfrentamiento conocido como *batalla de Eisenach* en Turingia. Las fuerzas de Turingia y Sajonia, bajo el mando de Burchard, duque de Turingia, se enfrentaron nuevamente a los húngaros. No tenemos muchos detalles de esta batalla, pero se sabe que fue de nuevo una aplastante victoria de los magiares que masacraron a los germanos, y el comandante del ejército germano Burchard duque de Turingia fue muerto, junto con Egino duque de Turingia y Rudolf I obispo de Würzburg, junto con la mayor parte de los soldados germanos. Esta victoria permitió a los ejércitos magiares saquear sin oposición alguna, amplias zonas de Turingia y Sajonia llegando tan lejos como al norte de Bremen, para volver a sus bases de partida con abundante botín.

Tras las victorias en la *batalla de Bratislava*, y en la *batalla de Eisenach*, se generó una gran preocupación en tierras germanas, desasosiego que también afectaba, por supuesto, al rey Luis IV el Niño, quien gobernaba por medio de un regente.

No obstante, una victoria menor y prácticamente insignificante demostró a los cabizbajos germanos que los húngaros no eran invencibles. Arnulfo duque de Baviera apodado el Malo, venció a los ejércitos húngaros que volvían a su tierra después de saquear territorios germánicos tras la llamada *batalla del río Rott*, en el año 909. Esta victoria —aunque insignificante en lo militar— dio a los germanos la suficiente moral para seguir enfrentándose a las hordas magiares.

Animado por el pequeño triunfo obtenido, el rey Luis IV el Niño decidió entonces que las fuerzas de todos los ducados germanos deberían unirse para seguir combatiendo a los húngaros. Tomó su empresa tan en serio que incluso amenazó con ejecutar a aquellos que no se reuniesen bajo su estandarte. Del mismo modo, declinó en esta ocasión el pago de cualquier *escutage* [109]que le privase de hombres en edad de combatir. Con estas prerrogativas comenzó a reunir un gran ejército. Su objetivo: asestar el golpe definitivo a los indeseables magiares.

Muy pronto el rey y sus huestes llegaron cerca de la ciudad de Augsburgo, en las llanuras de Gunzenle, cerca del río Lech, y esperaron a que apareciera el ejército franco dirigido por Gerhard, duque de Lorena, y se uniera a ellos para el inminente combate contra los magiares. El ejército del rey fue dirigido por el conde Gozbert, ya que el rey Luis el Niño —apenas había dejado de serlo—; tenía solamente dieciséis años entonces y, por lo tanto, carecía de experiencia alguna en el campo de batalla, por lo que en todo momento se encontraba rodeado y protegido por sus *antrustiones* [110].

Los magiares, que disponían de un excelente servicio de inteligencia, se enteraron de los planes de Luis IV el Niño, y enviaron rápidamente un ejército que se apresuró a impedir la unión de las fuerzas bávaro-

suevos y franco-lotaringias. Después de cruzar el río Enns, las tropas magiares penetraron en el corazón de Baviera, llegando hasta Augsburgo. Lo hicieron a marchas forzadas y en un corto espacio de tiempo. Su objetivo no era otro que coger por sorpresa a Luis el Niño y su ejército.

Efectivamente así fue. En la madrugada del doce de junio de 910, cuando apenas las primeras luces del día se dibujaban en el horizonte, los jinetes magiares llevaron a cabo un ataque sorpresa, lanzando flechas incendiarias desde la distancia sobre el campamento donde pernoctaba el joven rey y sus nobles. Esta acción costó la vida a muchos guerreros teutones mientras dormían, o acababan de despertar sin saber muy bien lo que ocurría. El objetivo de este ataque —conocido como «*ataque en enjambre*»—, era disminuir el espíritu de lucha y la moral de los germanos, atacando desde la distancia y sin buscar en ningún momento el cuerpo a cuerpo, pues los magiares sabían muy bien que ahí los caballeros teutones eran netamente superiores. Tras el ataque sorpresa, y sin dar tiempo a la reacción del enemigo, los arqueros magiares se retiraron indemnes a su campamento.

Espoleados e irritados por el sorpresivo ataque matutino los germanos se prepararon de inmediato para la batalla formando su ejército, y los magiares comenzaron a hostigarlos, probablemente en pequeños grupos de arqueros, que disparaban a los germanos hasta vaciar sus carcajes y regresan a sus carteles, siendo relevados por otros grupos; los germanos se protegieron con un muro de escudos. Para ahuyentarlos, las tropas germánicas enviaban a sus jinetes pesados en su persecución. Cuando estos se alejaban lo suficiente del grueso de su formación, los magiares disparaban flechas contra los perseguidores, matando a muchos de ellos. En el transcurso del día esta táctica se repitió varias veces, causando graves pérdidas entre los caballeros germanos.

Probablemente el ejército germano estaba compuesto de infantería y caballería pesada, con escudos pesados, lanzas y espadas, mientras que los húngaros eran todos de caballería ligera, con arco compuesto y flechas como su arma principal. Por eso, cuando los alemanes atacaron, solo la caballería pesada persiguió a los húngaros, mientras que la infantería formó una sólida muralla, y permaneció en sus lugares. Debido a sus armas ligeras y armaduras, los húngaros eran más móviles y rápidos, pero al mismo tiempo más vulnerables a las armas pesadas de los teutones. Pero los arcos compuestos utilizados por los magiares eran superiores en potencia y alcance a los arcos europeos, y por eso podían alcanzar mortalmente al enemigo con sus flechas, sin ser alcanzados por los lanzamientos germanos. También los caballos húngaros eran más rápidos y resistentes que los alemanes,

porque llevaban menos peso y estaban acostumbrados a recorrer largas distancias.

Finalmente, para atraer a los jinetes pesados germanos, los húngaros tuvieron que acercarse, e incluso llegar al cuerpo a cuerpo en algunos lugares de la línea defensiva, donde vieron debilidades, para luego retirarse cuando la situación comenzaba a ser peligrosa, y convencer al enemigo de que está a punto de ganar, persuadirlo a perseguirlos y, con esto, romper su formación de batalla.

Eran las siete de la tarde, por lo que habían transcurrido más de doce horas desde el inicio de la batalla, así que Luis IV, el Niño, daba por hecho que sus tropas estaban a punto de ganar el largo combate. En este momento, los húngaros comenzaron un ataque general, y volvieron a usar la arraigada táctica de retirada simulada entre los guerreros montados nómadas, comenzando a retirarse con prisa, como si hubieran sido derrotados. No se sabe con certeza por qué, pero en este momento los germanos estaban muy seguros de que podían ganar la batalla, e iniciaron un ataque general contra los magiares en retirada, abandonando sus bien protegidas líneas defensivas, y rompiendo la formación de batalla en su prisa por dar el golpe de gracia y destruir a los magiares en su aparente retirada.

Tal vez no querían esperar otra noche, pensando que los magiares dispararían flechas sobre ellos toda la noche, o cansados tal vez por la inusual duración de la batalla, el caso es que los jinetes germanos iniciaron la persecución.

Los húngaros magiares habían ocultado sus tropas de reserva en los bosques que permitieron camuflar a un número considerable de soldados. El principal ejército magiar, en retirada, consiguió atraer a la caballería germana hacia los lugares en que estaban escondidas sus tropas de reserva y continuaron retrocediendo hasta que toda la caballería alemana entró en el estrecho campo que separaba los dos bosques en los que se escondían las reservas magiares. Cuando estaban en la zona de destrucción, el ejército magiar en retirada volvió sobre sus pasos y se enfrentó a los sorprendidos germanos que creían estar persiguiendo a unos hombres derrotados, mientras las reservas escondidas salieron de sus escondites y atacaron a los germanos por ambos flancos y la retaguardia, quedando completamente rodeados.

El rey Luis IV no estaba entre la caballería germana que realizo la persecución, por lo que pudo escapar. En la matanza, debido a que pocos pudieron romper el cerco magiar, y los que lo lograron no fueron muy lejos pues los ligeros jinetes magiares les dieron pronto caza —probablemente ningún jinete germano sobrevivió—, y presumiblemente allí murió el conde Gozbert, el verdadero comandante del ejército germano y Managolt, el conde de Alemania, que dirigían el ataque de la caballería pesada germana ese nefasto día.

Cuentan las fuentes que entre los numerosos caídos en el bando germano se hallaban los cuerpos de 3 obispos y 19 condes.

El rey Luis el Niño se encontraba entre la infantería, que avanzaba tras la caballería germana pero que se había quedado muy rezagada por la velocidad de los caballos. Desde esa posición, Luis pensaba que estaban ganando la batalla, pero cuando llegó a la zona de los combates, vio que su caballería, poco antes, había sido derrotada y aniquilada por los magiares. Al darse cuenta de la magnitud del desastre, las tropas germanas restantes de infantería comenzaron a huir en auténtico estado de pavor y desesperación, intentando salvar sus vidas. Ante esta situación de evidente debacle, el grupo de caballeros más próximos al rey, que hacían las veces de guardia real o personal, tuvieron que emplearse a fondo para salvarlo y sacarlo rápidamente del campo de batalla, mientras los magiares estaban ocupados en cazar y matar a la infantería germana que huía despavorida en desorden total, y que sufrió pérdidas muy fuertes causadas por los audaces jinetes húngaros. Algunos grupos de germanos consiguieron huir a los bosques donde la caballería era menos eficaz y salvar de ese modo sus vidas.

Las pérdidas fueron muy altas y significativas para los germanos; en cambio para los magiares fueron casi imperceptibles. Por eso, tan solo diez días más tarde, se enfrentarán prácticamente intactas a otro ejército germano en la llamada *batalla de Rednitz*.

Tras la conocida como primera *Batalla de Lechfeld,* el doce de junio, los magiares se dirigieron contra el otro ejército germano que debía haber tomado parte en la batalla, y que estaba mandado por los nobles Gerhard, duque de Lorena, y Liudger, conde de Ladengau.

No se disponen de detalles de esta batalla, que tuvo lugar el veintidós de junio del año 910, cerca del río Rednitz en la frontera con Baviera, y en la que el ejército germano fue completamente derrotado una vez más. La derrota fue de tal magnitud que los comandantes del ejército germano arriba mencionados perecieron en los combates junto con la mayoría de sus hombres. Los magiares habrían basado su indiscutible victoria en el empleo de la misma táctica —exclusiva de pueblos nómadas— de retirada simulada, con la que habían ganado en la batalla anterior en los alrededores de Augsburgo tan solo diez días antes.

En el camino de regreso a sus campamentos base, los húngaros saquearon los alrededores de Ratisbona e incendiaron las ciudades de Altaich y Osterhofen. Solo los caballeros bávaros lograron vencer a una unidad húngara y evitar el saqueo menor en las proximidades de Neuching; pero esto no supuso ningún cambio en el hecho de la aniquilación de gran parte del poder militar germano. Por su parte, a pesar del pequeño revés en Neuching, la capacidad ofensiva magiar se

encontraba intacta.

Después de estas dos batallas, el ejército húngaro saqueó y quemó los territorios alemanes a sus anchas, y nadie trató de combatirlos de nuevo. Todo el que pudo se recluyó en el interior de las ciudades amuralladas, castillos y fortalezas esperando que los magiares se hartasen de saquear en algún momento y volvieran a tierras húngaras.

En vista de que esto no sucedía, Luis IV el Niño, el afligido y resignado rey germano, de acuerdo con los príncipes suabos, francos, bávaros y sajones aceptaron pagar tributo a los húngaros con el fin que abandonasen sus tierras.

Al año siguiente —911— las hordas magiares se dirigieron a Suabia, robando, matando, saqueando y quemando todas las ciudades que encontraron su paso, cruzando más allá del río Rin y atacando Burgundia, con lo que crearon entre la Cristiandad la sensación de ser una endiablada amenaza incapaz de ser frenada por la espada ni la Cruz, que eran de hecho las dos armas más relevantes de las que disponían los caballeros teutones.

Los magiares, como la mayoría de los pueblos nómadas de las estepas eran excelentes jinetes y muy hábiles con el arco y las flechas, prácticas que se habían ido perfeccionando y puliendo una generación tras otra entre las tribus magiares. Su táctica normal era realizar un ataque súbito repentino —por sorpresa si era posible— contra el enemigo y luego retirarse dando la impresión de que huían. Si el enemigo les seguía, eran conducidos a trampas y emboscadas, donde eran rodeados y destruidos con certeras flechas, evitando en la manera de lo posible el combate cuerpo a cuerpo donde se sabían en desventaja. En el futuro los herederos de la eficiente caballería húngara serán los *húsares*, que se convertirán en la caballería de élite del ejército austriaco y de otros muchos ejércitos durante la edad moderna y contemporánea.

Otra circunstancia que incidió de manera decisiva en el éxito de las incursiones protagonizadas por los magiares la encontramos en la profunda debilidad de los reinos occidentales, quienes se dedicaban a luchas internas y a defenderse de otras amenazas externas como eran los normandos y los sarracenos. Incluso el Imperio Bizantino encontró más útil y barata la opción de someterse a los magiares en vez de luchar contra ellos, usándolos de este modo como un eficaz aliado contra los búlgaros. Con esto, los bizantinos supieron poner en práctica el viejo dicho: «*si no puedes con tu enemigo, únete a él*». No podemos dudar de la capacidad y efectividad del ejército bizantino, ya fuesen sus unidades de infantería como las de caballería, conocedoras estas últimas de la *Hipiatría* [111]. Pero en estas fechas, la caballería magiar —al menos tácticamente— era muy superior a la bizantina.

Otra estrategia de combate muy empleada por los magiares fue

atacar de manera reiterada una zona muy concreta —reinos, condados, marcas, ciudades, etc.— para obligar o forzar a su dirigente a pagar enormes sumas para dejarlos tranquilos.

Durante los años 912 y 913 realizaron incursiones en tierras de Baviera, Suabia, Turingia, Franconia, y también Burgundia. A su regreso fueron derrotados por Arnulfo de Baviera en un enfrentamiento junto al río Eno.

En el año 914, tras su pequeño triunfo, Arnulfo de Baviera ofreció un tratado de paz a los húngaros, según el cual las tierras del norte de Italia bajo su jurisdicción pagarían un tributo anual a los magiares, pero solo esa parte de sus dominios.

A comienzos del año 915 atacaron Sajonia y Turingia y posteriormente atacaron Bremen, llegando a territorios tan lejanos como la frontera danesa, tras la que se encontraban los vikingos.

En el 916 Arnulfo con el apoyo de los húngaros ganaron la *batalla de Ratisbona* —actual Regensburg al sur de Alemania—, recuperando su liderazgo en Baviera. Ese año también realizaron campañas militares en Alsacia y Lotaringia.

En el 917 asaltaron Basilea. Este mismo año ayudaron a los búlgaros a cambio de tierras y dinero, y cerca de Pomorie las fuerzas combinadas búlgaro-magiares destruyeron un ejército bizantino.

En el año 919 Enrique I *el Pajarero* [112], que era duque de Sajonia desde el año 912 fue nombrado rey de la Francia Oriental. Aprovechando su reciente coronación, los húngaros se movilizaron hacia Sajonia, y cerca de la localidad de Puchen se enfrentaron a las huestes de Enrique I. Tal fue el regalo de los magiares por su reciente coronación. Después de derrotarlo le obligaron a pagar tributo, algo que religiosamente estuvo efectuando año tras año hasta que rehusó hacerlo en 932. Tras derrotar a las tropas sajonas de Enrique I, se dirigieron hacia la región de Lotaringia, la cual como ya era habitual saquearon y devastaron.

Durante los años 920 y 921, atendiendo a una misiva remitida por del rey de Italia, Berengario I, los húngaros lucharon bajo los pendones y estandartes de este monarca lombardo por toda Italia, donde ganaron una batalla decisiva en Verona. También realizaron una campaña militar —más bien una incursión de devastación y saqueo— en los territorios de Apulia.

En el año 924 los magiares lanzaron una nueva incursión en Europa occidental. Se internaron a través de Baviera, Suabia, Alsacia, Lorena y Champagne en el camino hacia el oeste, luego —como habían hecho en otras ocasiones— cruzaron el Rin y asolaron Franconia antes de regresar a sus campamentos cargados de botín. En este punto, el rey Enrique I el Pajarero —incapaz de detener estas incursiones con las armas— decidió comprar nueve años de paz a los magiares y utilizó

este tiempo con el fin de reorganizar y fortalecer la caballería alemana para en un futuro intentar defenderse de los magiares, con algunas posibilidades de éxito.

En el 926 los húngaros protagonizaron una nueva incursión, ahora en el norte de Italia. Moviéndose a través del Véneto y Lombardía, fueron rechazados en su intento de cruzar los Apeninos por soldados de Borgoña. Cruzaron los Alpes Marítimos y asaltaron la Provenza y la Septimania en el sur de Francia alcanzando la cordillera de los Pirineos. Nunca habían llegado tan lejos. En esta ocasión la importancia del macizo pirenaico hizo de muro de contención, al menos en el primer momento.

Retornando a través del valle del Ródano, mantuvieron diversos encuentros —más bien escaramuzas— no concluyentes con tropas de Borgoña antes de regresar nuevamente a los cuarteles de invierno húngaros situados en la llanura Panónica.

Como bien sabemos, el tiempo avanza de modo inexorable, por lo que la tregua de nueve años que el rey Enrique I había comprado en el año 924 llegaba a su fin. Cansado de ser rehén de los magiares en el año 932 se negó a renovar el pesado pago. Inmediatamente los magiares enviaron un ejército a Francia Oriental en el año 933 para convencerlos de que lo mejor para los intereses germanos era seguir pagando el tributo. No cabe duda de que Enrique I había pasado los años de tregua estudiando concienzudamente al enemigo y ahora estaba resuelto a enfrentarse a él.

En la preparación de la campaña en ciernes, Enrique I exigió contingentes montados de todas las regiones de su reino, aunque el cronista francés Flodoardo de Reims solo registró la presencia de caballeros bávaros. El contingente procedente de Turingia, aunque montado probablemente, fue descrito como inermes, o sin armas —aunque probablemente solo pobremente armado— por el cronista contemporáneo a los hechos Widukind de Corvey. Los jinetes sajones se describieron como *milles armatus* [113], pero según las crónicas «*no podía confiar en estos jinetes, porque carecían de ciertas habilidades y no estaban lo suficientemente equipados como los milles armatus deben estar* ». A pesar de lo que nos cuentan las crónicas, es evidente que el rey logró formar un núcleo de caballería pesada lo suficientemente numeroso para determinar el resultado de la batalla.

El ejército magiar enviado para persuadir a los germanos estaba al mando en esta ocasión de los caudillos Lehel y Bulcsú, quienes servían al gran príncipe húngaro Zoltán. Ambos ejércitos se pusieron en movimiento y no tardaron mucho en encontrarse cerca de Merseburg.

Los magiares habían sitiado una ciudad germana cuyo nombre desconocemos —aunque bien podría ser la mencionada Merseburg—, pero decidieron retirarse durante la noche porque Enrique I y sus

huestes habían acampado muy cerca de sus posiciones y temían que los rodeasen. El rey Enrique envió por delante un pequeño contingente de soldados de a pie con unos cuantos jinetes como una fuerza de avanzadilla, exploración y ofrecer cobertura al núcleo principal de su ejército, que no estaba dispuesto a exponerlo sin más.

Durante los años de tregua pagada, el rey había aprendido qué esperar de las luchas anteriores en las que las emboscadas, la rapidez de la caballería ligera y la letal efectividad de los arqueros habían dado la victoria a los magiares a costa de grandes bajas entre las huestes germanas. No estaba dispuesto a sufrir otra debacle. Las tropas que componían la avanzadilla germana se enfrentaron al principio con soldados armados ligeramente a los que los magiares hicieron frente, pero a continuación los germanos realizaron un masivo ataque en formación cerrada y compacta con su caballería pesada. Según el cronista Widukind de Corvey, las fuerzas magiares —muy inteligentemente— rehusaron el enfrentamiento y huyeron con rapidez ante la llegada de la caballería pesada del rey Enrique, que seguro los habría aplastado. Viendo que el enemigo abandonaba el campo de batalla, las tropas alemanas victoriosas sin apenas haber entrado en combate —y por lo tanto sin sufrir apenas bajas— vitorearon como emperador a Enrique I el Pajarero sobre el mismo campo de batalla. En esta ocasión la retirada magiar no se trataba de un simulacro o estratagema, sino que fue real y efectiva.

La ubicación exacta de la batalla es desconocida y varios municipios en el corazón de Alemania pretenden ser el lugar de este encuentro armado, entre ellos Kalbsrieth, en la confluencia de Unstrut y Helme, y el Hunnenfeld cerca Riethgen. Sin embargo, el lugar de Riade descrito por Widukind en sus textos señala el campamento del ejército del rey Enrique, que casi con toda probabilidad no coincida exactamente con el campo de batalla.

Enrique I demostró gran madurez y templanza antes de la batalla e indicó a sus tropas instrucciones precisas:

> *«Cuando comience la lucha, que nadie intente adelantar a su compañero, sino que todos en formación cerrada se protejan de las flechas de los húngaros, luego… corran hacia ellos para que no puedan dispararles sus flechas una segunda vez, antes de que nuestras armas no los alcancen mortalmente».*

Después de este encuentro, los húngaros se vieron forzados a huir, demostrando que sus ataques, en efecto, sí podían ser contenidos. Los magiares sufrieron también, además de una derrota a manos de los alemanes, la pérdida de los hasta entonces seguros ingresos procedentes del tributo germano. Enrique —y en especial su hijo Otón I *el Grande*— reforzó los castillos y fortificaciones de la frontera

oriental alemana para protegerla de nuevos ataques magiares, que casi con toda seguridad llegarían antes o después.

Después de esta batalla, los magiares no volvieron a atacar Francia Oriental hasta el año 954. Pero no por eso se mantuvieron inactivos; pusieron sus miras sobre objetivos en teoría más fáciles, por lo que año tras año continuaron sus devastadoras incursiones.

En el año 934 los magiares llevaron a cabo una campaña militar contra el Imperio Bizantino, y como consecuencia obligaron tanto al reino Búlgaro como al Bizantino a pagar tributo si querían verse eximidos de estos ataques. Por el Oeste, ese mismo año, otra campaña militar desplegada por jinetes magiares llegó hasta Metz. Realmente eran años de pesadumbres y desasosiego para la Cristiandad en cualquier punto de su geografía. Nadie estaba a salvo de magiares, sarracenos o vikingos.

En el año 935 columnas de jinetes magiares realizaron incursiones en tierras de Burgundia, Aquitania, Burdeos y Brescia. El rey Raúl I de Francia derrotó a los húngaros, que hicieron su aparición en Champaña y Borgoña. Como consecuencia de la victoria de Raúl I, a partir de esa fecha el reino estará temporalmente —no más de dos años— a salvo de las incursiones.

Siguiendo la progresión en el tiempo, durante los años 937 y 938 realizaron diversas incursiones en territorios del occidente europeo como Sajonia, Borgoña y Champaña.

En el 940 como aliados de Hugo de Arles, rey de Italia, llevaron a cabo una campaña militar que llegó a las mismas puertas de Roma.

En el año 942 los magiares llegaron aún más lejos, hasta tierras donde nunca habían estado. Tras una devastadora razia sobre la Provenza francesa, un importante grupo de jinetes húngaros llegaron inesperadamente tan lejos como eran los límites de la marca superior de al-Ándalus. Se trataba de las tierras que se extendían entre la vertiente sur de los Pirineos y la orilla izquierda del Ebro. El clima favoreció estos movimientos, pues era el mes de julio. Instalaron su campamento junto al extremo superior de la ciudad de Lérida, desde donde sin perder tiempo planificaron sus ataques y saqueos a otras ciudades y aldeas poco defendidas y, por lo tanto, más asequibles, que se ubicaban diseminadas por toda la línea fronteriza superior.

Durante sus correrías llegaron a apresar al *caíd* [114] musulmán de Barbastro y se aventuraron hasta territorio oscense. El asedio a Lérida —plaza musulmana en ese momento— se prolongó durante ocho días, pero por falta de alimentos y forraje, así como la imposibilidad temporal de una rápida victoria, los húngaros abandonaron el asedio de la ciudad y continuaron saqueando e incendiando indefensas aldeas; estuvieron a punto de hacer lo mismo en Barcelona, ciudad muy pequeña entonces. Especial repercusión en las mentes de aquellas

gentes medievales tuvo la destrucción de los monasterios cristianos de Santa Coloma de Farners, San Pedro de las Puellas y Banyoles. Repuestos de la sorpresa inicial que supuso la aparición magiar al sur de los Pirineos —gentes nunca vistas en esos lares—, musulmanes, aragoneses y francos se unieron bajo las órdenes de Muhammad ibn Hashim al-Tugibí, que les infringió una primera derrota en la denominada *batalla de Tudela*. Estos bárbaros paganos magiares eran considerados intolerables infieles tanto por musulmanes como por cristianos.

No sin gran esfuerzo, consiguieron expulsarlos definitivamente tras la conocida por la historiografía como *batalla de Baltarga,* librada en agosto del año 942 en el condado de Cerdaña, en la que perdió la vida Armengol, el hijo primogénito del conde de Barcelona, Suñer I. Cuentan las crónicas que el conde profundamente afligido y desolado por la pérdida de su hijo —al parecer, había sido idea del conde la presencia de su hijo en la batalla—, dejó los asuntos terrenales en manos de sus otros vástagos —Borrell II y Miró I—y se retiró con el consentimiento de su esposa Riquilda al monasterio de La Grasa en Carcasona, donde murió en el año 950 vistiendo el hábito monacal en busca de un buen lugar tras las *postrimerías* [115].

Conocida la desgracia personal del conde de Barcelona, y volviendo a los movimientos húngaros, esta derrota hizo que los jinetes magiares regresaran a su lugar de partida, tan lejos como las llanuras de Panonia. Algunos de los guerreros magiares que habían penetrado en la Península Ibérica, impresionados por las riquezas de estas lejanas tierras, pasaron al servicio del califa de Córdoba —por entonces Abderramán III—, que viendo en ellos sofisticados guerreros —en especial como jinetes y arqueros— los empleó como su guardia personal tras una obligada conversión al islam.

Con posterioridad, húngaros y aragoneses, a través de sus casas reales, entablaron relaciones más cercanas y amistosas, hasta el punto de que hubo cuatro matrimonios reales entre las lejanas casas de Aragón y Hungría, entre los siglos XII y XVI; el más famoso de estos enlaces fue el de Violante de Hungría, quien se casó con Jaime I el Conquistador. La hija nacida de este matrimonio, también de nombre Violante como su madre, se convertirá en la esposa del rey Alfonso X *el Sabio* y, por tanto, reina de Castila. Esta mujer de sangre magiar y aragonesa dará a luz en once ocasiones, sobreviviendo a todos sus partos, algo muy meritorio en estas fechas donde la medicina no brillaba especialmente. Uno de sus hijos será Sancho IV rey de Castilla tras suceder a su padre.

Volviendo a los acontecimientos en Centroeuropa, en agosto del año 936 Otón I, el hijo mayor del duque de Sajonia, Enrique I, *el Pajarero*, fue coronado duque de Sajonia y rey de los alemanes un mes después

de que su padre abandonase este mundo. Su derecho a gobernar fue desafiado casi inmediatamente, y durante los tres años siguientes a su coronación, Otón I se vio obligado a hacer frente a una serie de rebeliones ducales que se declaraban *inmunes* [116], especialmente entre los años 937 y 939. En ocasiones, estas rebeliones estaban programadas para coincidir en el tiempo con las incursiones magiares —lo que obligaba al rey a atender dos frentes—, siendo simultáneas a los intentos de invasión húngaros. Ante este panorama, Otón I no dudó en destinar grandes sumas de dinero para la construcción de defensas fronterizas que mitigaran —en la manera de lo posible— la efectividad de los ataques procedentes de Hungría y poder centrarse en controlar a sus nobles.

Los magiares, en el año 954 lanzaron una ofensiva a gran escala sobre Baviera, después continuaron hacia el centro de Francia hasta la sureña provincia de Aquitania. Inmediatamente, Otón I utilizó esta importante incursión como pretexto para convencer a los duques alemanes de que se dejasen de rencillas y se uniesen alrededor de su estandarte para luchar todos a una contra las invasiones magiares, dejando a un lado viejos resentimientos y recelos. A pesar de su propuesta de unidad, a finales de verano, Otón I tuvo que reprimir otra rebelión, esta vez encabezada por Conrado de Franconia. Aunque simultáneamente puso un ejército en pie de guerra, no llegó a enfrentarse con los magiares.

El año siguiente (955), Otón I en el mismo momento en que acababa de poner fin a la rebelión en Franconia, recibió la alarmante noticia de que una gran fuerza invasora magiar había cruzado sus dominios. En esta ocasión se trataba de un numeroso contingente formado por unos cincuenta mil hombres. Era el mes de junio. Una vez más, coincidiendo con la presencia magiar en territorio germano se habían vuelto a producir algunas revueltas nobiliarias en el norte, muestra del malestar entre los príncipes alemanes; así que Otón I tuvo que mantener un número sustancial de tropas en esa zona del norte de sus dominios al mando de su *Margrave* [117] Hermann de Billunger, no solo por el malestar de los príncipes germanos del norte, sino también por la presencia de los vikingos en las tierras fronterizas de la frontera danesa.

Otón I convocó a sus huestes y a pesar de todo, unos ocho mil caballeros asistidos por escuderos que actuaban como infantes, acudieron a su llamada. El objetivo de este ejército no era otro que intentar atajar la invasión magiar. Las tropas imperiales estaban divididas en ocho *legiones* o agrupaciones de caballería pesada, constituidas cada una de ellas por un millar de soldados. «Estas legiones imperiales» —Otón I recogía el testigo de Carlomagno como heredero del antiguo Imperio romano— procedían tres de Baviera, dos

de Suabia, una de Franconia —cuyos componentes habían sido recientemente derrotados por las tropas sajonas del emperador— y una de Bohemia bajo el mando del príncipe Boleslav. La octava división, comandada por el propio emperador Otón I *el Grande* y ligeramente más numerosa que las otras, incluía a sajones, turingios, a la guardia personal del rey y a sus propios *gardingos* [118]. El rey había preferido la rapidez de movimientos para obtener la sorpresa a disponer de mayor número de efectivos si hubiese retrasado su partida.

En medio de los preparativos, Otón I sería informado de que los magiares se dirigían hacia la ciudad de Augsburgo junto al río Lech. La plaza de Augsburgo era entonces un nudo neurálgico de comunicaciones, intersección de importantes conexiones europeas este-oeste y norte-sur. Se trataba de rutas comerciales muy concurridas e importantes de la Edad Media, sobre todo, los principales pasos de los Alpes que daban acceso al norte de Italia y sus mercados.

Las fuerzas magiares se presentaron ante Augsburgo a principios del mes de agosto, e inmediatamente comenzaron con las labores de asedio a la ciudad, cuya defensa estaba bajo la supervisión del obispo Ulrico. El ocho de agosto, los invasores lanzaron un asalto masivo contra la puerta oriental de la ciudad dispuestos a irrumpir por ella. Las murallas de la ciudad se defendieron con gran vigor y ahínco por la guarnición, sabedores de la suerte que les esperaba si los magiares lograban penetrar en la ciudad. El ataque sobre las murallas fue interrumpido cuando los exploradores magiares informaron de que una fuerza, una gran fuerza germana se acercaba desde el norte. Los extenuados defensores respiraron con alivio.

El *fonsado* [119] encabezado por Otón I se detuvo sobre una suave loma al norte de la ciudad desde donde se divisaba Augsburgo, allí establecieron el campamento principal a lo largo del nueve de agosto. El rey y sus duques se reunieron para debatir y trazar el plan de batalla a seguir. Luego se retiraron a descansar conocedores del importante y decisivo enfrentamiento que les esperaba el día siguiente.

Con las primeras luces del diez de agosto, el ejército germano levantó el campamento y se preparó para la batalla. El emperador formó en columna sus ocho divisiones; en vanguardia marchaban las tres de Baviera. No se trataba de una decisión arbitraria o caprichosa, iban delante porque los caballeros que las integraban se encontraban en su tierra natal, y por lo tanto conocían mejor que nadie el terreno; detrás les seguía la división de Franconia mandada por el duque Conrado el Rojo —quien se había revelado recientemente contra Otón I, siendo perdonado, y nombrado duque de Franconia—, a continuación estaba

la división real mandada por el mismo rey Otón I; seguida por los dos destacamentos de Suabia, y en la retaguardia, cerrando la marcha, se posicionó la división de Bohemia, comandada por el duque Boleslav. No sabemos con certeza por qué razón, el rey asignó a los bohemios el trabajo de custodiar el tren de bagajes del ejército; a fin de cuentas, una u otra unidad tenía que hacerlo. Otón I cruzó el río Lech al norte de Augsburgo y se dirigió hacia el sur entre los ríos Lech y Schmutter con la intención de forzar el levantamiento del asedio, siguiendo, por mayor rapidez, una antigua vía romana que conducía hacia el sur, directamente a Augsburgo.

Con anterioridad a los movimientos de la columna de Otón, cuando tuvieron conocimiento de la aproximación del ejército germano, los magiares dividieron sus fuerzas —cercanas a los cincuenta mil hombres— en tres cuerpos de ejército. Uno para mantener el asedio de la plaza de Augsburgo, otro que se preparó para detener la vanguardia de Otón y una tercera agrupación con la misión de envolver por la retaguardia a la columna de marcha del emperador. Los historiadores actuales reducen el número de fuerzas magiares a la mitad de lo que hemos apuntado, aun así eran muy superiores en número a los ocho mil caballeros montados que se alineaban bajo los estandartes imperiales de Otón I.

El comandante magiar ordenó a sus hombres cruzar el río Wertach, que une sus aguas con las del río Lech, justo al norte de Augsburgo, y preparar allí un campamento fortificado para detener a las fuerzas germanas que se aproximaban en auxilio de los sitiados en la ciudad.

El terreno que primaba en la zona era bosque cerrado, pero cerca de Augsburgo había una llanura pedregosa de origen glaciar llamada Lechfeld, y que dominaba la zona norte y sur de Augsburgo, especialmente la extensión entre el río Lech y sus afluentes locales, el Wertach y el Schmutter.

Conocidas todas estas disposiciones de ambos ejércitos, los primeros en entrar en acción fueron los magiares encargados del movimiento envolvente destinado a atacar la retaguardia de la columna germana. Lo realizaron a lo largo del margen oriental del río Lech para sorprender a los germanos por su retaguardia. Sin duda esperaban aniquilar a las huestes de Otón I a distancia —con el empleo de sus efectivos arcos— y eludir el riesgo de combatir cuerpo a cuerpo en campo abierto, ya que la mayoría de las tropas húngaras eran ligeras.

El ataque fue tan repentino e inesperado, que los bohemios, que escoltaban el tren de bagajes, rompieron la formación y huyeron buscando la protección del bosque. Los jinetes-arqueros magiares continuaron su ataque, galopando hacia el sur y atacando a las dos divisiones de los suabos que al hilo seguían el tren de marcha. Estos caballeros germanos ofrecieron una dura resistencia que logró frenar a

los magiares, y ante la dificultad plantada en este segundo asalto, fueron muchos los magiares que regresaron a la desolada retaguardia del ejército germano y comenzaron a saquear el tren de bagajes que había quedado totalmente desprotegido y a tomar prisioneros, bien para obtener rescate, si eran de familia noble, o para venderlos como esclavos si se trataba de simples peones.

En este punto de los combates, Otón I envió a las huestes francas del duque Conrado el Rojo, duque de Lorena, su nuevo aliado y familiar —casado con una de sus hijas—, para intentar restablecer la situación en la desarticulada retaguardia alemana. Estas fuerzas atacaron por el flanco a los magiares, que ya habían iniciado el saqueo. Sorprendidos entre las huestes de los suabos. que se estaban reagrupando, y las fuerzas de Conrado, los magiares, deslumbrados en el saqueo, fueron masacrados.

Las tropas germanas habían logrado restablecer la situación. Repelido el ataque de los magiares sobre su retaguardia, Otón I reorganizó la columna de marcha y continuó su avance en busca del grueso del ejército magiar. Cuando la vanguardia de las divisiones bávaras salió del bosque a la llanura de Lechfeld, se encontraron frente a ellos al resto del ejército húngaro desplegado, formado y dispuesto para el combate.

Las noticias de los mensajeros magiares que atacaron la retaguardia germana habían hecho llegar a sus jefes, advertía de que el tren de equipaje germano había sido tomado, y los suabos y bohemios se habían dispersado, por lo que esperaban encontrarse frente a ellos con una fuerza castigada y reducida. El ejército montado magiar se había desplegado en forma de media luna, con la infantería ligera y los arqueros de a pie en el centro, amparados por formaciones de jinetes arqueros en las alas. El dispositivo de batalla desplegado por los magiares se apoyaba en el arroyo llamado Schmutter para evitar ser flanqueados.

Nada más salir del bosque el rey Otón I dio las órdenes necesarias para el inmediato despliegue de sus fuerzas. Los bávaros asumieron la posición en el centro de la formación con toda la infantería disponible, Conrado, el Rojo —yerno del rey— con su caballería pesada ocupó el ala izquierda, y el propio rey Otón con sus caballeros ocupó en ala derecha.

Los contingentes bávaros del centro comenzaron un lento avance, mientras que las alas hicieron amenazantes movimientos o conatos de carga. No cabe duda de que el azar, la orografía o la climatología pueden ser decisivos en el resultado de una batalla, como parece ser el caso. En ese preciso instante se desató una fuerte tormenta de verano, y la copiosa lluvia hizo que los jinetes-arqueros magiares tuviesen que guardar los arcos —su principal arma—, poco efectivos bajo la lluvia

intensa que desviaba la trayectoria de las flechas y dificultaba sobremanera la visión del arquero. Consciente de ello, en ese momento Otón I dio la orden de cargar a todas sus unidades aprovechando este regalo del cielo.

Conocedores de que los caballeros germanos gozaban de esta protección sobrevenida y mejor armados que ellos, los arqueros montados magiares no se lo pensaron dos veces y retrocedieron al galope, aplastando en su huida las dos alas de infantería de la formación en media luna húngara.

Los magiares que estaban mejor equipados, es decir los jefes y sus comitivas —una especie de caballería pesada—, presentaron una firme resistencia y solo pudieron doblegarse cuando el resto de las unidades magiares emprendieron la precipitada huida y quedaron cercados. Muchos corrieron a las orillas del río Lech, donde se ahogaron al haber subido repentinamente y de manera notable el nivel del río a causa de la fuerte tormenta de verano.

La débil infantería magiar fue cogida entre la caballería y la infantería germana por lo que se enfrentaba a su total destrucción. Así fue, porque un último intento de la caballería magiar para atraer sobre ellos a los caballeros germanos, y con ello dar a la infantería húngara una oportunidad de escapar, fracasó.

Aquel día muchos húngaros perecieron, otros fueron hechos prisioneros o muertos durante la persecución que siguió a la desbandada magiar, o bien, posteriormente cuando se retiraban en pequeños grupos a través de Baviera.

Los magiares habían vendido cara su derrota. Ese día los caballeros germanos perdieron unos tres mil hombres en la batalla, lo que muestra lo encarnizado de los combates, pues este número de caídos significaba más de un tercio del ejército de Otón I; mientras, en el otro bando, los magiares dejaron sobre el campo de batalla el mismo número de cadáveres, pero además, en su precipitada retirada, perdieron otros tres mil hombres, bien ahogados al intentar cruzar a la desesperada los caudalosos cursos fluviales, bien cazados a la carrera por caballeros germanos. A estas bajas habría que sumar, los pequeños grupos de magiares que dispersos intentaron esconderse en bosques y granjas cercanas al campo de batalla. Muchos de estos fugitivos fueron descubiertos por los aldeanos locales, que los mataron con sus propias manos, o bien guiaron patrullas germanas a los escondites donde se hallaban para que fuesen eliminados o *capturados* [120].

Los líderes magiares llamados Lehel, Sur y Bolcsu fueron capturados para posteriormente exhibirse —como si de un triunfo romano se tratase— y ejecutados públicamente en Ratisbona ante la algarabía y el regocijo del populacho que sentía un odio ancestral hacia estos «diablos paganos» que durante décadas y generaciones habían asolado

sus tierras. Entre las filas de Otón I durante el transcurso de los combates Conrado el Rojo fue alcanzado por el impacto de una certera flecha muriendo en el acto.

Después de la batalla y probablemente de la muerte del gran príncipe húngaro Falicsi —que había ejercido como comandante en jefe durante la derrota en Lechfeld—, el principado magiar cambió de dirigente y Taksony, descendiente también del gran príncipe Arpad, sería elegido jefe supremo. Obligado por las circunstancias, Taksony comenzó el proceso de sedentarización de su pueblo y desde entonces procuraría establecer relaciones pacíficas con los germanos.

A partir de la contundente derrota magiar que hemos descrito, conocida por la historiografía como *batalla de Lechfeld* o de Lech —año 955—, cesaron las incursiones magiares en Europa Occidental, podríamos decir de manera casi definitiva. Desde entonces los magiares —viendo ahora en los germanos un duro adversario— centraron su atención en el Este, actuando especialmente contra intereses bizantinos. Entre los años 958 y 961 —los todavía paganos húngaros— realizaron frecuentes incursiones contra territorios del Imperio Bizantino, llegando incluso a las mismas puertas de Constantinopla guiados por un caudillo de nombre Apor. La fuente medieval conocida como *Crónica de Néstor* afirma sobre este guerrero:

> *«[…] yendo con facilidad al combate, como una pantera, llevaba a muchos guerreros. Pues no llevaba consigo ni carros, ni marmita, ni cocía la carne, sino que cortaban una lámina fina de carne de caballo, de animal salvaje, o de vaca y, asándola sobre carbón, se la comían. Tampoco tenía tienda, sino que extendía la manta de montar y la silla bajo las cabezas; así eran también todos sus demás guerreros».*

Frente a las murallas de la capital bizantina —según cuenta la leyenda— se libró un duelo singular entre el mejor soldado de cada bando: el pequeño jefe magiar Botond logró matar a un *strategos* [121] griego gigante. Son evidentes las connotaciones bíblicas —David y Goliat— de este enfrentamiento —propiciadas tal vez por la incipiente cristianización magiar— que en absoluto está avalado por la historiografía.

Lo que si sabemos con certeza a través de las crónicas medievales es que, con la llegada del milenio, tendrá lugar la definitiva sedentarización y conversión al cristianismo del pueblo húngaro o magiar de la mano de Esteban I de Hungría. En su persona confluyen las dignidades de ser el último Gran Príncipe de los magiares y el primer rey de Hungría *Dei gratia* [122]. La historiografía lo conoce como Esteban I *el Grande* o *el Santo* por ser el primer monarca de la dinastía Arpad en ser un devoto cristiano, a pesar de que sus padres ya se habían bautizado. Su coronación tuvo lugar el veinte de agosto del

año 1000 con la bendición del entonces papa Silvestre II, quien desde Roma envió la corona bendecida para la ocasión. Esteban I fue el precursor del «Estado» medieval húngaro, sancionando las primeras leyes que regularon el estilo de vida social y moral equiparable al resto de la Cristiandad, pues el nuevo reino cristiano carecía del todo de tradición legislativa alguna, más allá de las ancestrales leyes magiares de tradición oral. En este momento, la población estimada del nuevo reino estaría próxima a los dos millones y medio de vasallos.

El monarca húngaro, no solamente consiguió que los magiares abrazasen la religión cristiana, sino que inculcó a sus súbditos la costumbre del sedentarismo y los occidentalizó apoyándose en asesores, *rachimburgos* [123], teólogos, *escabinos* [124] y religiosos llegados todos del Sacro Imperio Romano Germánico, de donde procedía su propia esposa, Gisela de Baviera, católica dama descendiente de la dinastía de los Otones —hija de un sobrino de Otón I—. Para el fin de su reinado —falleció en el año 1038—, el «Estado» estaba fundado y consolidado y Hungría contaba ya con diez diócesis, dos arquidiócesis y un sistema de gobernadores de provincias que eran electos y promovidos por el mismo rey, cuyos cargos no eran hereditarios, evitando de este modo la proliferación de una nobleza fuerte que en algún momento pudiese hacerle sombra.

Por otra parte, en el año 1016 —el que se convertirá en San Esteban —, abrió los caminos hacia Tierra Santa y dispuso una ruta de peregrinaje que, posteriormente, será utilizada durante más de tres siglos por los caballeros que durante las Cruzadas se trasladaban a Oriente. Esteban I de Hungría fue el primer monarca santificado por su labor en pro de la cristiandad y su profundo carácter devoto, a diferencia de otros muchos santos que fueron canonizados por haber sufrido martirio durante las persecuciones de siglos atrás en época tardoimperial. Con este monarca termina la leyenda magiar de pueblo indómito, de jinetes nómadas, despiadados y paganos que al igual que siglos atrás habían hecho los hunos, sembraron el terror por toda Europa. A partir de ahora, Hungría —lo demostrará en los siglos venideros— se convertirá en un bastión fundamental para la defensa de la Cristiandad.

No obstante, el recuerdo de las devastadoras incursiones protagonizadas por los magiares durante más de un siglo se perpetuará durante generaciones en muchas zonas de la Europa central y oriental. Estas atemorizadas gentes se referirán a los magiares con la palabra *ogro* [125]. Durante siglos las madres de cualquier lugar de la Cristiandad que conocieron —en muchos casos a través de la *pesma* [126] y la tradición oral de boca de sus ancestros, aún hoy vigente— las terribles correrías de los magiares regañaran a su

prole con la amenaza: ¡qué viene el ogro y te lleva!

Como hemos podido comprobar en los apartados anteriores, durante el siglo IX las denominadas *segundas invasiones* tuvieron varios protagonistas. No solo los *vikingos* irrumpieron por el norte y el oeste en tierras cristianas, sino que *magiares* por el este y *sarracenos* por el sur hostigaron a la Cristiandad desde los cuatro puntos cardinales de la geografía europea, extendiendo el miedo y el terror en estos oscuros años de la Alta Edad Media, contribuyendo de manera decisiva al ambiente apocalíptico generado con la aproximación del milenio. En este punto vamos a conocer a estos últimos, quienes se convertirán, tras la conversión al cristianismo de vikingos y magiares, en el único poder que durante siglos desafíe a la Cristiandad.

El término *sarraceno* es uno de los diversos nombres con los que los cristianos del Medievo denominaban genéricamente a los árabes o musulmanes. Los términos islam o musulmán no se introdujeron en las lenguas europeas hasta el siglo XVII, utilizándose hasta entonces expresiones como «seguidores de la Ley de Mahoma», mahometanos, ismaelitas, agarenos, infieles, moros, *berberiscos* [127] o sarracenos, entre otros muchos.

En las fuentes francesas medievales, el término *sarrasins* tiene una peculiar aplicación que surge a partir de la invasión musulmana rechazada por Carlos Martel en la *batalla de Poitiers,* librada en el año 732, y la creación de las denominadas *Marcas* [128] por el Imperio de Carlomagno; en este caso la *Marca Hispánica* supondrá la siempre permeable línea entre francos y sarracenos.

En este contexto se acabó por denominar de forma imprecisa como *sarracenos* a cualquiera de los enemigos exteriores de religión no cristiana, a los que también se designaba, de forma igualmente impropia con el término de paganos. Entre ellos estaban no solo los musulmanes de al-Ándalus o Sicilia, sino poblaciones europeas cuyas peculiares manifestaciones religioso-culturales eran interpretadas como una vuelta al antiguo paganismo romano o una resistencia a la cristianización, como fue el caso de la de la región de Arpitania, en pleno corazón de los Alpes.

El peculiar caso de los navarros y vascos es aún más confuso, puesto que son explícitamente confundidos por los francos carolingios con los musulmanes del valle del Ebro en el relato que nos ofrece la Canción o Cantar de Roland del siglo XI, al relatar la batalla —más bien escaramuza— ocurrida en Roncesvalles en el año 778. Es posible que elementos vascos y navarros como autóctonos conocedores del terreno y los pasos montañosos operaran como mercenarios, guías o exploradores junto a las tropas musulmanas y en contra de los francos. La *Crónica Silense* narra este suceso:

«[…] intentando de regreso [los francos] destruir a Pamplona, ciudad de moros, la mayor parte de su ejército satisfizo grandes penas en el propio monte Pirineo. Pues como fuese el ejército extendido en larga formación, según la angostura del sitio permitía, los navarros, sobreviniendo desde las alturas, atacan a la última tropa que protegía a las precedentes y, trabado combate con ellos, matan hasta el último, a todos. En esta guerra cayeron Egihardo, preboste de la mesa del rey Carlos; Anselmo, conde palatino, y Rolando, gobernador de Britania, con otros muchos, cuyo hecho permaneció impune hasta el día de hoy».

Con anterioridad a las devastadoras incursiones musulmanas en tierras francesas, los sarracenos habían invadido la Península Ibérica con relativa facilidad arrebatándosela al poder visigodo —prácticamente en su totalidad— con una rapidez sorprendente. No obstante, vamos a conocer con algo más de detalle el salto de árabes y bereberes a la Hispania visigoda.

El origen de la invasión árabe de la península Ibérica debemos buscarlo en la división y debilidad del reino visigodo en el año 710, minado como ya era costumbre por continuas luchas intestinas entre diversas facciones nobiliarias y clanes familiares, con sus miras puestas siempre en el trono. El enfrentamiento entre Rodrigo —gobernador de la Bética— y los hijos de Witiza, tenía tintes de verdadera guerra civil. La numerosa comunidad judía, cruelmente perseguida en estos últimos años del reino visigodo, sometida a abusivos impuestos, incluso reducida a la esclavitud en algunos casos, veía con alivio una posible invasión musulmana, mucho más permisivos con las *religiones del Libro*. Sin duda, esta oprimida comunidad funcionó a modo de *quinta columna,* facilitándoles información y colaboración a los inminentes invasores.

Efectivamente, la historiografía actual ya no duda que a comienzos del siglo VIII los judíos desempeñaron un papel primordial en la llegada de los sarracenos a Europa. La invasión inicial de la Hispania visigoda se lleva a cabo con su total contribución. Un siglo antes —siglo VII—, el reino visigodo, perfectamente integrado en el cristianismo católico-romano desde tiempos de Recaredo I —quien abandonó el *arrianismo* [129]—, se había propuesto eliminar la pequeña minoría judía que residía en su seno, acusándola de no colaborar lo suficiente por la unidad del reino y de mantener relaciones demasiado estrechas con sus correligionarios del norte de África, razón por la cual estos hijos de Israel se convertían en una indeseable lacra y un problema que la Iglesia y el Estado visigodo habían decidido erradicar; primero mediante la persuasión, y luego, recurriendo a la violencia y la expulsión.

El concilio de Toledo del año 693 prohibió a los judíos el comercio marítimo con el pretexto de que intrigaban con los musulmanes, que

en esas fechas se estaban instalando en las costas de Berbería. No es de extrañar, por tanto, que los judíos facilitasen la llegada de los sarracenos a la Península Ibérica. Incluso algunos autores apuntan a que judíos residentes en el norte de África, que habrían huido de la persecución visigoda en décadas anteriores, brindarán su incondicional apoyo a los sarracenos y no dudarán en ejercer gustosamente de guías e intérpretes durante la invasión musulmana del reino visigodo.

Fue en el transcurso de los enfrentamientos producidos a la muerte del rey Witiza, entre sus hijos y el pretendiente al trono Roderico —más conocido como Don Rodrigo—, cuando los del clan Witiza se pusieron en contacto con el conde Don Julián, gobernador cristiano de Tánger y Ceuta, hombre camaleónico —fiel a los witizianos y con excelentes relaciones con los árabes—, para que hiciese de mediador y solicitase ayuda a los musulmanes con el fin de derrotar a Rodrigo y continuar ellos mismos la dinastía visigoda.

Los Witiza no hacían nada nuevo. Sin duda, consultando la propia Historia del reino visigodo, decidieron pedir ayuda a la potencia política y militar del momento, tal y como en el año 551 había hecho Atanagildo, que se había sublevado contra el rey Agila, y ante lo precipitado de su actuación se vio en la necesidad de pedir ayuda a los bizantinos, que en esos momentos llevaban a la práctica una política expansionista en el Mediterráneo occidental a costa de los vándalos y los lombardos. Pero los bizantinos, ante la debilidad de Agila y Atanagildo, vinieron para quedarse, ocupando la franja mediterránea que va desde Denia hasta Cádiz, con una penetración de unos cien kilómetros hacia el interior, a la que dieron el nombre de provincia imperial bizantina de *Spania* con capital en *Carthago Espartaria,* la actual Cartagena.

Exactamente ocurrió lo mismo en el año 710. Los musulmanes acudieron en ayuda de la facción visigoda que les había convocado, pero ante la profunda debilidad del Estado visigodo, se establecieron en la península, no casi cien años como los bizantinos, sino ochocientos.

El conde Don Julián se puso en contacto con el gobernador musulmán Musa Nusayr, quien, sin consultar con Damasco, aceptó la misiva visigoda. Algunas fuentes musulmanas cuentan que la alianza entre Julián y los musulmanes fue motivada por la violación de la hija del conde a manos del rey Rodrigo. Esto no puede ser avalado historiográficamente. Todo lo contrario, el geógrafo e historiador musulmán nacido en el año 1100 en Ceuta, Al-Idrisi afirma:

> *«Las aventuras amorosas de Don Rodrigo y la Cava, [...] Cahba* [130] *meretriz, se conoce bien que son fábulas moriscas muy antiguas, lo mismo que la torre de Toledo, y la profecía que en ella pareció, fue*

invención de un árabe, y después fue repetido por varios autores en otro fundamento que, porque estaba escrito, y pasó a la historia […]».

Por otra parte, la *Crónica Silense* da su versión sobre este mismo acontecimiento:

«[…] se reunieron [los musulmanes] con el conde Julián, a quien Witiza, rey, había considerado entre sus vasallos como el más íntimo, y lamentándose allí de las ofensas recibidas, dispusieron que, introduciendo a los moros, ellos y el reino de toda España fuesen a la perdición. Además, incitaba a Julián para realizar esta fechoría el furor de la violada hija, que el rey Rodrigo le había tomado arteramente, no para esposa, sino, porque le parecía bella, para concubina».

Un cuerpo expedicionario compuesto por quinientos soldados bereberes al mando de elementos árabes fue puesto en la orilla peninsular del estrecho a bordo de cuatro navíos proporcionados por el conde Don Julián. Sin ninguna presencia de tropas visigodas, saquearon plácidamente la población más sureña del reino y su entorno. Esta sería la primera *algazúa* [131] musulmana en territorio peninsular; en los siglos venideros serán incontables. Esta población cristiana que sufrió el primer azote musulmán, hoy la conocemos con el nombre de Tarifa, ya que Tarif —el Bizco, según algunas fuentes— era el nombre del jefe de esta expedición sarracena; regresaron a África con un llamativo botín. Una crónica anónima andalusí afirma que Musa ordenó a Tarif:

«Haz una incursión con tropas de caballerías, regresa, recluta tropas y cruza. […] Cruzó con dos barcos, que fondearon en Algeciras, desde donde realizó incursiones por toda la comarca incendiando, haciendo cautivos y botín y matando, tras lo cual regresó con las manos llenas de riquezas».

Otra crónica procedente de al-Ándalus, también anónima, lo confirma: «*Desde allí realizó una incursión contra Algeciras, donde consiguió botín, apresó a muchos de sus habitantes y mató a un gran número de ellos*».

El éxito de la expedición y la nula presencia de soldados visigodos en el sur de la península animó al gobernador Nusayr a repetir en la primavera del año 711. En esta ocasión los barcos mercantes proporcionados por el conde Don Julián estuvieron dando viajes durante casi un mes —del veinticuatro de abril hasta el veintitrés de mayo— entre las dos orillas del estrecho, tomando como referencia visual para el desembarco el Peñón de Gibraltar y estableciendo una base de operaciones en la bahía de Algeciras, donde a modo de verdadera cabeza de puente, Tariq Ziyad, jefe de esta nueva

expedición, llegó a acumular doce mil hombres, casi todos bereberes, colocando en los puestos de mando a trescientos árabes. La misma crónica andalusí lo confirma:

«Tariq poseía un ejército de unos doce mil hombres. El bárbaro Yulyan, por su parte, era señor de Ceuta y Algeciras. La situación continuó así hasta que pasó lo que pasó entre Yulyan y Rodrigo, por lo que Yulyan entró en tratos con los musulmanes, que lo acogieron favorablemente».

Efectivamente, el conde cristiano Don Julián, adaptándose camaleónicamente y sin ningún complejo a las circunstancias, se pone definitivamente al servicio del gobernador musulmán, proporcionándoles guías e intérpretes a los invasores. Se trataba en muchos casos de judíos desterrados por los visigodos que gustosamente se pusieron al servicio de los sarracenos viendo en ello la posibilidad de regresar a sus antiguos hogares, así como alcanzar estatus y riquezas. La amplia colaboración desplegada le otorgará también a Don Julián riquezas, estatus y consideración en el nuevo orden que se implantará en la zona tras el colapso visigodo. Una crónica musulmana nos habla de los primeros pasos de Tariq en esta segunda expedición sobre los territorios visigodos:

«[…] atravesó el mar al frente de un ejército de doce mil combatientes, de los cuales diez mil eran beréberes, dos mil árabes y setecientos, negros. A estos últimos los colocó, una vez en tierra, en la vanguardia de las tropas con un aspecto aterrador, de modo que los godos se atemorizasen al ver tales figuras. Estos negros cogían a los prisioneros, degollaban a unos cuantos, y los asaban, haciendo creer a los otros que se los comían; esto era algo que llenaba de espanto los corazones de los cristianos y les hacía temer extraordinariamente a los negros».

Cuando el líder visigodo Rodrigo tuvo conocimiento de la presencia musulmana dentro de su reino, se encontraba en el norte peninsular combatiendo a los vascones por lo que el primer contacto con los invasores no se produjo hasta dos meses después. En torno a la ciudad de Córdoba se consumó la concentración de las huestes visigodas —unos treinta mil efectivos— que de inmediato marcharon en busca de los invasores. Una vez ultimado el contacto entre ambos ejércitos, después de casi una semana de exploración, tanteo y escaramuzas, el domingo dieciocho de julio del año 711, finalmente, tuvo lugar el decisivo encuentro entre ambos ejércitos en las cercanías del rio Guadalete. Esta es la versión tradicional, aunque en la actualidad la historiografía pone en duda el lugar exacto del enfrentamiento, situándolo algunos autores cerca de Bárbate. Las últimas aportaciones historiográficas apuntan a que el lugar donde se libró esta batalla se sitúa en las cercanías de la laguna de la Janda y, de una manera más

precisa, en los bordes del Salado, que tiene su desembocadura no lejos del cabo de Trafalgar.

Sea donde fuere el lugar exacto donde se libró la trascendental batalla que decidiría el futuro de los pueblos de la Península Ibérica, lo cierto es que el resultado del combate fue un total descalabro visigodo. Las fuentes musulmanas hablan de un importante botín en bagajes, armas y caballos que los visigodos dejaron sobre el campo de batalla. No sabemos qué fue de Rodrigo, su cuerpo no se encontró entre los caídos en Guadalete, por lo que es de suponer que huyó, perdiéndose para siempre en la historia, arropado por la leyenda. Aunque el historiador musulmán Ibn al-Atir (1160-1233) no duda en afirmar —aunque más de cuatro siglos después— que: «*Rodrigo y los suyos fueron derrotados y él mismo se ahogó en el río*».

Tampoco es menos cierto que en tiempos del rey Alfonso II (866-910) se halló en la ciudad portuguesa de Viseo una tumba cuyo epitafio rezaba así: «*Aquí yace Rodrigo, el último rey de los godos*».

La versión cristiana de esta batalla la encontramos en el siguiente párrafo de la *Crónica Silense*:

«Más después que por toda África se publica la fidelidad de Julián, dirígese a España Muza, príncipe del ejército del rey africano, con infinita multitud de caballeros y peones. Luego, renovada la batalla, el bárbaro empezó a añadir tropas unas tras otras en la pelea; pues el rey español, siguiendo su costumbre, atento a la pelea, empezó a instar más fieramente y herir en los enemigos con empeño. Por último, cuando, insistiendo los bárbaros, empezaron a desfallecer los soldados españoles y, fatigados por lo largo de la pelea, a ceder cada uno terreno al enemigo, Rodrigo, como no viese auxilio alguno ya para sí, previniendo la fuga poco a poco durante algunos días, murió peleando. Ciertamente, la mano del Señor se había desviado de España por la inveterada malicia de sus reyes, a fin de que no la protegiese al tiempo de esta ruina. Y luego, todos los militares godos, dispersos y fugitivos, llegaron casi al exterminio con espada».

Los supervivientes del ejército visigodo se reagruparon y se reforzaron en torno a la población de Écija, donde esperanzados en una posible victoria presentaron combate por segunda vez a los invasores. De nada sirvió su determinación y esfuerzo pues fueron nuevamente derrotados, esta vez de manera definitiva. A partir de aquí dejó de existir el Estado visigodo como tal, desarticulado y sin ejército capaz de contener la invasión, cada población quedó a su suerte, entregándose la mayor parte de ellas resignadamente al invasor y fueron pocas las que opusieron resistencia ante las mínimas, por no decir nulas, posibilidades de éxito. En este punto, podemos afirmar categóricamente que la Hispania visigoda había entrado en

colapso y se encontraba en descomposición irreversible.

En el caso concreto de la ciudad de Córdoba —una de las más grandes por entonces—, el gobernador visigodo se hizo fuerte tras los muros de la iglesia de San Acisclo que era el lugar mejor defendible de la ciudad. Finalmente intentó huir siendo capturado; al resto de visigodos se le desalojó del fortín en que se había convertido la iglesia de Córdoba. Todos, sin excepción, fueron ejecutados por decapitación, aviso aterrador para las poblaciones que se resistiesen. Una crónica del eclesiástico Rodrigo Jiménez de Rada recoge este hecho con gran precisión:

«Por su parte Mogeyt [jefe musulmán], cuando hubo llegado a Córdoba, preparó una emboscada en un arrabal cercano que se llama Segunda; y unos de su ejército interrogaron sobre la situación de Córdoba a un pastor que habían capturado, quien les informó de que los principales de Córdoba habían buscado refugio en la fortaleza de Toledo y de que había quedado el gobernador de la ciudad con cuatrocientos jinetes, y que la ciudad estaba rodeada por una muralla que era segura salvo en las cercanías del puente, donde el lienzo de ella estaba cortado. Entonces Mogeyt pasó el Betis con su ejército […]. Cuando el gobernador de la ciudad se enteró de esto, se refugió tras los muros de la iglesia, que era el lugar más seguro. Pero allí le asediaron durante tres meses, al cabo de los cuales el propio gobernador consiguió escapar […], Mogeyt, llegándose a él, lo capturó con vida. Salvo éste, ninguno de los señores de los hispanos se cuenta que fuera capturado. Pues todos los demás se entregaron mediante rendición o pacto. Mogeyt por su parte, a su regreso a Córdoba no cesó en su asedio al fortín de la iglesia hasta que los apresó y los decapitó».

Los musulmanes, en líneas generales —salvo excepciones como la de Córdoba— practicaron una política conciliadora y permisiva con las poblaciones ocupadas, con el fin de no provocar motines y levantamientos que les habrían privado de importantes efectivos para completar la invasión; en este sentido los invasores rellenaron con rapidez el *horror vacui* [132] dejado por los visigodos. En las poblaciones conquistadas donde existía una comunidad judía se les armaba incorporándolos a la guarnición de la ciudadela. El cronista musulmán Al-Maqqari refleja en el siguiente párrafo el desasosiego y el miedo que se apoderó de los cristianos visigodos:

«Llenó Dios de terror el corazón de los infieles, cuando vieron que Tárik se internaba en el país, habiendo antes imaginado que solo deseaba ganar botín y retirarse; acobardáronse y huyeron de las llanuras a refugiarse en los castillos, y los más fuertes de entre ellos fueron a Toledo, capital de su reino».

Efectivamente, una vez consolidados los territorios del sur peninsular los invasores se apresuraron a marchar sobre Toledo, capital del reino cristiano visigodo, donde se esperaba —por ostentar la capitalidad— la mayor resistencia cristiana. Por el contrario, sorprendentemente, los sarracenos entraron en la ciudad sin oposición y aclamados por la comunidad judía con gran algarabía como verdaderos libertadores. Todos los visigodos habían abandonado precipitadamente la ciudad en el último momento; muestra de ello es que huyeron dejando importantes tesoros en manos musulmanas: oro, plata y piedras preciosas, riquezas que en una retirada organizada y programada nunca habrían abandonado. Llegados los sarracenos a este céntrico punto de la península, afirma la *Crónica Silense* que: «*Después de esto, los moros, no impidiéndoselo fuerza alguna, sometieron a su dominio toda la España, consumida a hierro, fuego y hambre*».

En la primavera del año 712, es el propio Musa Nusayr, el que cruza el estrecho al frente de un numeroso ejército, en esta ocasión compuesto en su mayoría por árabes, llevando personalmente las operaciones en la Península Ibérica que tantos beneficios reportaban al califato de Damasco. Llegado el año 713, los árabes habían ocupado prácticamente toda la península a excepción de la estrecha franja cántabro-astur, al norte de la cordillera Cantábrica, último reducto cristiano que nunca conseguirán someter los sarracenos y desde donde arrancará posteriormente la conocida por la historiografía española como *Reconquista*. Ese mismo año, los invasores traspasaron los Pirineos, iniciando una serie de incursiones que suponen los primeros tanteos en tierras galas que se prolongarán hasta la derrota en Poitiers, tras la que los musulmanes se replegarán definitivamente al sur de los Pirineos. Musa y Tariq, los artífices del sonado triunfo árabe sobre el reino visigodo en Hispania, fueron llamados por el califa de Damasco y nunca más volvieron a la Península Ibérica. Como hemos podido ver, transcurridos poco más de dos años desde la *Batalla de Guadalete,* los territorios de la Hispania visigoda —la Península Ibérica — se encontraban bajo el poder islámico.

Antes de marchar hacia Oriente, Musa nombró gobernador de las nuevas tierras de al-Ándalus a su hijo Aziz, que orientó su política a afianzar la presencia y el poder musulmán en los nuevos territorios conquistados. Con este fin desarrolló labores administrativas —*Iqtá*[133] — y financieras, fomentando entre los suyos la *exogamia*[134], animando a sus hombres a tomar esposas visigodas, como él mismo hizo, casándose con la viuda del último rey visigodo, Rodrigo. La mujer que había sido reina cristiana se llamaba Egilona y ahora era la *primera dama* de al-Ándalus. No sabemos si permaneció en la fe que fue bautizada o por el contrario abrazó la de su nuevo esposo, las fuentes discrepan en este tema. Es más, Aziz fue asesinado en el año 716,

según algunos autores, ante el temor de los líderes religiosos musulmanes a que este se convirtiera al cristianismo por influencia de su esposa. Durante los años siguientes, una serie de gobernadores dependientes del califa de Damasco dirigirán al-Ándalus, hasta que Abderramán I, en el año 756, llegue a la Península Ibérica huyendo desde oriente y funde la dinastía Omeya, independiente de Damasco, que gobernará como emirato hasta el año 929, prosiguiendo a partir de esta fecha como califato hasta el año 1031.

Una vez dominada y sometida la casi totalidad de la Península Ibérica o el reino visigodo de Hispania que suponían el mismo solar —a excepción de la franja transcantábrica—, los macizos pirenaicos no supondrán un impedimento para la expansión musulmana por tierras europeas. Antes de ser rechazados por Carlos Martel cerca de la ciudad de Poitiers, los sarracenos sembrarán el terror entre los cristianos de distintas zonas del *midi francés* [135] durante casi dos interminables décadas. Las tierras que se extienden a los pies de la ladera norte de los Pirineos serán el próximo objetivo de las razias árabes.

Escuadrones montados sarracenos procedentes del valle del Segre penetrarán en el año 721 en territorio franco hasta alcanzar la ciudad de Toulouse donde serán rechazados por el duque Eudes de Aquitania. Una crónica mozárabe nos cuenta una de estas incursiones —muy frecuentes a partir de ahora— en territorio franco, que en esta ocasión acabó con la retirada sarracena:

> *«Somete a su poder también a la Galia Narbonense por medio del general de su ejército Mazlema, y ataca con frecuentes guerras al pueblo de los francos. Así, haciendo uso de un valor excesivo, el ya citado general del ejército sarraceno llegó hasta Tolosa e intentó expugnar esta ciudad, poniéndole asedio con hondas y todo tipo de máquinas de guerra. Los francos, al conocer semejante noticia, se reúnen en torno a uno de sus generales de nombre Eudo. Agrupados de este modo, llegan hasta Tolosa. A las puertas de Tolosa uno y otro ejército traban combate en una lucha a muerte. Los francos acaban con Zema, general del ejército de los sarracenos, y una parte de su ejército, y ponen en fuga y persiguen el resto del ejército de los sarracenos».*

Por el paso oriental de los Pirineos, utilizando la vieja calzada romana y después visigoda, los sarracenos procedentes de al-Ándalus alcanzarán el Rosellón y Languedoc. Narbona había sido una de las muchas ciudades saqueadas. Hordas sarracenas habían penetrado en la ciudad profanando y saqueando de manera especial las iglesias, donde en una de ellas se adueñaron de siete esculturas que representaban imágenes de santos hechas en plata maciza y que constituyeron el más preciado de los botines obtenidos por los

sarracenos en suelo galo. Pero ese nefasto día, junto a las imágenes de plata se llevaron también a numerosas mujeres jóvenes, niños y niñas destinados todos ellos a los mercados de esclavos andalusíes. Arrebatar a una población sus mujeres jóvenes y sus niños era uno de los mayores daños que se les podía infringir a los infieles, pues esos núcleos tardarían años e incluso décadas en recuperar su demografía.

Del mismo modo y con los mismos efectos —miedo y terror entre la población— se apoderaron de Nimes donde queman a la vista de todos al obispo de la ciudad y remontaron audazmente el cauce del rio Ródano, para llegar hasta Lyon, ciudad que corrió la misma suerte que las anteriores. En el año 731 saquean y arrasan la ciudad de Autun, llegando tan lejos como es la localidad de San Ebbon en el corazón de Francia. De manera sorprendente e inexplicable para muchos contemporáneos a estos hechos, los sarracenos se encontraban a tan solo un centenar de kilómetros de París. ¿Hasta dónde serían capaces de llegar los temidos invasores? Esta era la pregunta que aterrorizadas se hacían todas las gentes cuya precaria vida e incierto futuro transcurría en las asoladas tierras francas. Según autores franceses, el impacto emocional del desastre sufrido por la ciudad de Autun estuvo presente en el recuerdo y el espíritu de sus habitantes durante siglos, perdurando prácticamente hasta la Revolución Francesa. Hasta finales del siglo XVIII, generaciones de franceses recordarán con desasosiego la terrible presencia sarracena.

En el año 732 una nueva incursión musulmana volvió a arremeter sobre las tierras galas de Aquitania, venciendo en esta ocasión al duque Eudes en la llamada *batalla de Garona*, donde según afirman las fuentes «*hubo gran mortandad de cristianos bajo las espadas sarracenas*». Una crónica andalusí lo confirma:

> *«Los creyentes atravesaron las montañas, arrasaron el terreno abrupto y el llano, saquearon hasta bien adentro el país de los francos y lo castigaron todo con la espada, de forma que cuando Eudes trabó batalla con ellos en el río Garona, huyó».*

Derrotadas las huestes francas del duque ya no hubo oposición armada que los frenase; así que a renglón seguido saquearon impunemente la ciudad de Burdeos donde todas las iglesias, sin excepción, fueron pasto de las llamas y lograron un sustancioso botín. Animados, confiados y espoleados por este gran éxito, los jefes sarracenos se pondrán como próximo objetivo, nada más y nada menos, que la prestigiosa y rica abadía de San Martín, cercana a la ciudad de Tours. El propio gobernador de al-Ándalus, al-Gafiqi, el gran vencedor junto al río Garona, se puso en marcha al frente de casi cincuenta mil jinetes camino del río Loira. Tan elevado número de unidades de caballería se justifica por la auténtica devoción que los

árabes sentían por los caballos, en especial para la guerra. Era poco frecuente la ciudad musulmana que no contara con una amplia almuzara anexa a las caballerizas, en la que jinetes y corceles practicaban y se ejercitaban a diario.

Al conocer la dirección tomada por la columna montada de al-Gafiqi, los francos optaron por interceptarla con la intención de frenar el avance sarraceno hacia el norte. El entonces *Mayordomo de Palacio* [136] de Austrasia, Carlos Martel fue el encargado de reunir un ejército destinado a enfrentarse a los musulmanes que ya se hallaban en el mismo corazón de Francia. Como curiosidad mencionaremos que el apelativo de *Martel* fue adoptado o le fue dado a Carlos tras la batalla de Poitiers, ya que durante los combates gustaba de empuñar su arma preferida que no era otra que una maza o martillo de guerra.

Al frente de unos veintidós mil hombres —caballeros y escuderos—, Carlos Martel se dirigió hacia el sur y dispuso a sus hombres en una posición defensiva entre las localidades de Tours y Poitiers por donde se esperaba pasarían las tropas sarracenas camino de su objetivo. Durante los primeros días del mes de octubre, exploradores de ambos ejércitos visualizaron las posiciones del adversario y a lo largo de varias jornadas se produjeron fugaces escaramuzas, evitando tanto sarracenos como cristianos ser los primeros en lanzarse al ataque. Según las fuentes árabes, los francos se dispusieron formando un gran cuadro defensivo. Efectivamente, dada la disparidad entre ambos ejércitos —los francos eran casi todos soldados de infantería, en tanto que los sarracenos eran unidades de caballería ligera, solo unos cientos con armadura podían ser considerados como caballería pesada —, Carlos Martel planteó la única opción que podía ofrecerle una mínima garantía de éxito, dado también su inferioridad numérica: un sólido cuadro defensivo que le permitiese contener y, en su caso, rechazar las cargas de caballería árabes.

En cuanto a la intendencia, los francos estaban bien equipados para el frío y tenían la ventaja del terreno propio que les facilitaba los pertrechos necesarios con la colaboración de la temerosa población. Los árabes por su parte estaban obligados a obtener el alimento y el forraje para sus cabalgaduras sobre el terreno y no estaban tan bien pertrechados para el frío, por lo que tendrían que optar por luchar de inmediato o retirarse antes de que el otoño galo arreciase.

Llegado el diez de octubre de ese año 732, al-Gafiqi consideró que no debía prolongar más esta situación de impás —que sin duda beneficiaba a los francos— y dio la orden de ataque a sus hombres. Al-Gafiqi confió en la superioridad numérica y táctica de su caballería y la hizo cargar repetidamente. Sin embargo, esta vez la fe de los musulmanes en su caballería, armada con lanzas, arco y cimitarras, que les había dado la victoria en batallas anteriores, no estaba

justificada. Esta batalla supuso una de las raras ocasiones en las que la infantería medieval resistió cargas de caballería, si bien es verdad que se trataba en su mayor parte de caballería ligera. Los disciplinados soldados de Carlos Martel resistieron los asaltos, pese a que, según fuentes árabes, la caballería árabe consiguió romper varias veces el exterior del cuadro franco. Pero a pesar de esta circunstancia, la fuerza franca no se rompió, taponando las brechas rápidamente con los hombres de reserva del interior del cuadro.

Según una fuente franca, la batalla duró todo un día —según las fuentes árabes, fueron dos—. Cuando se extendió entre el ejército sarraceno el rumor de que la caballería de Carlos Martel amenazaba el suculento botín que habían tomado en Burdeos, muchos de ellos, temiendo perder todo lo conseguido, volvieron precipitadamente a su campamento. Esta actitud de algunos jinetes fue interpretada por el resto del ejército musulmán como una retirada en toda regla, y ciertamente pronto lo fue. Mientras intentaba frenar la retirada de sus hombres, al-Gafiqi fue rodeado y finalmente perdió la vida durante la refriega. La muerte del líder musulmán ocurrió con la carga definitiva de la caballería pesada del duque Odón, que aguardaba oculta en los bosques al norte de la posición del cuadro de Carlos Martel, resultando un movimiento envolvente a la manera de los ejércitos francos, como si de un martillo contra un yunque se tratara, acabando con toda posibilidad de reagruparse del ejército enemigo. Los musulmanes que no habían sido muertos o derribados regresaron a su campamento. La conocida como *Crónica de Fredegario* describe así el final de los combates:

«El príncipe Carlos movió su línea de batalla contra los enemigos y sus guerreros se precipitaron contra ellos. Con la ayuda de Cristo derribó sus tiendas y aprestó a combatir para hacerlos pedazos en una carnicería. Habiendo muerto en la lucha Abd al-Rahmán al-Gafiqi, Carlos los destruyó, y haciendo avanzar el ejército, los combatió y venció. Así triunfó el vencedor sobre sus enemigos».

El día posterior al inicio de los combates, cuando los musulmanes abandonaron el campo de batalla, los francos muy cautos lo intuyeron como una estratagema y temieron una emboscada. Solo tras un reconocimiento exhaustivo del campamento musulmán por parte de los exploradores francos se descubrió que los islamitas se habían en efecto, retirado amparados por la noche dejando hasta doce mil muertos sobre el campo de batalla. Esto que acabamos de exponer de manera resumida significó lo que la historiografía conoce como *Batalla de Poitiers* que supuso el freno a la expansión musulmana por el corazón de Europa.

Otro escenario muy utilizado por los sarracenos para caer por

sorpresa sobre los cristianos fue el mar, tal como hacían los vikingos. Durante el noveno siglo de la Era cristiana, las aguas del Mediterráneo occidental estaban dominadas por piratas musulmanes, que con una actividad incesante desde sus bases del norte de África —principalmente situadas en las costas argelinas y tunecinas; aunque también piratas procedentes de al-Ándalus—, habían convertido el que antaño fuera el seguro *Mare Nostrum* de los romanos en un foco de continua incertidumbre y peligro constante, que ahora bien podría denominarse sin temor a equivocarnos como el *Mare Sarracenum*. Aventurarse a la navegación en estos años suponía un más que seguro riesgo de acabar en manos sarracenas, y en el mejor de los casos ser vendido como esclavo en los mercados especializados andalusíes de Denia y Tortosa o en cualquier otro del norte africano.

Desde el año 827 era habitual la presencia de naves sarracenas en las costas italianas, realizando incursiones y saqueos de manera intermitente, pero sin ocasionar grandes daños. Esta regularidad de los asaltos terminó convirtiéndolos en algo habitual y asumido por los habitantes de esas tierras costeras. Ese mismo año, el tercer emir *aglabí*[137] Ziyadat Allah, se sintió con suficientes fuerzas para acometer la conquista de Sicilia, en poder de los bizantinos en esos años, y tomó la ciudad de Mazzara situada en el extremo suroeste de la isla. Poco después, llegado el año 830 cayó Palermo, ciudad que se convirtió en la capital musulmana de la isla por cuyo puerto llegaron con asiduidad, a partir de entonces, los necesarios suministros y refuerzos desde el norte de África y al-Ándalus para proseguir la conquista.

Los bizantinos opusieron desde el principio una obstinada resistencia, pero poco a poco, durante las décadas siguientes, fueron cayendo una tras otra el resto de las poblaciones de la isla. En el mes de enero del año 859 fue tomada al asalto la decisiva fortaleza de Enna situada en el centro de la isla y hasta entonces inexpugnable a pesar de las reiteradas tentativas árabes de asalto. Al parecer, un cautivo bizantino habría indicado a los sarracenos el punto más débil de las defensas a cambio de conservar la vida. La caída del enclave fortificado de Enna allanó el camino para tomar el tercio este de Sicilia. La ciudad de Siracusa fue la última en ser arrebatada a los bizantinos en el año 878, después de tres largos años de enconada resistencia al cerco musulmán.

Tal resistencia la pagaron muy cara los cristianos defensores de Siracusa. El día del asalto final sobre la ciudad los encolerizados sarracenos masacraron a niños, ancianos, enfermos, mujeres, clérigos y hasta esclavos. Los que se habían refugiado en la iglesia del Salvador creyendo que las sagreras o la misma iglesia serían respetadas no corrieron mejor suerte. Desperdigados por toda la ciudad los sarracenos, cimitarra en mano, continuaron matando con saña hasta

que el cansancio les hizo tomar algunos prisioneros, diferenciando entre los que empuñaban un arma y los que se entregaban voluntariamente. Pocos días después cuatro mil prisioneros cristianos que se habían atrevido a defenderse fueron impunemente degollados.

Tras la conquista de la ciudad de Siracusa, ese verano del año 878 una larga caravana de prisioneros fue enviada al puerto de Palermo. Por supuesto su destino no era otro que el cautiverio y la esclavitud. Estos prisioneros iban amarrados a *bestias* [138] de tiro, por lo que si daban un traspié o caían por el agotamiento se veían arrastrados sobre el abrupto camino, encontrando muchos de ellos la muerte en estas circunstancias sin fuerzas para volver a ponerse en pie. El lento y amargo viaje de estos desafortunados siracusanos duró seis días con sus respectivas noches, durante los cuales los cautivos permanecieron atados, sin alimento y a pleno sol soportando las rigurosas canículas sicilianas. Sus vigilantes —crueles elementos subsaharianos, negros dicen las fuentes— les daban solo el agua justa —sucia y caliente— para que llegasen vivos a las *ergástulas* [139] y al mercado de esclavos, mientras sus captores la derrochaban a la vista de los sedientos y agotados cautivos.

Entre estos desgraciados prisioneros se encontraba el obispo de Siracusa, junto con algunos monjes y sacerdotes capturados dentro de la catedral. La prisión habilitada en el puerto de Palermo para congregar al elevado número de cautivos que llegaban desde todas partes de la isla era un reducido sótano al que se accedía tras bajar o caer por una estrecha e inclinada escalera de catorce minúsculos peldaños y cuya única ventilación o comunicación con el exterior es la propia puerta. Podemos imaginarnos con suma facilidad como el atestado sótano se convertía en un infierno de calor donde pululaban las ratas y los insectos entre las inmundicias de los desgraciados allí hacinados en medio de un hedor nauseabundo. Entre ellos había sobre todo cristianos, pero también árabes y judíos. Huésped de excepción de este insalubre antro fue el obispo de Malta —capturado en el año 870— que provisto de pesados grilletes en los tobillos pasó allí varias semanas antes de ser vendido.

Cuando hacía ya más de un siglo de la ocupación de Sicilia por los sarracenos, en agosto del año 1009 el entonces papa Sergio IV anima a los príncipes de la Cristiandad a que combatan contra los infieles de Sicilia y recuperen la isla, por lo que se le considera en círculos historiográficos como el primer Pontífice que piensa e intenta promover la realización de una Cruzada, aunque sin mayor éxito por otra parte.

Sintiéndose fuertes y no conformándose con el dominio de Sicilia, los musulmanes pusieron pie en el sur de Italia ocupando las plazas de Bríndisi, Tarento y Bari; después saquearon la ciudad y el puerto de

Ancona, en el Adriático.

Con todas estas nuevas posesiones en Sicilia y en el sur de la Península Itálica, no es de extrañar que décadas atrás, exactamente en el año 846, aprovechando la buena mar que suele ofrecer el verano Mediterráneo, una flota sarracena compuesta por ochenta naves apareciese en el Mar Tirreno frente a las costas de Ostia y Civitavecchia, muy cerca de la desembocadura del río Tíber. Una vez saqueadas estas dos ciudades —muy pequeñas en esta época—, remontaron el cauce del río hasta anclar sus naves a las mismas puertas de Roma; era la madrugada del 24 al 25 de agosto. El Papa y los romanos no se lo terminaban de creer. Un ejército de infieles mahometanos dispuesto a asaltar el corazón de la Cristiandad se mostraba ante sus ojos.

No disponiendo de suficientes efectivos para asaltar con éxito las murallas de la legendaria ciudad, pues por el número de naves citadas podemos cifrar en torno a un millar los efectivos de los asaltantes, se dedicaron al saqueo sistemático de todo lo que se encontraba a extramuros. El saqueo, pillaje y destrucción a las que fueron sometidas las emblemáticas basílicas católicas de San Pedro y San Pablo causó gran conmoción en la sociedad cristiana de la época. Los restos de los santos fueron profanados y los monjes de estos sagrados edificios, que no habían perdido la vida durante el asalto, fueron capturados y vendidos como esclavos. Ambos templos fueron defendidos con ahínco, pero sin éxito, por una pequeña guarnición de soldados voluntarios cristianos formada por lombardos, francos, frisones y sajones, quienes pudiendo haberse refugiado tras las murallas de Roma, eligieron defender las basílicas de los Santos Apóstoles hasta que encontraron la muerte bajo las espadas sarracenas. Posteriormente a estos hechos, en el año 848, y a causa de ellos, el papa León IV ordenó levantar lo que hoy conocemos como murallas *leoninas* , nombre que hace referencia a este Pontífice, delimitando aún hoy el perímetro del actual Estado Vaticano. En la construcción de las murallas participó en mayor o menor medida toda la población de Roma, y tras su finalización fueron bendecidas en solemne procesión —encabezada por el mismo León IV— a lo largo de todo su perímetro.

Estos hechos demuestran que los musulmanes conocían el gran valor simbólico y religioso de la capital de la Cristiandad, pero no es menos cierto que en sus decisiones de incursión y saqueo tenían gran peso las historias, leyendas, cuentos y fabulaciones difundidas por cronistas, mercaderes, charlatanes y viajeros árabes siempre tendentes y dispuestos a una desmesurada exageración, que sin duda alimentaba la imaginación y la codicia de los asaltantes. Uno de estos fantásticos relatos que fascinaría a quien lo escuchase dice así:

«Roma […] es una ciudad gobernada por un rey llamado al-Bab (el

Papa) […] Un río, que procede del oeste, atraviesa su trazado. Todo su cauce está forrado en cobre amarillo […] En el centro de la ciudad se alza la Gran Iglesia, cuya mide dos parasangas de longitud y que posee trescientas sesenta puertas […] En su interior se halla la tumba de dos apóstoles, una al este y otra al oeste. Uno de ellos se llama simún al-afá (Simón Cefas) y el otro, Balús (Pablo)… Los muros de esta iglesia están recubiertos de oro, y todas las puertas del lado oeste son de cobre de la China […] Las del interior, que dan al oratorio, son de oro macizo […] Igualmente sucede con el oratorio donde residen los sacerdotes […] Cada ángulo de la iglesia está flanqueado por una torre con cúpula, de plata maciza […] Contiene mil incensarios de oro […] guarnecidos de perlas y de jacintos, y cuyos mangos son de oro […] Allí se erigen seiscientas cruces de oro puro, guarnecidas en su centro de una sola perla de gran tamaño, cada una de las cuales pesa mil mizcales, doce cruces de oro —cada una de las cuales se erige en recuerdo de uno de los apóstoles de Cristo— cuyo valor, por unidad, es de cien minas, y setenta y dos cruces, en conmemoración de los discípulos de los apóstoles, cada una de las cuales equivale a quinientos mizcales de oro de buena ley. Hay también mil doscientos cálices generosamente incrustados con piedras preciosas, para la Eucaristía, […] tres mil doscientos diáconos y sacerdotes, cada uno de los cuales viste con brocados por valor de ciento cincuenta dinares, y de manteos tejidos con oro y perlas… (Roma) contiene en todo veinticuatro iglesias, más otras mil doscientas […] veintitrés mil monasterios […] Extramuros, hay mil doscientas veinte columnas ocupadas por monjes (estilitas) que velan durante toda la noche […] Hay grandes y ricos mercados, cuarenta mil termas, noventa y cinco enormes mercados continuamente ocupados en el tráfago comercial […] riquezas sin cuento… Los utensilios de oro y plata que existen en todas las iglesias de esta ciudad tienen un valor de diez mil quintales de oro, y no incluimos en esta descripción cuatrocientos jarrones de oro, doscientos de cobre pulido y tan bien trabajado que oro parece, y trescientas lámparas de araña […] Las grandes cruces de oro que se exhiben el domingo de Ramos, en número de veintiuna mil, y las incontables cruces de plata, hierro, cobre sobredorado, los seis mil cuatrocientos misales escritos con letras de plata y oro […]».

En los años posteriores al saqueo de Roma del año 846, expediciones de piratas sarracenos intentarán remontar el Tíber en diversas ocasiones, pero unas veces las tormentas y otras la oposición de flotas cristianas, truncarán estas nuevas intentonas de incursión y saqueo. El intento más significativo de un nuevo asalto a Roma por parte de los sarracenos tuvo lugar tan solo tres años después.

Efectivamente, tan pronto como en el año 849, llegó a Roma la inquietante noticia de que una gran flota sarracena se estaba

agrupando y aprovisionando en la costa oriental de la isla de Cerdeña. Todos sabían que con viento favorable de poniente dicha flota se podía presentar en la desembocadura del Tíber en una sola jornada. Así que rápidamente y sin tiempo que perder, el Papa —el mismo León IV— y las ciudades costeras de Nápoles, Sorrento, Amalfi y Gaeta fletaron, aparejaron y armaron todas las naves que fueron capaces de encontrar. Esta flota fue puesta al mando de un almirante de nombre Cesáreo, del que poco sabemos. Este hombre de mar fondeó sus naves alineándolas a modo de barrera entre Ostia y la desembocadura del Tíber en espera del ataque musulmán.

Cuando las velas sarracenas aparecieron en el horizonte la flota cristiana levó anclas y se lanzó a un ataque inmediato, sorprendiendo a unos sarracenos desprevenidos que no esperaban en ningún caso este recibimiento. En esta ocasión el factor sorpresa estuvo del lado cristiano.

Como resultado del encuentro naval que tuvo lugar a continuación, conocido por la historiografía como *batalla de Ostia,* numerosas naves sarracenas fueron hundidas y sus náufragos hechos prisioneros en gran número. Una vez destrozada la fuerza sarracena, los barcos cristianos regresaron victoriosos a Ostia. Este regreso fue inmortalizado por el famoso pintor renacentista Rafael en su trabajo titulado *Batalla de Ostia,* representando el desembarco de los sarracenos capturados en presencia de un victorioso Papa. Como colofón a la gran victoria cristiana, lo que quedaba de la maltrecha flota musulmana fue engullida por una repentina tormenta durante su precipitada retirada. En el año 852, el mismo papa León IV fortificará el puerto de Civitavecchia, que se conocerá desde entonces también por el nombre de Leópolis en su honor. La principal fuente que narra estos hechos es el *Líber Pontificalis* [140].

A pesar de este éxito puntual, desde el año 875 aproximadamente, todas las primaveras y veranos volverán a hacerse habituales los desembarcos sarracenos en las costas italianas próximas a Ostia. Agobiados por esta constante e indeseable presencia, el papa Juan VIII decidió llegado el año 878 efectuar un pago anual en monedas de oro para eludir estas persistentes correrías, emulando con ello los pagos que en tierras atlánticas francesas e inglesas se hacían efectivos a los vikingos o los que los monarcas y príncipes germanos hacían anualmente a los magiares. Pero las arcas de la Santa Sede solo cumplieron con dicho pago en dos ocasiones, de modo que los desembarcos sarracenos en la desembocadura del Tíber y sus costas aledañas se recrudecerán y continuarán produciéndose —si cabe con más persistencia— hasta bien entrado el siglo X.

Estas incursiones marítimas protagonizadas por los musulmanes llegaron a costas tan norteñas como las de Marsella. En el año 838,

barcos sarracenos toman tierra en la ciudad, la saquean y la destruyen. En las afueras de la ciudad portuaria francesa se encuentra la abadía de San Víctor que fue también impunemente saqueada, sometida a pillaje y muchos de sus monjes junto a innumerables marselleses de todas las edades y género fueron hechos cautivos. La ciudad de Marsella sufrirá esta terrible experiencia de nuevo llegado el año 848 y posteriormente en el 920. La abadía de San Víctor fue reconstruida en el siglo XI, presentando desde entonces el aspecto de un castillo defensivo más que de un monasterio. Esto pone de manifiesto el temor que aún en estas fechas se tenía a una posible incursión por parte de los inmisericordes sarracenos.

El monasterio benedictino de San Vicente de Volturno, ubicado en el sur de Italia gozaba de una prolífica, interesante y creativa vida monástica auspiciada por la tranquilidad bucólica del lugar, hasta que el diez de octubre del año 881 fue sorprendido por un ataque sarraceno. Cerca de un millar de cristianos —entre monjes y aldeanos junto a sus familias que trabajaban las tierras del monasterio— fueron masacrados y el recinto monástico saqueado y destruido. Solo unos pocos afortunados lograron huir portando algunas reliquias para refugiarse en la cercana ciudad de Capua.

Tan solo un par de años después, hordas sarracenas se presentarán ante la prestigiosa abadía benedictina de Montecasino, que ya se había asaltado con anterioridad en el año 858. En esta ocasión pudo salvarse solo tras pagar un considerable tributo; total, para ser destruida con todo su contenido de manera gratuita siglos después por las bombas aliadas durante la Segunda Guerra Mundial. Como vemos, los poderes locales, ya fuesen reyes o señores feudales, eran incapaces en la práctica de contener estos asaltos. Se trataba de un problema similar al que por estas mismas fechas se enfrentaban otras muchas del orbe cristiano con la destructiva presencia de los magiares o los vikingos. Realmente era una época de desasosiego y oscuro futuro para estas gentes.

Poco tiempo después de estos asaltos, llegado el año 935 son el puerto y la ciudad de Génova los que sufren la devastadora presencia de los piratas sarracenos. En esta ocasión, todos los hombres presentes en la ciudad son ejecutados sin importar su edad, y los barcos son rápidamente cargados con todos los tesoros de las iglesias y la propia ciudad, incluyendo sus mujeres. Todos estos ejemplos expuestos constituyen solo una pequeña parte de las innumerables correrías llevadas a cabo por los piratas sarracenos en cualquier punto de las costas de la Cristiandad. Como hemos visto, la septentrionalidad geográfica no garantizaba escapar a estos terribles ataques. Tal y como hemos podido conocer, los objetivos principales de los asaltos sarracenos eran en la mayoría de los casos monasterios, además de las

propias iglesias por su doble contenido espiritual y material.

Los precursores de los ataques sabían perfectamente que en estos edificios dedicados al culto cristiano nunca faltaban ricos objetos de culto empleados en la liturgia tales como el cáliz, el ciborio, la palia, la patena, el purificador, las vinajeras, el acetre o el hisopo. Eran de plata y oro con incrustaciones de piedras preciosas, tejidos suntuosos y arcas con moneda contante y sonante fruto de las donaciones y tributos recaudados por la Iglesia.

Por otro lado, las iglesias eran vistas por los asaltantes como centros dedicados al culto de la Trinidad, que para los musulmanes representa un intolerante culto «politeísta» ofensivo para su único Dios. Es por eso por lo que tras su profanación y saqueo eran vilmente incendiadas. Objeto de especial saña eran las campanas de estos edificios religiosos ya que su tañido tenía por objetivo llamar a los «infieles» cristianos a la oración. Siempre que les era posible se las llevaban como parte relevante del botín ya que, si las rompían o destrozaban dejando sus restos, siempre podían volver a ser fundidas y reutilizadas por los cristianos.

Si las costas más cercanas a la ciudad de Roma —capital espiritual de la Cristiandad— eran objetivo permanente de los ataques sarracenos, el resto del litoral de la Península Itálica no lo era menos. En el año 840 una flota sarracena remontó el mar Adriático llegando tan al norte como es la desembocadura del rio Po. De regreso hacia el sur, saquean varios puntos de las costas Dálmatas y antes de abandonar el Adriático devastan e incendian la ciudad italiana de Ancona.

Trasladándonos un poco más hacia occidente, en la Península Ibérica, una vez dominado la mayor parte de su territorio, los sarracenos introducirán una nueva táctica en sus asaltos procedentes del mar. Pequeñas islas, penínsulas y promontorios junto a la costa mediterránea se convierten después de ser tomadas, en centros de refugio y partida desde donde los musulmanes lanzarán sus razias e incursiones sobre territorio cristiano. El plan de asalto suele seguir unos parámetros más o menos establecidos: desembarcan por sorpresa preferentemente al atardecer, a veces de noche para atacar y saquear con rapidez casas, aldeas y fincas; masacrando a los hombres que encuentran a su paso, llevándose como cautivos a mujeres, niñas y niños, todos ellos muy demandados y fáciles de vender en los mercados de esclavos.

En el caso concreto de las islas Baleares, sufrieron esta práctica por parte de los musulmanes durante muchos años. Desembarcaban, asolaban fincas y aldeas, y a continuación se retiraban con el botín y la promesa de un pago anual si querían eludir nuevos asaltos o rescatar alguno de los cautivos. Evidentemente, los sarracenos no se olvidaban de la promesa recibida, y regresaban puntualmente llegada

la primavera o el verano dispuestos al cobro del tributo pactado. Si por cualquier causa este no se hacía efectivo, el asalto y devastación de la zona en cuestión estaba asegurado, así como la muerte y captura de sus habitantes. Las Baleares sufrieron las primeras razias sarracenas incluso antes del año 711 cuando los musulmanes hacían su primera aparición en la Península Ibérica, hasta instalarse permanentemente en las islas a principios del siglo X. Serán desalojados de las islas a mediados del siglo XIII por fuerzas cristianas procedentes de la corona de Aragón. Así, una expedición compuesta por ciento cincuenta naves se hizo a la mar desde los puertos de Cambrils, Salou y Tarragona el día cinco de septiembre del año 1229. Después de casi cuatro meses de asedio, la ciudad de Palma se rindió en la Nochevieja de ese año, y con ella el resto de la isla que apenas opuso resistencia. Poco después los sarracenos serán también expulsados de Ibiza en 1235 y casi cincuenta años más tarde desalojados de Menorca, en 1286.

Como hemos conocido anteriormente, la isla de Sicilia también fue objeto de asaltos y ataques sarracenos desde fechas tan tempranas como el año 650 —posesión bizantina en esos años—, siendo una fuente constante de botín y esclavos, para acabar siendo conquistada progresivamente ciudad a ciudad entre los años 827 y 902, año este último en que los musulmanes tomaron los últimos reductos cristianos de la isla —atalayas e islotes fortificados—, así como la mayor parte de las pequeñas islas que la rodean. De este modo, los sarracenos ocuparon la isla de Pantelaria al sur de Sicilia, donde hicieron prisioneros a la totalidad de la población, destacando entre los cautivos varias decenas de monjes que fueron vendidos a buen precio en al-Ándalus.

En el año 870 le llegó el turno a la isla de Malta, siendo capturado junto a cientos de malteses el obispo de la isla, que se venderá como esclavo en Palermo. En el 711, coincidiendo con el asalto a la Hispania visigoda, ocupaban la isla de Cerdeña que sufrirá un destino similar a las Baleares, aunque en esta isla la presencia musulmana no se prolongará más allá del año 1016.

La isla de Córcega sufrió la presión sarracena con especial intensidad a partir de los primeros años del siglo IX. Tal persistencia y violencia tuvieron estas incursiones protagonizadas por los piratas mahometanos que el Papa en persona invitó a los corsos a abandonar a su suerte la isla, ofreciéndoles amparo y refugio en la ciudad de Roma. Según nos transmite el *Líber Pontificalis*, hasta cuatro mil familias procedentes de esta isla se instalaron en la Ciudad Eterna durante las tres primeras décadas del siglo IX, amparadas por la oferta papal. Este éxodo masivo de cristianos provocó un fuerte despoblamiento de la isla. La presencia sarracena en la isla más septentrional del Mediterráneo fue efímera pues antes de acabar el

siglo, tropas pontificias y nobles romanos —probablemente de ascendencia corsa— recuperaron la isla para la Cristiandad en nombre del Papa. Solo algunos islotes o promontorios fortificados permanecieron bajo control sarraceno hasta el año 930.

Como es fácil de imaginar, todas estas invasiones, correrías, razias y expediciones causaron un profundo desasosiego y gran terror entre las gentes que las sufrieron, algo que conocían perfectamente los sarracenos. El historiador musulmán al-Maqqari afirma que ese mismo terror facilitaba la conquista: «*Dios, infundía pues, un temor tan grande en los infieles que no se atrevían a luchar contra los conquistadores; no iban a ellos sino suplicando y solicitando la paz*».

Dentro de las poblaciones cristianas asediadas, la angustia y el temor que reinaba en el ambiente no eran solamente fruto de su incapacidad militar para la defensa, en algunos casos es probable que también se dieran cita cierta cobardía o total resignación. Los hombres de iglesia y todos los fieles piadosos tenían especial interés en evitar que las santas reliquias y los objetos de culto que existían en parroquias y monasterios fuesen profanados. En cuanto tenían conocimiento de la aproximación de una cabalgada musulmana, los obispos y otros dirigentes eclesiásticos no se preocupaban más que de poner a salvo las veneradas reliquias y, ya de paso, a ellos mismos. En la mayoría de los casos eran los propios prelados los que rápidamente huían con ellas. Un ejemplo de estas actuaciones fue el caso del obispo metropolitano de Tarragona, llamado Próspero, que en el año 718 ante la inminente llegada de las hordas sarracenas huyó de la ciudad salvando las reliquias —se trataba de los restos de los Santos Fructuoso, Augurio y Elogio— y de paso su propia vida, llegando tan lejos como al monasterio de Capodimonte en tierras de Liguria. Su decisión no pudo ser más acertada, pues la ciudad fue totalmente devastada por los sarracenos, incluidos todos sus habitantes; los que no asesinaron pasaron a convertirse en cautivos para poco después, si no se hacía efectivo un rescate, venderlos como esclavos. La que un día fue la rica y próspera Tarraco romana, tardó siglos en recuperarse del duro desastre provocado por los sarracenos.

En los territorios recién dominados y ocupados más o menos de manera permanente por los sarracenos se impondrán casi de inmediato las estrictas leyes coránicas. Como peculiar ejemplo de estas medidas encontramos la lucha y la persecución que algunos dirigentes sarracenos emprenden contra el vino, sus productores y sus consumidores. Nada más subir al trono andalusí de Córdoba en el año 882, Abderramán II ordenó la radical demolición del mercado del vino que regentaban comerciantes cristianos justo a las afueras de la ciudad. Un siglo después, uno de sus sucesores, Al-Hakam II, dio la orden de arrancar y quemar todas las viñas de su reino, incluidas las

parras de jardines y patios particulares destinadas principalmente a ofrecer una agradable sombra donde guarecerse de la canícula del verano andalusí. Pero de manera equilibrada y coherente, sus asesores y consejeros le hicieron comprender que en ese caso la gente se emborracharía con mosto de higo, por lo que también tendría que eliminar todas las higueras del reino. El soberano entró en razón y dejó las cosas estar. Tiempo después, cuando lleguen a al-Ándalus los radicales *almorávides* y después los aún más radicales *almohades* castigarán de manera muy severa el consumo de vino, pero a pesar de ello no lograron erradicarlo. Las crónicas cuentan que el califa cordobés Hisham II acompañado de algunos de sus cortesanos se emborrachaba con asiduidad en compañía de bailarinas, bufones, invertidos y cantantes con más frecuencia que con las mujeres de su harén.

Cuando en el año 1492 sea tomada Granada por los Reyes Católicos no se dará por finiquitada la *reconquista*, sino que la expansión cristiana proseguirá hacia el sur —en una especie de *reconquista universal*— con la ocupación de las plazas norteafricanas de Melilla, Argel, Bugía y Orán. Durante los siglos siguientes serán los turcos —habían ocupado Constantinopla en el año 1453— quienes prosigan la lucha contra los infieles. Esta lucha será tan cruenta y despiadada como lo había sido desde el inicio de las *segundas invasiones.* Treguas solo hubo las justas, si es que en alguna ocasión se produjeron.

Todos hemos oído que los turcos llegaron hasta las mismas puertas de la ciudad y capital austriaca, Viena, pero menos conocido es el hecho de que antes de finalizar el siglo XV, espoleados precisamente por el éxito de la toma de Constantinopla, intentaron establecerse en Italia, donde lograron desembarcar con éxito, aunque su estancia en suelo italiano fue efímera, no tanto para la ciudad de Otranto y menos aún para sus habitantes.

El poderoso sultán Mehmed II, nuevo dueño de la antigua Constantinopla desde 1453, desde su toma Istanbul, ciudad desde la que catapultó sus ideales religiosos por los Balcanes, pretendió nada menos que tomar Roma con todo lo que ello significaba; si había entrado triunfante en la iglesia de Santa Sofía, protegida por murallas milenarias, ¿por qué no convertir el antiguo Vaticano en una mezquita? Aunque esta idea nos pueda parecer hoy descabellada, el sultán disponía de la moral, el prestigio y los medios militares, económicos y tecnológicos para intentarlo, sus logros anteriores avalaban sus intenciones. Podríamos adjetivar la agresiva y expansionista política del sultán otomano con la máxima: «*Lo difícil se hace, lo imposible, se intenta.*»

Esta era la idea de fondo, pero lo cierto es que la intervención era más una represalia a la incesante ayuda que partía desde Italia hacía

la isla de Rodas defendida por los Caballeros del Hospital de San Juan, último reducto cristiano en el Mediterráneo oriental.

Corría el año de 1480, cuando una potente flota turca —para la Cristiandad seguían siendo los mismos sarracenos que aterrorizaron a sus antepasados— atacó la ciudad italiana de Otranto, en esos momentos bajo control de la Corona de Aragón. Las intenciones otomanas eran las de establecer una cabeza de puente al sur de Italia, desde la que, previa acumulación de tropas, avanzar hacia el norte con el objetivo de alcanzar Roma, ciudad saqueada con anterioridad a lo largo de la historia y cuyas defensas eran mucho más accesibles que las superadas hacía un par de décadas por los turcos en Constantinopla.

Atendiendo a su geografía, Otranto es la ciudad italiana que se encuentra más al este, situada exactamente en la punta del tacón de la bota que dibuja la Península Itálica, constituyendo un importante punto de control de acceso al mar Adriático. La elección de esta ciudad como objetivo por los turcos, atiende a razones geográficas y estratégicas —geopolíticas—, por ser la de situación más oriental de toda Italia y, por lo tanto, la más próxima a las posesiones turcas en los Balcanes, controlando de este modo el acceso al Adriático desde tierra, tanto desde el este como en el oeste, estrangulando de esta manera la salida de los venecianos del Adriático al Mediterráneo.

Durante la noche del veintiocho de julio del año 1480, una flota turca zarpó desde las costas albanesas con un fuerte viento de levante favorable para dirigirse hacia el oeste. En pocas horas, antes de amanecer y sin que la detectaran, la flota turca estaba frente a la ciudad de Otranto. Aunque el objetivo inicial era Bríndisi, se optó por desembarcar en Otranto con defensas mucho más asequibles, protegidas por una guarnición de apenas cuatrocientos aragoneses.

Algo más de quince mil turcos pusieron pie en tierra, por lo que los defensores bajo las órdenes de Francesco Largo se vieron desbordados de inmediato, abandonando las murallas y refugiándose en el castillo de Otranto junto a cinco mil civiles. Utilizando su flamante artillería, el castillo fue bombardeado y tomado el once de agosto por los soldados turcos. Recurriendo a términos actuales, podemos calificar la operación militar llevada a cabo por los otomanos como un verdadero *blitzkrieg* [141]. El 28 de julio los sarracenos otomanos estaban en tierras albanesas, doce horas después en suelo italiano y en trece días el pendón turco ondeaba en lo alto de lo que quedaba del castillo de Otranto.

Los cristianos que habían sobrevivido al bombardeo artillero fueron capturados. Las mujeres y las niñas se sometieron a la esclavitud y todos los niños menores de quince años trasladados a tierras turcas para su islamización y educación militar, para posteriormente

engrosar las filas de los jenízaros. Los hombres fueron instados a convertirse al islam, con lo que se les perdonaría la vida; algunos lo harían, siendo enviados como remeros a las galeras turcas, pero en torno a ochocientos se resistieron a renegar de la religión en que habían sido bautizados, siendo ejecutados sin piedad. Especial horror tuvo la ejecución del obispo de Otranto que fue literalmente despedazado con afiladas cimitarras y su cabeza insertada en lo alto de una pica paseada por las calles de la ciudad. Era el catorce de agosto del año de Nuestro Señor de 1480. Todos ellos fueron beatificados por la Iglesia en el siglo XVIII. Esta historia llega hasta nuestros días pues su canonización fue aprobada en el año 2013 durante el pontificado del papa alemán Benedicto XVI. La celebración de dicha canonización tuvo lugar el día doce de mayo del año 2013 en la plaza de San Pedro de Roma, durante el pontificado del Papa doscientos sesenta de la Iglesia Católica, el argentino Francisco I, y se convirtió hasta hoy en la canonización conjunta del mayor número de personas jamás celebrada en la historia de la Iglesia.

La ocupación turca de la ciudad italiana no prosperó en el tiempo, duró poco más de un año. El diez de septiembre del año 1481, el comandante otomano de la plaza negoció su salida con Alfonso de Calabria que había puesto cerco a la ciudad con ayuda de tropas pontificias enviadas por el papa Sixto IV. Ese día solo quedaban en Otranto trescientos habitantes cristianos, de los más de seis mil que había antes de la llegada de los sarracenos turcos. En los años sucesivos los turcos intentarán volver a ocupar Otranto sin éxito.

El empuje turco en el Mediterráneo central, y por consiguiente la presencia de elementos sarracenos en todas las costas cristianas bañadas por ese mar solo se verá frenada en parte tras la victoria de la *Liga Santa* [142] en la *Batalla de Lepanto* el siete de octubre del año 1571.

20 En la Edad Media, multas que se pagaban por el daño causado a personas o cosas.
21 Espacio de inmunidad de treinta pasos en torno a las iglesias, donde la autoridad eclesiástica garantizaba la inviolabilidad y seguridad, frente a los abusos y persecuciones de los señores feudales.
22 Procedentes del norte. Nombre que viene de *Bóreas*, dios mitológico del viento del norte.
23 Literalmente: *hombres del fresno*, en alusión al gran árbol de la mitología nórdica llamado *Yggdrasil*.
24 Extranjero rubio o claro.
25 Frontera norte del Imperio Romano establecida en los ríos Rin y Danubio.
26 En la época vikinga escandinava constituían el núcleo principal de la sociedad, formado principalmente por artesanos y campesinos, constituyendo una clase media muy generalizada.
27 Poeta.
28 Título nobiliario usado en Escandinavia durante la Era vikinga. Habitualmente se trataba de terratenientes con grandes posesiones y riquezas suficientes para poder tener sus propios siervos y algunos buques. Eran los llamados Jarl.
29 Asamblea de gobierno de pueblos germanos y vikingos.
30 Duelo que se llevaba a cabo en una pequeña isla y que solo finalizaba con la muerte de uno de los contendientes. Este tipo de enfrentamiento era considerado como un juicio divino.
31 Sacerdote pagano de origen distinguido que por lo general solía ser también un poderoso jefe. El privilegiado cargo de *gode* era hereditario y en caso de extinción de la estirpe podía ser conseguido mediante compra o donación.
32 También llamada Juicio de Dios. Prueba material originaria del Derecho germánico mediante la que se decidía la inocencia o culpabilidad de una persona. Solía consistir en someterse al agua hirviendo, al fuego o al hierro candente.
33 Puerto, fondeadero o lugar de etapa náutica de época vikinga.
34 Se trata de estelas con inscripciones y han sido interpretadas como monumentos. Son muy numerosas en Escandinavia y se hallan en todos los asentamientos vikingos.
35 Alfabeto rúnico vikingo. La *Runología* es la ciencia que se encarga del estudio de los textos rúnicos.
36 Era un territorio mencionado en las sagas escandinavas en la era vikinga incluso más tarde. La mayoría de los historiadores creen que el término se refiere a las costas meridionales del mar Blanco.
37 Esclavos.
38 Eran historias muy completas que los vikingos desarrollaron para plasmar en sus escritos acontecimientos importantes y registros sobre reyes y territorios. Además, esas sagas han permitido conocer gran parte de la historia de los escandinavos desde sus inicios y orígenes.
39 Fiesta en la que un esclavo o esclava celebraba su libertad.
40 Señora de la casa que administraba los bienes y las tierras cuando su marido se encontraba en una expedición comercial o de saqueo.
41 Dios nórdico. Se trataba del dios de la vida cotidiana, de modo que era muy popular. Los truenos se producían cuando cruzaba las nubes sobre su carro tirado por un vigoroso macho cabrío y con su martillo producía rayos y relámpagos. Era también, el dios de las cosechas y la fertilidad. Los vikingos se llamaban a sí mismos «el pueblo de Thor». Los numerosos topónimos extendidos por toda la geografía escandinava demuestran su popularidad.
42 Para los vikingos era el padre de todos los dioses.
43 También llamado *Tyr*, era el dios de la guerra. Con solo un brazo era considerado el más audaz y valeroso de los dioses antes de que se extendiera el generalizado culto a Odín.
44 Dios nórdico muy antiguo, padre de *Freya* y de *Freyr*. Dios de la navegación, de los vientos y de la riqueza. Este nombre bien podría venir de *Nerthus*, que según el historiador romano Tácito, era el nombre de la diosa germana de la fertilidad.
45 Funda para guardar las flechas, abierta por arriba, pero a veces con tapa, que los arqueros usaban colgada a la espalda.
46 Martillo de combate del dios Thor, forjado por enanos. Al ser arrojado nunca erraba su golpe, y después de ser lanzado siempre regresaba a las manos del dios.
47 Nave de quilla muy plana, a vela y remo, construida y utilizada por los vikingos o normandos. Entre estos era conocido también por el nombre de *Langschiff*, cuya traducción

sería *barco de combate*.
48 Tienda de campaña de forma cónica con una apertura en el vértice para la salida del humo
49 Primero entre iguales.
50 Longitud total de una embarcación, de popa a proa o viceversa.
51 la Medida de una embarcación en su pate más ancha, de babor (parte izquierda de la embarcación) a estribor (parte derecha de embarcación) o viceversa.
52 Su longitud era la mitad que la del barco. Por lo general no superaba los 10 metros.
53 Cuerno que al soplarse emitía un sonido estruendoso que se escuchaba en la distancia.
54 Parte trasera de una embarcación.
55 Parte delantera de una embarcación.
56 Zona de un monasterio dedicada a la compilación, traducción, transcripción y elaboración de libros y textos antiguos, en especial de carácter religioso.
57 Siete reinos. Creados en Inglaterra por sajones (Sussex, Essex y Wessex), anglos (East Anglia, Mercia y Northumbría) y jutos (Kent).
58 Pequeños núcleos poblacionales diseminados por el territorio.
59 Europa.
60 Sobrenombre del monje y filósofo neoplatónico Juan Escoto (siglo IX). De obligado estudio en los textos académicos de Filosofía Medieval.
61 El actual Londres.
62 Literalmente Ley danesa. Zona de Inglaterra bajo dominio danés entre los siglos IX al XI.
63 Paraíso.
64 Eran vírgenes guerras seleccionadas por el dios Odín atendiendo a su belleza y valor. Según la mitología vikinga eran hermosas y fuertes con la capacidad de sanar cualquier lesión. Su principal tarea era llevar a los héroes caídos en combate al Walhalla.
65 Tierra desapacible, fría y brumosa identificada por los vikingos con el mundo de los muertos.
66 Protección que un noble o señor estaba obligado a ofrecer a sus siervos y vasallos.
67 Moneda de gran valor usada por los carolingios para almacenar el tesoro del rey y efectuar grandes pagos. No era de uso corriente, ya que contenía casi medio kilo de plata. Exactamente su valor equivalía a 20 sueldos o 240 denarios. Era de plata y pesaba 409 gramos.
68 Impuesto o tributo pagado por los anglosajones y francos a los normandos.
69 Era el calificativo que recibía un caudillo o líder vikingo que se dedicaba habitualmente a expediciones e incursiones con el fin de obtener grandes botines y tributos denominados *danegeld* a cambio de no devastar los territorios donde desembarcaba.
70 *Gordo*. Este jefe vikingo era llamado así por su elevada estatura que unida a una extrema obesidad le otorgaba tal peso que no existía caballo que pudiese aguantarlo en su grupa, de ahí el apodo de *andarín*.
71 Tierra de Santiago. Galicia.
72 Torre de Hércules.
73 Los Annales Bertiniani o *Anales de San Bertín* es una crónica franca encontrada en la abadía de San Bertín, en la región francesa de Calais, del que toma su nombre. La crónica cubre el periodo entre los años 830 y 882.
74 Sarracenos, musulmanes.
75 Adoradores del fuego. Nombre con el que se nombraba a los vikingos en al Ándalus.
76 Fortaleza-monasterio musulmán, situado en zonas fronterizas o de conflicto, ocupado por voluntarios de la fe, listos para el combate.
77 Plural de *amsar*. Campamentos militares musulmanes, situados en lugares considerados estratégicos.
78 Nombre con el que desde la Antigüedad se conocía al estrecho de Gibraltar.
79 El rescate pagado por la liberación del rey García Íñiguez a los vikingos se estima entre 80.000 y 90.000 dinares de oro.
80 Mercaderes de origen sueco que comerciaban desde el Báltico hasta Bizancio y Bagdad.
81 Segunda dinastía califal (750-1258). Toma su nombre de Abbás al-Mutalib, tío de Mahoma.
82 Eran barcos veleros de casco corto y amplio, lentos, pero de gran capacidad.
83 Antiguo núcleo urbano fortificado en tierras rusas y eslavas.
84 Estudios modernos sobre restos arqueológicos han dado un tamaño normal para personas actuales (1,68 a 1,76 metros), cabe destacar que, en las condiciones de carestía alimenticia

y numerosas enfermedades de la época, debe de haber sido una estatura excepcional.

85 Día de la semana dedicado a los baños y el aseo personal. Equivaldría al sábado. Entre los vikingos la higiene era por lo general más cuidada que en los reinos medievales cristianos.

86 Siete tribus.

87 Tierra entre dos ríos.

88 Primer alfabeto eslavo creado por San Cirilo y San Metodio.

89 Antigua región de Europa Central que limitaba al norte con el río Danubio y que ocupaba tierras que en la actualidad se corresponden con zonas de Hungría, Austria, Croacia y Serbia.

90 Pueblo de origen asiático instalado en Panonia que fue aniquilado por Carlomagno.

91 Río del mismo nombre en Ucrania.

92 Consistía en beber una mezcla de vino y su propia sangre, en la que previamente se habían sumergido sus armas. Se juraban lealtad de por la vida. Los guerreros juramentados bebían de un único cuerno.

93 Primera dinastía magiar que reinó en Hungría hasta el año 1301.

94 Su nombre deriva de *on-ogur* (diez flechas).

95 Rama de los hunos.

96 Obscina. Comunidad aldeana en la Gran Moravia y otros estados eslavos.

97 Lombardos. Pueblo germánico que en el siglo VI ocupó el norte y centro de Italia. Lombardía es en la actualidad una región del norte de Italia cuya capital es Milán.

98 Enviado del rey. Eran emisarios carolingios encargados de controlar la acción de condes y obispos. Solían actuar conjuntamente un conde y un obispo.

99 Poderosos, ricos. Uno de los nombres que en la Edad Media recibían las clases dirigentes de las ciudades.

100 Pobres de solemnidad. Opuesto a *potentes*.

101 General o Dogo veneciano. Dogo: Título utilizado por el máximo representante de Venecia hasta el siglo XVIII.

102 Título alemán equivalente a marqués. Gobernador de una zona fronteriza o marca.

103 Asamblea consultiva y deliberativa de los monarcas germanos.

104 Comunidades de origen rural en la antigua Polonia.

105 Ruta de los húngaros.

106 En pago por los servicios prestados.

107 Caudillo.

108 Agrupación de caballería húngara o magiar.

109 Impuesto que se pagaba para evitar el servicio de armas.

110 Fieles. Jóvenes guerreros que formaban la guardia personal de los monarcas germánicos.

111 Tratado bizantino sobre el uso de los caballos y su utilización en la guerra.

112 Sobrenombre adquirido por su gran afición a la caza de todo tipo de aves.

113 Guerreros armados.

114 Juez o gobernador musulmán.

115 Según la Iglesia Católica se trata de los estadios que esperan al hombre después de la vida: Muerte, juicio y tras este: gloria o infierno.

116 Inmune. En la Edad Media territorio exento del control real en el que el señor se arroga y ejerce todas las prerrogativas.

117 Título alemán equivalente a marqués. Gobernador de una zona fronteriza o marca.

118 Entre los germanos, personas que protegen al monarca, unidas a él por vínculos personales.

119 En la Edad Media, expedición militar de gran envergadura y larga duración.

120 Otón I el Grande, tras su victoria sobre los húngaros, hizo numerosos prisioneros y como era costumbre fueron vendidos en pública subasta. Entre los prisioneros eran mayoría los de origen eslavo llamados también *eslavones* o esclavones, y son tantos que su nombre se hará popular y pasará a definir la situación que conocemos como esclavo o esclavitud.

121 Estratega. General o comandante del ejército bizantino.

122 Por la gracia de Dios. Fórmula usada por los monarcas y emperadores para indicar que su poder venía de Dios y no de los hombres.

123 En los territorios germanos eran los hombres doctos expertos en derecho.

124 Expertos en leyes.

125 Voz derivada de hugro o húngaro, indicativa del terror causado en Europa por este pueblo.

126 Cánticos épicos eslavos de tradición oral.
127 Nombre por el que en Europa se conocía a los habitantes de *Berbería*, territorio identificado con el norte de África.
128 Territorios fronterizos del Imperio Carolingio que a tenor de la fuerte presencia militar tenían un estatuto diferente al resto de territorios imperiales.
129 Herejía del siglo IV, según la cual el Hijo no es consustancial al Padre.
130 Prostituta. El historiador se refiere a la hija del Conde Don Julián.
131 Palabra de origen musulmán que significa razia, también razzia. Expedición militar de corta duración con la finalidad de obtener botín.
132 Literalmente *horror al vacío*. Su significado en el contexto medieval es que cuando desaparece un poder, inmediatamente otro ocupa su lugar.
133 Tierras repartidas entre los combatientes musulmanes tras su conquista, cuya posesión era en calidad de usufructo.
134 Práctica, norma u obligación de casarse con personas de otra tribu o pueblo.
135 Territorios del sur de Francia.
136 En época merovingia y posterior era la persona que detentaba y en la que recaía el poder efectivo del reino.
137 Dinastía musulmana del norte de África entre los años 800-909. Su capital era Qairuán, situada en Túnez.
138 Bueyes, mulos, asnos y caballos.
139 Cárcel o prisión para esclavos.
140 Libro de los Papas. Se trata de una compilación biográfica de los primeros Papas, desde San Pedro hasta Esteban V. Este último ostentó el báculo de San Pedro entre los años 885 y 891.
141 Palabra compuesta alemana que significa «*guerra relámpago*». Acuñada al inicio de la II Guerra Mundial.
142 La Liga Santa formada en el año 1571 estaba integrada por los Estados Pontificios, España, Venecia, Génova y otros estados italianos contra el Imperio Otomano.

ALGUNOS PAPAS MEDIEVALES

Durante la Edad Media los papas han estado en continua disputa con los poderes temporales de reyes y emperadores. La gran cuestión era quien estaba por encima de quien: ¿el Papa o el emperador? Ante esta pregunta los teóricos medievales pusieron especial empeño en replicar y neutralizar todos los argumentos esgrimidos en colocar el poder imperial por encima del celestial representado por el Papa. Estos defensores de la primacía papal eran teólogos —en su mayoría—, aunque también laicos que atribuían mayor derecho de la Iglesia, argumentando que es universal, y el Imperio carece de poder más allá de sus fronteras territoriales. Estos defensores del *papado* no dudan en recurrir al ejemplo del sol y la luna: Del mismo modo que esta carece de luz propia, tampoco el emperador la tiene, sino que la recibe del Papa que le otorga el Imperio como un *beneficium*. El emperador no es vicario de Dios, ni sacerdote, solo es el primero entre los laicos. Desde otra argumentación, los dos poderes se asemejaban al cuerpo y al alma, siendo esta última la que regía los actos del cuerpo, por lo que ni decir tiene que el alma (eterna e inmortal) era la Iglesia y el cuerpo (efímero y condenado a desaparecer) reyes y emperadores. Todos estos argumentos a favor o en contra de Papas o emperadores se conoce en términos historiográficos medievales como la *lucha de las investiduras* y el posterior *Dominium mundi*, que enfrentará a *güelfos* [143] y *gibelinos* [144] durante gran parte de la Edad Media.

Pero para conocer mejor lo que supuso durante la Edad Media ver la vida desde el sillón de San Pedro, no hay mejor observatorio que indagar en la propia trayectoria de algunos de estos hombres que se convirtieron de una u otra manera, con mayor o menor fervor religioso, en los representantes de Cristo en la tierra. Para empezar, vamos a conocer en primer lugar a dos españoles que llegaron a lo más alto de la carrera eclesiástica a finales de la Edad Media. Sí, en la segunda mitad del siglo XV dos españoles ocuparán el trono de San Pedro: Calixto III y Alejandro VI, tío y sobrino respectivamente, aunque entre el pontificado de ambos fueron elevados al papado Pio II, Pablo II, Sixto IV e Inocencio VIII, todos ellos italianos.

Calixto III tuvo un corto pontificado de tres años (1455-1458). En su segundo año de pontificado, toda la Cristiandad presenció asombrada y asustada el paso del cometa Halley, contribuyendo a todo tipo de comentarios, suspicacias, recelos e interpretaciones, algo por otra parte, lógico y comprensible en esta época.

Alonso de Borja Cavanilles, este era su nombre, había nacido en el pueblo de Canal, muy cerca de Valencia y ejerció como profesor en el

Estudio General [145] de Lérida. Obtuvo el *báculo* [146] del obispado de Valencia y estuvo junto al rey Alfonso V de Aragón en la conquista del reino de Nápoles, hecho que le sirvió para que el rey le recomendara para su ascenso a cardenal en el año 1444, llegando a ser consejero del papa Nicolás V —al que conoceremos en este mismo capítulo— y ocupando el trono de San Pedro a la muerte de este por la influencia política y la presión de Alfonso V el Magnánimo. Inmediatamente, canonizó a su paisano, el dominico valenciano san Vicente Ferrer, que según contaba el propio Papa le había profetizado su pontificado.

Algo que ennoblece su denostada figura, es la revisión que mandó efectuar sobre el proceso que había llevado a la hoguera a Juana de Arco, acusada de hereje, veinticinco años antes, declarándola ahora inocente. A su llegada al trono pontificio, toda Europa estaba todavía bajo el impacto emocional de la caída de Constantinopla, tan solo dos años antes, por lo que el nuevo Papa no dudó en proponer una cruzada contra los turcos para intentar recuperar la ciudad que durante más de mil años había sido el bastión oriental de la Cristiandad. La intención de la pretendida cruzada era también acudir en apoyo del noble húngaro Juan Hunyadi, que en esos momentos —1456— defendía Belgrado ante el empuje turco. Esta pretensión de cruzada será un proyecto sin continuidad. El Papa envió delegaciones a todos los reinos europeos para que contribuyeran a la cruzada, pero al igual que había sucedido dos años antes con la petición de auxilio por parte del último emperador bizantino, no hubo compromiso de reconquistar Constantinopla, que era la idea última de la pretendida cruzada de Calixto III.

Como otros muchos papas, hizo gala de un descarado *nepotismo* [147], nombrando cardenales a Luis Juan de Milá, obispo de Segorbe, y Rodrigo Borja, obispo de Valencia y vicecanciller de la Iglesia con veinticinco años; por supuesto ambos eran sobrinos del Papa. Nombró nuevo capitán general de los ejércitos pontificios a Pedro Luis Borja, iniciando de esta manera el *mito Borgia*, apellido italianizado de estos valencianos. También en esta ocasión, como si no, el capitán general pontificio era sobrino de Calixto III. En esta línea, fueron numerosos los compatriotas a los que otorgó cargos de relevancia en la Curia romana.

A la muerte del pontífice, los Borgia sufrieron el saqueo de numerosas propiedades, ya que se habían granjeado el odio y animadversión de numerosos romanos —en especial, de las familias aristocráticas—, que veían en estos españoles a unos extranjeros usurpadores, destacando los Orsini, familia romana enfrentada de manera radical a los Borgia.

El otro Papa español, Alejandro VI, era natural de Játiva. Desarrolló su carrera eclesiástica bajo el amparo y la tutela del hermano de su

madre, su poderoso tío Calixto III. Llegó al papado —tras una larga y mundana vida— con sesenta años en una polémica elección calificada de *simoniaca* [148], ya que otorgó a sus electores importantes cargos y posesiones una vez alcanzado el sillón pontificio.

Su trayectoria vital no fue precisamente ejemplo de santidad, siendo llamado al orden por Pio II, ante la vida desenfadada y libertina que ostentaba en su etapa como obispo y cardenal. Antes de ser elegido Papa ya tenía tres hijos, llamados Juan, Cesar y Lucrecia. Esta última, tras varios matrimonios se convertirá en duquesa de Ferrara, más conocida como Lucrecia Borgia, y será la última superviviente de esta intrigante saga valenciana. Murió en el año 1519 al dar a luz. Vannozza Cattanei era la señora que compartía lecho con el cardenal Rodrigo Borja, madre de los tres Borgia citados.

Pero esta conducta había tenido lugar antes de ser Papa. Ahora como máximo representante de Cristo en la tierra, tendrá dos hijos más con una tal Julia Farnese, a la que en la ciudad de Roma todos llamaban en tono despectivo «*la esposa de Cristo*». En realidad, Alejandro VI no se alejaba demasiado de la conducta de otros pontífices.

Sin ir más lejos, su predecesor Inocencio VIII había vivido plácidamente en el Vaticano rodeado de sus siete hijos; pontífice este último de ascendencia judía, de abuela y tía musulmanas, al que algunos autores atribuyen la paternidad de Cristóbal Colón como hijo ilegítimo, algo que no está corroborado historiográficamente. De manera paradójica este Papa de ascendencia tan poco cristiana fue el promotor del *Malleus Maleficarum* [149] que se convertirá en el texto básico para la descripción, incautación de bienes, tortura y muerte mediante hoguera de aquellas personas a quienes la Iglesia etiquetaba como brujas. Efectivamente, en el temido libro son ellas el punto donde el inquisidor debe centrar su atención a tenor del capítulo titulado: «*Porque la superstición se encuentra ante todo en las mujeres*». Como botón de muestra basta un párrafo de dicho capítulo:

> *«Y en verdad, así como por su primer defecto de inteligencia son más propensas a abjurar de la fe, así, por su segundo defecto de afectos y pasiones exagerados, buscan, cavilan e infligen diversas venganzas, ya sea por brujería o por otros medios. Por lo cual no es asombroso que existan tantas brujas en este sexo. Las mujeres también tienen memoria débil, y en ellas es un vicio natural no ser disciplinadas, sino seguir sus propios impulsos, sin sentido alguno de lo que corresponde hacer, esto es todo lo que saben, y lo único que conservan en la memoria».*

Los dos monjes dominicos autores del tétrico manual respaldado por el Papa no dudan en afirmar unos párrafos después: «*No hay cabeza superior a la de una serpiente, y no hay ira superior a la de una mujer. Prefiero vivir con un león y un dragón que con una mujer malévola*».

Solo en la ciudad de Como, a orillas de su bello lago, fueron quemadas vivas cuarenta mujeres acusadas de brujería. Como es lógico, esta desmedida actuación de los inquisidores pontificios provocó un éxodo masivo de casi todas las mujeres de la zona. Necesitado de dinero, Inocencio VIII no dudó en nombrar nuevo cardenal a Giovanni de Médici. La nueva eminencia cardenalicia contaba tan solo con trece años, algo sin mayor importancia, ya que su familia tenía el dinero por castigo; justo lo que el Papa necesitaba. Su muerte en julio de 1492 estuvo rodeada de polémica. Murió tras un intento fallido de lo que podríamos llamar «renovación de sangre», que su médico personal, el judío Giacomo di San Genesio, llevó a cabo vertiendo en la boca del pontífice la sangre de tres niños de diez años, que al igual que el Papa murieron en la operación.

Estas mundanas actitudes del papado antes y después de Alejandro VI, no harán sino facilitar y justificar, en cierto modo, el posterior ascenso del luteranismo que se estaba fraguando en estas mismas fechas. En 1483, año en que nace Lutero, toda Europa es católica y obediente a Roma; en el año 1546 muere Martín Lutero y ya la ruptura de la Cristiandad es un hecho, medio continente se declara protestante, calvinista o anglicano.

Toda la acción del pontificado del español Alejandro VI estuvo orientada a realzar el prestigio familiar, otorgando a todos los miembros del clan Borgia destacados puestos eclesiásticos, políticos y militares. En cuanto a la nueva España unida de los Reyes Católicos se refiere, intercedió entre la corona española y los portugueses en el reparto de influencias en el Atlántico, otorgando la *bula* [150] llamada Ínter caetera. Este dictamen papal delimitaba dichos ámbitos de influencia entre las dos potencias peninsulares. Los términos de esta bula serán corroborados en 1494 por España y Portugal en el Tratado de Tordesillas.

Como no podía ser de otro modo, esta conducta tan poco edificante del Papa tuvo sus justificadas críticas y numerosos detractores, pero Alejandro VI no iba a cambiar su estupendo estilo de vida por estar en boca de todos —y menos a su edad—. Él era el todopoderoso pontífice de Roma y en su persona confluían el poder celestial y temporal. Así que, a modo de aviso y ejemplo para sus detractores, condenó a la *excomunión* [151] a Jerónimo Savonarola, monje dominico en la ciudad de Ferrara que se había convertido en el azote del Papa, uno de los más críticos contra la amoral y mundana vida de su Santidad.

Viendo que la excomunión no bastaba para silenciar al dominico, este fue detenido, y tras una injustificada y rigurosa sentencia, el veintitrés de mayo del año 1498 fue quemado en la hoguera para escarnio de todos. La cruel ejecución —un auténtico espectáculo en la época, al que no faltaban los más pequeños— tuvo lugar en la céntrica

plaza de la Señoría de Florencia.

Durante el especialmente caluroso verano romano del año 1503, concretamente el dieciocho de agosto, la malaria invitaba a su Santidad a rendir cuentas ante Dios. El valenciano tenía setenta y dos años.

Se trata del Papa más denostado por los historiadores de la Iglesia, en dura pugna con Juan XII, y aunque estuvo enterrado en el Vaticano durante algo más de cien años, sus restos y los de su tío Calixto III, los dos papas españoles que habían dirigido los designios de la Iglesia, fueron sacados de San Pedro y trasladados, con toda discreción, en el año 1610 a la última capilla de la Iglesia de los Españoles en Roma, cerca del río Tíber, Iglesia dedicada a la Virgen de Montserrat, ya que en principio esta parroquia fue propiedad de la corona de Aragón. Una sencilla lápida en la que se lee: *Sic transit gloria mundi* [152], recuerda sus nombres.

El sucesor del primer papa español, Pío II, ocupó el sillón de San Pedro entre los años 1458 y 1464; pero hombre proclive a los placeres del mundo no abrazó la religión hasta cumplidos los cuarenta años, por lo que tuvo numerosas aventuras amorosas, propias de la liberalidad de su tiempo, edad y condición. Fue padre al menos dos hijos naturales, y desde el Solio Pontificio no dudó en jactarse de su prolífica experiencia con las mujeres:

«He conocido y amado a muchas mujeres [...], pero en cuanto las conseguía me causaban gran fastidio. Tampoco si tuviera que casarme, me juntaría con una mujer cuyo trato no conociera».

Pero mucho antes del pontificado de los dos Papas españoles, hubo un tiempo en el que la Iglesia vivió sus momentos más críticos, conocidos en términos historiográficos como el *Siglo de Hierro*, en el que entre los años 882 y 1046 se sucedieron más de cuarenta papas y antipapas, cada cuál de ellos de vida más mundana. Vamos a acercarnos al ambiente de la época.

La sociedad de la Alta Edad Media estaba sumida en líneas generales en la ignorancia, el miedo, la superstición, la violencia y la incertidumbre, máxime en los años que precedieron y sucedieron al primer milenio. Todo esto desembocó en un profundo deterioro moral del que no escapó ninguno de los estamentos medievales, ni siquiera el eclesiástico. Desde el más humilde clérigo hasta el mismísimo Papa hacían lo posible para vivir cómodamente, disfrutando de todos los placeres a su alcance, alejados del todo de sus obligaciones religiosas.

Reyes, nobles y altos estamentos de la Iglesia no distinguían entre los bienes del cargo que ostentaban y los suyos propios. Todo aquel que llegaba a obispo se consideraba a sí mismo dueño del obispado, incluyendo todos los bienes materiales y territoriales que lo

constituían —siervos incluidos—, para su uso y disfrute. Del mismo modo, hombres ajenos a la Iglesia estaban dispuestos a pagar por la concesión de un puesto dentro de esta, atraídos por el poder, seguridad e ingresos que estos cargos reportaban.

En este ambiente, la compraventa y negociado de cargos eclesiásticos de todos los niveles y categorías proliferó por la Cristiandad, teniendo especial repunte en el *Midi* francés. Este interés por hacerse con estos puestos dentro de la Iglesia hizo que se pagaran verdaderas fortunas de la época por obtenerlos. Eran muchas las familias nobles que compraban obispados y puestos cardenalicios para sus segundogénitos y demás vástagos, por lo que estos cargos eclesiásticos se otorgaban al mejor postor.

Cómo era de esperar, el Trono de San Pedro tampoco quedó libre de estas prácticas y fue ocupado incluso por menores de edad cuyas familias pagaron ingentes fortunas, viendo en ello una inversión de futuro para el clan familiar. Todos estos movimientos, que podríamos calificar de mercantiles, no pasaban desapercibidos a los ojos de los fieles y verdaderos creyentes, constituyendo motivo de escándalo e indignación. A esta reiterada compraventa de cargos eclesiásticos se le denominó *Simonía.* Los eruditos en las Sagradas Escrituras conocen que Simón el Mago quiso comprarle a San Pedro el poder o el don de hacer milagros, a lo que el apóstol se negó, recriminando a Simón por ello. Esto está narrado en el capítulo ocho de los «*Hechos de los Apóstoles*», siendo lo que le da nombre a este pecado.

La Iglesia del siglo XIII consideraba los tres mayores y desmedidos pecados los siguientes: el matar un hombre a sabiendas, es decir, asesinato, la simonía y la herejía. A estos tres pecados mortales les seguían otros de menor calado, pero igualmente condenables: el adulterio, la fornicación, la envidia, la avaricia, falso testimonio, soberbia, robo, hurto, sacrilegio, perjurio, saña y embriaguez continuada. De manera paradójica todos estos pecados alcanzaban en mayor o menor grado a todos los estamentos de la Iglesia, incluido el mismísimo Papa.

Como hemos apuntado, el Papado no fue una excepción en la práctica de la *simonía.* Tenemos el ejemplo del Papa número ciento treinta de la Iglesia católica, Juan XII, quien aupado por el poder de su familia se sentó en el sillón de San Pedro en el año 955 con solo diecisiete años, en plena efervescencia pueril, por lo que su apetencia sexual y consiguiente relación con las mujeres fue constante, notoria, famosa y sabida por todos. Era conocido entre sus coetáneos como el *Papa Niño* o el *Papa Fornicario,* predominando este segundo calificativo entre sus contemporáneos para referirse a él. El monje Benito de Soracte afirmaba que «*le gusta tener una colección de mujeres*». El historiador del siglo X Liutprando de Cremona añade:

«[…] testificaron sobre su adulterio, que no vieron con sus propios ojos, sin embargo, sabía con certeza: que él había fornicado con la viuda de Rainiero, con Estefanía la concubina de su padre, con la viuda Ana, y con su propia sobrina, y él hizo del palacio sagrado una casa de meretrices».

Juan XII murió asesinado en el año 964, al parecer por el marido de una de las innumerables mujeres que habían retozado en el lecho papal. Ha sido calificado por algún autor como «*el Calígula cristiano*». Lo cierto es que está considerado por muchos historiadores como el peor papa de todos los tiempos, aunque en reñida rivalidad —como ya sabemos— con el papa español Alejandro VI.

El pontífice Benedicto IX, descendiente de Juan XII, fue nombrado Papa a la edad de once años, corría el año 1032. Su padre, el conde Alberico III, era por entonces el hombre más rico y poderoso de Roma, así que compró el cargo de Sumo Pontífice de la Cristiandad para su hijo a la curia romana, que encantada y previo pago, aceptó el nombramiento sin ninguna objeción. Su predecesor, Juan XIX era un laico que recibió todas las dignidades eclesiásticas hasta el grado de obispo, una detrás de otra, en un solo día a cambio de abonar una importante suma de dinero. No es de extrañar, por tanto, que ya como Papa se mostró dispuesto a reconocer el título Ecuménico al Patriarca de Constantinopla a cambio de una indecente suma de dinero con la que recuperar todo lo invertido en su propio ascenso al Sillón de San Pedro. El escándalo fue tan monumental que el pontífice a *motu propio* dio marcha atrás.

Con estos malos ejemplos dentro de los más altos estamentos de la jerarquía eclesiástica y en medio de un ambiente moral absolutamente depravado, era de lo más habitual que cualquier hombre de iglesia rompiera el celibato y conviviera con una o más mujeres, llegando incluso hacer pública ostentación de sus concubinas. Esta práctica se generalizó de manera alarmante, desde el Papa de Roma hasta el más humilde clérigo de la aldea más remota de la cristiandad europea. La Iglesia vivía sus horas más bajas. A esta práctica marital del clero se la llamó *nicolaismo,* porque fue el papa Nicolás II quien la reveló abiertamente e intentó atajar, denunciándola y condenándola en el año 1059 durante el transcurso de un *Sínodo* [153] celebrado en Letrán.

Esta condena decía que todo hombre de Iglesia que conviviera maritalmente con mujer alguna seria excomulgado, pena que era extensible a todos los fieles que asistieran a sus misas y actos litúrgicos. El efecto de estas medidas papales no fue ni el deseado ni el esperado, y la debilidad de la carne pareció tener más influencia y poder que los decretos pontificios, haciendo plenamente válido el refrán popular que dice que «*tiran con más fuerza dos tetas que dos carretas*», ya que en los concilios posteriores siempre se repetirán las

condenas al *nicolaismo* e incluso se agravarán las penas, lo que acredita la persistencia de este pecado en el tejido eclesiástico. Incluso en época posterior, en el Concilio de Trento del siglo XVI, se volvió a reiterar la condena del concubinato eclesiástico. Solo se autorizó la presencia de hermanas y madres en las casas parroquiales. Ninguna otra mujer podía vivir en ellas.

Consecuencia natural de la vida marital practicada por estos hombres de Iglesia fueron los hijos, a los que se otorgaban bienes de la diócesis o del obispado, sucediendo en muchas ocasiones a sus padres en el cargo, constituyéndose de este modo verdaderos linajes y dinastías eclesiásticas.

Como ejemplo tenemos al que fue el Papa número ciento diecinueve de la Iglesia Católica, Sergio III, que tuvo varias amantes, teniendo que sepamos, un hijo con una de ellas, una mujer llamada Marozia. Este retoño será el futuro papa Juan XI. Las grandes *ratios pecati* [154] de *simonía* y *nicolaismo* inducían inexorablemente al *nepotismo*, colocando a multitud de familiares de diverso grado en cargos públicos, civiles, militares y eclesiásticos de toda índole, contribuyendo a la inagotable espiral de intrigas, favores y corrupción generalizada, donde la moral había desaparecido: sencillamente no existía.

Llegada esta situación, no faltaron las protestas de quienes exigían poner fin al lamentable estado de cosas al que se había llegado. La reforma que pretendía solucionar el grave problema vendrá desde abajo, desde las órdenes monásticas cluniacense primero, y cisterciense después, que lograron reconducir en cierto modo el rumbo que la Iglesia, empezando desde arriba, perdía por momentos.

De todos los papas medievales fue Inocencio III —Papa entre 1198 y 1216— el que ejerció la teocracia de un modo más férreo y efectivo, alcanzando esta su más alto cumplimiento. Esta situación alcanzó su cénit en el IV Concilio Ecuménico de Letrán en el año 1215. Según una amplia mayoría de historiadores, el papado medieval vivirá su apogeo bajo su pontificado. Inocencio III llegó al Sillón de San Pedro con treinta y ocho años, recién iniciado «*el año de Nuestro Señor de mil ciento y noventa y ocho*». Hasta entonces, Lotario —ese era su nombre — ostentaba el cargo de cardenal diácono de la iglesia de los santos Sergio y Baco, situada en pleno *Foro romano*. Había estudiado Teología en la Universidad de París y Derecho en la de Bolonia —se trataba de las más relevantes universidades del momento—, por lo que el cardenal Lotario era un hombre de su época muy bien preparado.

Apoyó la lucha contra los musulmanes otorgando el carácter de cruzada a la victoria de los reinos cristianos peninsulares en la batalla de las Navas de Tolosa en 1212. Pero del mismo modo, no dudó en aplicar el rigor de la cruzada contra los disidentes cristianos como fue el caso de los cátaros o albigenses en 1208.

Fue tutor de Federico II desde su niñez, a quien coronó llegado el momento emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. El Papa le pidió al nuevo emperador que organizara en sus dominios la persecución de los herejes. Siguiendo esta instrucción, el monarca, que se consideraba ateo y que había sido excomulgado, instauró la pena de muerte en la hoguera. En su rivalidad por el *Dominium mundi* con el pontífice, a Federico II no le interesaban particularmente los problemas de fe; la quema de herejes sugerida por el Papa fue decretada en los territorios imperiales por delito de lesa majestad, tomando como antecedente la pena que, según el derecho romano, estaba señalada para los traidores. En esta línea, el emperador para demostrar al Papa que no le temblaba el pulso ordenó que todos los herejes de Lombardía fueran condenados a la hoguera, o al menos, que les fuera cortada la lengua, y si sabían escribir, también las manos. Por estos crueles y expeditivos medios, el excomulgado Federico II intentó hacer ver al Sumo Pontífice, que, si se lo proponía, podía ser más papista que el Papa.

Inocencio III murió en Perugia en el año 1216. En 1890, el entonces papa León III, mandó trasladar sus cenizas a San Juan de Letrán, donde le erigió un monumento.

La tortura era un instrumento ligado a la justicia desde tiempos inmemoriales; ahora también a la divina. El papa Inocencio IV, en el año 1252, expidió la Bula *Ad extirpanda* autorizando y generalizando el empleo de la tortura en los procesos inquisitoriales. Eso sí, haciendo hincapié en que no se llegase a la muerte del reo y no se le cortase ningún miembro, algo que sí era común en los procesos civiles. En las *Partidas* del rey castellano Alfonso X el Sabio, compiladas por la misma fecha —mediados del siglo XIII—, tan solo cincuenta años antes del proceso contra los Templarios, podemos leer:

«El tormento es manera de pena que hallaron los que fueron amadores de la justicia para escudriñar y saber la verdad de los malos hechos que se hacen encubiertamente, que no pueden ser sabidos ni probados de otra manera, y tienen muy gran provecho para cumplirse la justicia[…]no se le podrá dar tormento al menor de catorce años, al caballero, a los maestros de ciencias, al consejero del rey o del común de alguna ciudad o villa del reino, ni a los hijos de éstos siendo de buena fama; tampoco a mujer embarazada mientras lo esté».

El sometimiento a tortura tenía como objetivo primordial que el reo confesase lo antes posible sus faltas, pecados y delitos. No se trataba de averiguar la verdad sino el delito. En caso de que el hereje, a pesar del suplicio, no se declarara culpable, se consideraba que era el demonio quien le ayudaba a soportar el dolor. A principios del siglo XIV, los métodos más usuales de tortura institucionalizada eran el

«caballete», la «cuerda» y la «antorcha». Veamos de qué sutilezas se trataba.

El *caballete* consistía en tensar los miembros del reo atados a cuerdas tiradas habitualmente por *bestias* [155]. El *tormento de la cuerda* consistía en colgar al preso por las manos o por los pies, alzarlo mediante una *garrucha* [156] y dejarlo caer de repente. El método de la *antorcha* consistía en colgar por los brazos al sujeto penado sobre un fuego al que se le iba acercado, con los pies untados de aceite, grasa o tocino. Por descontado, cualquiera de estos métodos era infalible para escuchar de boca del pobre desgraciado lo que se quisiera oír.

El francés Bertrand de Got —amigo del rey de Francia desde la infancia—, se convirtió en el papa Clemente V en el año 1305. Fue elegido por un cónclave celebrado en Perugia, pero él mismo era obispo de Burdeos y no se encontraba en Italia en el momento de su elección. Elevado al trono de Pedro exclusivamente por las presiones del rey de Francia, Clemente estuvo durante todo su pontificado sujeto y subordinado a los deseos de Felipe IV de Francia, y nada más ser nombrado Papa, su primer acto fue el nombramiento de nueve cardenales franceses cercanos al monarca galo. Convertido en una mera herramienta en manos del rey de Francia, anuló en 1306 las sentencias eclesiásticas que Felipe IV consideraba contrarias a sus intereses, especialmente las Bulas *Clericis laicos* y *Unam Sanctam* que había promulgado su antecesor Bonifacio VIII.

Aunque el nuevo papa Clemente V pasará a la historia por ser quien suprima la Orden del Temple, es poco conocido el hecho de que durante su pontificado se llevó a cabo la implantación de la Iglesia Católica en la entonces muy, muy lejana China, creándose el Arzobispado de Pekín del que dependían otras siete sedes episcopales distribuidas por el inmenso país.

Por presiones del rey francés, el Pontífice accedió a no trasladarse a Roma y estableció su corte en la ciudad francesa de Aviñón, perteneciente al Patrimonio de San Pedro. Este territorio estaba bajo la fuerte influencia y control del rey francés. De esta manera comenzaba el *Papado de Aviñón*.

El denominado papado de Aviñón fue un periodo de la historia de la Iglesia católica, entre los años 1309 y 1377, en el que siete obispos de Roma —todos ellos franceses— residieron en la ciudad de Aviñón, a saber: Clemente V (1305-1314), Juan XXII (1316-1334), Benedicto XII (1344-1342), Clemente VI (1342-1352), Inocencio VI (1352-1362), Urbano V (1362-1370) y Gregorio XI (1370-1378). A este periodo algunos historiadores de la Iglesia le llaman el «*Segundo cautiverio de Babilonia*». Llegado el año 1378, el papa Gregorio XI retornó a Roma, donde murió; terminando así el periodo de Aviñón.

El rey Felipe IV de Francia convenció —o más bien, intimidó— a su

amigo Clemente V, como ya sabemos fuertemente ligado al rey de Francia —prácticamente un apéndice de este—, de que sin más dilación iniciase un proceso contra los Templarios, antes de que estos pudiesen marchar —o escapar, más bien— a su Casa Central, en esos momentos establecida en la isla de Chipre. Este proceso terminó con los templarios, siendo ajusticiado en la hoguera su Gran Maestre, Jaques de Molay.

Solo había transcurrido un mes desde la injusta ejecución del último Gran Maestre de la Orden del Temple, cuando el papa Clemente V se sintió repentinamente enfermo. Las fuentes dicen que «*comenzó a gritar porque un dolor insufrible le mordía el vientre*»—con toda probabilidad una peritonitis—. Su médico sin tener idea de lo que aquejaba a su Santidad, echó mano del remedio más caro. Si era caro debía de ser bueno; reflexión muy humana, pero no siempre infalible. Le recetó esmeraldas reducidas a polvo para tomar con un trago de buen vino. Aunque, efectivamente, un vino de cierta calidad es reconfortante y las esmeraldas en su estado puro son caras y preciosas, dentro del organismo del Pontífice eran un remedio letal que aceleraría su muerte. La defunción del papa Clemente V era certificada el veinte de abril por el equipo de *galenos* [157] que le asistió: «*[…] había muerto a merced de unos horribles sufrimientos*». En la actualidad, todavía puede verse la estatua de Clemente V sobre el pórtico de la catedral de Burdeos, donde había ejercido como obispo. Unos desconocidos vándalos, hace muchos años, le arrancaron la mano derecha, como antaño se hacía a los parricidas y a los ladrones.

No obstante, ya en el siglo XXI, el papa Benedicto XVI pidió perdón por el daño que hizo a la Orden del Temple su antecesor Clemente V.

No podemos terminar este entretenido capítulo sin recordar la figura del pontífice número 208 de la Iglesia Católica, Nicolás V, porque enlaza con algunos temas de los que estamos tratando en el libro y es contemporáneo a ellos. Sin tener en cuenta algunas actitudes y decisiones que adoptará y tomará desde el trono de San Pedro —que desde nuestra perspectiva actual nos pueden resultar poco menos que chocantes—, se trata de un Papa ciertamente innovador, en concordancia con el incipiente Renacimiento de mediados del siglo XV. Sin duda aportó nuevos aires a la política vaticana, alejándose de las prácticas mundanas de otros Papas medievales.

Como hemos conocido anteriormente, fue el predecesor del Papa español Calixto III, y durante su pontificado se vivieron hechos trascendentales para la Historia, como la caída de Constantinopla en manos de los turcos. Terrible acontecimiento que supuso una llegada masiva a Roma de círculos culturales griegos (bizantinos) que influirán de forma decisiva en el auge del renacimiento de la cultura clásica, que tiene como cuna precisamente Italia, y por lo tanto a

Roma, ciudad que si antaño había sido cuna de un gran imperio, ahora era el centro de la Cristiandad, y como tal, los papas —empezando por Nicolás V— se convertirán en mecenas dispuestos a embellecer la ciudad con nuevos edificios y verdaderas obras de arte dignas del poder celestial y terrenal que representaban, haciendo indisoluble el binomio arte-poder y viceversa.

El nacimiento de la imprenta —que permite la publicación de obras en amplias tiradas— y las navegaciones portuguesas hacía el Atlántico en busca de nuevas rutas comerciales, a causa de la intervención turca en el Mediterráneo Oriental, son hechos, todos ellos de capital importancia histórica, que conforman el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna, acontecimientos todos ellos también, contemporáneos a este Papa.

Tommaso Parentucelli nació en la región italiana de Luguria. Hijo de una mujer apellidada *Bonaparte* [158] y un médico que falleció cuando Tommaso era muy joven, dejó los estudios y trabajó como tutor de la prestigiosa e influyente familia Albizzi. En el seno de esta aristocrática dinastía es donde conoció a importantes hombres de letras.

Estos contactos con las élites culturales le abrieron las puertas para retomar los estudios universitarios en Bolonia y Florencia, licenciándose en teología. Realmente fue un hombre académicamente válido, ya que destacó durante su estancia en la Universidad de Bolonia, fijándose en sus aptitudes el obispo se esta ciudad, Niccolo Albergati, quién lo acogió como bibliotecario, brindándole la oportunidad de proseguir y ampliar sus estudios en Inglaterra, Francia y Alemania. Durante este viaje tuvo la oportunidad de recopilar gran cantidad de libros por los que tenía verdadera pasión, acrecentada desde su etapa como bibliotecario del obispo boloñés. Algunos de estos libros se conservan en la actualidad con anotaciones en los márgenes de la mano del propio Tommaso.

A la muerte de su benefactor se le concedió la *Mitra* [159] como obispo de Bolonia, asistió al Concilio de Basilea y fue enviado por la Santa Sede a Frankfurt como legado papal con poderes para explicar y aplicar las reformas de Basilea en el Sacro Imperio Romano Germánico. Su demostrada capacidad y éxitos diplomáticos le valieron su inmediato ascenso a cardenal tras su regreso a Roma.

El papa Eugenio IV muere en el año 1447, quedando como *Camarlengo* [160] de la Iglesia Católica, Ludovico Trevisan, perteneciente a la prestigiosa familia Mantegna, quien, a los nueve días de la muerte del pontífice, como es preceptivo, convocó el cónclave cardenalicio en la preciosa basílica romana de Santa María Sopra Minerva. Del mismo salió elegido el cardenal de Bolonia, Tommaso Parentucelli, quien adoptó para su pontificado el nombre de Nicolás V en recuerdo de su apreciado y estimado valedor: Niccolo Albergati.

Con el nuevo Papa llegaron a Roma frescos y renovados aires renacentistas. Verdadero hombre cultivado, fue el precursor de la Roma artística y monumental que hoy conocemos. Conjugó lo «viejo» con lo «nuevo», aunque para ello, recurriese a veces a nutrirse de las antiguas ruinas romanas, como, por ejemplo, los más de dos mil carros de mármol obtenidos de la fachada del Coliseo. Centró sus esfuerzos en un verdadero programa constructor para embellecer la Ciudad Eterna, espejo de la Cristiandad. Para llevarlo a cabo se apoyó en su amigo, el arquitecto y polifacético humanista León Batista Alberti.

El grandioso sistema de acueductos que abastecía a la antigua Roma se derrumbó de forma paralela al Imperio Romano. Durante la Edad Media los habitantes de Roma obtenían el agua de pozos y cisternas particulares de dudosa potabilidad; los más pobres la tomaban directamente de las poco salubres orillas del rio Tíber. Nicolás V restauró uno de los once acueductos que en la antigüedad abastecían Roma, el llamado Aqua Virgo, que había sido construido por Agripa en el año 19 a. C., volviendo a brotar el agua en el centro de la capital después de mil años. Para los que lo vivieron, significó un auténtico milagro y un lujo desconocido hasta entonces, propiciado nada menos que por la mano del Papa. Ese lugar donde «milagrosamente» volvió a brotar agua limpia y fresca por obra del Santo Padre, lo ocupa hoy la famosa Fontana De Trevi.

Al contrario que muchos de sus antecesores, el nuevo Papa fue permisivo con la ciencia, el humanismo y los descubrimientos, considerados en otras fechas como fuente de cisma, herejía y paganismo, coincidiendo esta permisividad con el invento y apogeo de la imprenta, que trajo una culturización desconocida hasta entonces. Fundó la biblioteca Vaticana dotándola de más de nueve mil ejemplares, rescatando valiosas obras y manuscritos de manos de propietarios ignorantes. Entre ellos más de mil quinientos códices griegos, latinos y hebreos, creando personalmente un fondo arqueológico, precursor del Museo de Antigüedades Capitolino, acrecentando el prestigio humanístico y de mecenazgo de la Santa Sede. Fomentó la traducción de textos griegos que en esos días llegaban a Roma huyendo de la presión turca. Uno de los traductores al servicio del Papa, fue Lorenzo Valla, que demostró la falsedad de la *Donación de Constantino* [161]. Fundó la Universidad de Glasgow en el año 1451, hecho este, la fundación de Universidades, desde la creación de las primeras, exclusivo de papas y reyes.

Terminada la guerra de los Cien Años, contribuyó a la reorganización de los gobiernos en Inglaterra y Francia. Su intervención también fue decisiva para la firma de la paz de Lodi en 1454 entre las ciudades-república de Florencia, Milán y Venecia. Apoyó al reino de Castilla en su lucha contra los musulmanes del reino *nazarí* de Granada y otorgó

a los portugueses una bula autorizándoles a reducir a la esclavitud hereditaria a todo sarraceno, pagano o cualquier otro incrédulo apresado en sus exploraciones africanas, siendo de este modo el reino de Portugal el primer país europeo en utilizar y comerciar con esclavos africanos en sus explotaciones agrícolas de las islas de Madeira y las Azores.

Si algo enturbió su pontificado en sus últimos días fue, sin lugar a duda, la toma de Constantinopla por los turcos, ya que no logró aunar las fuerzas cristianas necesarias para evitarlo, y por supuesto, el visto bueno que otorgó a los portugueses para las prácticas esclavistas en su expansión africana. Esta práctica escandalosa a nuestros ojos de mujeres y hombres del siglo XXI era algo totalmente aceptado entonces. La esclavitud era algo de lo más habitual, y la humanidad la venía practicando desde sus albores, incluso justificándola, ya que a un enemigo derrotado se le perdonaba la vida a cambio de la esclavitud, por lo que los esclavos estaban incluso agradecidos y debían la vida a su señor, así que la esclavitud, plenamente asimilada, formaba parte natural de todas las sociedades. No obstante, pocos años más tarde, la reina Isabel la Católica, prohibió someter a la esclavitud a los indígenas de sus territorios de ultramar.

Pero volviendo sobre la figura del papa Nicolás V, finalmente como a todo mortal, le llegó el momento de rendir cuentas. La enfermedad de la gota fue la encargada de conducir a este activo Papa ante el Todopoderoso; fue el veinticuatro de marzo del año 1455, en el inicio de esa primavera. Su activo y fructífero pontificado había durado casi ocho años.

Como hemos podido comprobar en este capítulo, el Papado tuvo diversos y continuos altibajos durante tan largo periodo como fue la Edad Media, llegando a conocer sus horas más bajas; aunque también hubo hombres capaces que dignificaron durante su pontificado el sillón de San Pedro. Lo que está plenamente consensuado es el hecho de que el Estado Pontificio —promotor exclusivo de cruzadas— jugó un papel político durante la Edad Media tan relevante como el religioso.

---

143 Partidarios del Papa y del poder pontificio. Las almenas de sus castillos eran rectangulares. Toman su nombre del duque Welfo IV de Baviera, esposo de la condesa Matilde de Toscana o Canossa, ferviente e incondicional seguidora de la causa Papal.

144 Partidarios del emperador germánico y del poder de este frente al Papado. Las almenas de sus castillos tenían forma de golondrinas. Toman su nombre del castillo de Waiblingen, situado cerca de Stuttgart.

145 Institución previa a las universidades medievales donde estas tienen su origen. Solo podían ser creados por reyes y Papas.

146 Cayado utilizado por los obispos, símbolo de su poder espiritual. Recuerda al utilizado por Moisés.

147 Preferencia de cargos públicos y funcionarios para dar empleos y otorgar cargos a amigos y familiares, sin considerar su capacidad o preparación o el mérito para desempeñar el cargo.

148 Simoniaco. Que practica la simonía y a ella debe su elección. Simonía. Compraventa de cargos eclesiásticos. Simón el Mago fue censurado por estas prácticas por San Pedro, de ahí su nombre. Considerado pecado capital.

149 El martillo de las brujas. Escrito por los monjes dominicos Heinrich Kramer y Jacob Sprenger, fue el manual más consultado por los inquisidores a la hora de entablar procesos contra supuestos brujos, adivinos, astrólogos y alquimistas. Pero sobre todo brujas.

150 Documento expedido por la Cancillería Pontificia, autentificado con el sello personal de Papa.

151 Máxima pena espiritual por la que la Iglesia Cristiana, excluía de los Sacramentos a los fieles excomulgados.

152 Locución latina que significa «*Así pasa la gloria del mundo*» , se utiliza para resaltar lo efímero de los triunfos durante nuestra existencia en la tierra.

153 Reunión de los obispos de un reino o región, para tomar decisiones eclesiásticas.

154 Dentro de la Iglesia Católica son los pecados, delitos y faltas, cuya absolución es exclusiva del Papa.

155 Caballos, mulos y burros.

156 Polea, rondana.

157 De Galeno. Prestigioso médico griego del siglo II. Sus métodos y prácticas se aplicaron en medicina durante más de mil años. Por extensión, nombre que se aplicaba a los médicos.

158 El propio Napoleón Bonaparte se jactará siglos después de ser descendiente de la misma estirpe que el papa Nicolás V.

159 Gorro solemne, alto y apuntado que usan los obispos. Tiene su origen en los sacerdotes de Mitra, dios de origen persa.

160 Cardenal de la corte Papal, administrador de los bienes y de los ingresos de La Santa Sede, desempeña la función de cabeza de la Iglesia Católica, durante el periodo de sede vacante, entre la muerte de un Papa y el nombramiento del siguiente.

161 Documento en el que el papado se arrogaba de la posesión de importantes territorios, denominados Patrimonio de San Pedro. Fue elaborado en la cancillería pontificia en el siglo VIII a instancias del Papa Esteban II. La falsedad de este documento fue demostrada por el humanista Lorenzo Valla en el año 1440.

LA PESTE NEGRA

En fecha tan temprana como fue el año 542 de nuestra Era, hubo en el Imperio Bizantino un primer gran brote epidémico calificado, por las fuentes científicas de entonces, de «pestilencia», calamidad que coincidió con el mandato del emperador Justiniano (527-565). Este brote causó gran mortandad en Los Balcanes, Antioquia y otras zonas del imperio, en particular en Egipto donde pereció la mitad de la población. La erupción de la epidemia fue simultánea a fuertes terremotos —con multitud de cadáveres insepultos— que en cierto modo justifican su propagación, que no se extendió más allá del Mediterráneo oriental. Superándose la crisis, la enfermedad se erradicó.

Desde entonces, el bacilo de la peste permaneció latente en regiones de la India y sobre todo de China, para protagonizar una nueva irrupción, seguida de una gran expansión a comienzos del siglo XIV, propagándose por China, el mundo islámico y el Imperio Mongol. Precisamente estos últimos serán los causantes del contagio al mundo occidental, donde el hacinamiento y suciedad de las ciudades europeas constituirán el campo de cultivo perfecto para dar cobijo, auge y «esplendor» a la terrible plaga.

La floreciente República de Génova poseía una colonia comercial en la costa este de la península de Crimea, al norte del mar Negro llamada Caffa. Este asentamiento fue sitiado por ejércitos mongoles, que veían como sus filas eran mermadas por la enfermedad. Durante el transcurso del asedio los frustrados asaltantes terminaron lanzando mediante catapultas, cadáveres apestados al interior de la ciudad, propagando así la plaga entre los habitantes de la colonia.

Este hecho ha sido calificado por algunos autores de antecedente de las primeras tácticas de guerra bacteriológica. Inevitablemente, barcos genoveses —en cuyas bodegas nunca faltaban ratas— procedentes de esta colonia, llevaron la peste, primero a la isla de Sicilia, donde hicieron escala, luego a Génova y Venecia, destinos principales del comercio Mediterráneo de la época; después al resto de Italia. Como la travesía desde el Mediterráneo Oriental duraba semanas se llegó a dar el caso de arribar a las costas sicilianas auténticas «naves fantasmas», con todos sus tripulantes muertos, empujadas por el viento y las corrientes. Era el año 1347. A partir de aquí, y durante el siguiente año, se extenderá sin remisión por toda Europa, persistiendo y causando estragos a lo largo de la siguiente década. Tenemos el relato del franciscano Michelle de Piazza que ese año se encontraba en Sicilia siendo testigo de los primeros casos de peste, dando evidencia

del total desconocimiento que se tenía del contagio: «*A causa de una corrupción de su aliento, todos los que hablaban mezclados unos con otros se infectaban uno a otro […]*». Uno de los territorios donde tardó un poco más en aparecer la plaga fue Inglaterra debido a su situación más occidental, y, sobre todo, a su insularidad. Pero inevitablemente, a últimos del verano de 1348 se dieron los primeros casos. Ya el primer día de julio falleció en Bayona la joven princesa Juana de Inglaterra —hija de Eduardo III— a la edad de catorce años cuando se dirigía a Castilla para contraer matrimonio con el primogénito del rey castellano Alfonso XI. Este monarca que se iba a convertir en suegro de la desafortunada princesa inglesa tampoco pudo escapar a la plaga muriendo casi dos años después durante el sitio de Gibraltar. Su muerte, propiciada por la peste se produjo en plena Semana Santa del año 1350, exactamente durante la noche del veinticinco al veintiséis de marzo, jueves y viernes Santo respectivamente.

La gran mayoría de la población europea de principios del siglo XIV sufre los efectos de una gran crisis económica, que coincidiendo con una climatología adversa desencadenó una serie de malas cosechas durante varios años consecutivos, que provocaron el hambre y la precariedad en Occidente. Esta carestía de alimentos va debilitando a la población, disminuyendo sus defensas biológicas, haciéndola especialmente vulnerable ante cualquier brote epidémico, y exactamente eso es lo que ocurrirá.

Atendiendo a su significado etimológico —*pestis* en latín— la palabra originalmente se refería a cualquier enfermedad o epidemia, y no al hedor que nos pueda sugerir el hacinamiento de cadáveres víctimas de la plaga. La peste negra o bubónica toma su nombre precisamente de esos bultos —o «*bubas*» como dicen las crónicas medievales— que aparecen en las ingles, axilas y cuello principalmente, que van adquiriendo un color primero azulado que posteriormente se transforma en negruzco. El modo de transmisión de esta plaga infecciosa era totalmente desconocido para los que la sufrieron, por lo que las medidas tomadas por autoridades, barberos, *galenos* [162] o protomédicos no sirvieron para contener la pandemia y mucho menos para erradicarla. El contagio de la peste era provocado por la picadura de las pulgas en la mayoría de los casos, que eran portadoras del vacilo, que a su vez utilizaban a las ratas negras como vía de propagación. En este punto, algunos historiadores apuntan que la peste neumónica o pulmonar fue la que ayudó mayoritariamente a la rápida expansión de la pandemia a través del contacto entre personas, más que las pulgas. Es muy posible.

Por otra parte, nos podemos imaginar el ambiente propicio de suciedad e insalubridad que la peste encontró en estas degradadas ciudades medievales, donde las calles eran utilizadas poco menos que

como letrinas, sin extrañar que, desde cualquier ventana o balcón, al grito de «¡agua va!», se lanzasen al exterior las inmundicias de sus moradores, campando de este modo a sus anchas pulgas, ratas negras y viceversa.

Ante la total ausencia de alcantarillado y pozos ciegos, los cronistas de la época nos hablan de calles estrechas y malolientes, convertidas en estercoleros que únicamente se limpian cuando llueve con intensidad y el agua arrastra el detritus, volviéndose a intensificar el hedor con la evaporación del agua. Desde nuestra pulcra e higienizada sociedad de hoy, nunca llegaremos a imaginarnos del todo el auténtico y más que seguro, repugnante y nauseabundo hedor de la ciudad medieval. Las jaurías de famélicos y pulgosos perros callejeros que se alimentan de los despojos humanos constituían otra plaga, deambulando por toda la ciudad, perseguidos y acosados por pandillas de niños desnutridos y sarnosos que los apedreaban, rivalizando entre ellos a ver quién tenía más valentía y buena puntería.

A todo esto, habría que añadir el hecho de que los cementerios, tal y como hoy los conocemos no aparecieron hasta el siglo XVIII. En la Edad Media las clases nobles y eclesiásticas eran enterradas dentro de las iglesias, templos y catedrales; el resto de los mortales en campos santos adyacentes a estos edificios, habitualmente en pleno centro de la ciudad. Estos reducidos cementerios pronto quedaron desbordados. El escritor florentino Giovanni Boccaccio reflejó en su libro *El Decamerón*: «*Las iglesias no contaban con espacio suficiente para recibir los cuerpos, por lo que hubo que excavar grandes fosas comunes*».

Como vemos se aunaron todas las condiciones perfectas y necesarias para la devastadora propagación de la peste, significando una auténtica pandemia que afectó a todo el mundo conocido.

La rata negra, originaria de Oriente, había llegado a occidente con el comercio que desde antiguo practicaban los romanos en los primeros tiempos de lo que será «*la Ruta de la Seda*». Este roedor asentado en todo el continente encontrará en el hacinamiento e insalubridad de la ciudad medieval el medio perfecto para su subsistencia y proliferación. Era conocida también como «rata de barco» donde vivía cómodamente entre las mercancías, y desarrolló una enorme facilidad para vivir junto al hombre, quién con sus despojos facilitaba sobremanera la vida de estos roedores. Su prolífica reproducción era sorprendente. Partiendo de una sola pareja, llegaban a multiplicase hasta los dos mil ejemplares en un solo año. Por otra parte, la sociedad de la Edad Media convivía con los roedores con total naturalidad, contando con el gato como único antídoto raticida.

El contacto diario con animales de toda índole era habitual en el Medievo, del mismo modo las pulgas no eran exclusivas de las ratas, pudiéndose convertir en huéspedes de cualquier mamífero, por lo que

perros, caballos o gatos propiciaban la expansión de la epidemia. Estos últimos tenían un potencial de contagio extremo por su natural contacto con las ratas. Otro importante foco de pulgas eran los animales de granja que se vendían en los mercados, preferentemente vivos para ser sacrificados y consumidos en las ciudades. De este modo las pulgas llegaban a las cocinas de cualquier vivienda, y después, fácilmente a sus moradores. Los piojos también suponían un efectivo medio de contagio entre humanos.

Tras un periodo de incubación de entre tres y seis días, los síntomas de la enfermedad aparecían súbitamente: fiebre muy alta que justifica los escalofríos y temblores descritos por los cronistas, vómitos y sed, además de dolor de cabeza y diarreas. Se comprobó que con el calor y la humedad la mortandad era mayor, cosa cierta, ya que en latitudes norteñas como en Escandinavia y norte de Alemania el número de afectados fue mucho menor. Incluso en núcleos poblacionales ubicados en los Pirineos y los Alpes, en los que evidentemente la temperatura era menor, no se conoció la peste.

A pesar de que no existía ningún remedio efectivo para atajar el grave problema, las autoridades de algunas ciudades llegaron a la conclusión —simplemente por observación— de que la enfermedad se manifestaba como muy tarde, a los treinta y nueve días; además de observar también que los que lograban sobrevivir no volvían a contagiarse. A partir de ese momento todos los navegantes o viajeros que llegaban a una ciudad —especialmente en Italia donde se dieron los primeros casos de peste— quedaban aislados durante cuarenta días y sus ropajes quemados. De ahí deriva «cuarentena» para referirse a cualquier periodo de aislamiento, confinamiento y vigilancia médica. Nos suena ¿verdad?

Las técnicas y praxis médicas de la época giraban en torno a la vieja teoría de los cuatro *humores*, derivada de la filosofía griega y con toda probabilidad originaria de China. Según esta teoría el universo estaba compuesto por cuatro elementos fundamentales: fuego (caliente y seco), agua (fría y húmeda), tierra (fría y seca) y aire (caliente y húmedo). El cuerpo humano dependía de los cuatro humores asociados: la cólera o bilis amarilla, la flema, la bilis negra y la sangre. Y no existía ninguna solución médica que no estuviese dentro de esta cuadratura de *humores*. Hildegarda de Bingen (1098-1179) lo deja patente en sus escritos sobre las enfermedades y sus curas:

> *«El hombre no puede constar de un solo humor, o de dos, o de tres, sino de cuatro, para que se regulen entre sí, de la misma manera que el mundo consta de cuatro elementos, que viven en armonía entre sí».*

La ciencia y la medicina medieval fueron totalmente inoperantes ante la peste, achacando su origen a la climatología o a la corrupción del

aire, de ahí la denominación de pestilencia. En las ciudades afectadas se quemaban en todas las plazas productos fuertemente olorosos como pólvora, cuernos de carnero y gran variedad de plantas aromáticas, que, por supuesto no servían para nada, confundiéndose con otras fogatas en las que se quemaban todos los ropajes y pertenencias de los apestados muertos o moribundos. Otros eruditos atribuyeron la causa de la pandemia a la astrología o a las malas cosechas de los últimos años en las que tanto había influido el clima. En Alemania se adjudicó el origen a los vapores insalubres que salían de la tierra tras un terremoto que se produjo en 1348. Las ciudades de Hamburgo, Bremen y Colonia fueron las más castigadas por la plaga en territorio germano.

Cuando la peste llegó a la ciudad francesa de Aviñón, la urbe se encontraba atestada de refugiados que huían del contagio ya que muchos creían que la capital sería respetada por la plaga porque aquí residía nada menos que el mismísimo Papa. Nada más lejos de la realidad, en pocos días las víctimas se contaban por millares y ante la falta de terreno físico para seguir enterrando cadáveres, Clemente VI que calificó el desastre como «*pestilencia con la que Dios está castigando a sus gentes*», otorgó sus bendiciones al río Ródano donde fueron arrojados miles de cuerpos víctimas de la enfermedad, alimentando de este modo la interminable espiral contagiosa.

Nos podemos imaginar el estupor y terror de las gentes que habitaban los pueblos río abajo ante la llegada de estos cadáveres deformados y putrefactos que arrastraba el Ródano. Curiosamente el Papa sobrevivió a la peste. Por una absurda prescripción médica —como todas las que se pusieron en práctica—, pasó todo el caluroso verano del año 1348 sentado y sudando entre dos fuegos atizados y avivados constantemente por sus sirvientes. Sin saberlo el fuego mantuvo a las pulgas alejadas de su santidad.

Inevitablemente la peste trajo consigo violentos conflictos sociales. Ante la evidente incapacidad e impotencia para erradicar el problema, no fueron pocos los que culparon de la epidemia a los judíos y a otras minorías étnicas y religiosas, acusándoles del envenenamiento de pozos, fuentes y cualquier agua potable, así como del aire, maquinaciones contra la Cristiandad y otros muchos disparates. Todas estas teorías hayaban cobijo en la mentalidad medieval, no solo entre el populacho, sino también entre el clero y la nobleza ocasionando terribles *pogromos* [163] sobre estas minorías étnico-religiosas. Pocas semanas después de la llegada de la peste a la sede papal de Aviñón se produjo un asalto masivo a la *aljama* [164] de Estrasburgo, linchando y asesinando a miles de judíos, como si con esta actitud pudieran verse indemnes de ser alcanzados por la plaga. Lo cierto es que el Papa, conmovido por tan brutales excesos, promulgó sendas bulas en las que

exhortaba a la protección de los judíos, pero de poco sirvieron.

El desconocimiento del origen y transmisión de la mayor plaga de la historia, así como la ineficacia de las medidas que se adoptaban para intentar erradicar o al menos controlar la enfermedad, tenían a la población histérica y desquiciada ante los estragos que acontecían a su alrededor. La impotencia, el estrés, la ansiedad y el miedo dominaban el día a día de todas estas gentes; niños, jóvenes sanos y fornidos, delicadas y bellas doncellas, hijos, hijas de todas las edades, *próceres* [165] y mendigos, familias enteras…; la peste llegaba a todos y a todas partes.

En vista de lo irremediable, el único antídoto que con un poco de suerte podía dar resultado era ante la llegada de la plaga, huir pronto, llegar lo más lejos posible y volver a la mayor tardanza. Esta opción adoptada por todo el que podía permitírselo, puede que salvara a alguien del contagio, pero lo que sí es seguro, es que contribuyó a la rápida propagación de la enfermedad. Se estima que la propagación por vía marítima podía llegar hasta los cuarenta km diarios, mientras por vía terrestre oscilaba entre los dos y cinco km. Las concurridas vías de peregrinación hacia los distintos puntos de culto repartidos por toda la Cristiandad contribuyeron de manera especial a la propagación de la peste. Con todo esto, en toda Europa no tardaron en aparecer grupos de laicos fanáticos y exaltados que iban azotándose de una ciudad a otra, contribuyendo aún más al clima de «*terribilitat*» en el que se vivía. Eran los llamados *flagelantes*. El papa Clemente VI —a quien por momentos se le acumulaba el trabajo— promulgó una nueva bula en el año 1349 condenando estas prácticas, calificándolas de auténtica herejía. Otra cara más humana de estos apocalípticos acontecimientos la encontramos en la figura de San Roque.

Un hombre devoto y piadoso llamado Roque se dedicó a recorrer varias ciudades de Italia atendiendo y curando a enfermos de peste abandonados y desahuciados. Los cristianos más devotos afirmaban que este hombre curó a muchos apestados tan solo haciendo sobre ellos la señal de la cruz. A los que morían, él mismo les cavaba la sepultura y los enterraba, pues nadie más se atrevía a acercarse a los cadáveres por miedo al casi inevitable contagio de la temida peste. Llegado a la ciudad de Piacenza para proseguir con su loable labor, se contagió —como era de esperar— de la terrible enfermedad que intentaba erradicar en otros. Como era habitual tras el contagio, en pocos días, su cuerpo quedó lleno de manchas negras y úlceras como tantas veces había visto. No queriendo ser una carga para nadie se arrastró como pudo hasta extramuros de la ciudad, refugiándose en un bosque cercano. Cuando sus fuerzas flaqueaban, más por el hambre que la enfermedad, apareció un perro sosteniendo un pan entre sus fauces. Esto ocurrió durante varias jornadas, pues el animal sacaba el

pan de la cocina de su amo, hasta que un día el dueño decidió seguir a su perro hasta descubrir lo que ocurría. Entonces el amo del perro se encargó de cuidar a Roque y curarle sus llagas. Cuando sorprendentemente superó la enfermedad, regresó a la ciudad donde siguió curando no solo a personas, sino ahora también a animales.

La gran mayoría de la Cristiandad o de Europa —en estos años eran la misma entidad—, solo hallaban en estos apocalípticos acontecimientos una explicación sobrenatural. La plaga se consideró un implacable castigo divino por los pecados de los hombres. Según esta visión medieval y por tanto teocéntrica de lo que estaba aconteciendo, la podredumbre del espíritu y del alma de los pecadores se reflejaba en el cuerpo, considerando a los afectados por la peste u otra enfermedad como podía ser la lepra —la más temida antes de la llegada de la peste—, pecadores que a través de su cuerpo reflejaban su alma corrompida. También otras enfermedades como la gripe, el sarampión o la disentería azotaban periódicamente a la población desde tiempos ancestrales. La idea de un Dios vengador se afianzó en la sociedad medieval de mediados del siglo XIV. El miedo a los semejantes, a los otros, donde podemos incluir: apestados, leprosos, judíos, forasteros y extranjeros en general, hizo que los pueblos y ciudades se replegaran sobre sí mismas cerrando sus accesos, puertas y murallas, imperando la desconfianza, el aislamiento y la incomunicación.

El impacto de la peste sobre la demografía europea fue rotundo y demoledor, llegando a matar en determinadas zonas de Italia hasta al 45 % de la población, como en el caso de Florencia. Sin embargo, a pocos kilómetros, concretamente en la ciudad de Milán a penas se sintió el brote epidémico sin conocer ciertamente la causa. Es posible que se tomaran medidas de limpieza y desratización excepcionales y desconocidas en el Medievo, o más bien, que las drásticas y crueles medidas adoptadas por el arzobispo de Milán, Guiovanni Visconti dieran resultado, ya que las tres primeras casas donde aparecieron síntomas de peste fueron inmediatamente tabicadas y aisladas, eso sí, con todos sus moradores dentro; sanos o enfermos, muertos o vivos, de cualquier edad o condición.

Según las fuentes a las que nos asomemos, la mortandad causada por la peste difiere dependiendo del territorio y de su densidad de población. Así, por ejemplo, en la Península Ibérica, la población pudo haber pasado de seis millones de habitantes a tres o bien tres y medio, con lo que habría perecido entre el cuarenta y el cincuenta por ciento de la población. Se ha calculado que esta fue la mortalidad en Navarra, mientras que en Cataluña se situó entre el cincuenta y el setenta por ciento. Más allá de los Pirineos, los datos abundan confirmando una catástrofe demográfica. En Perpiñán fallecieron del

cincuenta y ocho al sesenta y ocho por ciento de notarios y jueces. Tasas parecidas afectaron al clero de Inglaterra. La Toscana, una región italiana caracterizada entonces por su dinamismo económico, perdió entre el cincuenta y el sesenta por ciento de la población. Y así en todos los rincones de Europa.

Lo que sí está consensuado por la mayoría de los historiadores —sin entrar en el baile de cifras— es que la peste negra o bubónica acabó con la vida de un tercio de la población de Europa entre los años 1347 y 1353, significando el mayor desastre natural acaecido en la historia de la humanidad hasta el presente. En cifras el número de muertos directos por la peste se estima en veinticinco millones en Europa y cifras poco seguras, pero mucho más numerosas en la India, China y Mongolia. En muchos puntos de la geografía europea no se llegará a alcanzar el número de habitantes de finales del siglo XIII, justo antes de la llegada de la plaga, hasta bien entrado el siglo XVIII. La peste permanecerá latente en Europa durante los siglos venideros y cada veinte o treinta años resurgirá, en algunas zonas con especial virulencia, impidiendo el despegue demográfico.

Pero como no hay mal que mil años dure o que por bien no venga, durante las décadas que siguieron a la gran pandemia del sexenio 1347-1353 se produjo un notable incremento de los salarios a causa de la escasez de mano de obra. Hubo también, una fuerte emigración del campo a las ciudades, que recuperaron su dinamismo. En el campo, un parte de los campesinos pobres pudieron acceder a tierras abandonadas, por lo que creció el número de campesinos con propiedades medianas, lo que dio un nuevo y notable impulso a la economía rural. Las oportunidades de mejora económica para los que sobrevivieron a la peste fueron notables. Por todo esto, algunos historiadores sostienen que la mortandad provocada por la peste pudo haber acelerado el arranque del todavía lejano Renacimiento y el inicio de una cierta «modernización» de la sociedad medieval. Parece factible.

---

162 De Galeno. Prestigioso médico griego del siglo II, sus métodos y prácticas se aplicaron en medicina por más de mil años. Por extensión nombre que se daba a los médicos.

163 Plural de pogromo. Linchamiento multitudinario de una minoría étnica o religiosa paralelo al expolio o destrucción de sus bienes.

164 En las ciudades del occidente cristiano, barrio apartado y perimetrado donde residían los judíos, habitualmente con una sola puerta de acceso y salida, vigilada por alguaciles cristianos. Judería.

165 Dirigentes y hombres importantes de las ciudades. Alta nobleza.

EL ESPLENDOR GÓTICO

Durante la primera mitad del siglo XII, Bernardo de Claraval inició una profunda reforma en el seno de la orden benedictina. Según su criterio, los monjes cluniacenses habían relajado de manera alarmante la regla de san Benito, envueltos en una espiral mundana donde lo relevante era el afán de ostentación, lujo y poder. El principal objetivo de la pretendida reforma era volver a la austeridad fundacional de san Benito. Con la reforma cisterciense el arte se transforma en nuevas disposiciones estilísticas que en el campo arquitectónico terminarán desembocando en el gótico. El primer edificio donde se aprecian estas reformas fue la iglesia de Saint-Denis, próxima a París y donde se encontraba el panteón de los reyes franceses, cuyo abad no era otro que Suger, fundador del Císter y amigo personal de Bernardo de Claraval, ideólogo e impulsor de la Orden del Temple y promotor de la Segunda Cruzada.

Generalizando, los nuevos edificios destinados al culto impulsados por los dirigentes cistercienses son de planta sencilla de cruz latina y en ellos aparecen nuevas soluciones arquitectónicas. Se trata del arco apuntado, la columna adosada y la bóveda de crucería ojival —dos arcos se cruzan en la clave—. El rigor cisterciense prohibió toda decoración pictórica o escultórica en los nuevos edificios para evitar cualquier distracción de los monjes durante la oración, el trabajo o la meditación. Por el mismo motivo las vidrieras eran transparentes, opacas o rizadas, pero carentes de todo color. Aunque afortunadamente esta austeridad artística no se prolongará en el tiempo y nos permitirá disfrutar a todas las generaciones posteriores del arte gótico en todo su esplendor.

El esplendor gótico coincide en el tiempo con la plenitud medieval durante los siglos XII y XIII en paralelo al auge de las ciudades. Muestra de esto es que en el siglo comprendido entre los años 1150 y 1250 se erigieron, solo en suelo francés, ciento cincuenta templos góticos, entre ellos las más icónicas catedrales representativas de este estilo artístico como Notre Dame en París, Sens, Reims o Amiens. Durante este periodo el desarrollo poblacional de las ciudades y la expansión económica propiciada por mejoras técnicas que a su vez permitieron una extensión sustancial de los terrenos destinados a la producción agrícola, dieron como resultado que este espacio de tiempo conocido como plena Edad Media careciera de hambrunas o epidemias generalizadas por lo que las gentes del periodo pudieron canalizar sus esfuerzos hacia obras espirituales y artísticas como las que nos ocupa.

Todas estas circunstancias favorecieron el aumento de la riqueza de la mano del resurgir de las ciudades, que muy pronto se convirtieron

en los nuevos centros de poder. En estos pujantes núcleos urbanos de toda Europa es donde se van a erigir las grandes catedrales góticas compitiendo en belleza, innovaciones y cercanía al reino de los cielos. Esta última intención se reflejará tanto en el ambiente interior —vidrieras, acústica, luz e incienso— como en el exterior con imponentes torres, penachos y agujas que buscaban siempre la verticalidad e intentaban arañar algo más de altitud, en un claro guiño a la inmortalidad reflejada en el mismo edificio, que desde el suelo —única perspectiva del hombre medieval— parecía tocar el cielo.

La vida en la ciudad medieval girará en torno a la catedral y todos los habitantes, desde la plebe hasta los nobles, se sienten orgullosos de su catedral, su ciudad y viceversa. La catedral gótica representa a la ciudad donde se ubica, convirtiéndose en su icono. Por eso, todos los habitantes de la ciudad, desde el siervo al caballero, desde el harapiento mendigo al burgués más pudiente, todos, en acorde a sus posibilidades colaboran para que el proyecto catedralicio se convierta en una realidad y cuanto más grandiosa mejor. Una urbe medieval que no cuente con una costosa e imponente catedral no será considerada más que un pueblo o villa, por grande e importante que sea, y a pesar de que cuente con un número considerable de iglesias.

Estos edificios —los más representativos e icónicos de la Edad Media, junto con los castillos— no se erigieron ni mucho menos en cualquier solar. El espacio físico, topográfico y geográfico donde se emplaza el edificio religioso más importante de la Cristiandad tiene una importancia «catedral». Nuestros antepasados medievales que fueron capaces de erigir edificios tan prodigiosos con las rudimentarias técnicas de su tiempo no actuaron aleatoriamente ni improvisaron, sino que todo su esfuerzo correspondía a un plan y unas directrices previas bien trazadas como demuestra su impresionante resultado. Todo esto arrancaba con la minuciosa selección del mejor lugar para tan significativa construcción.

Por ejemplo, la catedral de León se erigió en el lugar dónde se supone se encontraba un pequeño templete dentro del campamento de la *Legio VII Gemina,* donde los legionarios llevaban a cabo sus ofrendas a los dioses inmortales de Roma. Esta catedral es una de las más importantes construidas en suelo hispano. Su planta parece estar inspirada en Reims, por lo que es posible que maestros y canteros franceses trabajaran en León. El conjunto de vidrieras que filtra la luz que penetra en el recinto sagrado es considerado, por diversos historiadores del arte, el más importante del mundo; un instrumento de cuidada e intencionada manipulación de la luz que dentro del templo se transforma en un símbolo de gran eficacia al servicio del espíritu. Definitivamente, para el hombre medieval —en este caso de León— el interior de la catedral es literalmente otro mundo: bien

pudiera ser el cielo o el paraíso.

La catedral de Santiago de Compostela se erigió en el lugar donde aparecieron restos óseos en una antigua tumba romana, que la tradición cristiana atribuye a los restos del apóstol que le da nombre.

En Francia, cuna del gótico, tenemos el ejemplo de la catedral de Chartres que se erigió en el mismo lugar donde los celtas —mucho antes de la llegada de Julio Cesar a las Galias— levantaron un dolmen sobre una suave colina que en adelante se conocerá como *el monte sagrado*. En ese lugar, los druidas enseñaban su magia y rituales a las nuevas generaciones de sacerdotes. Ya entonces, una antigua profecía celta decía que una joven virgen daría a luz a un niño en aquel mismo lugar. Hicieron una talla de su imagen en madera de peral y la depositaron bajo el antiguo dolmen. Ni que decir tiene que los romanos construyeron un templo en honor a los dioses inmortales de Roma en el mismo lugar.

Poco después de que el cristianismo se convirtiese en la religión oficial del Imperio Romano llegaron al lugar los primeros seguidores de la nueva doctrina y descubrieron la vieja talla celta ennegrecida por el paso del tiempo. Considerado como un milagro, inmediatamente construyeron una primera iglesia que fue pasto de las llamas al poco tiempo. Nuevos edificios se levantaron en el mismo lugar uno tras otro, corriendo la misma suerte. Finalmente, sobre las cenizas de la quinta construcción se erigió la catedral de Chartres que conocemos hoy.

Las primeras iglesias y basílicas cristianas seguían el modelo de palacios, templos y salas de audiencias imperiales, que orientaban sus puertas hacia el Este para que los primeros rayos de luz del día entrasen por la puerta iluminando la estatua del dios o diosa a quien estuviese erigido el templo. Esto cambiará tras el Concilio de Nicea celebrado en el año 325. A partir de entonces, se aconseja que, en su construcción, las iglesias cristianas se dispongan de forma que sea la cabecera la que quede orientada hacia la salida del sol, de forma que la luz —a través de vidrieras—, entre directamente por ese lugar donde se encuentra el altar. El sol del atardecer entraría por los pies del templo, cuya puerta estaría mirando a Occidente. Vemos como esta disposición se inspira en ritos solares antiguos, asociando la luz con Cristo y equiparando el espacio cósmico divino desde la Antigüedad al templo cristiano.

De este modo, las construcciones góticas se ubican correctamente orientadas con su eje principal en la dirección oeste-este, la cabecera y el altar quedan orientados hacia donde proceden los rayos del sol naciente que alumbra a todo aquel que nace. La fachada está al oeste, a poniente, en el lugar de menos luz, que simboliza el mundo profano, la oscuridad, la muerte. Así que al entrar por la puerta y avanzar hacia

el altar uno va al encuentro de la luz. Ese recorrido es el camino que representa la «vía de salvación», la que conduce a la ciudad de los Santos, donde está la luz, Cristo, la salvación, el paraíso; en una palabra: el cielo.

Si acompañamos a cualquier hombre o mujer del Medievo a una catedral, lo primero que hacemos al entrar en ella es erguirnos, mirar hacia arriba con verdadero esfuerzo buscando el punto más alto, el cielo, tal vez. A partir de ahí, de este gesto involuntario, multitud de sensaciones ancestrales recorren todos los sentidos del que ha traspasado los umbrales del templo gótico. No importa quién penetre en su interior, todas esas sensaciones invaden por igual al campesino que al burgués, al agnóstico y al creyente, al mendigo o al rey. Incluso a los hombres y mujeres actuales, independientemente de su credo.

REVUELTAS Y HEREJÍAS

Una vez adoptado el cristianismo como religión oficial del Imperio romano, la implantación y difusión de la nueva doctrina no estuvo exenta de problemas y contratiempos de diversa índole a lo largo de la Historia. Muy pronto, a pesar de que la nueva religión había sido aceptada por los emperadores suponiendo la nueva estructura en la que se apoyaba la política, surgieron en el mismo seno de la Iglesia oficial diferentes lecturas e interpretaciones sobre aspectos fundamentales de la fe que amenazaban con resquebrajar la todavía entonces joven religión.

Las primeras herejías se incubaron y nacieron en lo que había sido la parte oriental del Imperio —cuna del cristianismo—, ya que allí el helenismo clásico seguía fuertemente arraigado con sus corrientes filosóficas aún muy presentes, por lo que las mentes de estas gentes interpretaron con mayor sutileza los textos sagrados. No obstante, el resto del entonces incipiente mundo medieval tampoco se vio libre de discrepancias doctrinales y herejías.

Tan pronto como el cristianismo empezó a dar sus primeros pasos surgieron las diferencias en el seno de la nueva comunidad. La herejía del *adopcionismo* fue una forma de cristianismo primitivo por la cual Jesús era solo un hombre, elevado tras su muerte a la categoría de Dios, como antes lo había sido Julio César. Se basa en la tradición judía que espera la llegada del mesías, un ser humano elegido por Dios para que Israel reine sobre las demás naciones.

A finales del siglo I d. C. aparece la doctrina del *docetismo*. Esta herejía sostenía que el cuerpo de Cristo no era real y, por tanto, no había padecido ni sufrido en la crucifixión.

Muy pronto surgieron desviaciones del dogma de mucho mayor calado, y por consiguiente peligrosas. La Santa Sede se apresuró a cortarlas de raíz apelando al derecho canónico:

> *«Si alguien después de haber recibido el bautismo, aun conservando el nombre de cristiano, niega con obstinación o pone en duda algunas de las verdades de la fe divina que hay que creer, este católico es hereje».*

El *donatismo*, por ejemplo, fue una herejía surgida en Occidente en fecha tan temprana como es el siglo IV, y su epicentro estuvo en el norte de África, concretamente en la ciudad de Cartago. Su principal valedor fue el obispo de esta ciudad, llamado Donato y por lo tanto de él toma nombre. Los seguidores de su peculiar interpretación de los Evangelios formaban una secta ortodoxa y rigorista que criticaba abiertamente la vida mundana y relajada del clero. Para los donatistas la eficacia y validez de los sacramentos dependía del todo de la pureza y limpieza del alma de aquel que los administraba, sin importar el

escalafón que ocupara dentro de la jerarquía eclesiástica. Es decir, que los sacramentos administrados por un simple clérigo de alma limpia tenían más validez que los administrados por el mismísimo Papa, si este llevaba una vida mundana, por muy representante que fuese de Cristo en la tierra.

Al principio, esta herejía surgió como un pequeño cisma exclusivo de la Iglesia norteafricana más próxima a Cartago, pero ante su persistencia y calado en el tejido social más pobre, acabó convirtiéndose en una auténtica herejía que resquebrajó la unión eclesiástica al menos en todo el norte de África. Con la llegada de los Vándalos, los donatistas —y todos los cristianos— fueron perseguidos y casi exterminados, para resurgir con cierta fuerza tras la conquista bizantina propulsada por el emperador Justiniano a mediados del siglo VI. En el siglo VII estas tierras —y con ellas el *donatismo*— quedarán cubiertas bajo el velo islámico.

Otra herejía que afloró en Occidente fue el *pelagianismo*. Curiosamente el teórico, artífice e impulsor de la misma fue un laico de origen irlandés, de nombre Pelagio. Este defendía que todos los hombres nacían sin el pecado original, pues el pecado cometido por Adán no se podía transmitir al resto de la humanidad. Evidentemente, tal afirmación quitaba cualquier importancia o validez al sacramento del bautismo. Según Pelagio, si el hombre obra de manera correcta de acuerdo con su conciencia humana puede alcanzar —sin necesidad de más— la vida eterna. Para este erudito la figura de Jesús sigue siendo fundamental por el impecable ejemplo de su doctrina, pero no por la salvación universal que para la Iglesia otorga su muerte.

A todo esto, se atrevió a añadir que la ley judaica era tan buen camino para alcanzar el cielo como los Evangelios. De este modo, podemos considerar a Pelagio el ejemplo en el que siglos después se fijará el cismático Lutero con su protestantismo. La doctrina *pelagianista* se inspiraba claramente en la filosofía clásica pagana por lo que fue duramente condenada por San Agustín en el Concilio de Cartago, en el año 418.

Una tercera herejía surgida en Occidente fue promovida e impulsada desde la vieja Hispania por un gallego nacido en el siglo IV. Prisciliano —este era su nombre— hizo carrera eclesiástica llegando a ostentar el obispado de Ávila. El *priscilianismo* contenía reminiscencias y vestigios tanto *maniqueos* [166] como gnósticos. Desde la sede episcopal que ostentaba, Prisciliano extendió su propia versión del cristianismo por Galicia y la entonces provincia de Lusitania. La persistencia del obstinado gallego lo convirtió en un incómodo hereje a ojos de la jerarquía eclesiástica más próxima; así que sin más miramientos, fue acusado de *maleficium* —brujería y magia— siendo rápidamente decapitado en la ciudad alemana de Tréveris, en el año 385 junto a

sus más cercanos seguidores.

De este modo, el díscolo gallego fue privado de su cabeza y se convirtió en la primera víctima de la persecución de la Iglesia contra los herejes, muchos siglos antes de la creación de la Santa Inquisición. Estas desproporcionadas ejecuciones causaron un gran impacto emocional en círculos eclesiásticos europeos, tanto que san Martín de Tours como san Ambrosio de Milán —los dos hombres de Iglesia más relevantes de la época—, protestaron enérgicamente por esta sumarísima ejecución ante el entonces emperador Máximo. Este alegó que había sido convencido por la abrumadora presión de ciertos obispos hispanos. El *priscilianismo*, impregnado de un fuerte contenido social y de crítica a la jerarquía, subsistió algún tiempo en algunas recónditas parroquias de los territorios por los que había arraigado. En el año 400, el I Concilio de Toledo condenó oficialmente la doctrina de Prisciliano:

«Condeno, juntamente con su autor todos los libros heréticos y en especial la doctrina de Prisciliano, según acaba de ser expuesta, donde se afirma que escribió que el Hijo de Dios no puede nacer».

Como hemos visto, las herejías nacidas en Occidente tuvieron un corto recorrido, muy local y restringido, por lo que su poder de propagación fue pronto erradicado por el poder establecido. Contrariamente a lo que acabamos de conocer, fueron las herejías surgidas en Oriente las que tuvieron mayor peso dogmático, social y político. Es por esto por lo que para combatirlas y condenarlas se reunieron los primeros Concilios Ecuménicos. Las primeras herejías más importantes que plantearon grandes controversias e hicieron tambalearse por primera vez la unidad de la Iglesia fueron: *Arrianismo, Nestorianismo y Monofisismo*. Vamos a conocer cada una de ellas.

El *arrianismo* fue promovido por un presbítero de la ciudad de Alejandría que atendía al nombre de Arrio. Esta doctrina sostenía que de las tres personas que forman la Trinidad, Jesús de Nazaret, el Hijo, había sido creado por el Padre antes de todos los tiempos, y aunque era superior a todos los hombres, no ostentaba igual divinidad que el Padre. Esto otorgaba a Jesús el estatus de semidiós. El problema estaba servido.

Este insólito planteamiento por parte de Arrio amenazaba los mismos pilares en los que se sustentaba el cristianismo, por lo que el emperador Constantino, asesorado y aconsejado por sus teólogos y obispos convocó el primer Concilio Ecuménico de la historia en el año 325. Se trata del Concilio de Nicea, ciudad costera en Antioquia donde se ubicaba la residencia de verano del emperador. En este Concilio se congregaron hasta trescientos obispos, y fue presidido —con la asistencia del emperador—, por el obispo Osio de Córdoba, consejero

personal en materia religiosa de Constantino.

De Nicea salió el Credo con la nueva fórmula del *Filioque* [167], afirmando que Jesús, el Hijo, fue engendrado, no creado, consustancial al Padre. Dejando de este modo zanjada la argumentación arriana. Aunque el arrianismo irá decreciendo en el Imperio y será nuevamente condenado en el II Concilio Ecuménico celebrado en Constantinopla en el año 381, tuvo cierto recorrido bajo la dirección del obispo Ulfila que convirtió a los godos a la doctrina arriana, aportando la traducción de la Biblia a la lengua goda.

Bajo el mandato del monarca visigodo Recaredo (586-601), desaparecerá el arrianismo tras la conversión de este rey al catolicismo. Recaredo era consciente de que el poder real debía apoyarse en sólidas bases religiosas. Asesorado por su entorno vio claramente que esta fuerza y solidez no residían en el arrianismo, sino en el cristianismo, que era la fe profesada por la mayoría de la población hispanorromana del reino visigodo en Hispania. Verdaderamente, el arrianismo era la fe de una pequeña, pero poderosa minoría visigoda, constituida por nobles, militares y obispos con los que Recaredo, asesorado en todo momento por el obispo católico Leandro de Sevilla, mantuvo cautelosas reuniones, recordándoles las mínimas diferencias doctrinales entre las dos religiones, convenciéndoles de la necesaria e irrenunciable cohesión política que el catolicismo aportaría al reino. Algunas prácticas características y diferenciadoras de la liturgia arriana eran: la utilización del godo en lugar del latín y el bautismo por el rito de triple inmersión, llevándose a cabo esta liturgia siempre de noche.

Para terminar, como curiosidad histórica podemos añadir que, entre los muchos acuerdos salidos del Concilio de Nicea del año 325, se estableció la normativa para indicar la fecha de la Pascua de Resurrección —válida aún hoy— ante las continuas desavenencias con los judíos en este tema. Los judíos celebran su Pascua el primer plenilunio o luna llena posterior al equinoccio de primavera pudiendo de este modo caer en cualquier día de la semana.

La Pascua cristiana se estableció del siguiente modo: La Pascua se celebraría entre el veintidós de marzo y el veinticinco de abril, siempre teniendo en cuenta el calendario lunar. Concretamente se celebraría siempre el primer domingo siguiente al plenilunio posterior al equinoccio de primavera. Es por eso por lo que todas las noches de semana santa que las nubes lo permiten, disfrutamos de una agradable luna llena. El equinoccio de primavera de ese año 325 tuvo lugar el veintiuno de marzo. Mucho después, en el año 1582, el papa Gregorio XIII corrigió diez días de desfase acumulados con los años. Ese año, al día cuatro de octubre le siguió el día quince. Se trata del calendario por el que actualmente nos regimos en el mundo occidental, el

llamado calendario gregoriano.

Siguiendo con las herejías surgidas en Oriente, el *nestorianismo* toma su nombre de su fundador, un monje de procedencia siria que llegó a ostentar el Patriarcado de Constantinopla a partir del año 428. Evidentemente su nombre era Nestorio. Esta herejía se fundamentaba en promulgar que Cristo tenía dos naturalezas bien diferenciadas: una humana y otra divina. Naturalezas completas, pero siempre separadas, predominando si acaso, la humada sobre la divina. A este planteamiento se opuso el patriarca Cirilo de Alejandría, afirmando que en Cristo confluían dos naturalezas en una sola persona, la divina y la humana a la vez, sin confusión ni separación posible entre ellas. De este modo, María, la madre de Jesús se convertía también en la madre de Dios. Esta fue la postura oficial defendida en el III Concilio Ecuménico de Éfeso celebrado en el año 431. El *nestorianismo*, prohibido y perseguido, se refugió en la Persia sasánida, y desde allí se expandió por territorios del actual Iraq, la India y China, donde aún hoy subsiste en pequeñas congregaciones.

Pero será la herejía conocida como *monofisismo* la que mayor arraigo, influencia y consecuencias tenga en el Imperio Bizantino, donde recordemos que la religión oficial era el cristianismo —más adelante ortodoxo—. Un discípulo de Cirilo de Alejandría llamado Eutiques, tras la muerte de su maestro, transpuso la doctrina de este a sus últimas consecuencias. Eutiques afirmaba ahora, que las dos naturalezas de Cristo estaban fundidas en una sola —monofisis—, aunque el aura de la divina destacaba por encima de la humana. El *monofisismo* fue reconocido como doctrina oficial del Imperio Bizantino en el año 449, durante un Concilio celebrado también en Éfeso y presidido por el emperador Teodosio II. En este concilio no fueron admitidos los legados enviados desde Roma por el papa León I, por lo que este no dudó en calificarlo como «*el latrocinio de Éfeso*». Finalmente, León I logró que se celebrara el IV Concilio Ecuménico de Calcedonia al que acudieron seiscientos obispos, donde se condenó unánimemente el *monofisismo*. Este Concilio estableció que en Cristo las dos naturalezas se encuentran «*inconcusas e inmutables, indivisas e inseparables*». Numerosos obispos alejandrinos, sirios y armenios se opusieron abiertamente a las decisiones del Concilio y dieron origen a un cisma que llega hasta nuestros días. Así nació la Iglesia Ortodoxa Copta que se extiende por los actuales Egipto, Siria, Iraq, Líbano, Armenia, Eritrea y Etiopía.

Pero a pasar de su condena desde Roma, el *monofisismo* había calado hondo en gran parte de la sociedad bizantina, incluidos varios emperadores. En territorios como Egipto y Siria se convirtió en una seña de identidad nacionalista frente al poder ejercido por los emperadores desde Constantinopla, hasta su conquista por los

musulmanes.

La emperatriz Teodora de Bizancio —esposa del emperador Justiniano I—, antes de ostentar la púrpura imperial había sido actriz y prostituta en Constantinopla. Vejada y maltratada en incontables ocasiones se marchó a Alejandría donde se convirtió al *monofisismo*. A su regreso a la capital como una mujer nueva —o al menos distinta—, gracias a este movimiento herético, llegó a ser emperatriz. La singular historia de esta mujer la he contado ya en otros libros anteriores, pero llegado a este punto no me resisto a exponerla una vez más, porque la considero digna de ser conocida por los amantes de la Historia, sí, con mayúscula.

Teodora de Bizancio tuvo un peculiar recorrido vital: de meretriz a emperatriz. Muy presumiblemente si esta mujer no hubiese estado junto al emperador Justiniano, en los momentos más aciagos y críticos de la revuelta de *Niké* [168] en el año 532, el destino de Bizancio, y sobre todo de su emperador, habría sido muy diferente. Con Teodora, a pesar de su duro pasado, podemos ratificar la máxima que detrás de un gran hombre, siempre hay una gran mujer.

Su madre era bailarina y actriz, ambas profesiones relacionadas directamente en esta época con la prostitución; su padre, hombre de gran experiencia circense, era el encargado de los osos del hipódromo de Constantinopla, sabemos que su nombre era Acacio. Teodora nació en el año 500 y tenía dos hermanas llamadas Komito y Anastasia. Muerto su padre, siguió los pasos de su hermana mayor, frecuentando los burdeles próximos al hipódromo donde nunca faltaban clientes de todas condiciones.

Pronto se hizo actriz, trabajo este, desde donde seguramente podía seleccionar con mejor criterio a los clientes que mejor pagasen unos *tremissis* [169] y le ocuparan menor tiempo en sus servicios como meretriz. Durante esta época de actriz conocerá a Antonina, mujer clave en el devenir de Teodora, cuya amistad se perpetuará en el tiempo. Con toda probabilidad, Antonina se dedicaba al mismo oficio que la futura emperatriz. Cumplidos los dieciséis años se marchará junto a un oficial del ejército bizantino al norte de África, con el que permanecerá durante cuatro años no precisamente gratos; maltratada y finalmente abandonada, pasó un tiempo en Alejandría donde al parecer, se convirtió al *monofisismo*, abandonando a partir de entonces su medio de sustento a través del negociado de su cuerpo.

De regreso a Constantinopla se estableció cerca del palacio imperial para ejercer honradamente como hilandera. Con toda probabilidad fue ayudada por su amiga Antonina que se había convertido en esposa de un alto cargo militar llamado Flavio Belisario, mano derecha de Justiniano. Es ahora cuando Teodora, con veinte años, conocerá a Justiniano, sobrino del Emperador Justino. Sin duda es su amiga la

que hace de enlace y mueve los hilos para que Teodora y Justiniano coincidan y se conozcan. Belisario y Justiniano eran íntimos amigos, al igual que Antonina y Teodora. Toda esta intriga afectiva provocará que el sobrino de Justino se enamore de Teodora, y esta se agarrará con todas sus fuerzas a la púrpura imperial para no soltarla nunca más, como si le fuese la vida en ello. Los posteriores hechos lo demostrarán.

Por supuesto, en cuanto la relación llegó a oídos de la familia imperial, se opuso abiertamente a que prosiguiera, sobre todo las mujeres y en especial su tía Lupicinia Eufemia, esposa del emperador Justino, que durante toda su vida intentó evitar, por todos los medios, la boda de su sobrino con Teodora. Por el contrario, el emperador Justino apreciaba realmente a su sobrino y no opuso objeción a su relación con Teodora, sabedor que su propia esposa había tenido una trayectoria tan azarosa como la mujer que ahora se negaba a aceptar como sobrina. Efectivamente, Lupicinia había sido «*esclava y bárbara*», además su nombre procede de las palabras latinas *Lupa* [170] y *Lupanar* [171]. Todo esto lo sabemos gracias a los textos que nos dejó Procopio de Cesarea, escriba y secretario personal del general Belisario.

La boda entre Justiniano y Teodora, diecisiete años más joven que él, se celebró en el año 525, antes de la llegada al trono, es decir, se casaron antes de que Justiniano fuese emperador; él contaba con cuarenta y dos años y Teodora veinticinco. Lupicinia ya había fallecido, y será en el año 527 cuando Justiniano alcance el sillón imperial tras la muerte de su tío Justino. Ese año Teodora es nombrada *Augusta* [172] , título reservado a las esposas de los emperadores de Bizancio. Este nombramiento permitía que la emperatriz tuviera su propio *gineceo* [173] en el palacio imperial, vistiera la púrpura e incluso apareciera en acuñaciones monetarias. Del mismo modo, todos los cargos relevantes de la milicia y de la jurisprudencia bizantina estaban obligados a prestar juramento por el emperador y por la emperatriz.

Aunque sobre Justiniano existe una aureola mítica en torno a sus victorias militares, su idea de restauración del viejo Imperio Romano y su expansión en el Mediterráneo occidental, hechos sin duda indiscutibles e historiográficamente documentados, no es menos cierto que, sus primeros cinco años en el trono fueron muy difíciles, llegando incluso al borde del colapso en el año 532.

Efectivamente, ese año la plebe de la gran ciudad de Constantinopla, agobiada por los fuertes impuestos derivados de la guerra, y el posterior y humillante tratado de paz firmado con los persas, que imponía a los bizantinos importantes pagos anuales en oro, terminó sublevándose durante una de las frecuentes carreras de *cuadrigas* [174] que se celebraban en el hipódromo; y como chispa detonante, los

habituales enfrentamientos entre las dos facciones que se daban cita durante las carreras: los verdes y los azules, grupos similares a los ultras que en la actualidad existen en los estadios de fútbol. Los verdes representaban a la plebe y a pequeños artesanos y comerciantes, mientras los azules, facción con la que simpatizaba Justiniano, alineaban a la aristocracia, terratenientes y grandes propietarios en general; ambas facciones animaban, vitoreaba y aplaudían a sus *aurigas* [175] favoritos, o insultaban, escupían y maldecían a los contrarios.

Una vez desatada la revuelta, los disturbios se extendieron como la pólvora por toda la ciudad, espoleados por un complot senatorial que pretendía derrocar a Justiniano, y durante seis días los tumultos no cesaron; todo lo contrario, fueron en aumento llegando a las mismas puertas del palacio imperial, situado justamente contiguo al hipódromo, epicentro de los disturbios. Ante la evidencia de un inminente asalto de la muchedumbre, Justiniano lo tenía todo preparado para abandonar Constantinopla. En el fondeadero anexo al palacio imperial, el *drongario* [176] tenía los barcos listos y pertrechados para soltar amarras, una escolta formada por *tágmatas* [177] que protegía la zona esperaba al emperador, custodiado de cerca en todo momento por los *scolae* [178]; y en las bodegas de los barcos, dinero y joyas suficientes para toda una vida. Todo estaba listo para la huida.

En este aciago momento es cuando la personalidad de Teodora de Bizancio, labrada y endurecida por su propio pasado cambió sin duda el rumbo de la historia. Tenemos el texto de Procopio de Cesarea, que se encontraba presente junto a su superior, el general Flavio Belisario; todos los hombres que regían el destino del gran Imperio Bizantino, heredero de Roma, se disponían prestos, a huir con su emperador a la cabeza, fue entonces cuando la única mujer presente, la emperatriz Teodora, tomó la palabra:

«[…] Pienso que en este momento la huida es el paso más falso que pueda darse, aunque en ella podamos hallar la solución. Tan verdad que como cada hombre que haya visto la luz del mundo no puede eludir la hora de su muerte, es que el hombre que una vez ha sido emperador no podrá soportar la vida en el destierro. En lo que a mí respecta, yo nunca querré despojarme de esta púrpura ni ver el día en que alguien no me llame señora. Si tú, mi césar, quieres salvarte, está bien: hazlo. Lo tienes todo a favor, dinero en abundancia y ahí abajo el mar y los barcos aparejados para llevarte. Pero ten cuidado, pues esa salvación puede ser más fatal para ti que la propia muerte. En cuanto a mí, me mantengo fiel al antiguo dicho: el poder es un espléndido sudario».

Palabras tajantes y elocuentes, que demuestran la decisión, determinación y coraje de Teodora, que antes de renunciar a la

púrpura imperial, prefería la muerte, como si de cuna le viniese. En el trato con sus súbditos le gustaba ser llamada *despoina* [179]. Todos en Bizancio sabían de su vida pasada. Sin trono, solo volvería a ser la actriz de circo y farándula que fue, con todo lo que ello significaba, y tendría que volver a escuchar los calificativos de meretriz, buscona, ramera, furcia, prostituta, pelandusca, loba, zorra y hasta puta, adjetivos todos ellos, que en tono despectivo tantas veces habían soportado sus oídos, sin duda se juró a sí misma, no tener que volver a sufrirlo jamás.

Tras esta vigorosa y valiente alocución de Teodora, todos los hombres allí presentes, sorprendidos y perplejos, en tensión y absoluto silencio, miraban al emperador esperando su decisión. Tras unos interminables minutos de debate interior, Justiniano decidió quedarse junto a su esposa, tal vez por verdadero amor, pero lo cierto es que esta decisión le permitió disfrutar de un largo y fructífero reinado. Teodora decidió pasar a la acción y atajar la rebelión a toda costa. Inmediatamente el eficaz general Flavio Belisario se puso al frente de un ejército acantonado a las afueras de la ciudad que iba a marchar contra los *vándalos* [180]*,* y lo empleó para erradicar la revuelta, sin piedad, sin miramientos, con total contundencia. El general, marido de Antonina, íntimos amigos a su vez del matrimonio imperial, sofocó la revuelta actuando enérgicamente, ejecutó hasta los últimos responsables causando treinta mil muertos entre los insurrectos. En las filas de los ajusticiados había varios senadores, que como hemos visto, casi consiguen derrocar a Justiniano. Tenían previsto colocar en el trono a un sobrino del que fue el emperador Anastasio. Este pobre infeliz del que los senadores se habían servido como un títere fue decapitado por Belisario y su cuerpo arrojado al mar: su nombre era Hipatio.

A partir de ahora, Justiniano tendrá siempre muy presentes los consejos y sugerencias de su esposa en sus decisiones políticas y de gobierno. Teodora influyó sin lugar a duda, en muchas leyes favorables a las mujeres que se incluyen en el gran corpus jurídico de Justiniano. Algunas de estas leyes admitían el divorcio de las mujeres, permitiéndoles ser receptoras de herencias; se imponía la pena de muerte a los violadores, en el caso de ser absuelto un violador; se le castraba, se prohibían los castigos por adulterio; se reconocían los hijos bastardos, se prohibió la prostitución forzosa, la pederastia y se crearon instituciones para ayudar a las mujeres que quisieran abandonar la prostitución.

En este sentido, Teodora fue promotora de un convento en la orilla asiática del Bósforo, frente a Constantinopla, en *Metanoia* —este era el nombre del convento—, las mujeres eran instruidas en un oficio, desempeñado normalmente por féminas, como hilandera, costurera,

matrona, cocinera, enfermera y otros laboriosos y duros menesteres considerados entonces exclusivos de mujeres. Teodora logró que su marido firmase un edicto en el que se condenaba la trata de blancas, considerando delincuentes a todos los propietarios de burdeles, consiguiendo protección y derechos desconocidos hasta entonces, a favor de las prostitutas. En Bizancio, la mujer no estuvo nunca tan protegida como bajo la tutela de la emperatriz Teodora.

Inmediatamente sofocada la revuelta de *Niké*, Justiniano y Teodora se lanzaron a la reconstrucción de Constantinopla erigiendo bellos edificios y numerosas iglesias en acción de gracias, entre las que destaca por su monumentalidad la imponente, majestuosa y soberbia basílica de Santa Sofía, la más bella y grande de la cristiandad, obra de los arquitectos Isidoro de Mileto y Antemio de Tralles. Esta basílica se convirtió en símbolo de prestigio y poder del emperador y su esposa. Teodora no tuvo descendencia con Justiniano, pesándole mucho no haber dado un heredero a su esposo. Esto supone otra muestra de amor por parte del emperador, que pudiendo repudiarla para tener descendencia con otra mujer, permaneció fiel a Teodora hasta el fin de sus días. Este hecho nos puede hacer pensar que la imposibilidad de concebir fuese de Teodora, o también de Justiniano, o incluso, casi con toda probabilidad, de ambos. La emperatriz tuvo una hija cuando contaba con dieciséis años, desconocemos su nombre, pero si el de su hijo, es decir, el nieto de Teodora, Anastasio. Parece ser que su única hija y su nieto vivieron discretamente en la corte bajo la protección de Teodora y su marido. Durante sus intensos y arduos años como meretriz, Teodora se había sometido a numerosos abortos, hecho que justifica el que no pudiese concebir un hijo de Justiniano, pero, por otra parte, su marido, un año antes de contraer matrimonio, exactamente en el año 524, había enfermado de *orquitis* [181], que bien podía haber repercutido en su fecundidad. Así que perfectamente, cabe la posibilidad de que ambos hubiesen sido incapaces de engendrar un hijo, incluso por separado, en cualquier otra unión.

No obstante, poco antes de fallecer, Teodora logró la unión en matrimonio de su sobrina Sofía, hija de su hermana mayor Komito, con Justino, sobrino de Justiniano y heredero al trono. Teodora murió a los cuarenta y ocho años, según describen las fuentes, de una afección que hoy llamamos cáncer de pecho. Había sido emperatriz durante veintiún años. Justiniano vivió diecisiete años más, siendo enterrado en la Iglesia de los Santos Apóstoles, junto a la mujer, cuya inquebrantable decisión de no abandonar Constantinopla le permitió gobernar Bizancio durante treinta y ocho años. En la actualidad, la iglesia ortodoxa venera a Teodora como «*justa mujer* ». Pienso que justamente.

Conocida la azarosa e interesante trayectoria de tan extraordinaria

mujer, vamos a volver sobre el tema con el que comenzamos este capítulo: las herejías.

Todas las herejías que hemos conocido en las páginas anteriores son las que se produjeron en la Alta Edad Media. En el transcurso de los siglos XI y XII se desarrollaron en el seno de la Cristiandad nuevas herejías, que en este caso no tuvieron un carácter exclusivamente teológico tal y como había sucedido en las surgidas durante los primeros siglos del cristianismo. Aunque bien es verdad que toda herejía tiene un trasfondo que afecta al canon ortodoxo establecido por la Iglesia, las surgidas durante estos siglos de plenitud medieval están imbuidas de un fuerte carácter social, y en algunos casos podrían ser calificadas de revolucionarias. En estas nuevas desviaciones de la ortodoxia se vieron implicados todos los estamentos de la sociedad medieval: nobles, clérigos, burgueses, campesinos y artesanos, nadie quedó al margen de las convulsiones del momento.

Ya desde comienzos del siglo XI las crónicas medievales nos hablan de milenaristas, visionarios, ermitaños, charlatanes, clérigos y monjes predicadores que promulgan enseñanzas alejadas del dogma establecido desde Roma. Para atajar este problema, en el año 1184 el papa Lucio III redactó la bula *Ad Abolendam.* En el texto papal se daba la instrucción precisa de perseguir a los predicadores no autorizados por la Iglesia y ordenaba a los obispos que averiguaran y sacaran a la luz las ideas perniciosas en sus respectivas diócesis. Un fragmento de esta Bula dice así:

«Y puesto que algunos bajo apariencia de piedad y como dice el apóstol, pervirtiendo su significado, se arrogan la autoridad de predicar […] sin haber recibido la autorización de la Santa Sede o del obispo del lugar […] sea juzgado como hereje por la misma Iglesia Romana o por cada obispo de su diócesis […] quedan sujetos a la misma sentencia todos sus encubridores y defensores y todos aquellos que prestasen alguna ayuda o favor a los predichos herejes con el fin de fomentar en ellos la depravación de la herejía, bien a los que llaman consolados, o creyentes, o perfectos, o con cualquiera de los nombres supersticiosos con que se los llame».

En Francia, Alemania o Lombardía, por ejemplo, son frecuentes los discursos de estos disidentes de la ortodoxia. Sus seguidores practican una pobreza comunitaria y un espiritualismo exacerbado; pero por ahora, aunque en algunos puntos del Midi francés llegan a ser numerosas estas congregaciones, no suponen un serio peligro para la Iglesia establecida. De momento, la Iglesia se contentaba con excomulgarlos, desterrarlos y confiscar sus bienes. Se trataba de valdenses y cátaros que denunciaban la riqueza de un episcopado apartado del todo de sus deberes y funciones religiosas, promulgando

al mismo tiempo el regreso a un cristianismo primitivo, similar al de la primera Iglesia apostólica.

El movimiento valdense fue creado por Pedro Valdés, conocido entre los suyos por el nombre de Valdo. No se trataba de un pedigüeño, mendigo o cualquier otro marginado medieval; era un próspero comerciante afincado en la localidad francesa de Lyon. En el año 1170 se unieron a él unos pocos adeptos que tomaron para su congregación el representativo nombre de «*pobres de Lyon*». Todos ellos, incluido el mismo Pedro, repartieron todos sus bienes y pertenencias —a excepción de sus ropajes— entre los más pobres de la ciudad, dedicándose a partir de entonces a predicar la penitencia en la más absoluta pobreza. Los elementos más preparados de la nueva congregación se dedicaron a traducir los Evangelios a la lengua vulgar, para de ese modo acceder a sus contenidos sin la necesidad de la mediación de los eclesiásticos dominadores del latín, que obedecían —como era natural— las directrices marcadas por los obispos y la Iglesia.

Hasta ese momento se trataba de unos incómodos, desarraigados y pobres disidentes carentes de todo poder que deambulaban por calles y plazas, por lo que los dignatarios de la Iglesia no les dieron excesiva importancia. Pero el siguiente paso dado por los valdenses fue atacar directamente a la jerarquía eclesiástica —empezando por lo más alto —, lo que provocó —ahora sí— que la excomunión pesara sobre todos y cada uno de ellos. En el Concilio de Verona, convocado y presidido por el papa Lucio III en el año 1184, los valdenses fueron condenados por herejes, excomulgados, perseguidos y apartados de la Iglesia. Al conocer la sentencia, Pedro Valdés y sus seguidores, conscientes de que acabarían en la hoguera si eran capturados, escaparon de Lyon, escondiéndose por diversos lugares de Francia y el resto de la Cristiandad. Los valdenses son considerados uno de los embriones del que en el futuro eclosionará la reforma protestante del siglo XVI. La iglesia valdense, aunque de forma minoritaria, ha sobrevivido hasta hoy.

Mucho mayor calado —por su enorme contenido teológico, difusión y apoyo— tuvo la herejía de los cátaros, también conocidos como *puros* o *albigenses*. Los participantes en la Segunda Cruzada tuvieron contacto con el *maniqueísmo* y el *gnosticismo* durante su estancia en Oriente. Cuando los participantes en la cruzada —en especial los nobles francos— regresaron a Occidente introdujeron y difundieron estas ideas por sus lugares de origen, teniendo especial arraigo en el Midi francés, concretamente en la región circundante a la población de Albi, de donde les viene el nombre de albigenses. Es calificada por diversos autores como la «herejía perfecta» ya que atrajo a gentes de todos los estamentos medievales, tanto del ámbito urbano como rural.

Estos nuevos iluminados denunciaban abiertamente toda la organización piramidal eclesiástica, así como los sacramentos establecidos. Para los cátaros solo un sacramento, al que ellos llamaban *Consolamentum* tenía cierta validez, y sería el equivalente a la extremaunción. Su doctrina se basaba en la lucha constante entre el bien y el mal, entre los actos y el individuo, entre el espíritu y la materia. Los cátaros no estaban sujetos a la observancia de principios establecidos, pero sí sus dirigentes, llamados *perfectos* o *puros*, y como tales estaban obligados a llevar una vida austera, recta y ejemplar a ojos del resto de la comunidad.

Traído como sabemos por los nobles participantes en la Cruzada, el movimiento pronto contó con el apoyo de la nobleza feudal del sur de Francia, encabezada por Raimundo VI de Tolosa. Apoyándose en el poder de la nobleza que los cobijaba, crearon una estructura eclesiástica propia que llegó a contar con media docena de sedes episcopales. Ante semejante osadía la Iglesia trató de que las cosas no fueran a más enviando preparados predicadores de la Orden Cisterciense para erradicar el problema. Al frente de los predicadores encargados de recuperar a estas ovejas descarriadas estaban el obispo Diego de Osma y Domingo de Guzmán. Estos se vieron impotentes en su cometido ante el gran arraigo que habían adquirido los Cátaros y su doctrina en la zona, por lo que alarmados por su infructuosa labor de predicación —a pesar de su denodado esfuerzo— reclamaron la presencia del legado papal, Pedro de Castelnau, para que conociese de primera mano el grave asunto. Este, apremiado por el Papa, no tardó en acudir y se presentó de inmediato ante Raimundo de Tolosa, exigiéndole en nombre de Dios y del Papa que acabara de una vez con tal situación, prometiera obediencia a la Santa Sede y abrazara la Cruz. Antes de terminar de pronunciar la última palabra, un escudero del conde Raimundo dio un paso adelante y atravesó súbitamente con su espada al enviado del Papa. La suerte estaba echada.

Inmediatamente, toda la comarca fue declarada herética, y el papa Inocencio III, apoyado por la nobleza del norte de Francia, proclamó la Cruzada contra los albigenses. El peso de la espada cayó con toda su fuerza sobre las gentes que poblaban el sur Francia. Sin distinguir entre noble o campesino, judío o *cahorsino* [182], cátaro o cristiano; todo habitante del *Midi francés* sin excepción fue considerado enemigo de la Iglesia. En este marco de despiadada guerra total contra la herejía se produjo la matanza de siete mil personas, encerradas en la catedral de Bézier tras la toma de esta ciudad por las tropas papales en el año 1209. Al ser preguntado el nuevo legado papal, Arnaldo Amalrico, sobre qué debían hacer con los prisioneros, ya que entre ellos había multitud de católicos, este respondió fríamente y sin miramientos: «*Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos*».

Pero el enfrentamiento decisivo entre las tropas pontificias y las huestes albigenses tendrá lugar en el año 1213 en la decisiva *batalla de Muret*. La inapelable victoria de las fuerzas enviadas por el Papa se saldó con la muerte del rey Pedro II de Aragón, que había acudido en ayuda de su vasallo Raimundo VI de Tolosa. Tras esta debacle en el campo militar los últimos cátaros se refugiaron en el escarpado castillo de Montsegur donde resistieron hasta 1244, año en el que fueron finalmente desalojados al asalto, siendo quemados en la misma ladera del castillo doscientos de ellos. Fue esta la herejía que más resistencia opuso a la Iglesia, que como hemos comprobado tuvo que echar mano de toda una Santa Cruzada para erradicarla a golpe de espada. Definitivamente, y contradiciendo a algunos autores, se trató de «la herejía casi perfecta».

Con la eliminación de los cátaros, la Cristiandad disfrutó de cien años de cierta tranquilidad en lo que respecta al desafío del dogma establecido por la Santa Sede. Las últimas herejías medievales de cierta relevancia tuvieron lugar durante el transcurso del siglo XIV y no gozaron de gran difusión entre el pueblo llano más allá de las zonas donde surgieron, aunque sí tuvieron especial acogida en recintos culturales como eran las Universidades. Fueron protagonizadas por dos hombres que respondían al mismo nombre: Juan.

El inglés Juan Wyclif, nacido en el año 1330, estudió en la Universidad de Oxford graduándose como maestro en Artes, a los treinta años. Continuó sus estudios en la misma Universidad alcanzando el grado de Doctor en Teología a los cuarenta y dos años, obteniendo una cátedra vitalicia en la misma, dignidad que mantuvo hasta que le fue retirada tras los graves disturbios protagonizados por sus discípulos y alumnos años después. Sus novedosas teorías sobre la supremacía del poder civil sobre el eclesiástico, hizo que muchos clanes nobiliarios se mostraran interesados por sus atrevidas propuestas. Así la poderosa familia de los Lancáster acogió bajo su protección a Juan.

El pensamiento de este cultivado herético quedó plasmado en sus dos manuscritos: *De civili dominio* y *De dominio divino*. En estos escritos, Juan plasma sus opiniones y conceptos que en la mayor parte de las veces atacan descaradamente los cánones establecidos como eran la escolástica y el Derecho canónico. Según Wyclif, la estructura eclesiástica no es en absoluto necesaria, ya que provoca más mal que bien, y todos los intentos por regenerarla desde dentro son y han sido siempre tenues, efímeros o infructuosos, por lo que es necesario que el poder civil ajeno a la jerarquía de la Iglesia intervenga y lleve a cabo las reformas necesarias.

Wyclif denunciaba a los poderes eclesiásticos acusándolos de

atribuirse funciones, prerrogativas y poderes que no le correspondían; los obispos, presbíteros y sacerdotes predicaban hipócritamente todo aquello que no cumplían, y el Papa se adjudicaba el poder universal como si fuese el amo del mundo. Además de estas denuncias, Juan propuso la traducción al inglés de las Sagradas Escrituras para que fuesen leídas e interpretadas directamente por los fieles —los pocos que supiesen leer claro está— sin la intermediación de clérigos.

Sorprendentemente, todas estas ideas fueron bien acogidas en el seno de la Universidad donde Juan era muy valorado, pero pronto también el poder monárquico vio con buenos ojos las propuestas de Wyclif que fortalecían su poder frente a la Iglesia. Del mismo modo, el pueblo llano que sentía poco o ningún afecto por el clero a causa de su suntuoso modo de vida y acumulación de propiedades, se veía más identificado con las nuevas ideas de Wyclif que con la Iglesia y sus denostados representantes. Hasta aquí todo parecía ir bien para la nueva doctrina y su propulsor.

Pero los violentos excesos cometidos —en especial contra la nobleza — en nombre de las ideas de Wyclif por su discípulo John Ball provocaron que a partir de entonces fueran vistas con otros ojos. El lema esgrimido por el tal Ball era: «Cuando *Adán araba y Eva hilaba, ¿dónde estaba el noble?*» Fueron numerosas las propiedades asaltadas y saqueadas en paralelo al linchamiento y asesinato de muchos nobles junto a sus familias.

Ni que decir tiene que a partir de entonces fueron perseguidos a muerte. Las doctrinas de Wyclif pervivieron entre los llamados *lolardos* [183], que fieles a sus enseñanzas promulgaban una profunda simplificación de la jerarquía eclesiástica, el reparto de sus bienes y una liturgia breve, así como la práctica de un puritanismo y moralidad estrictas. Finalmente, Juan Wyclif fue detenido y procesado en mayo de 1382, y aunque salvó la vida —al no haber tomado parte en los disturbios— fue privado de su cátedra en Oxford y desterrado hasta el final de sus días —murió el último día del año 1384— a una remota y pequeña parroquia de la campiña inglesa. Durante este retiro forzado escribió sus dos obras antes mencionadas.

Las revolucionarias ideas de Wyclif habían calado profundamente en el seno de muchas comunidades universitarias. En Centroeuropa, la universidad de Praga, que había dado cobijo ya el siglo anterior a algunas ideas valdenses acogió de buena gana las teorías de Wyclif. En esta época —principios del siglo XV— el pueblo checo no veía con buenos ojos la presencia de la clase dirigente alemana que controlaba todo el país desde hacía décadas, y en todas las poblaciones checas latía un profundo sentimiento de animadversión contra todo lo germano. Al mismo tiempo, la Iglesia era propietaria de más de la mitad del país en perfecta connivencia con los alemanes, así que era

vista con reticencia y hasta odio por esto y su desmesurada acumulación de riquezas y privilegios.

En el año 1402, un tal Juan Hus fue elevado al rango de capellán de la iglesia de Belén en Praga, un templo recién construido donde el nuevo capellán omitía el uso del preceptivo latín y oficiaba sus misas en checo, por lo que eran escuchadas de principio a fin y con gran atención por sus fieles. Hus poseía la virtud o el don de ser un excelente orador, que muy pronto, sumado a su fogosidad y puesta en escena con sus gestos, le siguieron auténticas multitudes. Predicaba ideas similares a las de Wyclif que habían sido condenadas *post mortem* por ser consideradas heréticas por el papa Gregorio XII en el año 1408, así que se le prohibió seguir con su actividad en la parroquia de Belén, a lo que Hus hizo caso omiso. No contento con esto, se enfrentó al entonces Papa *Juan XXIII* [184] tildándolo de simoniaco por la descarada venta de indulgencias sin otro objetivo que el de lucrarse y financiar su fastuosa vida mundana. Como era de esperar, fue de inmediato acusado de hereje y llamado para defenderse personalmente en el Concilio de Constanza.

A su llegada a esta ciudad fue arrestado de inmediato y confinado en una celda del convento franciscano de Constanza, y todo, a pesar de exhibir un salvoconducto firmado por el entonces emperador Segismundo. En el juicio se le presentaron hasta cuarenta y cinco acusaciones de herejía de las que Juan Hus solo admitió cuatro, pidiendo al tribunal que le convenciera de sus errores. Los teólogos del tribunal, abrumados y puestos en evidencia por Hus, le exigieron que se retractara de todas las acusaciones presentadas en su contra, y ante su negativa fue quemado en la hoguera el seis de julio del año 1415. Al conocer su sentencia el resignado reo afirmó:

«Esto me llena de placer, que hayan tenido que leer mis libros, donde se manifiesta su maldad. También sé que han leído mis libros con más interés que las Sagradas Escrituras porque querían encontrar en ellos sus falsas doctrinas».

Como otras tantas veces a lo largo de la Historia, sus ejecutores —aún sin pretenderlo— habían creado un mártir y un patriota. La nobleza checa calificó estos hechos como una afrenta a todo el país y otorgó a la Universidad de Praga poderes legislativos para dirimir sobre cuestiones teológicas y doctrinales. En el año 1417, reconocieron la comunión bajo el pan y el vino como signo distintivo en recuerdo de Hus quien la había llevado a cabo como signo de fidelidad al Evangelio.

En el año 1999, el entonces papa Juan Pablo II declaró: «*Siento el deber de expresar mi profunda pena por la cruel muerte infligida a Juan Hus y por la consiguiente herida, fuente de conflictos y divisiones, que se*

abrió de ese modo en la mente y el corazón del pueblo».

Más recientemente, en el año 2015, cuando se cumplían exactamente seiscientos años de la ejecución de Juan Hus, el papa Francisco celebró una liturgia de reconciliación junto a representantes de la Iglesia Husita checoslovaca.

Conocidas las principales herejías que en uno u otro momento de la larga Edad Media sacudieron los mismos cimientos de la Iglesia, vamos ahora a adentrarnos en algunos de los levantamientos y revueltas populares que se dieron en distintos momentos del mismo periodo, así como sus causas. A lo largo de toda la Historia siempre se han producido tensiones, crisis y revueltas de toda índole. Por consiguiente, la Edad Media —con sus mil años de recorrido— no podía ser menos.

Durante la Alta Edad Media la dura vida del campesino de la gleba transcurrió en un mundo inmóvil y aislado. De manera generalizada, la plebe aceptaba su situación de buen grado y con resignación mientras tuvieran protección, algo que comer y un techo llegada la noche. La suerte que corriera la tierra, las cosechas y la climatología era la suya propia, y no había más horizonte. Por otra parte, los castigos, en acorde a la época eran duros y crueles. Nadie quería exponerse mientras el hambre no le apremiara. Los tumultos, donde habitualmente corría la sangre, tenían sus inevitables consecuencias legales. Así pues, a finales del siglo IX y principios del X todavía se aplicaba la *Ley Salia* en Flandes y en todo el territorio de la actual Francia. Según esta, solo el oro puede impedir que corra la sangre. Cualquier puñetazo que provocase que la sangre del agredido cayese a tierra suponía nueve sueldos de multa. Una mano arrancada, un ojo saltado o una nariz seccionada costaban cien sueldos de multa. Y así una larga lista de penas en acorde al daño infringido.

Todo esto fue cambiando lentamente cuando a partir del siglo XI van resurgiendo las ciudades con sus gentes y su nueva forma de pensar y ver la vida. La burguesía va adquiriendo riqueza y poder en el seno de las ciudades, apartadas del control del poder feudal y monástico.

En paralelo al crecimiento de esta incipiente y próspera burguesía, las ciudades acumularán también grandes grupos de marginados fruto del aumento demográfico y del traslado de muchas gentes del campo a la ciudad. Campesinos desamparados, artesanos empobrecidos, vagabundos, pícaros, parados estacionales y mendigos —algunos, auténticos profesionales— serán los componentes marginales de la nueva ciudad medieval. En principio, durante la Alta Edad Media cualquier alboroto o conato de insurrección era rápidamente controlado y reprimido por el noble u obispo de turno, sin más trascendencia que el espectáculo en la plaza de la urbe donde se ejecutaba a la vista de todos —mediante la hoguera, horca o

decapitación— al promotor o a los cabecillas de los disturbios. Un verdadero divertimento para la plebe, pero, sobre todo, un auténtico aviso a navegantes.

Pero con el paso de los años esto cambiará. Las tensiones sociales que se dieron durante la Baja Edad Media tuvieron unas dimensiones que escaparon del control de los poderes locales. Si en los anteriores siglos altomedievales, el campesino se conformaba con la protección y el sustento de su señor, aunque esto lo ligara perpetuamente a la tierra, ahora en tiempos de crecimiento y bonanza económica comienza a cuestionarse su dura labor y a liberarse —si le es posible— del deber contraído con su señor, al que ve enriquecerse a su costa. La violencia de los campesinos se desataba generalmente por hartazgo tras haber soportado durante años o décadas —él y su familia— una situación deleznable, de malos tratos, vejaciones de toda índole y continuos abusos. Si a todo esto se sumaba el hambre, la asonada estaba servida. Se trataba por lo general de revueltas de corta duración en el tiempo, pero explosivas, destructivas y en ocasiones de una violencia inusitada.

Por el contrario, los disturbios originados en las ciudades tenían distintas motivaciones. Aquí en el interior de las ciudades se luchaba por el control de estas. Son muchos los nuevos burgueses que a pesar de poseer inmensa riqueza se ven excluidos —por mucho dinero que tengan— del poder local, ostentado a veces en exclusiva por dinastías familiares de rancio abolengo que no permiten la entrada de nuevos miembros en el poder local, con tal de no compartir sus ancestrales privilegios. Al vulgo de las ciudades le interesaba un poder monárquico fuerte que controlara a los dirigentes municipales que en muchas ocasiones se excedían de sus competencias y ejercían el abuso de poder sobre los más débiles y humildes. Por esto, llegado el momento, no dudarán en tomarse la justicia por su mano si el rey no la ejerce con firmeza.

Durante todo el convulso siglo XIV se dieron por toda Europa tensiones sociales, revueltas y disturbios tanto en el campo como en la ciudad; en ocasiones en los dos ámbitos a la vez. Y como era de esperar, en todos los casos corrió la sangre, mucha sangre. Vamos a conocer algunas de ellas.

La primera de las grandes revueltas de este siglo tuvo lugar en tierras de Flandes entre los años 1324 y 1328. La chispa que enciende al pueblo no salta de un día para otro. En este caso, el precedente está en una serie encadenada de malas cosechas propiciadas por una climatología adversa que se venía produciendo de manera continuada desde el año 1315. Esto provocó la escasez, el difícil acceso a los pocos excedentes y la consiguiente hambruna. Era el escenario perfecto que poco después encontraría la terrible Peste Negra para

hacer estragos. En este ambiente de hambre, miseria y precariedad no se le ocurrió al conde de Flandes, Luis I, otra cosa que exigir un impuesto extraordinario a sus famélicos súbditos. Como era habitual en esta época, solo estaban obligados a pagar los campesinos y el vulgo de las ciudades, mientras la nobleza y la Iglesia estaban exentas.

El descontento generalizado pronto dio paso a la violencia. La revuelta estalló en las ciudades donde se encontraban los principales órganos de recaudación. En este punto, la *Crónica de Flandes* dice que se produjo «*[…] un tumulto tan grande y peligroso como hacía siglos no se había visto*».

En localidades como Yprés o Brujas los disturbios alcanzaron enorme éxito, ya que las acciones acometidas se encontraban bien planificadas y dirigidas por ricos burgueses sometidos también al pago del impuesto extraordinario ordenado por el rey de Francia, a quien el territorio de Flandes debía vasallaje. En breve espacio de tiempo el alboroto se extendió por campos y aldeas. Las turbas consiguieron movilizar a miles de campesinos quienes sin nada que perder —excepto la vida— asolaron las propiedades de los nobles y la Iglesia, asesinando, robando e incendiando a discreción. Ante el empaque que iban cogiendo los acontecimientos intervino personalmente el mismo rey de Francia. Felipe VI de Valois, al frente de sus huestes feudales —compuestas principalmente por caballería pesada— aplastó la revuelta en el año 1328 en la ciudad de Cássel, donde se habían concentrado la mayoría de los envalentonados sublevados para intentar derrotar a las huestes reales en batalla campal. Error, craso error. Estos cuatro años de violencia, destrucción y muerte en Flandes son conocidos por la historiografía medieval como «*las revueltas flamencas*».

A mediados de este mismo siglo XIV, exactamente en el año 1358 le tocó el turno a Francia sufrir en sus carnes la violencia desatada. En esta ocasión la revuelta duró apenas dos semanas, pero fue tan salvaje y violenta que el nombre francés con el que se la conoce, *Jacquerie,* significa desde entonces «campesino rebelde». Se inició en la entonces región cerealística de la Baja Normandía, donde los precios del trigo y la cebada sufrieron una enorme caída; en la década anterior la *peste bubónica* había causado estragos, y en plena *Guerra de los Cien* años, estos territorios sufrían las incursiones permanentes de los ingleses, que tras varias victorias contundentes sobre el ejército francés saqueaban, robaban y mataban a discreción, con gran violencia y sin piedad. La guerra había provocado el desprestigio de la monarquía que hasta ese momento solo había cosechado una derrota tras otra frente a los ingleses. Para más inri, ahora se exigía a estas desoladas gentes un impuesto especial para pagar el rescate de su rey, prisionero de los ingleses. No cabe duda de que pretextos para la revuelta no les faltaban a estos desgraciados campesinos franceses.

Bien coordinada por sus promotores, la revuelta estalló el veintiocho de mayo de 1358 en diversos puntos a la vez. En esta ocasión la ira de estas gentes iba dirigida contra los nobles, por lo que los bienes de la Iglesia, inexplicablemente para algunos fueron ampliamente respetados. La destrucción de castillos y casas fuertes nobiliarias —tras ser saqueadas y sus moradores linchados y asesinados— fue tan enorme que algunos autores franceses no dudan en comparar esta revuelta con la época del *Gran Terror* de 1789, durante la revolución francesa.

El principal cabecilla de los insurrectos, Guillermo de Cale, fue llamado por el rey Carlos II el Malo para que expusiese sus peticiones, a las que el monarca estaba dispuesto a acceder para terminar con tan violenta revuelta. Guillermo —un tanto ingenuamente—, confiando en la palabra del rey se presentó ante él, tras lo cual mando prender y ejecutar al cabecilla en el acto. Ante este vil y poco noble comportamiento, el Malo alegó que las reglas entre nobles y caballeros no se extendían a la plebe como era el caso de Guillermo de Cale. Sin tiempo que perder, el día diez de julio, la nobleza al frente de sus huestes armadas aplastó sin miramientos a los campesinos en la *batalla de Mello*. Los que no murieron en combate y se rindieron fueron degollados sobre el terreno. Durante los dos meses siguientes a esta fecha se desplegó una brutal represión que costó la vida a miles de campesinos. Los pueblos, caseríos y aldeas que habían participado en los disturbios o habían acogido a los participantes fueron quemados por entero a excepción de las iglesias, previa matanza de todos sus habitantes sin distinción de género ni edad.

Finalmente, el Delfín Carlos otorgó una carta de perdón a todos los habitantes de la zona con la intención de llevar la paz a sus territorios y centrar todos sus recursos y esfuerzos en retomar la larga guerra que mantenía contra los ingleses.

Al otro lado del canal de la Mancha, los ingleses a pesar de estar protegidos por su insularidad y el desarrollo de la guerra tenía lugar exclusivamente en territorio francés, no se vieron exentos de sufrir en sus propias carnes los efectos de las revueltas sociales. La misma crisis que sufrían en Flandes o en Francia alcanzó y azotó también a Inglaterra. Al igual que sucedía en el continente, los campesinos y la pequeña nobleza inglesa se vieron sometidos al continuado pago de impuestos especiales para financiar la costosa guerra contra Francia.

Llegado el año 1377, el Parlamento inglés aprobó el cobro de una nueva tasa pecuniaria —*poll-tax*— de obligado pago para todos los mayores de quince años. Acostumbrada a rascarse la bolsa y el monedero, la resignada población pagó con gran esfuerzo la nueva imposición. Las autoridades, gratamente sorprendidas por los ingresos recaudados, no tuvieron otra idea que elevar la tasa a un chelín.

Aunque nos pueda parecer poca cosa, ese insignificante chelín suponía el duro trabajo de un peón durante más de tres días. Fue la gota que colmó el vaso.

En los condados de Kent y Essex estalló la revuelta, que no tardó en propagarse por Londres y otras ciudades importantes. El trece de mayo de 1381 fue una jornada especialmente violenta en la capital. El palacio de Juan de Gante fue incendiado, y a continuación, fueron linchados, asesinados y arrastrados por las calles varios conocidos miembros de la nobleza próxima al rey, muchos ricos burgueses y todo extranjero que se encontrase en Londres ese día. El arzobispo de la ciudad corrió la misma suerte. Al día siguiente, impresionado y presionado por los acontecimientos, el rey prometió eliminar el impuesto y abolir el *Estatuto del trabajo* promulgado por su padre Eduardo III y que prohibía la subida de sueldo para los artesanos. El día quince de mayo, el cabecilla de la revuelta, Wat Tyler, fue invitado a parlamentar por emisarios reales, siendo asesinado sin miramientos en presencia del rey, Ricardo II. El paralelismo de los acontecimientos con lo ocurrido en Francia unos años antes es sorprendente.

Inmediatamente un ejército real y otro constituido por el obispo de Norwich iniciaron una dura represión en todo el territorio por espacio de cuatro meses, a la que puso punto y final la ejecución del hereje discípulo de Wyclif que hemos conocido en este mismo capítulo John Ball. Tras estos terribles sucesos el rey anuló todas sus concesiones y promulgó un perdón general para aunar fuerzas y proseguir la guerra en suelo francés. Vemos como lo sucedido a uno y otro lado del canal de la Mancha, con unos años de diferencia, guarda notables similitudes. Estos violentos acontecimientos a una y otra orilla del Canal de la Mancha provocaron largos periodos de treguas en la Guerra de los Cien Años, con el objetivo que ambos contendientes pudiesen atender sus graves problemas internos.

El resto de los territorios y ciudades de la Cristiandad medieval también sufrió en mayor o menor medida tensiones y disturbios de diversa índole.

Dentro de la sociedad afincada en la próspera ciudad italiana de Florencia, en el escalafón más bajo de las gentes pobres —los más pobres entre los pobres— se encontraban los llamados *ciompi* [185]. A diferencia de otros gremios de trabajadores y artesanos no contaban con ningún representante en el Consejo municipal, por lo que sus lamentos, quejas, peticiones y demandas no eran nunca escuchados por nadie. Además, al no estar englobados en ningún gremio carecían de toda protección ante las posibles desgracias de la vida. Todo ello a pesar de que el principal y más rico de los gremios de la ciudad era el de la *Calimala,* constituido por ricos comerciantes de paños y lana. De ahí el refrán: «*unos cardan la lana y otros ganan la fama*».

Los *ciompi* a pesar de percibir los salarios más bajos de toda la ciudad y no recibir ningún tipo de prestaciones ante posibles infortunios, estaban obligados a pagar impuestos fijos y tasas especiales cuando llegaba el momento. Todo esto los llevaba a tener un permanente y elevado endeudamiento con sus patronos, al que solo podían hacer frente con trabajo y más trabajo. A todo esto, se sumaba sus tradicionales aspiraciones de contar algún día con un gremio propio. No obstante, y a pesar de su deplorable situación, los *ciompi* eran utilizados también por los poderes de la ciudad en pro de sus intereses políticos.

En este contexto, el poderoso urbanita Silvestre de Médici, viendo la gran masa popular que podía poner a su servicio, amotinó a los *ciompi* y exigió al Consejo de Florencia que aprobara una lista de prebendas a favor de los desamparados cardadores de lana. Expectantes a la espera de la decisión del Consejo, se acogieron a la protección de Silvestre de Médici. Como era de suponer, el órgano legislativo florentino, integrado por miembros pertenecientes a potentes familias rivales de los Médici rechazó de plano todas y cada una de las propuestas planteadas por los *ciompi*. Ni una sola les fue concedida.

Esto precipitó los hechos. Los *ciompi* eran conscientes de que una oportunidad como esta no se les presentaría en generaciones. El día veinte de julio del año 1378, al son del tañido de las campanas de las iglesias, el gentío se amotinó frente al Palacio de la Señoría. Los tumultos no tardaron en producirse, asaltando edificios oficiales y algunas casas de los notables de la ciudad. Ahora, desatada la violencia —se trataba de todo o nada—, las peticiones se volvieron más ambiciosas: la eliminación de los juicios por deudas con los patronos, la creación del gremio de los cardadores, la limitación del poder de las grandes familias florentinas y que el cargo de *gonfalonero* [186] fuese ostentado por un *ciompi*. Para evitar que los tumultos fueran a más y temiendo por su integridad, las autoridades de la ciudad accedieron de manera sorprendente a todas las peticiones expuestas, ahora sí.

Para asombro de todos los *ciompi* , el cardador de lana Miguel Lando fue nombrado *gonfalonero* de Florencia. Las autoridades crearon en solemne ceremonia el nuevo gremio de los cardadores, conocidos a partir de ahora como el «*pueblo de Dios*», por las fatigas y desprotección sufridas durante décadas. Sin duda, estoy seguro de que muchos de aquellos *ciompi* —sino todos— pensarían que todo lo conseguido parecía un sueño, era demasiado preciado para ser verdad. Efectivamente estaban en lo cierto, no se equivocaban.

El que hacía tan solo un par de semanas era un humilde cardador, Miguel Lando, fue sobornado y convencido por los mismos que lo habían colocado en el cargo para que ordenara al pueblo entregar las

armas y volver a sus trabajos. Los *ciompi* no aceptaron y lo acusaron de *judas*, traidor y de venderse por un puñado de monedas, amotinándose nuevamente frente a la Señoría. El *gonfalonero* al frente de un ejército puesto bajo su mando por los poderes locales reprimió duramente la revuelta, asesinando a muchos que poco antes cardaban la lana junto a él. El gremio recién creado fue suprimido y Lando despojado de su cargo una vez hecho el trabajo sucio. Silvestre de Médici, Miguel Lando y otros cabecillas fueron expulsados de Florencia y condenados al exilio perpetuo. Una crónica del momento resume los acontecimientos: *«Los ciompi acabaron derrotados, sin jefe ni esperanzas, por confiados y fueron traicionados por su propia gente»*.

Sin dejar Italia, más al sur, tras el abandono de la ciudad de Roma por los papas para establecerse en la sede de Aviñón a comienzos del siglo XIV, el control de la ciudad volvió a las manos de las grandes familias romanas que a partir de entonces ejercieron el poder sin oposición alguna. Pronto comenzaron las intrigas y la lucha entre estos clanes familiares por el dominio de la ciudad. El pueblo, que se veía inevitablemente obligado a tomar parte por uno u otro bando en las luchas, vio que esta situación les ocasionaba continuos infortunios y solo se resolvería con el regreso del Sumo Pontífice.

Con estas intenciones partió de Roma, en el año 1343, una delegación de ilustres romanos encabezada por Nicola di Rienzo camino de Aviñón. El Pontífice —el francés Clemente VI— se sentía seguro y protegido en tierras francesas, por lo que no tenía la menor intención de regresar al antiguo Vaticano a pesar de la insistencia de los romanos. En vista de que el Papa no regresaría a Roma, Nicola consiguió ser elegido Tribuno de la Plebe y empezó a fraguar su utópico sueño de restaurar la antigua República romana en la que ¿cómo no?, él sería el César, el emperador. Ante esta pretensión «imperial», muy pronto todos los potentados romanos al unísono, olvidando sus diferencias, arremetieron contra él y en un violento levantamiento promovido por todos estos poderes fue linchado, asesinado, descuartizado y sus restos diseminados por el Tíber como antaño hacían con los traidores en la Antigua Roma. Como hemos comprobado estos disturbios acaecidos en la ciudad de Roma tuvieron exclusivamente contenido político.

Evidentemente, fueron incontables las revueltas y levantamientos que tuvieron lugar a lo largo y ancho de la Cristiandad durante la dilatada Edad Media. Como ejemplos significativos hemos conocido en este capítulo solo algunas de las más relevantes.

---

166 El Maniqueísmo era una doctrina de carácter dualista y gnóstica fundada por Menes en el siglo III a. C basada en la lucha del bien y del mal y la irresponsabilidad de las acciones humanas. Herejía. Perduró en el tiempo tanto que, en el año 1023, por mandato del rey Roberto, se quemaron en Orleans trece frailes acusados de maniqueísmo.

167 Y del Hijo. Expresión que la Iglesia Católica añade al Credo para indicar que el Espíritu

Santo viene del Padre y del Hijo. Esto supone una de las diferencias con la Iglesia Ortodoxa.
168 Palabra de origen griego, significa *victoria.*
169 Moneda de oro bizantina, también utilizada por los visigodos. Su tamaño era de 18 o 19 milímetros de diámetro.
170 Palabra de origen latino, significa *loba.* Nombre dado a algunas prostitutas en la antigua Roma.
171 Palabra de origen latino, significa *lugar de lobas*. Prostíbulo.
172 Título usado por algunos emperadores y emperatrices de la Edad Media. Titulo adquirido por la familia bizantina de los Comnenos.
173 En el mundo griego y bizantino dependencias y habitaciones exclusivas para las mujeres, donde estas realizaban sus labores. Espacio reservado a las mujeres.
174 Carro romano tirado por cuatro caballos en línea. Era usado por los cónsules romanos para entrar triunfantes en son de victoria. Era también utilizado en las carreras de circos e hipódromos.
175 En la antigua Roma, conductor de un carro tirado por caballos. Podía llevar las riendas de una biga, triga o cuadriga, según estuviera el carro tirado por dos, tres o cuatro caballos en línea respectivamente.
176 Almirante jefe de la armada bizantina.
177 También *Tagmas*. Tropas mercenarias de élite, compuestas por varegos, turcos y rusos, acantonadas en el palacio imperial de Constantinopla al servicio personal del emperador bizantino, pero con mandos propios.
178 Cuerpo de guardia imperial bizantino a las órdenes directas del emperador.
179 En Bizancio, señora de alta alcurnia. Nombre adoptado como título para dirigirse a ellas, por algunas emperatrices bizantinas.
180 Pueblo de origen germánico. Penetró en la Península Ibérica en el siglo V, saqueando el litoral Mediterráneo. Posteriormente navegaron al norte de África donde se establecieron en la zona de Carthago. Sus años de estancia en la Bética dieron nombre a Andalucía. Llegaron a constituir una pequeña y efímera potencia marítima.
181 Inflamación de los testículos, pude ir asociada a las paperas, pudiendo causar esterilidad en el hombre cuando se padece en edad adulta.
182 Usurero, avaro, tacaño. Mercader del sur de Francia.
183 Movimiento político-religioso rigorista que se dio en Inglaterra durante los siglos XIV y XV que propugnaba la pureza de la religión y la pobreza del clero.
184 Se trata del cuarto antipapa de la Iglesia Católica durante el llamado Cisma de Occidente (1410-1415) Terminó sus días como cardenal acatando obediencia al Papa Martín V. No confundir con Juan XXIII, Papa de la Iglesia Católica de 1958 a 1963.
185 Gente asalariada encargada de cardar la lana y que componían el estrato más bajo de la sociedad medieval florentina.
186 Nombre que se daba en Florencia al defensor de los intereses del pueblo frente a las familias dominantes.

LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA

Este trascendental acontecimiento causó enorme inquietud y una gran conmoción en todo el orbe cristiano, tanto ortodoxo como católico. No en balde, se trataba de la mayor ciudad de la Cristiandad. Si había caído la inexpugnable, triplemente amurallada y milenaria ciudad de Constantinopla, ¿hasta dónde serían capaces de llegar los turcos? Esta era la pregunta que temerosa se hacía toda la Cristiandad. Hasta entonces y durante mil años, el Imperio Bizantino había supuesto un seguro de contención ante el tradicional empuje hacia el oeste de persas, árabes y turcos. Ahora, con la caída de Constantinopla, los turcos tenían abiertas las puertas de los Balcanes y durante los años siguientes a la caída de la capital de Bizancio, avanzarán hacia el norte de la Península Balcánica presentándose ante las mismas puertas de Viena en el año 1529, aunque este hecho forma parte de la Era Moderna y en esta ocasión debemos de ceñirnos a la Edad Media.

Es el hecho trascendental de la victoria turca en Constantinopla, el que supone la más consensuada delimitación, en círculos historiográficos, entre los periodos Medieval y Moderno, con mucho más peso que la invención de la imprenta, el descubrimiento de América o el final de la Guerra de los Cien años que se producía ese mismo año de 1453.

En el año 1451 moría el sultán Murad II. Sus dos hijos legítimos, herederos directos, habían muerto en circunstancias nada claras, así que el joven Muhammad de diecinueve años, hijo de una joven esclava concubina del difunto sultán, subió al trono. Su primera acción consistió en eliminar al hijo que su padre tenía con una de sus últimas esposas. Cuando esta acudía a prestarle pleitesía por el ascenso al sultanato y darle el pésame por la muerte de su padre, Mehmet, sin tan siquiera pestañear ordenó ahogar al pequeño, evitando de este modo posibles reclamaciones al trono. Observando esta actitud, en la que todo vale para alcanzar el poder, es muy probable que el nuevo sultán hubiese intrigado en las muertes de sus hermanastros, hijos legítimos de su padre, ahora estaba al frente del mayor imperio del momento sin más aspirantes al trono que él mismo.

A mediados del siglo XV, el potencial humano, militar, económico y tecnológico del que disponían los turcos era incuestionable, por lo que la toma de la ciudad fundada por Constantino era inevitable desde el mismo momento en que se lo propuso el nuevo sultán Muhammad II o Mehmet II, el primer término en lengua árabe y el segundo en turco, solo era cuestión de tiempo.

Todos los intentos anteriores de asalto sobre la capital bizantina habían fracasado, ataques siempre efectuados desde tierra, pero esta vez el sultán poseía una potente flota que le aseguraba también el

dominio del mar. En el mes de marzo del año 1453 se comenzaron a concentrar en el Bósforo todo tipo de naves, muchas de reciente construcción aún desprendían el agradable olor de la madera recién cortada. Muhammad II había ordenado a los astilleros de todas las ciudades costeras del mar Egeo dedicarse con celeridad y exclusividad a la botadura del mayor número posible de barcos. Se trataba de galeras birremes, trirremes, *fustas* [187], galeras menores y *parandarias* [188]. La mayoría de los sirvientes de los remos de esta flota eran esclavos y prisioneros, todos condenados a vivir o morir con la embarcación, solo unos pocos eran voluntarios a sueldo.

Una vez formada esta gran armada, durante los últimos días de marzo navegó hasta el mar de Mármara donde se reuniría con el grueso del ejército de tierra. La gran masa de infantería turca estaba compuesta por unidades de *bachibazuks* [189] apoyados en todo momento por los disciplinados *jenízaros* [190].

Nada fue improvisado por el sultán, todo estaba previsto para el éxito. La artillería, algo desconocido para los europeos, fue la clave para acabar con la histórica inexpugnabilidad de las murallas de Constantinopla. Muhammad asesorado por su médico personal, el judío italiano Jacobo de Gaeta, encargó la fabricación de un gran cañón a un ingeniero de origen húngaro llamado Urban. Impresionado por esta nueva arma el sultán mandó construir más unidades de artillería, hasta agrupar un total de sesenta y ocho piezas que fueron situadas a la distancia adecuada para impactar sobre las murallas, esta oscilaba entre 1.4 y 1.5 km que era el alcance máximo del proyectil de piedra de quinientos kilos que lanzaba el llamado cañón o bombarda Urban. La cadencia de tiro de estos mastodónticos cañones servidos por casi tres centenares de hombres, no sobrepasaba en ningún caso los siete disparos al día ya que cada recarga requería casi cuatro horas de afanoso y pesado trabajo. El transporte de cada cañón requería de setenta caballos de tiro o bueyes y trescientos hombres, lo que nos da una idea del peso, la envergadura y poca maniobrabilidad de estas primeras piezas de protoartillería. Los efectos devastadores de las enormes piezas que componían la artillería turca son descritos por el cronista e historiador greco-bizantino Miguel Critóbulo, testigo de los hechos: «*[…] y la piedra, disparada con enorme fuerza y velocidad, golpea la muralla, la cual inmediatamente se derriba y rompe en varios fragmentos dispersos, que caen sobre los defensores matando a todo aquel que se encuentre cerca*».

Como curiosidad, en este punto podemos añadir que Urban intentó vender su artillería primero al emperador bizantino, pero este no disponía de los elevados caudales que el ingeniero le solicitó. Las reservas monetarias habían sido invertidas en su totalidad en la defensa de la ciudad, ya no había dinero en ninguna parte, las

monedas se habían agotado, todas las joyas imperiales habían sido vendidas. Este hecho, junto a que el médico del sultán, mediador entre su señor y Urban, era judío, hizo que en Occidente vieran a los judíos como unos causantes indirectos —tan culpables como los otomanos— de la caída de Constantinopla, ahora en manos del infiel turco, acrecentando el odio antisemita que tradicionalmente ya existía en Europa. Debemos de trasladarnos a la mentalidad de aquellas gentes y comprender que lo que hoy llamamos Europa, en aquella época se denominaba Cristiandad.

Los bizantinos, aterrorizados e impotentes ante los estruendos artilleros, viendo los destrozos que ocasionaban en sus legendarias murallas, las mismas que habían soportado cientos de terremotos y no menos asedios, solicitaron ayuda a los reinos cristianos europeos, incluso aceptando si era preciso el sometimiento de la iglesia ortodoxa bizantina al poder de Roma y su papa Nicolás V, pero en esas fechas los dirigentes occidentales se encontraban sumidos en sus propios problemas internos y rehusaron la petición de auxilio del emperador Constantino XI *Dragases* [191], solo Alfonso V de Aragón que reinaba en Nápoles prometió su ayuda, que por otra parte, nunca envió. La República de Venecia con importantes intereses comerciales en Constantinopla, envió una flota de quince galeras con ochocientos soldados, pero cuando en los últimos días del mes de mayo avistaron Constantinopla, la bandera turca ya ondeaba en sus murallas.

En el epicentro de los acontecimientos que se precipitaron durante el mes de mayo, es de justicia resaltar la figura de Constantino XI, hombre que asumió su destino y como emperador lo unió al de Bizancio y al de Constantinopla, estando siempre a la altura de las circunstancias con escasos medios, sin abandonar en ningún momento a sus súbditos, hasta verse superado primero, y arrollado después, por los acontecimientos. Era hermano del emperador Juan VIII, y a su muerte fue proclamado emperador de Bizancio en la ciudad de Mistras, sin llegar a ser coronado por lo precipitado de los acontecimientos. Ante la apremiante presión ejercida por los turcos, asumió con determinación la defensa de la capital aun conociendo las pocas posibilidades de éxito, ante la abrumadora superioridad otomana en todos los aspectos.

A principios del mes de abril, el ambiente que se respiraba dentro de la ciudad debió ser más que inquietante; siete mil soldados bizantinos tenían la obligación de llevar a cabo una defensa a ultranza ante la presencia a extramuros de al menos ochenta mil turcos. Constantino Dragases, como le gustaba ser llamado, ordenó la colocación de enormes cadenas en el puerto para evitar la entrada de barcos turcos; protegiendo estas cadenas patrullaban algunos barcos bizantinos equipados con el temible y disuasorio *fuego griego* [192]. Esta enorme y

pesada cadena era sustentada en sus extremos por la torre principal de las murallas marítimas de Pera y la torre de Eugenio junto a la acrópolis.

El conjunto de la defensa de los veintidós kilómetros de murallas fue encomendado por el emperador al genovés Giovanni Giustiniani Longo, gran conocedor de la *poliorcética* [193], de gran fama y reputación en la defensa de ciudades sitiadas. Fervoroso católico, no dudó en acudir a la llamada de Constantino y se presentó en la capital bizantina a finales de enero de 1453 con setecientos soldados genoveses y trescientos arqueros napolitanos contratados por el Papa, dispuesto a contener la embestida turca. Además, hasta el momento, Constantinopla había sido asediada decenas de veces a lo largo de mil años y sus murallas siempre habían resistido, certeza histórica, a la que seguro se agarraban los defensores en lo más profundo de sus corazones.

Pero el sultán lo tenía todo previsto y las cadenas no iban a suponer un obstáculo. Demostrando su determinación, en un nuevo alarde de ingenio y estrategia, la flota otomana fue trasladada por vía terrestre, valiéndose de troncos y planchas de madera embadurnadas de grasa y aceite, cruzando la península de Pera.

Para el doce de abril, aparecían las primeras brechas en la muralla ante los constantes envites artilleros, que intentaban ser reparadas contrarreloj por unos estresados y cansados bizantinos cuyos ánimos comenzaban a flaquear. Aunque el suministro de agua estaba asegurado por la gran cisterna de Constantinopla, el abastecimiento de la ciudad era nulo a causa del cerco terrestre y marítimo impuesto por los turcos y las reservas de trigo y ganado no eran suficientes para una población que se estimaba en cuarenta y siete mil almas. A pesar de que las familias aristocráticas de los Paleólogo y los Cantacucenos —asesores del Emperador—, eran partidarias de la defensa a ultranza, Constantino ante la presión del pueblo intentó pactar con los turcos, pero Muhammad viendo su aplastante superioridad se mostró tajante aceptando solo la rendición incondicional. El turco sabía que su entrada en Constantinopla solo era cuestión de tiempo. La respuesta del Emperador fue esta: «*Darle la ciudad no es mi decisión ni la de ninguno de sus habitantes, hemos decidido, por nuestra propia voluntad, combatir y no salvar la vida*».

Sin duda, estas palabras de Constantino nos muestran la desesperada situación de los defensores que, observando sus posibilidades, asumían y daban por descontado no salvar la vida, es decir, morir, eso sí, combatiendo y con honor. Como directos herederos de la Antigua Roma los bizantinos eran enormemente supersticiosos, máxime en la situación en la que se encontraban, por lo que veían malos augurios y terribles presagios por todas partes; como el eclipse de luna que tuvo

lugar la noche del veinticuatro de mayo, o la caída y el consiguiente destrozo de una imagen de la Virgen durante una de las innumerables procesiones que salieron a las calles.

Definitivamente, el sultán decidió no prolongar más el sitio y llevar a cabo el ataque final que pusiera la milenaria capital bizantina en sus manos, arengando a sus soldados prometiéndoles el reparto equitativo de todos los grandes tesoros que guardaba Constantinopla. Era el veintiocho de mayo. Los cañones turcos que llevaban cincuenta y nueve días consecutivos rugiendo, enmudecieron ante el inminente ataque de su infantería. Este silencio era la calma que precede a la tempestad y así fue intuido por los bizantinos que, para infundir moral en estos aciagos momentos, hicieron sonar al unísono todas las campanas de las iglesias. Presintiendo que se acercaba el final, el emperador y sus más directos colaboradores acudieron a Santa Sofía y después de varias horas de plegarias regresó a su palacio de Blaquernas. Desde todas las iglesias salieron en devota y solemne procesión hacia los lugares de la muralla que mayores desperfectos presentaban, bendiciéndolos y elevando plegarias y sentidas oraciones, allí mismo. Los constantinoplenses eran conscientes de que solo un verdadero milagro podía salvarles.

Con las primeras luces del veintinueve de mayo, una primera oleada de infantería turca formada por *bachibazuks* se abalanzaba sobre las derruidas murallas, pero fueron sorprendentemente contenidos por los extenuados defensores. Ante esta resistencia inesperada, el sultán ordenó abrir fuego nuevamente con los cañones castigando aún más a los debilitados bizantinos apostados entre las ruinas de la muralla. Un segundo ataque fue llevado a cabo por la infantería turca, siendo rechazado nuevamente por los bizantinos que quedaron desgastados en extremo tras recibir dos ataques masivos de infantería intercalados de un feroz bombardeo.

Ante esta demostración de coraje y valentía por parte de los diezmados defensores, Muhammad II ordenó el inmediato ataque de sus tropas de élite, los *jenízaros*, quienes ya sin mucha oposición por parte de los casi aniquilados soldados bizantinos —y de otras nacionalidades—, alcanzaron las zonas altas de la castigada muralla en donde desplegaron sus banderas y pendones. Este fue el aviso para el desembarco masivo de las tropas que aguardaban embarcadas al este de la ciudad.

Es posible que esas banderas turcas fuesen las avistadas por los venecianos que llegaban tarde para colaborar en la defensa. De todos modos su intervención no habría cambiado nada. El pánico cundió irremisiblemente entre los soldados bizantinos llegada esta situación. Longo, su principal comandante, había caído herido de gravedad en la defensa y moriría a los pocos días a causa de las heridas; el emperador

Constantino XI, con toda probabilidad corrió igual suerte. Aunque algunos afirman haberle visto caer en combate, su cadáver, sin embargo, no fue encontrado.

Es muy probable que el emperador se despojase de sus atuendos imperiales y vestido como un simple oficial, buscara la muerte en el combate junto a los suyos. En las horas finales, otros combatientes tuvieron una suerte dispar. Algunos aragoneses, que defendían el sector del viejo palacio imperial, continuaron combatiendo hasta que todos murieron o fueron hechos prisioneros; cerca de allí, donde antaño estuviera el puerto Eleuterio, un oficial bizantino llamado Orchán decidió poner fin a la resistencia en su sector y trató de escapar disfrazado de monje griego, pero tras la fallida tentativa fue descubierto y ejecutado, como lo fueron también otros muchos hombres. La crueldad de la «justicia» —de manera especial en la toma de plazas al asalto— con sus terribles castigos corporales era una dura realidad de la época; más lo que se sabía de los turcos excedía todo lo imaginable. Un excautivo de galeras turcas relata:

«Dos castigaron delante de mí cuando nos prendieron: al uno cortaron los brazos, orejas y narices […] y al otro empalaron […] La más rabiosa y abominable de todas las muertes. Toman un palo grande, hecho a manera de asador, agudo por la punta, y pónenle derecho, y en aquel le espetan por el fundamento, que llegue cuasi a la boca, y déjanle así vivo, que suele durar dos y tres días. Cuáles ellos son, tales muertes dan. En toda mi vida vi tal crueldad».

En cuanto al cardenal de Santa Sofía, Isidoro, tuvo más suerte, pues intercambió sus ricas vestimentas con un mendigo, y logró —protegido bajo sucios ropajes— ponerse a salvo en Pera, mientras que el pobre pedigüeño fue apresado y decapitado en su lugar.

Después de más de once siglos de existencia, el Imperio Bizantino, que había sobrevivido a la caída del Imperio Romano de Occidente en mil años, sucumbía ante las incipientes nuevas armas que auguraban un cambio de era para el mundo occidental, la puerta a la Edad Moderna se encontraba abierta.

Al atardecer del largo veintinueve de mayo, tras cincuenta y nueve días de asedio el nuevo dueño de Constantinopla, Muhammad II de tan solo veintiún años, entró solemnemente y con gran pompa en la iglesia de Santa Sofía donde realizó los primeros rezos islámicos, transformándola de inmediato en mezquita. Como la ciudad no se había rendido, sino que había sido tomada al asalto tras una enconada resistencia, fue saqueada durante tres días con el visto bueno del sultán. Tesoros, obras de arte, reliquias y valiosos objetos de culto se perdieron para siempre; el primero en ser destruido fue el icono sagrado de la Virgen, que según la tradición fue pintado por San

Lucas, más por su simbología imperial que religiosa, así como importantísimas bibliotecas que durante siglos habían acumulado obras en griego de inestimable valor desde los clásicos hasta 1453. Años después, en 1463, por orden del sultán serán ajusticiados David Comneno y sus hijos, últimos representantes de la línea dinástica sucesoria bizantina.

Constantinopla, o mejor dicho, la nueva ciudad de Istanbul pronto se transformará en una gran metrópoli turca que en pocas décadas alcanzará las doscientas mil almas y servirá de cabeza de puente a la posterior expansión otomana por los Balcanes. El sultán Muhammad II murió envenenado por su médico personal en mayo del año 1481. *El Conquistador* —ese era su apodo—, contaba con cuarenta y nueve años cuando fue reclamado por Alá.

---

187 Botes largos y ligeros más rápidos que las galeras birremes.

188 Barcazas pesadas a vela para transporte de tropas y enseres.

189 Tropas irregulares turcas formadas por mercenarios.

190 «*Tropas nuevas*». Infantería de élite turca formada por jóvenes de origen cristiano a los que tras su captura eran convertidos al islam y educados militarmente. Formaban la guardia personal del Sultán.

191 Se refiere al origen eslavo de su madre.

192 Arma secreta bizantina, compuesta por una sustancia combustible incluso en el agua. Aunque se desconoce su composición exacta, llevaba azufre, nafta, salitre y grasas.

193 Arte, ciencia y técnica militar de construir defensas, asediar y defender ciudades y fortalezas.

LA IMPRENTA

Uno de los hitos que marca el fin de la Edad Media, o lo que es lo mismo, el inicio de la Era Moderna es el invento de la imprenta y la utilización de esta como medio de comunicación masivo, algo desconocido e impensable hasta entonces. Anteriormente, en el siglo XIV ya se imprimía con planchas de madera, lo que resultaba muy limitado y trabajoso —se trataba de un duro trabajo artesanal—, dando como resultado tiradas muy reducidas y de escaso volumen.

Consecuencia de la nueva imprenta fue que en pocas décadas gran parte de la población tuvo acceso a una incipiente alfabetización ante la proliferación de los primeros libros de texto. Permitió la difusión de la letra y también de las imágenes y dibujos. En Castilla poco después del año 1500 aparecerá uno de los primeros abecedarios destinados a enseñar a leer a los niños. Se trataba de un sencillo panfleto reforzado con oraciones religiosas básicas. La primera gramática castellana se editará en el año 1492, obra de Elio Antonio de Nebrija. Este trabajo ostenta la primicia histórica de ser la primera gramática en lengua vulgar publicada en Europa.

El autor del perfeccionismo tecnológico de este invento fue Johannes Gutenberg, orfebre de profesión y conocedor, por tanto, de las técnicas y posibilidades del trabajo de los metales, y era natural de la ciudad alemana de Mainz, en Maguncia. Es considerado de tanta trascendencia para el desarrollo de la humanidad que algunos autores califican a Gutenberg como «*Hombre del Milenio*». Ya en el siglo XVIII el filósofo alemán Lichtenberg, dijo refiriéndose a su compatriota: «*Más que el oro, el plomo ha cambiado al mundo y más que el plomo del fusil, el plomo de la caja de imprenta*».

El invento consistía en dividir el texto en las veintiséis letras del alfabeto latino. Originalmente eran doscientos noventa signos diferentes: cuarenta y siete letras mayúsculas, sesenta y tres minúsculas, noventa y dos abreviaturas, ochenta y tres combinaciones de letras y cinco clases de comas.

Los libros impresos con el nuevo formato seguían siendo muy laboriosos. Para que seis tipógrafos pudieran trabajar conjuntamente en una de las primeras Biblias elaboradas, se necesitaban cien mil letras que necesitaron casi un año para su fabricación, y para la maquetación de las mil doscientas ochenta y dos páginas de las que constaba una Biblia se necesitaban dos años más. Con anterioridad a la invención de la imprenta, un monje encerrado en la *scriptoria* [194] de su monasterio trabajando como mínimo dieciocho horas diarias, habría tardado tres años en elaborar una sola Biblia, ahora en el

mismo tiempo un solo equipo de tipógrafos podía confeccionar ciento ochenta unidades, cuarenta veces más baratas, influyendo en esto, la fabricación y utilización del papel, que sustituirá definitivamente a la escritura en pergamino. Naipes, estampas de santos y certificados de indulgencia se imprimieron a miles.

Curiosamente, la rápida difusión de la imprenta fue fruto del saqueo que, en el año 1462, el elector de Nassau, Adolfo II, sometió a la región de Maguncia arrancándole sus secretos. En poco tiempo la expansión de la imprenta fue una realidad; solo en la ciudad de Venecia había ciento cincuenta talleres dedicados a la impresión en el año 1469. En el año 1500 había repartidas por toda Europa doscientas sesenta grandes imprentas que habían publicado cuarenta mil libros con cientos o miles de tiradas cada uno de ellos.

A pesar de que se imprimieron ciento ochenta y cinco Biblias —ciento cincuenta en papel y treinta y cinco en pergamino— en el taller que Gutenberg tenía en Maguncia financiadas por el banquero Juan Fust, en todo el mundo solo se conservan cuarenta y nueve de estas Biblias —doce en pergamino—, constituyendo cada una de ellas un ejemplar único ya que no hay dos con la misma ornamentación.

Dos de estas joyas bíblicas se encuentran en España: una completa en la biblioteca pública de Burgos y otra —solo un tomo con el Nuevo Testamento— en la Universidad de Sevilla. La Biblia conservada en Burgos consta de dos volúmenes de trescientos veinticinco y trescientos diecisiete folios de papel respectivamente, con un formato de 413x303 milímetros. Según un testamento fechado el veintitrés de septiembre del año 1488 y conservado en la catedral de Burgos, Luis de Maluenda —descendiente de judíos conversos— donaba al monasterio de San Juan de Ortega «*la mi biblia de molde grande que me costó tres mil e dozientos e cinquenta maravedíes*». He aquí su procedencia.

Los libros impresos desde la invención de la imprenta hasta el año 1500, que han sobrevivido al tiempo y sus avatares, son los denominados *incunables*.

---

194 Zona de un monasterio habilitada para la copia, transcripción, traducción y elaboración de manuscritos, habitualmente de carácter religioso.

LA PRIMERA CRUZADA

Con la llegada del milenio, la sociedad de la Europa cristiana estaba enrarecida, llena de suspicacias y profundos temores ante la perspectiva de la inminente llegada del fin del mundo, del apocalipsis y del juicio final. El cristianismo cumplía sus mil años de existencia, por lo tanto, el juicio final y el consiguiente fin del mundo estaban a las puertas. Las señales de su inminente llegada, que San Juan había descrito en su Apocalipsis, ya habían comenzado: corrupción en la Iglesia, peste, hambre, falsos profetas, guerras, eclipses, plagas y otros fenómenos inquietantes. Pero lo peor, estaba aún por caer: oscurecimiento del sol, combates entre estrellas, nacimiento de monstruos, más hambre y más pestes; luego tinieblas que albergarían la inquietante y temida presencia del demonio.

Con este oscuro y tétrico panorama como trasfondo, la violencia campaba por doquier, no existía un poder centralizado y los señores feudales se encontraban inmersos en luchas comarcales, endémicas y continuas, espoleadas en todo momento por la *faida* [195], donde se cometían todo tipo de desmanes al amparo de la anarquía existente. Los *malos usos* [196] abrumaban de manera flagrante a los débiles: ancianos, niños, mujeres, clérigos, campesinos, mercaderes…, todos eran víctimas inocentes de este estado generalizado de violencia, en el que no se respetaban ni a los representantes de Dios ni a las propias iglesias.

Las palabras del arzobispo Guillermo de Tiro, historiador que escribió en el siglo XII, nos trasladan al ambiente reinante en la época:

«La fe había desaparecido en toda la faz de la tierra. El temor al Señor ya no prevalecía entre los hombres. La justicia se había desvanecido del mundo. Las naciones eran dominadas por la violencia. La traición, el fraude, la mentira ensombrecían todas las cosas. Toda la virtud había desaparecido por considerarse inútil y la maldad reinaba en su lugar».

Ante esta situación de caos, violencia y anarquía, la Iglesia intentó poner remedio creando algunas instituciones como la *Pax Dei* [197], ya que sería Dios quien garantizaría la paz que reyes y nobles eran incapaces de imponer. Más tarde, como refuerzo a este movimiento surgirá la *Tregua Dei* [198].Estas instituciones creadas por la Iglesia, aunque no erradicaron el problema, sí lo suavizaron en cierta medida.

En el año 1088 el arzobispo Odón de Lager, hombre que supo comprender las necesidades sociales y religiosas del momento, miembro de la Orden de San Benito, subió por unanimidad al trono de San Pedro tomando el nombre para su pontificado de Urbano II.

En este contexto, en el año 1095 el emperador bizantino Alejo I Comneno envió una misiva al papa Urbano II. En ella solicitaba ayuda ante la presión de los turcos *selyuquíes* [199], que habían irrumpido en territorios del imperio Bizantino, asaltando caravanas, cortando sus comunicaciones y amenazando seriamente a la capital Constantinopla.

El Papa, muy inteligentemente, vio en esta petición de auxilio la oportunidad de encauzar toda esta violencia de los señores feudales hacia una noble y grandiosa causa como era la liberación de los Santos Lugares —sobre todo Jerusalén—, del dominio de la Medialuna. Además, la empresa acrecentaría el prestigio de Roma, siempre que fuese dirigida desde el trono de San Pedro. Urbano II estaba también impresionado por las conquistas que los reinos cristianos de la península Ibérica —sobre todo Castilla—estaban llevando a cabo a costa de los musulmanes. Por otra parte, la ley medieval en la sucesión de las familias poderosas imponía el *mayorazgo* [200], dejando al segundogénito y al resto de hijos en una precaria situación no siempre satisfecha con la concesión de algunos *apanages* [201], por lo que estos veían en la cruzada una oportunidad para conseguir tierras y prestigio social.

El resultado de los debates internos del Papa con sus asesores más cercanos fue la convocatoria del Concilio de Clermont a finales del año 1095. En este cónclave se reunieron catorce arzobispos, doscientos cincuenta obispos, cuatrocientos abades y miles de eclesiásticos de menor condición junto a reyes, príncipes, nobles y caballeros. Fue tal la expectación despertada que en Clermont no solo estaban presentes todos estos representantes del primer estamento. En los alrededores del pueblo se habían congregado miles de siervos, plebeyos y gentes desarraigadas que habían sufrido en sus carnes las hambrunas y violencia de las últimas décadas, dispuestas a escuchar a Urbano II.

El Papa, gran orador, en un encendido discurso de una alta intensidad emocional y que terminó al grito de «¡Dios lo quiere!» —que se convertiría en santo y seña, y grito de combate para los cruzados—, consiguió que todos los presentes abrazaran la cruz y en medio de una histeria generalizada, desde príncipes a labradores, incluyendo familias y hasta pueblos enteros marcharán hacía oriente, ya que la indulgencia plenaria otorgada por Urbano II era para todos, sin ninguna excepción.

Aunque a este desplazamiento masivo de gentes hacía Oriente la historiografía lo llama Primera Cruzada, en realidad ninguno de los que participaron en ella se veía a sí mismo como «cruzado», que es un término de acuñación posterior a los hechos. La referencia a los cruzados apareció en las primeras décadas del siglo XIII, más de cien años después de la Primera Cruzada. Tampoco los cruzados se veían a

sí mismos como los «primeros», puesto que no sabían que habría cruzadas posteriores a la que estaban llevando a cabo. En realidad, se veían como meros peregrinos en un viaje cuyo destino era Tierra Santa, con la particularidad de que iban armados —eso sí, con expresa autorización de la Santa Sede—, y es a esa condición, la de participantes en una «peregrinación armada», a la que se hace referencia en los relatos y crónicas contemporáneas a los hechos. Solo el hecho de alcanzar Palestina, un viaje de cuatro mil kilómetros desde Europa era ya una hazaña por sí misma, independientemente de que tan ambiciosa empresa tuviese éxito o no.

Los participantes en este «peregrinaje armado» debían prestar juramento ante la Iglesia de que completarían el viaje, y se enfrentaban al «terrible» castigo de la excomunión si se echaban atrás, lo cual dotaba a la cruzada de un carácter oficial. Los cruzados debían jurar que su viaje no estaría completo hasta que hubiesen puesto el pie dentro del Santo Sepulcro de Jerusalén. Por otra parte, y dado que los peregrinajes eran grandes eventos religiosos abiertos a cualquier cristiano que quisiese participar en ellos, también se podían unir candidatos no del todo deseables para un tránsito —aunque religioso en origen— netamente armado. Mujeres, viejos y enfermos, a pesar de que se les desaconsejaba la participación, se podían —si esa era su voluntad— unir sin que nadie pudiese prohibírselo.

Con su petición de auxilio, el emperador bizantino Alejo I pretendía una ayuda de entre trescientos y cuatrocientos caballeros, una élite de caballería pesada, que junto a sus propias tropas detuviera el empuje turco. En lugar de esto, una masa estimada en sesenta mil almas cristianas compuesta por todo tipo de gentes se puso en movimiento hacía Bizancio.

Antes de que la expedición militar que formaba la verdadera cruzada se pusiese en marcha, se adelantaron camino de Jerusalén miles de peregrinos encabezados por el carismático Pedro el Ermitaño —cuyo lema era: «¡*Guerreros del diablo, haceos soldados de Cristo!*»— y el noble arruinado Gualterio Sans-Avoir, que dentro de esta malgama de gentes era lo más parecido a un caballero. Sin formación militar, ni disciplina ni víveres, se convirtieron en una auténtica plaga que arrasó toda la cuenca del Rin y del Danubio camino de Constantinopla, no sin antes realizar terribles *pogromos* [202] sobre los judíos del sur de Alemania y los que encontraron a su paso por Austria, alegando que eran tan enemigos de la cristiandad como los musulmanes. Una crónica del momento escrita por Hugo de Flavigny lo ratifica:

«Ciertamente parece increíble que en un solo día en tantos lugares distintos, movidos al unísono por una inspiración violenta, tuvieran lugar esas masacres, a pesar de la desaprobación y su condena como contrarias a la religión. Pero sabemos que no pudieron ser evitadas,

puesto que ocurrieron a pesar de la excomunión impuesta por muchos sacerdotes y la amenaza de castigo por parte de muchos príncipes».

Además, con las *indulgencias* [203] papales que se les habían otorgado quedaban exentos del quinto mandamiento: «*no matarás*», por supuesto, siempre que el muerto fuese un «infiel». En el interior de sus cabezas aún resonaban las palabras y promesas que el Papa les hizo en su inflamado discurso en Clermont:

«[…] Todos aquellos que mueran por el camino, ya sea por mar o por tierra, o en batalla contra los paganos, serán absueltos de todos sus pecados. Eso os lo garantizo por medio del poder con el que Dios me ha investido. ¡Oh terrible desgracia si una raza tan cruel y baja, que adora demonios, conquistara a un pueblo que posee la fe del Dios omnipotente y ha sido glorificada con el nombre de Cristo! ¡Con cuántos reproches nos abrumaría el Señor si no ayudamos a quienes, con nosotros, profesan la fe en Cristo! Hagamos que aquellos que han promovido la guerra entre fieles marchen ahora a combatir contra los infieles y concluyan en victoria una guerra que debió haberse iniciado hace mucho tiempo […].»

Ante este panorama, el emperador bizantino, más alarmado por la llegada de estos cristianos —entre los que había multitud de auténticos ladrones y asesinos—desde occidente que de los mismos turcos selyuquíes, se apresuró a facilitarles el paso del Bósforo —agosto de 1096—, alejándolos de Constantinopla lo antes posible, como si de una verdadera plaga se tratase. Una vez en Anatolia, estos primeros cruzados se internaron en los dominios turcos. Prácticamente sin armas y carentes de toda táctica militar fueron exterminados por los musulmanes sin grandes esfuerzos el día veintiuno de octubre en las cercanías de la población de Civitot. Entre los pocos que escaparon con vida se encontraba Pedro el Ermitaño. Esta avanzadilla cristiana recibió el nombre de *cruzada popular* [204] o *cruzada de los pobres*, incluso en algunos textos es denominada como «*cruzada salvaje*»—que lo fue—y se dio la paradoja que, supuso una verdadera *razia* [205] para las tierras cristianas que atravesaron, sembrando la muerte y el saqueo; causando gran alarma a su llegada a Bizancio; materializando un rotundo y auténtico fracaso ante el verdadero enemigo a batir, que los aniquiló con suma facilidad. Si algo quedó de manifiesto en esta primera aproximación a Tierra Santa es que, solo con la Fe no se derrotaría a los sarracenos.

La *cruzada oficial* [206] estaba comandada por el legado papal, Ademaro de Montreuil, obispo de Puy, y compuesta por gentes de armas bajo las órdenes de destacados miembros de grandes familias nobles europeas, sobre todo francos, que aportaban sus propias huestes, y aunque imbuidos de un indudable trasfondo religioso, los objetivos

políticos y económicos figuraban entre sus intereses.

La mayoría del cuerpo expedicionario cristiano estaba compuesto por caballeros francos de lengua francesa; destacando entre estos el conde de Tolosa, Raimundo de Saint-Gilles , que fue uno de los nobles que más medios aportó a la Santa causa; el duque de la Baja Lorena, Godofredo de Bouillon, de profunda religiosidad y ferviente devoto, descendiente del mismísimo emperador Carlomagno fue otro carismático líder de la primera cruzada, al que podemos considerar como caballero prototipo cristiano, siendo de los primeros nobles en tomar la Cruz y responder al llamamiento del papa Urbano II.

La presencia de estos ejércitos cristianos a extramuros de Constantinopla volvió a alarmar al emperador Alejo I, quien exigió a los cruzados juramento de fidelidad hacia su persona, a lo que estos accedieron no de buena gana, pero si obligados por la necesidad de suministros que solo podía ser satisfecha por el emperador bizantino. En lo sucesivo el único que respetará el juramento será el «*perfecto*» caballero cristiano Godofredo de Bouillon.

La endémica desunión y discordia entre los musulmanes, causas entre otras, de la decadencia del califato *fatimí* [207], favorecieron a los cristianos en sus enfrentamientos con los turcos selyuquíes. Los cruzados lograron sendas victorias en Antioquia en el mes de junio y en Edesa a finales del año 1098, consolidando de este modo sus posiciones, lo que les permitió descansar y reabastecerse para preparar el avance definitivo hacia Jerusalén. En un párrafo de la crónica medieval conocida como *Gesta Francorum* se puede leer en referencia a la toma de Antioquia:

«[…] al atardecer del tres de junio no quedaba turco alguno en Antioquia; no se podía pasar por las calles sin pisar sus cadáveres, todos en descomposición por efectos del calor del verano. Pero Antioquia era nuevamente cristiana».

En junio del año 1099, las avanzadillas del ejército cruzado llegaban al *Monte del Gozo* [208]. Ante ellos estaba su primordial objetivo: Jerusalén. Inmediatamente, las fuerzas cristianas levantaban campamentos en torno a la Ciudad Santa, iniciando su cerco y asedio. Hacía tres años que partieron de Europa con este objetivo, recorrido miles de kilómetros, sufriendo y soportando carencias, enfermedades y todo tipo de calamidades, por lo que llegaban muy mermados, pero con una alta moral ante la vista de la ciudad en la que Cristo había muerto y resucitado. Las fuerzas cruzadas dispuestas a tomar Jerusalén se estiman en menos de una cuarta parte de los que partieron desde Europa, concretamente unos trece mil hombres con poco más de mil caballos, la mayoría francos y al frente de ellos Raimundo de Tolosa, Tancredo y Roberto de Normandía, Roberto de

Flandes y Godofredo de Bouillon.

La ciudad estaba controlada por el califato fatimí, fuertemente amurallada con tramos de hasta quince metros de altura y una considerable anchura. En su interior se hizo acopio de provisiones en previsión de un largo asedio, se expulsó a los cristianos que vivían en Jerusalén ante el temor de que colaboraran con los sitiadores cruzados. Algunas fuentes cifran el número de defensores en cuarenta mil hombres, cifra que solo puede ser admitida, incluso aumentada, considerándola como población total incluyendo civiles de todas las edades, mujeres y niños.

A pesar de la escasez de árboles en torno a Jerusalén, los cruzados lograron agrupar madera suficiente con la que construyeron dos torres de asedio con una altura similar a las murallas de defensa, es decir, quince metros. Estas torres eran el único medio con el que los cristianos podían asaltar las murallas con éxito, algo que sabían perfectamente los sitiados y ante el menor conato de movimiento de las torres, estas recibían una lluvia de flechas que paralizaban o reducían sustancialmente el avance de estos ingenios de asalto.

Todas estas operaciones de asedio, bajo el implacable sol de junio y julio, debilitaban a los cristianos que ya sufrían escasez de agua y acusaban cansancio, acentuado por tener que moverse en estas condiciones con su pesado atuendo y armamento medieval; el paso del tiempo y la calurosa climatología favorecía, sin duda, a los defensores.

En vista de la situación, ante la imposibilidad de abrir brecha con las catapultas —algo que frustró a los comandantes cristianos, que terminaron catapultando prisioneros árabes contra las murallas—, los cruzados decidieron jugar todas sus bazas y emplear definitivamente las dos torres, que mantenían reservadas ante la imposibilidad de reemplazarlas en caso de ser destruidas por los musulmanes, ya que en su construcción se empleó toda la madera disponible.

Llegada la segunda semana de julio, una de las torres llegó a situarse junto a la muralla al sur de la ciudad, siendo inmediatamente rociada por los defensores con una mezcla de azufre y *nafta* [209] a la que prendieron fuego, ocasionando el incendio y destrucción de la torre entre los pavorosos gritos de sus ocupantes. Antes de que esta torre se desplomase estrepitosamente en la zona sur de la muralla, Godofredo logró aproximar la otra torre a la muralla, esta vez por el este, donde un terreno llano y elevado hacía que la torre ganase en altura a la muralla, consiguiendo desde este artilugio militar penetrar los primeros cruzados en la ciudad, los cuales rápidamente abrieron las puertas más próximas a este punto de la muralla. Se trataba de la puerta de Damasco y la puerta de Herodes, también llamada de las Flores, accesos por los que los cristianos accedieron en masa —encabezados por Roberto de Normandía y Roberto de Flandes— al

interior de la ciudad.

Las fuentes cristianas, nombran al propio Godofredo y a su hermano Eustaquio, entre los primeros cruzados que accedieron a la muralla y abrieron las puertas. No sabemos si la acertada decisión de Godofredo de Bouillon de asaltar la muralla por su parte este, fue fruto de una decisión tomada sobre el terreno, estratégica o militar o, por el contrario, recurrió a la historia como fuente de información, ya que por ese mismo punto habían penetrado en Jerusalén, primero Pompeyo y luego Tito, algo más de mil años antes que los cruzados.

Llegados los cristianos al corazón de la ciudad, recibieron la rendición de los jefes musulmanes de la plaza en la misma Explanada de las Mezquitas, y aunque algunos comandantes cruzados intentaron proteger a los que habían capitulado, los vencedores se lanzaron a un espantoso y generalizado baño de sangre, confirmado tanto por fuentes musulmanas como cristianas. Los cruzados pasaron a cuchillo, literalmente a toda la población: musulmanes, coptos, griegos, armenios, sirios, judíos, cualquiera que se encontrase en la ciudad y no fuese cruzado.

El capellán cruzado Raimundo de Aguilers, dejó escrito:

«Maravillosos espectáculos alegraban nuestra vista. Algunos de nosotros, los más piadosos, cortaron las cabezas de los musulmanes; otros los hicieron blanco de sus flechas, haciéndoles caer de los tejados de las mezquitas; otros fueron más lejos y los arrastraron a las hogueras. En las calles y plazas de Jerusalén no se veía más que montones de cabezas, de pies y manos. Para avanzar había que abrirse paso entre los cadáveres de hombres y caballos [...] De hecho, fue una sentencia justa y magnífica de Dios que llenara este lugar con la sangre de los infieles [...] Se derramó tanta sangre en la mezquita edificada sobre el antiguo templo de Salomón, que los cadáveres de los fanáticos de Mahoma flotaban en ella, arrastrados a uno y otro punto.»

Por otra parte, el historiador árabe Ibn al-Athir dejó constancia de lo que ocurrió en la Gran mezquita: «[...] *los francos degollaron a más de sesenta mil* [210] *personas, entre las cuales había una gran cantidad de imanes y de doctores musulmanes, de devotos y de ascetas [...]*».

El cronista Fulquerio de Chartres, presente en la toma de la ciudad, certifica la matanza:

«En verdad, si hubieseis estado ahí habrías visto nuestros pies coloreados hasta los tobillos con la sangre de la masacre. Pero ¿qué más os puedo contar? Ninguno fue dejado con vida; no hubo piedad ni de mujeres ni de niños».

El historiador y arzobispo Guillermo de Tiro lo confirma un día después de la carnicería:

«Se ordenó sacar fuera de la ciudad todos los cuerpos de los sarracenos muertos, a causa del hedor extremo, ya que toda la ciudad estaba llena de sus cadáveres [...] hicieron pilas tan altas como casas: nadie había visto una carnicería semejante de gente pagana. Las hogueras estaban dispuestas como mojones y nadie, excepto Dios, sabía su cantidad».

Una vez consumada la matanza y declarada Jerusalén libre de «infieles», el viernes quince de julio del año 1099, a las tres de la tarde, hora en la que Cristo expiró, los jefes cruzados se dirigieron en solemne procesión entonando el *Te Deum* [211] a la iglesia del Santo Sepulcro en acción de gracias. Jerusalén, que había sido arrebatada a los bizantinos por los árabes en el año 638, volvía a ser cristiana.

Ese mismo mes de julio, mientras caía Jerusalén en manos cristianas, fallecía el promotor de la cruzada, el papa Urbano II, sin llegar a conocer la noticia, por lo que no vio realizado su sueño. El legado pontificio también había muerto con anterioridad. Las consecuencias del éxito de la cruzada fueron el establecimiento en Levante de una serie de reinos cristianos conocidos como Estados Latinos de Oriente. El reino de Jerusalén fue gobernado por Godofredo de Bouillon que, en consonancia con su siempre caballeresca actitud, rehusó a su coronación alegando: «*No llevaré corona de oro donde Cristo la llevó de espinas*». En su lugar, aceptó el título de defensor del Santo Sepulcro, actitud que corrobora y ensalza su figura de perfecto caballero cruzado, soldado de Cristo.

Las palabras del cronista Fulquerio de Chartres nos dan una idea del criterio seguido por todos los cristianos que se quedaron en Palestina tras el éxito de la cruzada: *«Aquellos que no tenían ni una aldea allá, gracias a Dios, tienen una ciudad aquí ¿Por qué volver a Occidente cuando pueden encontrar todo esto en Oriente?»*

Los cruzados crearán una sociedad feudal en Tierra Santa, donde permanecerán dos siglos, hasta su definitiva expulsión con la toma de San Juan de Acre en el año 1291 por los árabes. Jerusalén volverá a manos musulmanas en el año 1187 bajo el mandato del sultán Saladino. Desde que el rey David la tomó como capital del reino de Judá, Jerusalén será conquistada en veintiséis ocasiones. La brutal y desmedida actuación de los francos en nombre de la Cruz, causó un gran impacto emocional en la sociedad musulmana de la época, que vieron en los cruzados, a unos auténticos bárbaros y despiadados invasores. Durante generaciones, las madres árabes regañarán a sus hijos, diciéndoles: «*¡Qué vienen los cruzados!*».

En un principio, los árabes vieron en los cruzados a unos mercenarios llegados de Occidente al servicio del Imperio Bizantino, como otras veces había ocurrido. Fue tras la matanza de Jerusalén y el progresivo asentamiento de colonos cristianos en el litoral, cuando fueron tomando conciencia de la invasión sufrida, respondiendo con una

yihad [212] de baja intensidad y muy localista, lo que no supuso ningún contratiempo para el afianzamiento cruzado en la zona durante los próximos doscientos años.

---

195 Venganza. Tiene su origen en el derecho germánico, donde existía la obligación de vengar la muerte de un familiar.
196 Malas prácticas y abusos de todo orden que los señores feudales ejercían impunemente sobre sus siervos, campesinos y gentes bajo su protección.
197 Paz de Dios. Movimiento religioso destinado a frenar los desmanes y atropellos de los nobles frente a gentes indefensas.
198 Tregua de Dios. Institución de carácter religioso y político que prohibía el combate ciertos días. Solo los lunes, martes y miércoles estaba permitida la lucha entre cristianos.
199 Dinastía turca que gobernó en Asia Menor y Egipto. Sus ataques al Imperio Bizantino provocaron las cruzadas.
200 Ley feudal por la que el hijo primogénito heredaba la totalidad del patrimonio familiar evitando así la disgregación y fragmentación de este.
201 Tierras que se concedían a los hijos menores de reyes y alta nobleza a cambio de su renuncia al trono o a la de un título nobiliario, en beneficio del primogénito.
202 Plural de pogromo. Linchamiento multitudinario de una minoría étnica o religiosa paralelo al expolio o destrucción de sus bienes.
203 Bienes espirituales que permiten redimir la pena generada por el pecado. Eran concedidas por el Papa y los obispos. Podían redimir toda la pena (plenarias) o parte de la misma (parciales).
204 La encabezada por Pedro el Ermitaño y otros aventureros, y que fue aniquilada por los turcos selyuquíes.
205 También razzia. Expedición militar de corta duración, destinada a obtener botín.
206 La encabezada por un representante del Papa o encabezada por reyes.
207 Califato y dinastía chiita que gobernó en Egipto extendiendo sus dominios hasta Jerusalén y por el norte de África desde el año 909 hasta el 1171.
208 Llamado de este modo por ser el primer lugar desde donde los peregrinos cristianos divisaban Jerusalén.
209 Nombre con el que se conocía al petróleo desde tiempos de los romanos.
210 Cifra a todas luces exagerada por el historiador, lo que no atenúa la magnitud de la matanza.
211 *A Ti Dios*. Es uno de los primeros himnos cristianos, tradicional de acción de gracias.
212 Esfuerzo interior. Guerra santa.

LAS ÓRDENES MENDICANTES Y DE CABALLERÍA

El siglo XIII es considerado la centuria de la plenitud medieval y durante su transcurso nacen y se desarrollan las más importantes aportaciones, sobre todo artísticas, sociales y culturales de la Edad Media a la historia de la humanidad, tales como el gótico, las Universidades, las grandes *summas* [213], la creación literaria, todo ello ligado al desarrollo de las ciudades, en las que surgirá una nueva clase social: la burguesía, que progresivamente irá tomando peso frente a los tradicionales poderes feudales de nobleza y clero, apareciendo una nueva e influyente fuerza denominada *Tercer Estado* [214].

Dentro del contexto del nuevo e incipiente desarrollo urbano, las tradicionales órdenes monásticas fueron permaneciendo aisladas dentro de sus propios monasterios, quedando al margen de los nuevos aires que se respiraban en las ciudades con sus renovadas formas de vida y pensamiento. Todas estas novedades requerían una respuesta por parte de una Iglesia, por otra parte, jerarquizada y anquilosada en la tradicional ortodoxia.

Las Órdenes mendicantes

Nuevas formas de espiritualidad aparecieron en el entorno urbano. Se trataba de verdaderos ejemplos de pobreza evangélica, denunciando y poniendo en evidencia la suntuosidad de la jerarquía eclesiástica, totalmente alejada del modo de vida que predicaban. Algunos de estos nuevos movimientos hacían peligrar el orden establecido y la disciplina eclesiástica. De este modo, los llamados *valdenses* [215], *iluminati* [216]y *cátaros* [217], entre otros, fueron perseguidos y calificados como herejes, convirtiéndose en el blanco de la represión pontificia, siendo excomulgados, perseguidos y condenados, cayendo sobre ellos todo el peso de la Cruzada, emplazada para su total erradicación.

Pero el ejemplo de estas comunidades, lejos de ser efímero o pasar desapercibido, había calado en sus contemporáneos, y en el seno de la Iglesia surgieron algunos movimientos inspirados en los mismos preceptos que los condenados, así que la Iglesia les dio cobijo para que permaneciesen fieles a la autoridad eclesiástica y utilizarlos para la predicación en ciudades y la lucha contra la herejía, surgiendo de este modo, a principios del siglo XIII, entre otras, las Órdenes Mendicantes de los Dominicos y los Franciscanos.

Se les llamó mendicantes porque vivían de la caridad, sus únicas propiedades eran sus libros y las ropas que llevaban puestas, ejerciendo una pobreza radical. A diferencia de los monjes, enclaustrados en sus monasterios, estos nuevos frailes vivían en la ciudad, donde ejercían la predicación y daban ejemplo con sus

humildes hábitos. Estas nuevas Órdenes darán una gran importancia a la formación intelectual de sus componentes, y ejercerán un destacado papel en las incipientes nuevas formas de enseñanza que desembocarán en las Universidades.

Los Dominicos surgen en el contexto de la Cruzada *Albigense* [218], promovida por la Iglesia y apoyada por la nobleza francesa interesada en controlar la Occitania, donde la herejía albigense encontró apoyo entre la nobleza de esta zona del sur y sureste francés. Toda esta comarca se declaró herética, sin distinguir entre judío o converso, cátaro o cristiano; todo habitante del *Midi francés* [219] se consideró enemigo de la Iglesia. En este marco se produjo la matanza de siete mil prisioneros, encerrados en la catedral de Bézier tras la toma de esta ciudad por las tropas pontificias en el año 1209. Al preguntarse al legado papal, Arnaldo Amalrico, sobre qué debían hacer con los prisioneros, ya que entre ellos había fervientes católicos, este respondió: «*Matadlos a todos, Dios ya reconocerá a los suyos*».

Poco antes, en el año 1203, uno de los canónigos de la catedral de Osma, llamado Domingo de Guzmán, acompañó a su obispo por el sur de Francia y viendo el arraigo que iba adquiriendo la herejía Cátara, se estableció en Toulouse con el fin de combatirla mediante la predicación, fundando con la aprobación del obispo de esta diócesis, la Orden de los Predicadores, germen fundacional de los Dominicos, aprobación que será ratificada con posterioridad por el papa Honorio III en el año 1216. Poco después se establecieron casas de esta Orden en Bolonia y París, sedes respectivas de las dos primeras Universidades de la Cristiandad.

Los dominicos vivían en las ciudades, en casas-convento gobernadas por un prior. Las casas de una misma provincia debían obediencia a un Capítulo Provincial y al frente de toda la Orden se encontraba un Maestro General, asesorado en todo momento por el Capítulo General con quien solía reunirse anualmente para analizar la marcha de la Orden. La comunidad se regía por la Regla de San Agustín, mostrando un especial interés por el voto de pobreza y la formación académica e intelectual de sus componentes, yendo mucho más allá del clásico *trívium* [220] *y quadrivium* [221] monásticos de la mano del redescubrimiento aristotélico de Santo Tomás de Aquino y la *escolástica* [222].

De esta forma, cada comunidad dominica se convirtió en un centro de estudio con importantes bibliotecas, orientadas sobre todo a la formación teológica, encaminada a la predicación y a la lucha contra la herejía, por lo que no es de extrañar que los Papas les otorgaran casi en exclusividad los principales puestos antiheréticos, llegándose a identificar por sus contemporáneos el término *inquisidor* con *dominico* y viceversa, no sin razón, ya que de esta Orden, avalada por su concienzuda preparación teológica, se nutrían las filas de la

Inquisición medieval.

Cuando en el año 1221 fallece en Bolonia a la edad de cincuenta y un años su fundador, los dominicos cuentan con casas en la mayoría de las ciudades con universidad: Oxford, Colonia, París, Bolonia, entre otras. Este canónigo, fundador de los dominicos, era natural de la pequeña localidad de Caleruega en la provincia de Burgos. Poco después de su muerte, en el año 1234, fue canonizado por el papa Gregorio IX, desde entonces es santo Domingo de Guzmán y su festividad es celebrada por la Iglesia católica todos los ocho de agosto.

Los últimos cátaros, que aún resistían en el castillo de Montsegur, fueron finalmente reducidos en el año 1244 y, como terrorífico aviso a navegantes, doscientos de ellos fueron quemados en la hoguera sobre la misma ladera del mencionado castillo, poniendo de esta manera fin a la guerra que bajo el pretexto religioso de Cruzada había aportado al rey de Francia Luis IX y a los nobles del norte francés, el dominio efectivo del sur.

Otra orden mendicante, surgida del ideal de pobreza evangélica, es la de los Franciscanos. En el seno de una acomodada familia de comerciantes de la ciudad italiana de Asís, nace en el año 1182 el pequeño Francisco Bernardone. Hacia el año 1202, el joven Bernardone se desvincula sorprendentemente de su pudiente familia y junto a un grupo de amigos emprendió una vida de oración y penitencia, viviendo de la mendicidad, autodenominándose «*hombres de penitencia*». Esta nueva comunidad con su radical práctica de la pobreza adquirió cierta fama por ciudades, pueblos y aldeas del norte de Italia. Según nos cuenta Tomás Celano, primer cronista de San Francisco de Asís, el papa Inocencio III tuvo un sueño en el que vio a un pobre que cargaba sobre sus espaldas la Basílica de San Juan de Letrán, sede papal anterior al Vaticano. Este hecho fue de trascendental importancia para el futuro de esta hermandad, ya que el propio Papa, no sin ciertas reticencias ante la poca preparación intelectual de sus componentes, aprobó la Orden de la Fraternidad de la Penitencia, que así es como pasó a denominarse a San Francisco y sus adeptos a raíz de la aprobación papal, quedando autorizados solo para predicar temas referentes a la moral.

Al regreso de su peculiar viaje a Egipto, Francisco redactó una *Regla* [223], ratificada por el Papa, pasando a denominarse Orden de Frailes Menores, adjetivo, este último, adoptado como signo de humildad. San Francisco de Asís dejó la dirección de la Orden, retirándose al monte Alverne. Murió en la *Porciúncula* [224] en octubre del año 1226, dejando escrito en su testamento las máximas de pobreza, humildad y amor mutuo que regirían su Orden, desde entonces señas de identidad de los franciscanos. Llegados a este punto, supongo que para algunos de los lectores las andanzas de San Francisco por tierras egipcias son

una novedad, de modo que vamos a conocerlas.

Aprovechando la presencia del ejército cristiano en el Delta del Nilo durante el transcurso de la quinta cruzada (1218-1220), Francisco decidió embarcarse rumbo a Palestina y Egipto, lugares donde se desarrollaba esta cruzada, con el fin de predicar entre los musulmanes, con los que hasta entonces solo se había tenido contacto a través de la espada. Las fuerzas cruzadas se encontraban desplegadas próximas a la ciudad de Damieta, situada en el Delta a orillas del Mediterráneo, junto a uno de los dos grandes ramales por los que desemboca el Nilo. El intrépido Francisco, acompañado por fray Iluminado —un compañero franciscano cuyo nombre lo dice todo—, pidió permiso al legado papal de la Cruzada para atravesar el río Nilo hasta las posiciones musulmanas; Pelayo Gaitán, cardenal español puesto por el papa Honorio III al frente de esta cruzada, como si de un nuevo Poncio Pilato se tratara, ni les dio la autorización ni les impidió partir.

En un alarde de valentía, imprudencia, temeridad o fe, cada cual puede calificarlo desde su punto de vista, Francisco se subió a una pequeña barca con su compañero Iluminado. Sabedores del alto riesgo de su propósito, justo antes de empujar el bote hacia la otra orilla, a la vista de unas ovejas rezaron «*el Señor es mi pastor*» y pronunciaron las palabras de Jesús: «*Os envío como ovejas en medio de lobos*». Tan pronto como la proa de la barquichuela se frenó contra la arena de la otra orilla, fueron sacados a golpes y puntapiés por los centinelas musulmanes que los esperaban desde que partieron desde la orilla cristiana. Solo los reiterados gritos con los que pedían ver al sultán los salvaron de una muerte segura. Creyendo que eran portadores de algún mensaje, o desertores que querían convertirse al islam, dejaron de golpearlos y ante su insistencia, magullados y ensangrentados, los arrastraron ante el sultán Melek el Kamel, nieto del mismísimo Saladino que había recuperado Jerusalén para los musulmanes hacía tres décadas.

Los dos franciscanos postrados ante el sultán le dijeron que no les enviaba nadie y que no querían renegar de su fe, al contrario, venían en nombre de Jesucristo y traían un mensaje de Él para que Melek y los suyos creyeran en el Evangelio y se convirtieran al cristianismo. Es más, Francisco tuvo la osadía de decirle al sultán, en presencia de sus consejeros espirituales, que estaba dispuesto a demostrarle que su religión era falsa, no con la Biblia, a la que los musulmanes no daban validez, tampoco con la razón, ya que la fe se encuentra muy por encima de esta, sino mediante el sometimiento a una *ordalía*.

Esta consistiría en que el mismo Francisco, en compañía de los jefes religiosos del sultán, entraría en una gran hoguera y el que saliese indemne del fuego sería portador de la verdadera fe. Al escuchar esto los jefes musulmanes, se miraron ciertamente alarmados, ante la

posibilidad de que su señor aceptase el reto. El sultán suavizó la situación diciendo: «*No puedo hacer esto, mi gente me mataría a pedradas*». Aunque esta actitud del que años después será san Francisco de Asís nos parezca a todas luces insensata y temeraria, estaba basada en sus conocimientos históricos. Efectivamente, casi seiscientos años antes, el mismo Mahoma hizo esta misma propuesta a los cristianos de la ciudad de Medina, y muy consecuentemente, estos prefirieron convertirse al islam antes que meterse en el fuego.

El trato dispensado por el sultán a los dos cristianos fue respetuoso, ordenando que les fuesen curadas las heridas sufridas durante su apresamiento, incluso les permitió predicar entre los musulmanes de su campamento, sin ningún éxito por otra parte. Los jefes religiosos musulmanes indignados con su jefe le exigieron que cumpliese con su deber de defensor de la «verdadera fe», y mandase degollar a los dos cristianos. Melek les respondió: «*No seré yo quien condene a muerte a quien viene a salvar mi alma, a riesgo de su propia vida*». Viendo la imposibilidad de su empresa, Francisco pidió permiso al sultán para volver al campamento cristiano, y este se lo concedió entregándole un cuerno de marfil tallado como salvoconducto, que hoy se encuentra en la Basílica de san Francisco de Asís.

Algunas crónicas cuentan que el Sultán Melek el Kamel quedó muy condicionado en su lucha contra los cristianos por el contacto que había tenido con san Francisco y que incluso se bautizó en sus últimos días, pero esto solo forma parte del mito y la leyenda, no pudiéndose afirmar desde un punto de vista historiográfico mínimamente riguroso.

Al finalizar el siglo XIII la Orden de los franciscanos se había extendido por toda Europa, siendo poco habitual que una ciudad o pueblo por pequeño que fuese no contara con una casa de franciscanos o de clarisas, rama femenina fundada por Santa Clara de Asís, que se regía por la misma regla que sus hermanos franciscanos.

Desde sus inicios, muchos componentes de la Orden fueron partidarios de la radicalización de la pobreza, rechazando incluso la posesión de conventos y libros, conducta que rayaba las prácticas albigenses, condenadas y perseguidas por la Iglesia. A estos franciscanos partidarios de la pobreza extrema se les conocía como *espirituales* [225]. Frente a estos hermanos radicales, los franciscanos *conventuales* [226] aceptaban los términos más moderados del testamento de san Francisco sobre la pobreza, avalados y apoyados por el general de la Orden y el Papa. Esta división se prolongó en el tiempo, y llegado el año 1317 los espirituales más díscolos, llamados *fratricelli* [227] , fueron perseguidos y condenados por orden del papa Juan XXII desde Aviñón. Esta doble línea dentro de los franciscanos permaneció aún vigente durante más de un siglo, por lo que el papa Eugenio IV la

dividió en el año 1434 en dos congregaciones separadas, Conventuales y *Observantes* [228], ambas bajo disciplina de un mismo general franciscano.

Aunque dominicos y franciscanos son las más conocidas y extendidas, en este siglo XIII, surgieron otras órdenes religiosas de no menor importancia y que también perviven hasta hoy, como los Carmelitas o del Monte Carmelo, instituidos en el año 1218. San Pedro Nolasco en ese mismo año fundó la de los Mercedarios con la ayuda de san Raimundo de Peñafort, dedicada a la noble y piadosa causa del rescate de cautivos cristianos en poder de los musulmanes, contando con el apoyo del rey de Aragón Jaime I. La Orden de los Agustinos se creó en el año 1256, consagrándose a la loable tarea de la enseñanza.

Las Órdenes de Caballería

Estas congregaciones, que tenían un genuino y marcado carácter militar hay que englobarlas en el contexto de la sociedad cristiana medieval, donde la guerra y la defensa de la religión son en realidad la misma cosa. Las Órdenes de Caballería aparecerán justamente tras el éxito de la Primera Cruzada y la consiguiente conquista de Tierra Santa, con el fin de mantener y proteger las tierras recientemente conquistadas, así como dar cobertura y hacer seguras las rutas de peregrinos, muy concurridas en los años inmediatamente posteriores a la toma de Jerusalén.

La *caballería* [229] estaba reservada solo para hombres pertenecientes a la nobleza, aunque dentro de este primer estamento existían diversas categorías. Por ejemplo, en Castilla junto a los *caballeros* [230] de más rancio abolengo, pertenecientes a la alta nobleza más próxima al rey, se alineaban en las huestes los *caballeros villanos* [231], de inferior linaje, pero tan válidos en el combate como el que más. No obstante, y como era preceptivo, recibir el honor de ser investido caballero requería y pasaba por una necesaria e imprescindible ceremonia.

En la Edad Media existía la creencia incuestionable de que Dios dividía el orden social establecido por la misma Providencia en tres estados que equilibraban a la perfección el mundo ideal de la época, donde el teocentrismo significaba el patrón perfecto, reflejo de lo divino. De este modo existían tres estamentos, cada uno, dedicado en exclusiva a lo suyo. El labrador para obtener de su trabajo la manutención de todos; el eclesiástico a rezar por el bien, también de todos; y el caballero a la defensa de la Cristiandad como un todo indisoluble que engloba a los tres estamentos mencionados, que es lo mismo que decir el mundo feudal medieval.

Naturalmente, a la dignidad del nombramiento de caballero solo podían optar los descendientes de los más prestigiosos linajes y clanes familiares. Era muy difícil, si no imposible, que algún hombre ajeno a

la nobleza recibiese la bendición, el honor y el nombramiento de caballero.

La espada, con el mango y el guardamano a modo de Santa Cruz, es el arma más noble e identificativa del caballero cristiano y con ella de rodillas en la iglesia, equipado con su mejor y más flamante armadura, con la cabeza descubierta, debía hacer vigilia el aspirante a caballero antes de investirse como tal. Y de la imposición de la espada recibían los aspirantes el título de caballería, y no con ninguna otra arma. La espada cristiana era por su forma el reflejo de la Cruz y que, agarrándola por el mango, el caballero tenía la potestad divina de dar o quitar muerte, siendo el caballero cristiano el instrumento de Dios para salvaguardar la fe y la espada, réplica de la Cruz divina, era el elemento ejecutor.

La vigilia o velado de armas se iniciaba al mediodía de la jornada previa al nombramiento. Tras pasar toda la tarde, la noche y la madrugada rogando a Dios para que le guiase en su buen servicio a la Cristiandad, el aspirante, con las primeras luces del alba escuchaba la primera santa misa del día, y finalizada la liturgia, permaneciendo dentro de la misma iglesia, capilla o catedral donde había velado armas, llegaba ante él quien debía nombrarlo caballero. A continuación, le preguntaba solemnemente «*si quiere recibir orden de caballería*», y pronunciado el «*sí quiero*», un caballero de los presentes se agachaba y le colocaba las espuelas, algo exclusivo y genuino de la caballería. Las espuelas hacen que el caballo obedezca y siga el camino elegido por el jinete. La imposición de espuelas representa simbólicamente la obligación del investido de seguir el camino de Dios.

A continuación, le fijaban el cinturón con la espada que había estado velando. Entonces, el novel, desenvainando la espada con la mano diestra —nunca con la *siniestra* [232]—, la alzaba mientras a viva voz, alto y claro, hacía juramento ante todos los presentes de tres cosas: «*No recelar en morir por la ley de caballería si fuese menester, no recelar en morir por su señor natural si fuese menester*», y la tercera, «*no recelar en morir por su tierra si fuese menester*».

Terminando de pronunciar la última palabra del juramento y antes de darse cuenta, el novel recibía un fuerte golpe en la cabeza de la mano del caballero que lo había apadrinado, para que nunca olvidase lo allí jurado ante Dios y los caballeros presentes, proclamando a continuación con toda solemnidad que «*Dios lo guie y le permita cumplir con lo jurado*». Inmediatamente, el mismo que le había atizado el fuerte golpe, lo besaba efusivamente y abrazaba en señal de fe, caballerosidad y hermandad. A renglón seguido todos los caballeros presentes hacían lo mismo. De este modo, un nuevo caballero, *miles Christi* [233], acababa de entrar en la Orden de Caballería.

En el origen, precedente o modelo de referencia en el que se inspiraron las primeras órdenes caballerescas, estarían las *cofradías militares* [234] cristianas y los *ribat* musulmanes. Estos últimos eran una especie de fortaleza-monasterio o convento fortificado, situados siempre en zonas fronterizas con los cristianos, y que estaban habitados por fieles del islam siempre prestos a la lucha.

Las Órdenes Militares surgirán o estarán destinadas en todas las zonas que podemos considerar como fronteras de la Cristiandad que están en contacto con musulmanes y paganos, en Tierra Santa, la Península Ibérica y en las costas alemanas del Báltico principalmente, impulsadas por los poderes civiles y la Iglesia. Al surgir y afianzarse tras el éxito de la Primera Cruzada, los componentes de estas nuevas instituciones eran considerados por la sociedad medieval de su tiempo como los perfectos caballeros cruzados o soldados de Cristo. Representaban lo que todo niño o joven de la época querría ser de mayor, reconociendo en cierto modo el éxito y el triunfo de la Iglesia y de su labor guerrera que había culminado con la triunfal toma de Jerusalén.

Será precisamente en esta ciudad donde surgirá la primera Orden Militar de caballería cristiana: la de los caballeros del Templo de Jerusalén, cuyo primer Gran Maestre, Hugo de Payens, recibía el beneplácito del papa Honorio II, sin duda influenciado por Bernardo de Claraval, reformador del Cister y predicador de la Segunda Cruzada, que precisamente fue quien redactó las reglas por las que se regirían los futuros templarios. Esto sucedía cuando se cumplían treinta años de la toma de Jerusalén por los cruzados, sobre el año 1129. Solamente podían ostentar la categoría de Orden Militar, Orden Ecuestre u Orden de Caballería, las reconocidas y aprobadas exclusivamente por el Papa, claro está, después de supervisar o incluso redactar el mismo Pontífice los estatutos que regirán la regla de la Orden en cuestión.

La misión de todas las Órdenes Militares era la lucha contra los enemigos de la Iglesia, que evidentemente eran todos los que no estaban dentro de esta, principalmente musulmanes, pero también paganos y, en menor medida, judíos, conversos y herejes. La defensa y conservación de las tierras arrebatadas a los «infieles», en especial las de los recién conquistados Santos Lugares, así como dar protección a los cristianos en peregrinación, figuraban entre sus primeras obligaciones.

Con el tiempo, una vez aseguradas estas tareas primordiales, las Órdenes de Caballería se convertirán en una fuerza militar de élite, siendo sus servicios solicitados constantemente por reyes y nobles, constituyendo la única fuerza militar con carácter permanente en la Edad Media. Ya no solo se las solicitará militarmente, sino que

desempeñarán muchos otros cometidos como defensa y repoblación de territorios, intermediación entre Tierra Santa y Europa, entre reyes y Papas, fundación de hospitales, liberación de cautivos, incluso actuarán como banqueros.

Todas estas actuaciones en tan diversos campos irán dotando de un poder y riqueza progresivos a estas Órdenes. Altos representantes de las Órdenes Militares se convertirán en consejeros de reyes y Papas, acumulando un creciente poder que en ocasiones terminará volviéndose contra la propia institución, como ocurrió a los templarios, que coincidiendo precisamente con la pérdida definitiva de Tierra Santa en el año 1291, de manera paradójica comenzó su declive. Definitivamente el veintidós de marzo del año 1312, coincidiendo con la llegada de la primavera, el papa Clemente V promulgaba la bula *Vox in Excelso*, que ponía fin a la legendaria Orden del Temple, siendo ejecutados sus dirigentes.

El último gran maestre del Temple, Jaime de Molay, fue quemado vivo el dieciocho de marzo del año 1314 en la plaza pública frente a la catedral de Notre-Dame, en París, en un ambiente de indignación y rabia contenida. Godofredo de París, testigo de la ejecución, nos dice:

«[…] Vi a algunos llorar, escuché un murmullo de protestas y yo mismo comprendí que se había cometido una gran injusticia. Pero ninguno tuvimos el valor de alzar la voz para mostrar nuestros sentimientos […]».

En la actualidad, frente a la catedral de Notre Dame, junto a una estatua ecuestre de Enrique IV, nos tropezamos con una gran losa de granito negro —como si fuesen los restos calcinados de lo que un día fue una hoguera— en la que podemos leer:

«Aquí señala la tradición que, en la tarde del 18 de marzo de 1314, el Gran Maestre Jacques de Molay, fue quemado vivo en la hoguera junto con otros dignatarios templarios».

A partir de aquí, los hechos posteriores a ese 18 de marzo —aunque certificados historiográficamente— no harán sino alimentar la leyenda vinculada al Temple y los Templarios. Veamos lo que sucedió.

Aún no se habían apagado las ascuas frente a Notre Dame, cuando la gente se abalanzó —quemándose muchos de ellos las manos— sobre las humeantes cenizas para llevárselas a sus hogares como auténticas reliquias. Para estas gentes lo que habían presenciado era algo digno de santidad. El rey y el Papa habían creado, sin pretenderlo, dos mártires.

Solo había transcurrido un mes desde la injusta ejecución del último Gran Maestre de la Orden del Temple, cuando el papa Clemente V se sintió repentinamente enfermo. Las fuentes dicen que «*comenzó a*

gritar porque un dolor insufrible le mordía el vientre»—con toda probabilidad una peritonitis—. Su médico personal, sin tener idea de lo que aquejaba a su Santidad, echó mano del remedio más caro. Si era caro debía de ser bueno; reflexión muy humana, pero no siempre infalible. Le recetó esmeraldas reducidas a polvo para tomar con un trago de buen vino. Aunque, efectivamente, un vino de cierta calidad es reconfortante y las esmeraldas en su estado puro son caras y preciosas, dentro del organismo del Pontífice eran un remedio letal que aceleraría su muerte. La defunción del Papa Clemente V era certificada el 20 de abril por el equipo de *galenos* [235] que le asistió: «*[…] había muerto a merced de unos horribles sufrimientos*». En la actualidad, todavía puede verse la estatua de Clemente V sobre el pórtico de la catedral de Burdeos, donde había ejercido como obispo. Unos desconocidos vándalos, hace muchos años, le arrancaron la mano derecha, como antaño se hacía a los parricidas y a los ladrones.

No había terminado el año 1314, cuando el «hermoso» rey de Francia Felipe IV disfrutaba de una lúdica y apacible jornada de caza en Fontainebleau. Mientras al galope perseguía a un «hermoso» jabalí, se golpeó con una rama que lo derribó de su montura destrozándole la frente. Nadie pudo comprender como no vio el saliente de aquel árbol. No murió en el acto. Tras varios días agonizando, inmóvil y sin hablar —con gran sufrimiento reflejado en el rostro, según apuntan las fuentes—, pasó a las postrimerías el veintinueve de noviembre de 1314, cuando contaba cuarenta y cinco años.

Esquieu de Floyran, el espía —posiblemente ex Templario—, que comenzó a divulgar las falsedades atribuidas al Temple, terminó sus días cosido a puñaladas en una oscura callejuela de París. Nunca se descubrió a los autores.

Eguerrand de Marigny, el canciller real que había administrado en nombre de Felipe IV el tesoro arrebatado al Temple, hasta su entrega a los Hospitalarios por mandato pontificio, apareció ahorcado. ¿Suicidio o asesinato? Nunca se supo.

Previamente a la ejecución del Gran Maestre, el once de abril de 1313, había muerto la mano derecha del rey de Francia, Guillermo de Nogaret,. El Inquisidor General Guillermo de París, también dejó de intrigar contra el Temple en noviembre del mismo año. «*Había corrido la suerte de toda carne*», dicen las crónicas.

Personalmente, estoy con los historiadores más escépticos, que consideran esta cascada de acontecimientos, meramente un cúmulo de casualidades cronológicas en el tiempo. Aunque, por otra parte, estoy también de acuerdo en que estos sucesos propiciaron el caldo de cultivo perfecto para el auge de la leyenda sobre la supuesta maldición que Molay lanzó contra el Papa y el rey antes de ser devorado por las llamas. Leyenda que, con toda probabilidad, comenzó a fraguarse

cuando ya se conocieron todos los hechos, tan cercanos en el tiempo y entre sí.

Así mismo, cuando poco después, a partir del año 1347, la terrible plaga de la *peste negra* o bubónica arrase literalmente a la *Cristiandad* [236], serán muchos los que vean la epidemia como un gran castigo divino por la injusta disolución del Temple y el asesinato de muchos de sus miembros. Algo por otra parte, comprensible y muy normal en la teocéntrica y supersticiosa mentalidad del Medievo, donde cualquier desastre o contrariedad era interpretado sin más como castigo de Dios.

Con un carácter más localista y menos universal, con el fin de evangelizar, surgió la Orden Teutónica, que se nutría de los disciplinados *Männer der Arbeit* [237], centrando su lucha contra el paganismo del norte de Europa, aunque detrás de esta implantación del cristianismo por la fuerza, estaba el *Drang nach Osten* [238], expresión que resumía el tradicional expansionismo alemán hacia el este a costa de los *eslavos* [239]. Esta Orden fundará un pequeño Estado religioso que posteriormente constituirá el germen de la futura Prusia, y que a su vez será el núcleo aglutinador de la unificación alemana del año 1870. El emblema que los caballeros de la Orden Militar Teutónica lucían en sus capas y escudos, y también en las *gualdrapas* [240] de sus caballos, lo podemos ver todavía hoy en el ejército alemán.

Se trata de una cruz negra sobre fondo blanco, emblema de los caballeros teutónicos que sirvió de modelo y prototipo para la preciada insignia militar germana de la *Cruz de Hierro*, así como para la bandera imperial del II Reich tras la unificación alemana de 1870. El soldado alemán de la Segunda Guerra Mundial lucía en la hebilla de su cinturón la inscripción *Gott mit uns* [241]. Como hemos comentado anteriormente, aún en la actualidad, el ejército de la nueva Alemania reunificada lo utiliza como emblema. Así de persistente es el recuerdo que la Orden de Caballería Teutónica dejó en los territorios bajo su administración.

También de esta época de cruzadas y defensa a ultranza de la Cristiandad quedan notables reminiscencias en las enseñas nacionales de numerosos Estados actuales del norte europeo. Islandia, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Noruega, Islas Feroe y Finlandia poseen banderas nacionales jalonadas en su totalidad por una gran Cruz de origen cristiano.

En la Península Ibérica se crearán las Ordenes Militares de Calatrava, Santiago y Alcántara, siempre activas en la *Reconquista* contra el islam andalusí. El carácter de la actuación local de las Órdenes hispanas no las exime de su universalidad ya que habían sido aprobadas —como era preceptivo— por el Papa. No en balde, las de Santiago y Calatrava poseían propiedades en Europa y se llegó a sopesar su implantación en

el Báltico en apoyo a los caballeros teutones, así como en Tierra Santa, aunque ninguno de estos proyectos se llevó a cabo atendiendo a que ya tenían bastante tarea con defender el sur de la Cristiandad en la Península Ibérica.

Por su carácter militar y religioso las Ordenes Militares de Caballería estaban sujetas a una férrea y rigurosa disciplina, así como a una estructura jerarquizada. A la cabeza de la Orden figuraba el *Gran Maestre*[242] y los territorios bajo jurisdicción de la Orden se dividían en *encomiendas*[243], bajo control cada una de ellas de un comendador al que debían obediencia cada una de las dos ramas en las que solía estar dividida la Orden: caballeros y religiosos. Todos ellos sin excepción debían obediencia al Gran Maestre, existiendo al frente de la rama exclusivamente religiosa la figura del *prior*[244] subordinado siempre a la máxima representación de la Orden Militar. La agrupación de varias encomiendas formaba un *maestrazgo*[245]. Todos los territorios bajo control de las Órdenes tenían obligación de entregar un *responsio*[246] que habitualmente era destinado a potenciar los frentes en combate contra el «infiel» como eran Tierra Santa, Prusia y la Península Ibérica.

Además de los caballeros y monjes que integraban propiamente las filas de la Orden, fueron muchos los que se sintieron atraídos por los ideales caballerescos de estas fundaciones. Podríamos afirmar que estas instituciones estaban de moda, suponiendo un baluarte, una élite, un modelo para la sociedad cristiana de la época. Todas estas personas cercanas al ideal de las Órdenes, pero sin pertenecer a ellas directamente, se denominaron *familiares*[247] de la Orden. Muchos de estos familiares las apoyaban económicamente, eran verdaderos devotos de una u otra Orden y cuando llegaban al fin de sus días, solían amortajarse envueltos en los hábitos de la Orden en cuestión, creyendo firmemente en una salvación más justa, rápida y digna.

Las Órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y el Hospital contaron con ramas femeninas de religiosas, que naturalmente se hallaban recluidas en sus propios conventos. Los miembros de las Órdenes, tanto religiosos como caballeros juraban tres rigurosos votos monásticos: castidad, obediencia y pobreza, debiendo de regirse por dos tipos de regla monástica. Por la regla cisterciense se rigieron los caballeros de la Orden de Calatrava, mientras que el Temple y Santiago se acogieron a la regla agustiniana. Los caballeros de la Orden de Santiago consiguieron una revisión de su riguroso voto de castidad, sustituyéndolo para su alivio por el de castidad conyugal, por lo que se les permitía estar casados, creando conventos a modo de casas cuartel para residencia de estos caballeros con sus familias, incluidos hijos e hijas. No obstante, las hembras residían en estos centros hasta una cierta edad en la que la mayor parte de ellas tenían que elegir entre el matrimonio o el convento.

213 Tratados y recopilaciones de todo lo referente a una determinada materia o disciplina académica.
214 En la Baja Edad Media era la parte de la sociedad distinta de la nobiliaria y de la eclesiástica.
215 Adeptos a la herejía Valdense aparecida en el siglo XII, que rechazaba algunos sacramentos y dogmas de la Iglesia. También conocidos en su tiempo como *pobres de Lyon.*
216 Iluminados. Heterodoxos cristianos con ideas próximas a las de los valdenses.
217 Puros. Herejes del sur de Francia con reminiscencias gnósticas y maniqueas.
218 *Albigenses*: Cátaros, puros, perfectos.
219 Mediodía francés. Expresión muy utilizada en términos medievales que se identifica con el sur de Francia.
220 Tres vías de estudio que comprendían la gramática, dialéctica y retórica.
221 Tres vías de estudio que comprendían la gramática, dialéctica y retórica.
222 Corriente filosófica y teológica medieval que utilizó el pensamiento grecolatino para explicar las verdades reveladas del cristianismo. Su principal representante fue Santo Tomás de Aquino.
223 Normas por las que se rige una Orden Monástica.
224 En antiguo latín significa «pequeño trozo de tierra». Pequeña iglesia incluida dentro de la Basílica de Santa María de los Ángeles, cerca del municipio de Asís, cuna del movimiento franciscano.
225 Rama heterodoxa y rigorista de los franciscanos que denunciaba la riqueza y ostentosidad de la Iglesia y propugnaba una pobreza radical de la misma. Sus principales promotores fueron Hubertino de Casale y Miguel de Cesena.
226 Congregación franciscana que sigue las normas de San Francisco de Asís y practica una pobreza moderada.
227 Secta rigorista procedente de la familia franciscana y condenada por la Iglesia.
228 Congregación de la orden franciscana que practicaba pobreza rigurosa.
229 Institución medieval a la que pertenece toda la nobleza, cualquiera que sea su grado. Primer estamento de la sociedad medieval.
230 Los que se pueden permitir la dignidad de ir a caballo, nobleza de segunda categoría. Tendrían su origen en el estamento ecuestre romano. Los ecuestres eran la segunda categoría social en Roma, después de los senadores.
231 Pequeña nobleza castellana de origen rural, capaz de mantener un caballo.
232 Ser zurdo o pelirrojo no era bien visto durante la Edad Media. Si tenías la «desgracia» de tener ambas cualidades eras considerado como poco, un servidor de *Belcebú*.
233 Soldado de Cristo. Nombre con el que se conocía a los cruzados en la Edad Media.
234 Agrupación de caballeros guiados por su espíritu religioso, antecesora de las Ordenes Militares o de Caballería.
235 De Galeno. Prestigioso médico griego del siglo II. Sus métodos y prácticas se aplicaron en medicina durante más de mil años. Por extensión, nombre que se aplicaba a los médicos.
236 Europa.
237 Expresión alemana que significa: *hombres de trabajo*. Nombre con el que se conocía en el Medievo a los alemanes, por su capacidad, disciplina y rigor en el trabajo.
238 Expresión en alemán cuyo significado es: *Marcha hacia el este*. Indica la tradicional expansión territorial y cultural de los germanos a costa de pueblos eslavos y bálticos.
239 Pueblos que penetraron en Europa en los siglos V y VI, asentados originalmente tras los Cárpatos y el Danubio. Por su situación geográfica se distinguen tres grupos: eslavos meridionales (serbios y eslovacos), eslavos orientales (rusos y ucranianos) y eslavos occidentales (polacos, checos y croatas). El protoeslavo, legua común a todos ellos, se escindió a partir de estos siglos.
240 Prenda de tela que cubría las ancas y la cabeza de los caballos en combates, justas y torneos medievales.
241 Palabras en alemán que significan: «*Dios con nosotros*».
242 Máximo representante en la jerarquía de una Orden Militar.
243 Territorio de una Orden Militar bajo el mando de un comendador.
244 Monje que dirige y supervisa la vida diaria de una comunidad religiosa. Debe obediencia a su superior que es el abad, en el caso de las Ordenes Militares su superior es el Gran Maestre.
245 Jurisdicción territorial que agrupa varias encomiendas, gobernada por un maestre.

246 Tercera parte de los ingresos de las Ordenes Militares, se solían enviar a Tierra Santa.
247 Personas próximas o afines a las Ordenes Militares o a la Santa Inquisición.

LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

En líneas generales, durante el siglo XIV y parte de la siguiente centuria, el mundo medieval Occidental se verá envuelto en una persistente crisis que afectará a todos los ámbitos existentes. En lo político surgió un largo conflicto bélico entre las dos monarquías más relevantes de ese momento, como eran Inglaterra y Francia. La contienda se convertirá en endémica, enraizándose y propagándose a otros reinos ajenos en un principio a la disputa anglo-francesa. Podríamos afirmar que se trató de la primera gran guerra europea —afectó a más de tres generaciones— de tintes internacionales, de las muchas que tendrán lugar durante los siglos venideros, a lo largo de la Edad Moderna y Contemporánea.

La historiografía tradicional ha venido denominando a este enfrentamiento como la *Guerra de los Cien* Años. Sus contemporáneos y las generaciones posteriores de historiadores conocieron este conflicto simplemente como guerra entre Francia e Inglaterra. Como en el futuro vendrán diversas guerras entre ambas entidades nacionales, será en el siglo XIX cuando se acuñe el término con el que titulamos este capítulo. Con esta denominación ha quedado perpetuado este conflicto hasta hoy, aunque debemos señalar que no se trató de una sola guerra. Más bien concurrieron diversos enfrentamientos entre ingleses y franceses a lo largo de las décadas intercalándose prolongados periodos de treguas cuando el agotamiento económico, militar o demográfico hacía tambalear a los contendientes. Estos acontecimientos bélicos tuvieron lugar entre los años 1337 y 1453, por lo tanto, duraron más de cien años.

Aunque los orígenes del conflicto son bastante complejos vamos a resumirlos brevemente aquí.

Las raíces del conflicto habría que buscarlas en el siglo XIII. Cuando el Imperio Angevino llegó a su fin, el único territorio que le quedó al rey de Inglaterra en suelo francés era el conocido en la Edad Media por el nombre de Guyena. Se trataba del ducado de Aquitania cuya ciudad más relevante era Burdeos, en el suroeste francés. No obstante, dicho ducado estaba obligado a prestar vasallaje al rey de Francia. Este territorio fue siempre utilizado por los monarcas franceses para presionar a Inglaterra ante cualquier pretensión o eventualidad política. Esta persistente e incómoda situación exasperaba al rey de Inglaterra, por lo que había que resolverla de cualquier modo. No podemos olvidar que la vid no arraiga en Inglaterra, por lo que la Guyena, cuya capital era Burdeos, constituía la gran bodega que suministraba de excelentes vinos a los ingleses.

A pesar de que tradicionalmente el territorio de la Guyena había supuesto el principal escollo en las relaciones con Francia, el

detonante que llevó a la guerra a las monarquías de ambos lados del Canal de la Mancha fue una cuestión dinástica. La dinastía real francesa de los Capeto llegó a su fin cuando Carlos IV murió sin descendencia en el año 1328. Fue el último de los Capeto. Inmediatamente, el primo del fallecido asumió la regencia y poco tiempo después se proclamó rey. Se trataba de Felipe de Valois. Efectivamente, el nuevo rey —Felipe VI— era el pariente más próximo por vía masculina del desaparecido Capeto. Con él comenzaba la nueva dinastía real de los Valois. Pero también es cierto que el entonces rey de Inglaterra, Eduardo III, era familiar por vía femenina del difunto Capeto, incluso más próximo que el Valois.

Muy pronto, cuando el nuevo rey de Francia arremeta una vez más contra el territorio de la Guyena, confiscando haciendas vinícolas y bloqueando la salida de vinos desde el puerto de Burdeos, Eduardo III estallará proclamando a los cuatro vientos poseer más legitimidad que Felipe de Valois para sentarse en el trono de Francia. El enfrentamiento estaba servido. De este modo, el rey inglés declaró la guerra a Francia en el año 1337. Comenzaba lo que nadie intuía en ese momento: la *Guerra de los Cien Años,* a la postre, la más larga de la historia.

En esta fecha el reino de Francia era la potencia hegemónica en Europa. Su potencial económico y demográfico era muy superior al de los ingleses. Sin embargo, desde comienzos del siglo XIV se observaban signos de progresiva debilidad. En el norte del reino, concretamente en el condado de Flandes, las revueltas urbanas eran constantes y cada vez más difíciles de aplacar debido a la ayuda que los amotinados recibían desde Inglaterra. La caballería pesada francesa —núcleo principal en torno al cual se articulaba el ejército francés—, convocada para aplastar de una vez la rebelión fue sorprendentemente vencida por las milicias flamencas. Aunque al final Flandes fue apaciguado, el sistema militar francés —todavía con connotaciones claramente feudales— había dado claras muestras de haber quedado obsoleto para estas fechas. A todo esto, se sumó una crisis financiera y económica que, si bien se daba en toda Europa, en Francia se acentuó con el inicio de la guerra. Con esta situación, aprovechando la poca solidez que demostraba la nueva dinastía de los Valois, el reino de Navarra aprovechó para separarse de Francia.

Al otro lado del Canal, Inglaterra era a priori un reino más débil que Francia, con muchos menos recursos demográficos y económicos. Con la llegada al trono de Eduardo III en el año 1327, el reino reinstauró el orden interno que se había visto alterado por continuas revueltas nobiliarias durante los reinados de su padre y su abuelo. Esto permitió al nuevo monarca poder afrontar empresas en el exterior del reino. Contaba con un ejército fraguado en las numerosas luchas contra los

correosos escoceses y por lo tanto bien entrenado y experimentado en el combate; del mismo modo que las técnicas y tácticas militares empleadas por los ingleses en la primera mitad del siglo XIV eran de las más avanzadas y modernas del momento, como se va a poder comprobar sobre el campo de batalla en la inminente guerra.

Una vez desatado el conflicto, y dado su dilatación en el tiempo, debemos entender que la guerra tuvo diversos vaivenes y alternativas a lo largo de las distintas décadas que otorgaron a ambos contendientes la posibilidad de finiquitar favorablemente la guerra en uno u otro momento. Prácticamente los primeros veinte años de la contienda fueron sin duda favorables a los ingleses. Entre los años 1338 y 1360, Eduardo III de Inglaterra aprovechará muy inteligentemente las dificultades que atravesaba la monarquía francesa, con importantes revueltas en Borgoña y en especial en Flandes. Ambos territorios, sobre todo el flamenco, serán utilizados por los ingleses como cabeza de puente que propiciará el desembarco de tropas y acumulación de efectivos, para la posterior incursión hacia el interior del reino franco. Previamente a los primeros desembarcos masivos, la flota inglesa derrotó a la francesa en la *batalla de la Esclusa* en el año 1340. De esta manera los ingleses se aseguraron el paso del canal en uno y otro sentido sin ser molestados.

Tras unos primeros años en los que ambos contendientes se dedicaron sobre todo a fortalecer sus ejércitos y a efectuar pequeñas escaramuzas de tanteo, el veintiséis de agosto de 1346, en las proximidades de la ciudad de Crécy se alinearon, frente a frente, las huestes francas e inglesas con sus respectivos reyes a la cabeza. En esos momentos pensaban que quien obtuviera la victoria aquí ganaría también la guerra, ya que se trataba de un enfrentamiento a gran escala donde ambos beligerantes empleaban lo mejor de sus reinos.

Una crónica del siglo XIV atribuida a Jean Froissart nos adelanta lo que fue la batalla: «*Los arqueros ingleses avanzaron entonces un paso hacia delante, y dispararon sus flechas con tanta fuerza y rapidez que parecía que nevaba*». El resultado fue una total derrota de la caballería pesada francesa provocada por el novedoso empleo masivo de los arqueros ingleses. El enfrentamiento en Crécy supuso la primera de las grandes victorias inglesas en la guerra. Los ingleses habían adoptado el arco después de sus encuentros con arqueros galeses durante el siglo XIII. No se trataba de una novedad tecnológica, pero su uso en masa para vencer a caballeros montados era una innovación táctica magistral. Principalmente hecho con madera de tejo, un arco podía ser disparado diez veces por minuto y alcanzar un objetivo a más de doscientos metros. Requería años de entrenamiento adquirir la fuerza y la destreza necesarias para usar un arco con efectividad. El arco otorgó a los ingleses una cadencia y potencia de tiro desconocida

hasta entonces.

En el mes de julio el rey Eduardo III cruzó el Canal de la Mancha al frente de un nutrido ejército, avanzando destructivamente por territorio francés. Informado de ello, Felipe VI de Francia salió al paso de los ingleses, a los que interceptó cerca de la población de Crécy. Eduardo III tomó posiciones a lo largo de una suave colina junto al pueblo, distribuyendo a sus huestes en tres agrupaciones, una comandada por su joven hijo, el príncipe Eduardo que entonces contaba con dieciséis años. Cada agrupación incluía caballeros, escuderos y sargentos que lucharon desmontados, así como arqueros e infantería ligera galesa. El ejército francés llegó desorganizado, cansado tras una larga marcha, empapado por una reciente tormenta de verano y de cara al sol. A pesar de esto, Felipe VI no pudo contener el entusiasmo de sus caballeros por un ataque inmediato contra los ingleses, en clara desventaja numérica. Dada la orden de ataque, a regañadientes los ballesteros genoveses contratados por el rey de Francia avanzaron pendiente arriba. Con la tensión propia del momento lanzaron su primera descarga demasiado pronto para ser efectiva y antes de cargar sus ballestas por segunda vez, fueron diezmados por los letales arcos ingleses, lo que les dejó atrás en proporción y alcance de fuego. Mientras retrocedían los ballesteros en total desorden, los caballeros franceses liderados por el conde de Alencón cargaron pendiente arriba en medio de una densa lluvia de flechas enviada por los experimentados arqueros ingleses. Unos pocos jinetes alcanzaron las líneas inglesas, y se enfrentaron en un fiero combate con el príncipe Eduardo, pero la mayoría fueron derribados, muertos o heridos. En un memorable y quijotesco gesto, el rey Juan de Bohemia —anciano y casi ciego a causa de las cataratas— fiel aliado de Felipe VI, tal vez pensó que ya había vivido suficiente y entró en la batalla para morir. Allí apareció a la mañana siguiente junto a los cuerpos de nobles y plebeyos abandonados en el campo de batalla.

Diez años después de Crécy —repuestas las fuerzas— ambos ejércitos volverán a verse las caras en un nuevo enfrentamiento masivo. Este tendrá lugar cerca de la población de Poitiers, en el año 1356. Esta vez ambos ejércitos estaban comandados por los respectivos príncipes herederos: Juan II —ya como rey— por Francia, y Eduardo, príncipe de Gales, por el bando inglés. Este último, a estas alturas de la guerra era más conocido por el sobrenombre del «*Príncipe Negro*» [248]. No hay unanimidad entre los historiadores a la hora de determinar el origen de este «oscuro» mote. Unos autores —en especial los ingleses— dicen que este apodo le venía dado por el color de su armadura, otros —entre los que me incluyo— apuntan a su despiadada y violenta actitud con los enemigos, no solo en el campo de batalla —donde podría ser comprensible—, sino también durante el saqueo de indefensos pueblos

y aldeas en los que ancianos, mujeres y niños eran presa de las espadas inglesas.

El enfrentamiento armado conocido como *batalla de Poitiers* se saldó con una nueva y contundente derrota de las huestes francesas. En esta ocasión, y para más «inri», Juan II fue hecho prisionero en la última fase de los combates. Trasladado a Inglaterra, permaneció cautivo hasta el año 1360 cuando fue liberado solo tras el desorbitado pago de tres millones de coronas de oro. Para hacernos una mejor idea de semejante fortuna, diremos que se tardaron cuatro años en reunir.

Conozcamos en este punto como se desarrolló el enfrentamiento que acabó con la captura del rey de Francia.

A finales del verano de 1356, el «Príncipe Negro» reclutó y lideró un ejército desde sus bases en Aquitania para hacer una incursión en el mismo corazón de Francia. En septiembre, retardados por un pesado bagaje cargado de botín, los ingleses fueron interceptados por un ejército francés liderado por Juan II. Inmediatamente, los ingleses formaron una posición defensiva en una elevación a las afueras de Poitiers, intentando evitar una batalla a campo abierto contra fuerzas superiores. En la madrugada del diecinueve de septiembre Eduardo intentó escabullirse. Viendo la retirada inglesa, los franceses lanzaron su ataque, forzando al príncipe de Gales a ocupar nuevamente sus posiciones previas. Tal y como el cronista Jean Froissart relata, los ingleses estaban detrás de una defensa «*alineados los arqueros y los hombres de armas formados detrás entre unas vides y espinos, todos a pie; la defensa tenía un hueco por el que cuatro caballeros podrían cabalgar de frente […]*»

Los franceses enviaron a trescientos de sus mejores caballeros a ese hueco, creyendo que se trataba del punto débil de la línea inglesa. El resto desmontó para seguirlos a pie. Cuando la caballería francesa llegó al agujero de la defensa, los arqueros dispararon intencionadamente a sus caballos. Los ingleses entraron en ese caos de caballos y jinetes caídos, golpeando con la espada a diestro y siniestro. El siguiente grupo de caballeros franceses liderados por el *Delfín* avanzó bajo una lluvia de flechas y trabó a los ingleses en un salvaje cuerpo a cuerpo. Tras haber enviado Eduardo sus reservas a primera línea de batalla, los ingleses aguantaron poco. Exhaustos y con muchos heridos encararon otra embestida francesa, en la que los arqueros tuvieron que reutilizar las flechas de los cuerpos de los caídos para rellenar los carcajes vacíos. Por suerte, la siguiente formación francesa, comandada por el joven duque de Orleans, estaba tan acobardada por la ferocidad de los combates que se retiró del campo de batalla. Esto obligó a la última fuerza francesa liderada por el propio rey a cargar sobre los ingleses. Echando toda la carne en el asador, el «Príncipe Negro» ordenó a su ejército al completo atacar a

los franceses, y envió a los doscientos caballeros pesados que tenía a atacar desde la retaguardia, lo que rompió a los galos. Al final de la jornada solo el rey y su séquito continuaron luchando rodeados de cuerpos desmembrados hasta que fueron forzados por los ingleses a rendirse.

Estas contundentes victorias serán aprovechadas por los ingleses para tomar diversas ciudades y, sobre todo, para efectuar profundas y destructoras incursiones sobre incontables aldeas y pueblos en el corazón de Francia sin apenas oposición, saqueando, robando y matando a discreción. A parte de las grandes batallas campales que hemos conocido, el sitio de ciudades y plazas fuertes fue una constante durante la Guerra de los Cien Años. Veamos como muestra el sitio de la población costera de Calais.

Después de la victoria en Crécy, Eduardo III marchó al norte para comenzar el sitio de la ciudad portuaria de Calais. Era el cuatro de agosto de 1346. Con su ejército llevaba veinte cañones primitivos —algo totalmente novedoso— que desplegó frente a las murallas de piedra de la ciudad. Básicamente eran tubos de bronce montados sobre carros que resultaron del todo inefectivos en su cometido como artillería. Sin embargo, aunque sus proyectiles no lograron romper la muralla, el sonido aterrorizó a los habitantes de Calais. Los ingleses querían la sumisión de la ciudad a toda costa. Esta finalmente llegó el cuatro de septiembre de 1347 cuando el capitán de la plaza, Jean de Vienne, la rindió. El sitio había durado trece meses. Los ingleses quedaron asombrados a su entrada en la ciudad al no encontrar ratas ni ratones —propagadores de la peste—, ni tampoco perros. Todos estos animales habían sido comidos en su totalidad por la desesperada población.

Como resultado de estas dos grandes derrotas —Crécy y Poitiers, donde la mortandad de caballeros y nobles franceses fue mayor que durante la epidemia de peste— se produjo un gran descontento entre la población que sumado al hambre y las epidemias provocó violentas revueltas que alcanzaron campos y ciudades, siendo en ocasiones más destructivas que los propios ingleses. El ejemplo más significativo fue la *Jacquerie*. Con todo esto, la monarquía francesa se vio envuelta en una profunda crisis que amenazaba con provocar el colapso del reino, por lo que se vio obligada a solicitar y negociar una tregua con Inglaterra. Esta quedó plasmada en el tratado de Brétigny en el año 1360. Inglaterra fue la gran beneficiada pues amplió sus dominios territoriales en suelo franco partiendo de sus posesiones en la Guyena, con lo que prácticamente un tercio del territorio francés quedó bajo soberanía del rey de Inglaterra.

La indiscutible superioridad táctica de los ingleses había quedado más que demostrada en el campo de batalla. Francia había visto

fracasadas sus tentativas de frenar el avance inglés y forzada a buscar un tratado de paz. Durante la vigencia de esta tregua, Francia buscará el apoyo de otros reinos, con lo que se producirá la inevitable internacionalización del conflicto. En primer lugar, Francia solicitó el envío de la experimentada flota castellana para contrarrestar a los navíos ingleses, dueños del canal de la Mancha hasta ese momento. Hasta el año 1350, en el que muere víctima de la peste el monarca Alfonso XI, Castilla había desoído las peticiones galas, manteniéndose en la más estricta neutralidad. Pero con el ascenso al trono castellano de su sucesor, Pedro I, las cosas iban a dar un giro.

Haciendo honor a su apodo —el Cruel— el nuevo monarca castellano lanzó sobre la nobleza que había convivido en armonía con su padre, una terrible purga haciendo rodar cabezas. Esta violenta actitud provocó que parte de la nobleza conspirara buscando el derrocamiento de Pedro I, proponiendo como nuevo candidato al trono a su hermano bastardo, Enrique de Trastámara. Cuando Pedro I inició su particular purga en Castilla, Enrique, temiendo por su vida buscó refugio en la corte francesa. Aprovechando la tregua que entonces se vivía en el reino propiciada por el Tratado de Brétigny, el monarca Carlos V puso a disposición del Trastámara un ejército de mercenarios al mando del veterano comandante Bertrand Du Guesclin para que con su ayuda destronara a su hermanastro. Aunque en apariencia pareciese un gesto de generosidad, en realidad el rey francés alejaba de su reino a estos molestos mercenarios, que desocupados se dedicaban impunemente al robo y el pillaje con la consiguiente devastación de múltiples pueblos y aldeas de la campiña francesa. En efecto, estas tropas penetraron en Castilla en 1366, destronaron a Pedro I y auparon al trono castellano a Enrique de Trastámara.

Como era de esperar, Pedro I solicitó el amparo y la ayuda de Inglaterra para recuperar su legítimo trono. En febrero del año siguiente regresó a Castilla acompañado nada menos que del «Príncipe Negro» al frente del prestigioso ejército inglés. Tal y como había ocurrido hasta el momento, las tropas inglesas derrotaron de manera contundente a las franco-castellanas en la *batalla de Nájera*. En este encuentro cayó prisionero Bertrand Du Guesclin a quien el «Príncipe Negro» le otorgó la libertad a cambio de cien mil francos.

Con ayuda de Inglaterra, Pedro I volvía a ocupar el trono de Castilla. En este momento el monarca le sacó brillo y lustre a su apodo «*el Cruel*», aplicando de manera implacable terribles castigos a los prisioneros vencidos. Todo parecía volver a su estatus anterior. Tras la marcha de las tropas inglesas del territorio castellano—al parecer por falta de pago—, Enrique y las huestes francas de Du Guesclin, no conformes con su suerte volvieron a derrocar al rey castellano. Esta vez Enrique de Trastámara, decidido a resolver el asunto de una vez

por todas, asesinó con sus propias manos a su hermanastro convirtiéndose así en el nuevo y único rey de Castilla en el año 1369. Como era de esperar, la ayuda francesa no fue gratuita y a partir de entonces la flota castellana apoyó a la francesa en el acoso a las naves inglesas que surcaban el Cantábrico y el canal de la Mancha.

No obstante, la intervención de franceses e ingleses en territorio castellano no había terminado con este acto. En el año 1383, el nuevo rey de Castilla Juan I —hijo y heredero de Enrique— intentó la anexión de Portugal. Sintiéndose amenazados los portugueses solicitaron el amparo de los ingleses, quienes enviaron una expedición armada en su apoyo. En el año 1385, las huestes lusitanas apoyadas por los eficaces arqueros ingleses —galeses en su mayoría— infringieron una seria derrota a las tropas castellanas en la *batalla de Aljubarrota*. Con esta victoria Portugal lograba mantener su independencia a la vez que fraguaba una eficaz y duradera alianza con Inglaterra.

Tras el desastre castellano en Aljubarrota, el duque de Lancaster, Juan de Gante, casado con una hija del asesinado Pedro I, Constanza, aprovechó para reivindicar para su persona el trono de Castilla, a través de los derechos de su esposa.

En el año 1386 el pretendiente inglés desembarcó en tierras gallegas al frente de un numeroso ejército. El ejército de Juan I de Castilla, apoyado por tropas francesas reaccionó impidiendo el acceso de los ingleses al corazón de Castilla llevando a cabo un eficaz bloqueo de los pasos que atravesaban los Montes de León. Ante el impasse de la situación, Juan de Gante y Juan I de Castilla llegaron a un acuerdo que mantendría el *statu quo* existente. Por dicho acuerdo, el heredero al trono de Castilla, el Príncipe de Asturias, Enrique, se casaría con la hija del duque de Lancaster, Catalina. Con este matrimonio se ponía fin al conflicto armado que se vivió en la Península Ibérica dentro del marco de la Guerra de los Cien Años.

De manera paralela a estos acontecimientos, en el seno de la Iglesia se había producido en el año 1378 el llamado «Cisma de Occidente», producto de una doble elección pontificia. Los contendientes en la guerra no quedaron al margen de esta división en la Iglesia. Inglaterra y sus aliados apoyaban al Papa de Roma, mientras que Francia y sus simpatizantes se decantaron por el Papa de Aviñón, afincado en suelo francés. Esta división religiosa respaldada por sus respectivos bloques políticos y militares reforzaba la indudable internacionalización que había adquirido el conflicto.

Una vez que finalizó la guerra en suelo ibérico, el rey Carlos V de Francia se replanteó la continuación de las hostilidades contra Inglaterra, ahora que había afianzado en el trono de Castilla a los Trastámara y podía contar con el inestimable apoyo de la flota

castellana. Efectivamente, en el año 1372 los barcos ingleses fueron derrotados sin paliativos por la flota castellana en la llamada *batalla de La Rochelle*. Algo que nos puede ayudar a entender mejor la magnitud de la derrota de la flota inglesa en este encuentro es que a partir de ese momento la flota combinada franco-castellana efectuó y llevó a cabo infinidad de asaltos, desembarcos y saqueos en las costas inglesas. La supremacía naval de los franceses significó que las comunicaciones de Inglaterra con su ejército continental se habían roto con las graves consecuencias para las tropas inglesas que operaban en suelo francés.

Otro factor que influyó en la recuperación de los franceses fue la nueva táctica adoptada por Carlos V de eludir cualquier encuentro a campo abierto con el enemigo. En lugar de esto, el rey francés, apoyándose en sus mayores recursos, inició una guerra de desgaste, acosando a las tropas inglesas con emboscadas, escaramuzas y golpes de mano, sabedor de que ahora los ingleses tendrían grandes dificultades para reponer sus bajas a través del canal de la Mancha. Todas estas operaciones quedaron bajo la supervisión del veterano condestable de Francia, Bertrand Du Guesclin. Los resultados fueron llegando y en la década de los setenta, los franceses recuperaron todo el terreno en manos inglesas hasta reducir sus posesiones a una estrecha franja litoral entre Burdeos y Bayona. La reacción inglesa para contrarrestar la situación fue intensificar sus cabalgadas en territorio francés, pero más allá de los destrozos y matanzas que ocasionaban no aportaban resultados en el terreno militar. Ahora era Francia la que tenía la balanza de la guerra de su lado.

Como hemos podido comprobar, la larga guerra había ocasionado un enorme desgaste político, económico, demográfico y social a ambos contendientes, así que no es de extrañar que en el año 1389 los nuevos monarcas, Carlos VI de Francia y Ricardo II de Inglaterra acordaran una tregua general que firmaron en Leulinghen. Los graves problemas internos que acechaban a ambos reinos propiciaron que la tregua se prolongase en el tiempo.

En Inglaterra, el coste de la contienda había obligado a un aumento de la presión fiscal, lo que desembocó en un nuevo impuesto conocido como *poll-tax*. Esto ocasionó una importante revuelta campesina que a duras penas fue reprimida por la monarquía. A esto se sumó la llamada «revolución Lancaster». El rey Ricardo II fue destronado por un grupo nobiliario encabezado por su primo, Enrique de Lancaster, que subió al trono inglés como Enrique IV. La nueva monarquía requirió de tiempo para consolidarse en el poder. Se tuvo que emplear a fondo para controlar a sus súbditos y vasallos por lo que hasta bien entrado el siglo XV no estuvo en condiciones de proseguir la guerra.

En Francia, cuando accedió al trono Carlos VI en el año 1380 era aún

menor de edad, por lo que el gobierno recaía en un consejo presidido por sus tíos. Se trataba de los duques de Anjou, Borgoña y Berry. Por supuesto estos dejarían el poder cuando el pequeño rey alcanzase la mayoría de edad. Sin embargo, Carlos VI pronto mostró claros síntomas de desequilibrio mental lo que prolongó el gobierno de los duques. Al iniciarse el siglo XV surgieron dos grandes facciones en el consejo de regencia —los borgoñones y los armagnacs—que se disputaban cada vez con más violencia el poder ante la manifiesta incapacidad mental del rey. Los borgoñones pretendían que el gobierno recayera en el duque de Borgoña, región con claras intenciones independentistas. Los armagnacs pretendían que el poder se depositara en el *Delfín* Carlos, hijo y heredero del rey loco. Esta confrontación desembocó en duros enfrentamientos con claros tintes de guerra civil. Era la oportunidad perfecta para que los ingleses retomaran la guerra contra Francia.

Efectivamente así fue. En el año 1415 el nuevo rey de Inglaterra Enrique V desembarcó al frente de un potente ejército en el norte de Francia. Ante la nueva amenaza inglesa, los nobles corrieron para intentar detener la invasión. Se produjo una gran batalla como hacía muchos años no se había visto en suelo francés. Sobre el campo de *batalla de Azincourt*, como antaño había ocurrido, la caballería pesada francesa fue masacrada por los arqueros ingleses por enésima vez.

Tras la victoria, Enrique V se dedicó a la conquista de Normandía. Pero su mayor logro tras Azincourt fue la alianza que estableció con el duque de Borgoña mediante el tratado de Troyes en 1420. Una de las disposiciones del tratado era la boda de Enrique V con una hija de Carlos VI de Francia. Con este acto, Enrique V y sus herederos se proclamaban reyes de Francia e Inglaterra. En el mismo tratado el *Delfín* Carlos era desheredado, y temiendo por su vida se refugió en el sur de Francia. En este contexto, los ingleses ocuparon todo el norte de Francia hasta el Loira. La larga guerra parecía decantarse con claridad del lado inglés.

En el año 1422 fallecieron tanto Enrique V de Inglaterra como Carlos VI de Francia. El hijo del monarca inglés, Enrique VI, se proclamó rey de Inglaterra y de Francia, algo insólito. Al ser menor de edad, su tío el duque de Bedford, se puso al frente de la regencia. En esos momentos el proyecto de una doble monarquía anglo-francesa, plasmado en el tratado de Troyes, estaba cobrando forma. Para los ingleses la victoria en la guerra parecía por fin ser un hecho. El *Delfín* Carlos, huido de París, solo contaba con el apoyo del centro y sur de Francia.

Una vez digerida y asimilada la nueva situación, los ingleses sintiéndose fuertes y con la sensación de una guerra sentenciada a su favor, decidieron ocupar también el territorio francés al sur del Loira.

Su primer paso fue el sitio de la ciudad de Orleans. En este punto crítico en el que la victoria inglesa no era discutida por nadie ocurrió algo inesperado, milagroso para algunos.

En el año 1427 la aldea de Domremy sufrió una terrible incursión protagonizada por ingleses y sus aliados borgoñeses que como ya era costumbre masacraron a los aldeanos e incendiaron la iglesia. Una joven campesina superviviente de la masacre llamada Juana de Arco se presentó ante el *Delfín* Carlos afirmando haber escuchado unas voces celestiales que la llamaban a liberar Francia de los ingleses. Tras arduas discusiones con sus consejeros religiosos y militares, el *Delfín* —que en ese momento tenía ya poco que perder— decidió enviar a la joven al frente de un ejército con la intención de levantar el sitio de Orleans.

Juana de Arco, con diecisiete años, asesorada por los comandantes militares del *Delfín* obligó —para sorpresa de todos— a los ingleses a levantar el sitio de Orleans en el año 1429. Aunque sus protagonistas no eran conscientes de ello, esta victoria supuso el punto de inflexión definitivo en la Guerra de los Cien Años. Sin detenerse, Juana prosiguió su avance y recuperó también la ciudad de Reims, donde tradicionalmente se coronaban los reyes de Francia. En esta ciudad, y sin tiempo que perder, a propuesta de Juana de Arco, el *Delfín* fue coronado solemnemente como Carlos VII, rey de Francia.

En uno de los combates posteriores, Juana fue capturada por franceses del partido Borgoñón y entregada de inmediato a los ingleses. En un claro y descarado juicio político-inquisitorial celebrado en Ruan, fue condenada a morir en la hoguera como hereje. Era condenada por las acusaciones de «*apóstata, mentirosa, sospechosa de herejía y blasfema hacia Dios y los Santos; también por vestir ropa de hombre*». La joven afirmó que si vestía como un hombre era para evitar ser violada. La sumarísima sentencia se llevó a cabo el treinta y uno de mayo de 1431 en la plaza pública del mercado de Ruan. Veinticinco años después será exculpada por el papa español Calixto III. ¡A buena hora!

Pero la entrada de esta muchacha en la escena de la larga y endémica Guerra de los Cien Años y su posterior sacrificio no había sido en balde. Los franceses que prácticamente estaban acabados recuperaron su moral de victoria y con ella sus esperanzas. Ahora tenían una mártir a la que imitar y un nuevo rey al que seguir.

Carlos VII —al contario que había sucedido con su padre— demostró poseer grandes dotes políticas, y en el año 1435 logró que el duque de Borgoña pusiera fin a su alianza con Inglaterra. Como contraprestación el rey concedía al ducado una amplia autonomía y le eximía del vasallaje a la corona. De manera paralela, llevó a cabo importantes reformas económicas y sociales que permitieron a sus

vasallos un mejor sustento, sacándolos de la constante precariedad en la que habían vivido durante décadas.

En el terreno militar, reformó el anticuado ejército francés anclado en el feudalismo, profesionalizándolo y creando unidades permanentes. A esto sumó el arma de artillería que para entonces se había perfeccionado y dado enormes resultados, tal como demostraron los turcos en Constantinopla. La guerra dejaba de ser un asunto de nobles y caballeros. La caballería deja de ser el núcleo del ejército francés y las formaciones pasan a estar compuestas por piqueros, ballesteros y arqueros a pie, apoyados por pequeños escuadrones de caballería, además de la novedosa y poderosa artillería. Todo esto pagado por el rey, a quien deben obediencia y lealtad absoluta. Las huestes feudales han dejado de existir.

El resultado fue que Francia adquirió una notable superioridad sobre Inglaterra en el terreno táctico, logístico y militar, lo que se tradujo en una pronta expulsión de los ingleses de todo el norte de Francia, incluida Normandía. Pero, además, el avance francés continuó por la Guyena inglesa, tomando su capital Burdeos en el año 1453 tras la última batalla de la larga guerra en Castillón. Era el diecisiete de julio. Los ingleses habían sido expulsados de todo el territorio francés —a excepción de la plaza de Calais— con lo que se ponía fin a la conocida por la historiografía como la Guerra de los Cien Años.

---

248 El príncipe Eduardo, primogénito del rey inglés Eduardo III, fue uno de los comandantes más exitosos de la Guerra de los Cien Años y el primer heredero al trono de Inglaterra en ostentar el título de Príncipe de Gales. De joven participó en Crécy. Sus victorias siguientes incluyeron Poitiers y Nájera. También destacó por sus «cabalgadas»: campañas de pillaje y destrucción que se sucedieron en vastas zonas de Francia. Su último acto de guerra fue la masacre de Limoges en 1370. No llegó a ser rey, pues murió antes que su padre en Inglaterra víctima de la disentería en 1376.

LAS GRANDES EXPLORACIONES

En la primavera del «*año de Nuestro Señor de mil y doscientos y noventa y uno*», caía en poder de los musulmanes el último reducto cristiano en Tierra Santa. Se trataba de la ciudad costera de San Juan de Acre. Con este hecho se interrumpía el comercio con las Indias a través de la ruta de la seda, hecho que motivó y apremió a las principales familias de comerciantes genoveses y venecianos, muy afectados económicamente por la expansión musulmana en el Mediterráneo oriental, a intentar nuevas opciones y posibilidades de contacto y comercio con las Indias buscando, explorando y abriendo nuevas rutas para tal fin.

Precisamente, esto es lo que inmediatamente se propusieron dos hermanos pertenecientes a la élite comercial genovesa apellidados Vivaldi. Sin tiempo que perder, esa misma primavera en que caía San Juan de Acre, zarparon desde el puerto de Génova en busca de nuevas posibilidades comerciales. Previamente, otros dos potentados genoveses pertenecientes a una poderosa familia ligada y conocedora del mar —de la que en el futuro surgirán importantes almirantes—, Jacobo y Teodosio Doria habían apoyado económicamente la decisión de los Vivaldi, invirtiendo en el proyecto los dos Doria citados: el primero como armador, proporcionó dos galeras a los expedicionarios; el segundo las pertrechó con todo lo necesario para una larga travesía. Ugolino y Guido Vivaldi capitanearon respectivamente las dos galeras bautizadas como *Allegranza* y *San Antonio*.

Ugolino, Guido, Teodosio y Jacobo habían constituido una *Societas maris* [249] de la que sin duda esperaban grandes beneficios. Con ese propósito los Vivaldi soltaron amarras y partieron de Génova rumbo suroeste para hacer una primera escala en Mallorca, donde terminaron de pertrecharse para el largo viaje que les esperaba. Durante la breve estancia en la isla, varios marineros mallorquines se enrolaron en la expedición.

La totalidad de hombres embarcados en las dos naves ascendía a trescientos, incluidos dos monjes franciscanos que daban soporte espiritual a la expedición. Estos intrépidos navegantes partieron rumbo a las *Columnas de Hércules* [250] con la intención de sobrepasarlas en busca de la ruta a las Indias. En círculos culturales y científicos de finales del siglo XIII ya se sopesaba y debatía sobre la esfericidad de la tierra, aunque sin airearlo a viva voz, ante el temor de incurrir en herejía y sufrir la represión del poder papal con sus mecanismos inquisitoriales. Sin duda en la pujante ciudad de Génova, las élites marineras y financieras tenían conocimiento de estas nuevas y

revolucionarias teorías científicas. Estos conocimientos acerca de la *mar Tenebrosa* venían de textos y relatos anteriores, como por ejemplo el del geógrafo El Edrisí que vivió en el siglo XII y en su descripción de al-Ándalus trata del océano con sugerentes y misteriosas palabras que muy probablemente conocieron los Vivaldi:

«Nadie sabe lo que hay en ese mar, ni puede averiguarse, por las dificultades que oponen a la navegación las profundas tinieblas, la altura de las olas, la frecuencia de las tempestades, los innumerables monstruos que la pueblan y la violencia de sus vientos. Hay, sin embargo, en este océano un gran número de islas habitadas y otras desiertas; pero ningún marino se atreve a penetrar en alta mar, limitándose a costear sin perder de vista el continente. Empujadas hacia delante las olas de este mar, parecen montañas y caminan sin romperse, y si no fuera por esto sería imposible franquearlas».

Algunos autores mantienen que estos intrépidos expedicionarios genoveses trataron de cruzar el Atlántico, otros que bordearon la costa africana hacia el sur. No tenemos datos contundentes que nos permitan conocer exactamente lo que sucedió con la empresa de los hermanos Vivaldi, aunque una aureola de rumores, suposiciones y leyendas —nada documentadas por otra parte—, especulan sobre este hecho. Lo verdaderamente cierto es que nunca más se supo de ellos. En el año 1294, cuando habían transcurrido tres años sin noticias de los que partieron, escribiría Jacobo Doria, todavía con la esperanza de volver a verlos:

«Tedisio d'Oria, Ugolino Vivaldi y un hermano de este último, junto con algunos ciudadanos de Génova, iniciaron una expedición que nadie hasta entonces había intentado nunca. Equiparon dos galeras de manera espléndida. Tras surtirlas de provisiones, agua y otras necesidades, las enviaron en su camino, en el mes de mayo, hacia el estrecho de Ceuta a fin de que las galeras pudieran navegar por el mar océano a la India y regresar con mercaderías útiles. Los dos hermanos mencionados anteriormente fueron en los barcos en persona, y también dos frailes franciscanos; todo lo cual verdaderamente asombró a aquellos que fueron testigo de ello, así como a los que oyeron hablar de ellos. Después de que los viajeros pasaron por un lugar llamado Gozora [251] *no hubo más noticias de ellos. Que Dios vele por ellos y los traiga sanos de vuelta».*

Años después, un texto del siglo XIV atribuido a Pietro de Abano dice así:

«[…] los Genoveses, con dos galeras aprovisionadas y cargadas con todo lo necesario, cruzaron las columnas de Hércules, al fin de España.

Después de más de treinta años, se ignora lo que les haya sucedido».

Hasta hoy, los historiadores solo podemos formular hipótesis. Ciertamente atravesaron el estrecho de Gibraltar, y con toda probabilidad, hicieron lo que los navegantes portugueses doscientos años después, es decir, comenzaron a bordear la costa africana practicando la navegación de *cabotaje* [252] en busca de una ruta hacia las Indias, llegando hasta la altura del cabo *Chaunar*; justo enfrente, al oeste de este cabo se encuentran las Islas Canarias. En esta zona naufragó al menos una de las dos galeras, concretamente la *Allegranza*, cuyos restos y no sabemos si algún náufrago, fueron arrastrados por vientos de componente Este —los mismos que arrastran la calima— hasta la isla más septentrional del entonces desconocido Archipiélago Canario. No en balde, esta pequeña isla o islote a la que me refiero, a tan solo diez kilómetros al norte de Lanzarote, y actualmente deshabitada, se llama casualmente, o no, Alegranza. Hasta hoy, esto no está avalado por la historiografía ni la arqueología. Se trata de una hipótesis personal atendiendo al topónimo.

En Génova, el recuerdo de la expedición no cayó en el olvido pues en el año 1312, Lanceloto Malocello partió en busca de los Vivaldi, llegando hasta el punto último donde se tuvieron noticias de ellos. Llegado hasta allí, el navegante genovés se estableció durante veinte años en la isla que lleva su nombre: Lanzarote. Allí levantó un castillo que posteriormente será tomado como base por franceses y españoles.

Aunque a los hermanos Vivaldi y a sus hombres no les faltó arrojo, determinación y valor para explorar lo que ellos conocían como *la mar Tenebrosa* —el Atlántico—, sí es cierto que no disponían de la tecnología necesaria para llevar a buen fin semejante empresa. Todavía no se conocía la brújula, ni el *astrolabio* [253], ni los *portulanos* [254], ni los *cuadrantes* [255], ni los *nocturnilabios* [256], ni los *sextantes* [257], instrumentos todos ellos necesarios para la navegación atlántica. Así como el aventurarse en *la mar océana* a bordo de galeras mediterráneas —de casco recto, estrecho y con remos—, suponía un más que seguro riesgo de naufragio, algo que desconocían los protagonistas de esta expedición, ya que la *carabela* [258], evolución sureña de la *koggen* [259] del Mar del Norte, aún tardará más de un siglo en surcar los mares. Será empleada por primera vez por los portugueses. En las décadas inmediatamente posteriores a la desaparición de los hermanos Vivaldi y de todos los hombres que formaban la expedición, se descubrirán las Azores, Madeira y las Canarias. Sin duda, y a pesar del fracaso de la expedición genovesa, su recuerdo sirvió de acicate a las nuevas exploraciones que muy pronto llevarán a cabo navegantes portugueses y españoles con mayores medios tecnológicos y mejores resultados.

Antes que estos, en el año 1346, el navegante mallorquín Jaime

Ferrer partió de las islas Baleares a bordo de su nave *Uxor* siguiendo el recorrido de los Vivaldi. Buscaba el «*río del oro*» —un *Dorado* de la época— pues a sus manos había llegado siete años antes un mapa náutico —*portulano*— en el que se situaba el reino de Mali con la leyenda: «*Cuya riqueza cuenta el rey en oro*». Solo sabemos que superó el cabo Bojador, porque después su rastro se perdió para siempre, tal y como había sucedido con los hermanos Vivaldi, cincuenta y cinco años antes.

Estas primeras tentativas de salida al Atlántico demostraban que tanto la técnica como los medios náuticos estaban casi a punto. Pero las grandes expediciones no podían ser realizadas desde bases italianas o baleares ya que, aunque poseyeran los conocimientos navales necesarios, sus puntos de aprovisionamiento quedaban muy lejos del Atlántico y sus motivaciones comerciales respondían a un afán de lucro personal. Todas las aventuras navales que hemos conocido habían sido financiadas por particulares y empresas privadas. Los grandes descubrimientos necesitarían una gran inversión económica y una voluntad tenaz y ambas cuestiones solo podían ser proporcionadas por una Corona fuerte. Era la oportunidad para Portugal y España.

Las islas Canarias fueron localizadas en fecha tan temprana como es el año 1302. Durante prácticamente todo un siglo recibieron visitas esporádicas de castellanos, genoveses, portugueses, catalanes y genoveses, aunque su conquista y colonización no se llevó a cabo hasta el año 1402. Esta comenzó con la progresiva ocupación de las islas más pequeñas, siendo Tenerife y Gran Canaria las últimas en ser ocupadas. La primera iniciativa en este sentido vino de la mano de Juan Bethencourt, caballero de origen normando, quien al frente de una pequeña expedición fletada por Gadifer de la Salle se estableció en la isla de Lanzarote en el año 1402, construyendo un fuerte con una iglesia y otras edificaciones anexas.

Los indígenas guanches no se iban a dejar dominar con facilidad, de modo que pronto los recién llegados tuvieron que buscar refuerzos en las tierras cristianas más próximas. Así que fue el rey Enrique III de Castilla quien desde las costas atlánticas andaluzas envió un contingente de refuerzo, comenzando la Corona de Castilla su soberanía sobre los nuevos territorios insulares. Con este envío de tropas castellanas se conquistó la isla de Fuerteventura en el año 1403. La isla de El Hierro quedaría bajo soberanía castellana en 1406. Durante las siguientes décadas se afianzó la presencia de colonos y se crearon organismos reales en estas tres islas. Una vez acumulados refuerzos y provisiones, ya en el año 1454, se procedió a la ocupación de las grandes islas de Tenerife y Gran Canaria, pero debido al mayor número poblacional de guanches en estas islas, los castellanos fueron emboscados y rechazados en numerosas ocasiones, teniendo que

desistir de su intento. Hasta el año 1496, por iniciativa de los Reyes Católicos no se hará efectiva la ocupación total del archipiélago Canario.

Las islas bajo influencia portuguesa de Madeira y las Azores fueron ocupadas sin el menor de los contratiempos debido a que estaban despobladas. A falta de población autóctona, Portugal se convirtió en el primer Estado europeo en emplear esclavos para sus explotaciones de plantación insulares.

La empresa atlántico-africana desplegada por el reino de Portugal estuvo perfectamente planificada desde sus inicios. Lo primero que hicieron los dirigentes lusitanos fue firmar una paz duradera con Castilla en el año 1411, para a renglón seguido obtener de la Santa Sede, en 1413, el reconocimiento de Cruzada para las nuevas tierras descubiertas y por descubrir. Con la toma de Ceuta a los musulmanes en el año 1415, comenzaba una larga etapa de descubrimientos portugueses en África, que culminaron con el establecimiento de la ruta marítima hacia la India, al doblar Bartolomé Díaz el Cabo de las Tormentas o de Buena Esperanza en enero del año 1488.

Cristóbal Colón, fue el digno continuador de aquella estirpe de navegantes genoveses que estuvieron atraídos por la aventura atlántica, desde los ya lejanos días de los hermanos Vivaldi. Tras un largo periplo por las cortes portuguesa y castellana, Colón fue requerido por la reina Isabel la Católica —quien había oído hablar de su extraño plan de navegación por el Mar Tenebroso— en abril de 1492, firmando las llamadas *Capitulaciones de Santa Fe*. Se trataba de una serie de documentos en los que la reina reconocía a Colón el título de Virrey, Gobernador General y Almirante, además de una décima parte de todas las riquezas de cualquier índole que se obtuvieran en las posibles tierras por descubrir. La valiente y arriesgada apuesta de la reina proporcionaba a Cristóbal todos los medios necesarios para la novedosa expedición.

Durante tres meses se llevaron a cabo todos los preparativos. En el puerto onubense de Palos de Moguer, los hermanos Pinzón pertrecharon dos naos del tipo carabelas: la *Pinta* y la *Niña*, ambas con un desplazamiento de unas setenta toneladas, además de un navío de cien toneladas que sería la nave capitana, bautizado con el protector nombre de *Santa María*. La suma de la tripulación de los tres barcos no llegaba al centenar y estaba compuesta exactamente de ochenta y siete personas escogidas entre los hombres de mar de las poblaciones de la ribera onubense, aunque había también un pequeño grupo de marineros vascos. Una prueba de que Colón tenía la certeza de que llegaría a las Indias navegando rumbo a Occidente es que en previsión de esto embarcó a un intérprete. Efectivamente, Luis Torres era conocedor del árabe y del hebreo. Los estibadores portuarios subieron

a bordo de las naves provisiones calculadas para más de un año, ya que el almirante estimaba en al menos nueve meses su viaje de descubrimiento y la posterior vuelta. Estos cálculos efectuados por Colón se ajustaron bien a la realidad pues aún le sobro mes y medio.

El día tres de agosto de 1492 soltaron amarras y partieron de Palos hacia las islas Canarias donde arribaron en seis días. Allí permanecieron casi un mes yendo y viniendo entre Las Palmas de Gran Canaria y San Sebastián de la Gomera repostando agua, leña y otros productos hasta completar el límite de carga de los tres barcos, que también han de ser puestos a punto. La *Niña* tuvo que cambiar su timón y las velas latinas fueron sustituidas por las cuadradas que permitían navegar a «todo trapo» con viento favorable. El ocho de septiembre los marineros deambularon por la parte vieja de Las Palmas visitando todas las tabernas y lupanares de la ciudad a modo de despedida de la «civilización». A la jornada siguiente navegarían hacia lo desconocido, era el día que no tenía vuelta atrás.

El nueve de septiembre las tres naos abandonan las islas Canarias rumbo oeste para finalizar la gran aventura el once de octubre con la voz dada por el vigía Rodrigo de Triana desde la cofa: «*¡Tierra a la vista!*». Al día siguiente, doce de octubre, Colón ponía pie en tierra firme. Se trataba de la isla caribeña de San Salvador, elocuente nombre dado por los recién llegados a la isla de Guanahaní, cuando sus esperanzas de salvación comenzaban realmente a difuminarse. En su diario, el almirante dejó patente su primer contacto con indígenas:

> *«Les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor, con que hubieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla […] Todos, así mujeres como hombres, andan desnudos como sus madres los parió […]».*

La ruta trazada durante esta navegación fue corregida en parte en el segundo viaje de Colón, tanto la ida como la vuelta. Esta será la ruta que durante más de trescientos años seguirán las flotas españolas. El arrojo, el genio y algunos errores de Cristóbal Colón junto a la valiente apuesta de la reina Isabel, habían hecho posible el descubrimiento de un Nuevo Mundo. Aunque Colón, a pesar de sus cuatro viajes a las nuevas tierras descubiertas, morirá afirmando y convencido de que se trataba de las Indias.

---

249 Sociedad marítima típica de Génova.

250 Nombre con el que se conoce al estrecho de Gibraltar desde la Antigüedad.

251 Lugar de la costa noroeste africana identificado con el cabo Nun, también conocido como cabo Chaunar.

252 Navegación de cabotaje. Es la que se practica no perdiendo nunca de vista la costa.

253 Instrumento de navegación que permitía conocer la hora, calculando la altura de los astros respecto al horizonte.

254 Cartas de navegación de los siglos XIV y XV; en ellas estaba representada la rosa de los vientos y reflejados todos los puertos y fondeaderos conocidos.
255 Cada una de las cuatro partes del círculo. Cada una de las partes de la rosa de los vientos, mide 45º. Medía la latitud.
256 Instrumentos náuticos para medir la hora, tomando como referencia las estrellas.
257 Instrumento de navegación similar al astrolabio, pero mucho más perfeccionado.
258 Tipo de barco, inventado en Portugal, muy apto para la navegación oceánica. Consta de tres mástiles. Fue la clase de nave empleada por Colón en el descubrimiento de América.
259 Nave robusta, pesada y muy resistente, capaz de transportar mercancías voluminosas, utilizada en el Atlántico norte. También llamada coca.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Álvarez Palenzuela, V. A. (Coord.) y otros: *Historia de España de la Edad Media*. Barcelona, 2002.

Barceló, E: *Los Templarios (Más allá de un mito de la Edad Media)*. Madrid, 1998.

Boyer, R: *La vida cotidiana de los vikingos (800-1050)*. Palma de Mallorca, 2005.

Cámara Muñoz, A. y otros: *Arte y poder en la Edad Moderna*. Madrid, 2010.

Castilla Soto, J. y Rodríguez García, J: *Historia Moderna de España (1469-1665)*. Madrid, 2011.

Celdrán Gomáriz, P: *Anécdotas de la historia*. Cuenca, 2012.

Clements, J: *La furia de los nórdicos. Breve historia de los vikingos*. Barcelona, 2005.

Donado Vara, J. y Echevarría Arsuaga, A: *La Edad Media: Siglos V-XII.* Madrid, 2011.

Donado Vara, J. y otros: *La Edad Media: Siglos XIII-XV*. Madrid, 2009.

Dufourcq, C. E: *La vida cotidiana de los árabes en la Europa Medieval*. Madrid, 1990.

Espinar Moreno, M. y Robles Delgado, A (Coord.): *Los Vikingos en la Historia. I Jornadas de Cultura Vikinga*. Granada, 2014.

Ferdinandy, M: *Historia de Hungría*. Madrid, 1967.

Fernández Álvarez, M: *Isabel la Católica*. Pozuelo de Alarcón (Madrid), 2003.

Fernández Bueno, L. (Coord.) y otros: *Gótica. Secretos, leyenda y simbología oculta de las catedrales*. Fuenlabrada (Madrid), 2005.

Franco Aliaga, T: *Geografía de Espa*ña (Física, Humana y Económica). Majadahonda (Madrid), 2010.

García Fitz, F: *La guerra en la Edad Media. Justificaciones jurídicas y religiosas* . Madrid, 2003.

Grant, R. G: *Batalla.* Madrid, 2007.

Hansen, K: *Los hombres del mar. Una saga del siglo X*. Barcelona, 1996.

Llorca, B: *La Inquisición en España*. Barcelona, 1954.

López Pita, P: *Sociedades extraeuropeas medievales: islam y extremo oriente*. Madrid, 2012.

Mac Kitterick, R: *La Alta Edad Media: Europa 400-1000*. Barcelona, 2003.

Manzano, E: *Conquistadores, emires y califas*. Barcelona, 2006.

Peréx Agorreta, M. J. y otros: *Métodos y Técnicas de Investigación Histórica I*. Madrid, 2012.

Péricot, A: *Las Cruzadas.* Barcelona, 2004.

Pérsico, L*: 111 Secretos de Historia sobre la Inquisición*. Madrid, 2008.

Plaza Janés, Ed.: *Las grandes batallas de la historia*. Barcelona, 2009.

Quirós Castillo, J. A. y Bengoetxea Rementería, B: *Arqueología III. Arqueología Medieval y Posmedieval*. Madrid, 2010.

Real Academia de la Historia, boletín: tomo 74, año 1919.

Sánchez Meca, D: *Historia de la filosofía antigua y medieval.* Madrid, 2013.

Sayas Abengochea, J. J. y Abad Varela, M: *Historia de la Península Ibérica II.* Época *tardoimperial y visigoda.* Madrid, 2013.

Segura González, W: *Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa. Inicio de la invasión árabe de España, fuentes documentales*. Tarifa, 2010.

Vilmont, J: *29 Historias para entender mejor la Edad Media XXIX*. Almería, 2016.

—: *Los Templarios. Pobres caballeros de Cristo*. Zaragoza, 2018.

—: *25 Historias para Conocer la Edad Media.* Málaga, 2018.